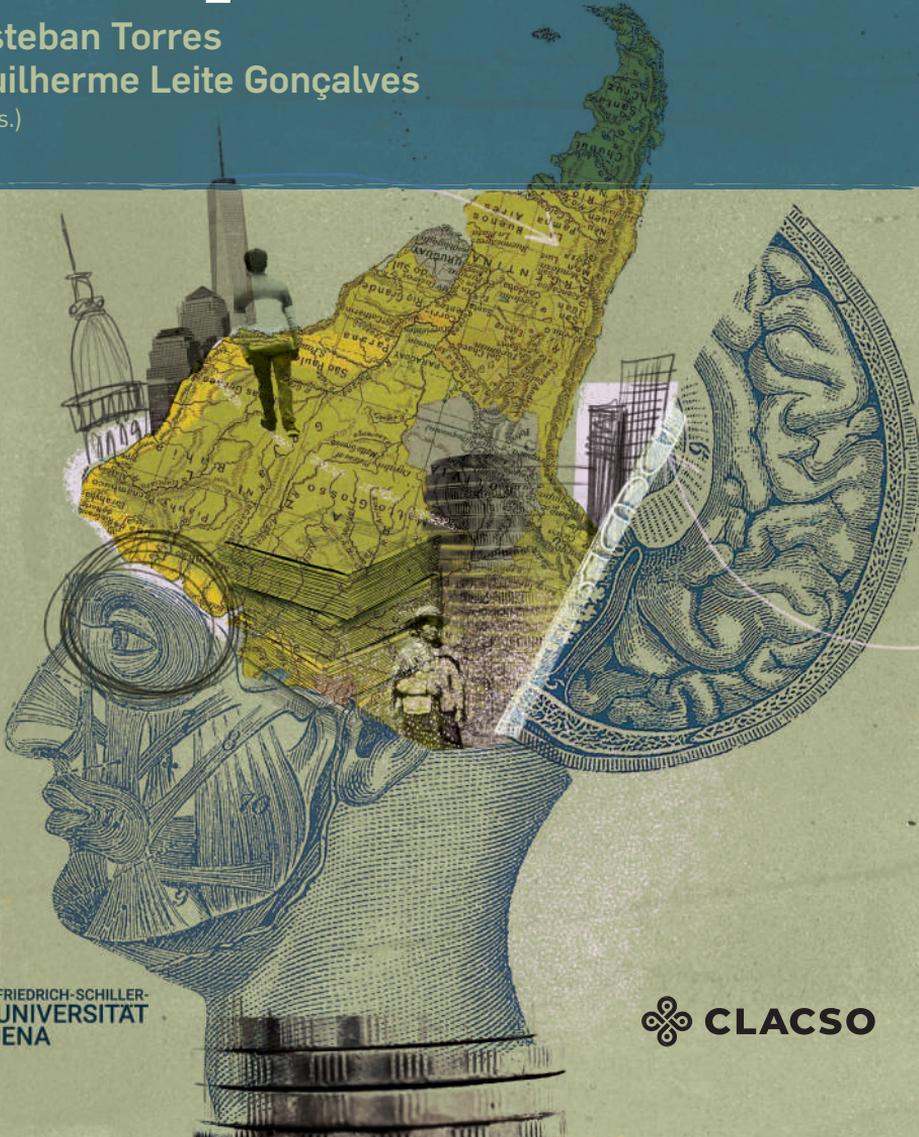


Hacia una nueva sociología del capitalismo

Esteban Torres
Guilherme Leite Gonçalves
(Eds.)



Hacia una nueva sociología del capitalismo

Hacia una nueva sociología del capitalismo / Guilherme Leite
Gonçalves... [et al.] ; editado por Esteban Torres ; Guilherme
Leite Gonçalves ; prólogo de Klaus Dörre. - 1a ed. - Ciudad
Autónoma de Buenos Aires : CLACSO ;
Jena : Friedrich-Schiller-Universität Jena, 2022.
Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-987-813-130-6

1. Sociología. 2. Capitalismo. I. Leite Gonçalves, Guilherme.
II. Torres, Esteban, ed. III. Dörre, Klaus, prolog.
CDD 306.342

Otros descriptores asignados por CLACSO:
Sociología / América Latina / Alemania / capitalismo / teoría
/ crítica

Corrección: Licia López de Casenave
Diseño interior: Paula D'Amico
Diseño de tapa: KPR – Melina Olivella

Hacia una nueva sociología del capitalismo

Esteban Torres y Guilherme Leite Gonçalves
(Eds.)



CLACSO

Consejo Latinoamericano
de Ciencias Sociales
Conselho Latino-americano
de Ciências Sociais

CLACSO - Secretaría Ejecutiva

Karina Batthyány - Secretaria Ejecutiva

María Fernanda Pampín - Directora de Publicaciones

Equipo Editorial

Lucas Sablich - Coordinador Editorial

Solange Victory y Marcela Alemandi - Gestión Editorial

Nicolás Sticotti - Fondo Editorial



LIBRERÍA LATINOAMERICANA Y CARIBEÑA DE CIENCIAS SOCIALES

CONOCIMIENTO ABIERTO, CONOCIMIENTO LIBRE

Los libros de CLACSO pueden descargarse libremente en formato digital o adquirirse en versión impresa desde cualquier lugar del mundo ingresando a www.clacso.org.ar/libreria-latinoamericana

Hacia una nueva sociología del capitalismo (Buenos Aires: CLACSO/Friedrich-Schiller-Universität Jena, febrero de 2022).

ISBN 978-987-813-130-6



CC BY-NC-ND 4.0

© Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales | Queda hecho el depósito que establece la Ley 11723.

CLACSO

Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales - Conselho Latino-americano de Ciências Sociais Estados

Unidos 1168 | C1023AAB Ciudad de Buenos Aires | Argentina

Tel [54 11] 4304 9145 | Fax [54 11] 4305 0875 | clacso@clacsoinst.edu.ar | www.clacso.org

Índice

Prólogo. La sociedad en una crisis de pinzas. La “Escuela de Jena” y la teoría crítica de la sociedad 7
Klaus Dörre

Introducción: del eurocentrismo a la sociología mundial..... 15
Esteban Torres y Guilherme Leite Gonçalves

Diálogos con la sociología crítica alemana. La visión del capitalismo, del cambio social y la superación del giro normativo

Entre el idealismo y la alienación: Habermas como suspensión de la crítica al capitalismo en la sociología alemana23
Guilherme Leite Gonçalves

El *Landnahme* capitalista de Klaus Dörre y el sistema intercapital: una aproximación comparada..... 55
Esteban Torres

La aceleración social y el motor económico capitalista: crítica a la visión del cambio social de Hartmut Rosa87
Esteban Torres

Un ruido en Frankfurt. Streeck y el regreso de la economía política en la sociología de la legitimación..... 101
Glenda Vicenzi y Guilherme Leite Gonçalves

Vivir y dejar que otros mueran: el mecanismo de la externalización
en Stephan Lessenich 121
Jacinta Gorriti

El aterrizaje de las nuevas teorías alemanas del capitalismo. Algunas interpretaciones desde América Latina

La visión del neoliberalismo de Wolfgang Streeck y su alcance en
Latinoamérica: asincronismos, paradojas y convergencias 135
Héctor Ignacio Ríos Jara

¿Capitalismo democrático en América Latina y el Caribe? 167
Ángel Vera

Financierización de la pobreza en los gobiernos de Dilma Rousseff
(2011-2016) 191
Guilherme Figueredo Benzaquen

Las organizaciones criminales transnacionales y su participación
en una nueva forma de acumulación capitalista en México 225
Luis Fernando Rodríguez Lanuza

Landnahme capitalista y acumulación por desposesión
en el conflicto armado en Colombia 255
Fabián Andrés Villarraga Peña

Hacia una nueva sociología del capitalismo desde América Latina

Las explosiones sociales en América Latina: del orden neoliberal al
mundo pos Covid-19 285
Esteban Torres

Crisis, expropiaciones y autoritarismo 325
Guilherme Leite Gonçalves

Sobre los autores y autoras 339

Prólogo. La sociedad en una crisis de pinzas. La “Escuela de Jena” y la teoría crítica de la sociedad*

Klaus Dörre

“Las sociedades modernas son sociedades de crecimiento dinámico. Independientemente de su formación, capitalista o socialista, su estabilidad relativa se basó, y se basa, en una creciente eficiencia económico-técnica y en una prosperidad material en aumento a lo largo de numerosos períodos de crisis. Sin embargo, a más tardar en la doble crisis económico-ecológica del presente, la continuidad muestra signos de ruptura. El crecimiento y el aumento del bienestar se desmoronan, el mismo crecimiento técnico-económico se convierte en un motor de la crisis. Esto vuelve a plantearle a la sociología la cuestión de las interrelaciones entre la autoestabilización dinámica y los principios de legitimación de las sociedades modernas. Posiblemente, según la tesis de los solicitantes, la lógica expansiva de constantes *Landnahmen*,¹ aceleraciones y activaciones ha cruzado un umbral

* Título original *Gesellschaft in der Zangenkrise. Die Jenaer Schule kritischer Gesellschaftstheorie*, texto inédito. Traducido de la lengua alemana al castellano por Sergio Pignuoli Ocampo.

¹ Nota del T. La traducción del término alemán *Landnahme* a la lengua castellana presenta dificultades. Por un lado, posee distintos equivalentes en esta lengua, no siendo

crítico en el que los propios imperativos dinamizadores de la modernidad capitalista están en juego”.²

Esta fue la idea núcleo de una propuesta de investigación cuyo éxito dio a los tres iniciadores –Stephan Lessenich, Hartmut Rosa y yo– la oportunidad de trabajar durante diez años en una teoría de la dinámica capitalista y los fenómenos de crisis asociados a ella. Ha surgido, en tanto, un contexto de investigación al que en ocasiones se ha denominado la “Escuela de Jena” de la crítica sociológica y teórica de la sociedad. Queda por ver si realmente merecemos el título de Escuela. Ello no quita, sin embargo, que podamos identificar al menos cinco características que distinguen el enfoque de Jena.

En primer lugar, partimos de una comprensión dinámica del capitalismo, según la cual el mayor lastre de esta formación histórica no son las crisis económicas periódicas, sino los éxitos de la socialización [*Vergesellschaftung*] capitalista. Las *Landnahmen* constantes (Dörre), la aceleración (Rosa) y la activación/eternización (Lessenich) son las categorías claves con las que hemos pretendido acceder al análisis de la dinámica expansiva capitalista.³

En segundo lugar, estos conceptos recién mencionados confluyen en una visión común sobre una constelación de época,

todos ellos congruentes entre sí, como “apropiación de tierras”, “expropiación de tierras”, “toma de tierras”, “ocupación de tierras”. El término porta, además, una larga trayectoria en la tradición marxista a partir del uso que le diera Rosa Luxemburgo originalmente y que luego fuera proseguido por distintos autores y autoras hasta la actualidad, donde autores, como David Harvey o el propio Klaus Dörre, continúan discutiéndolo y desarrollándolo. En este escenario, y a los efectos de evitar que una decisión de traducción suprima la complejidad de un problema en el que el autor del texto se inscribe, optamos aquí por mantener el término alemán original, conservando su género femenino, y sugerir a los interesados e interesadas la lectura del artículo “*Landnahme*: un concepto para el análisis de la dinámica capitalista, o: superando a Polanyi con Polanyi”, firmado por Klaus Dörre y publicado en el volumen 2, número 54, de *Política. Revista de Ciencia Política*.

² Fragmento de la fundamentación general del proyecto de Investigación DFG “Kollektive Postwachstumsgesellschaften Landnahme, Acceleration, Activation: The (De-)Stabilisation of Modern Growth Societies”, dirigido por Klaus Dörre, Stephan Lessenich y Hartmut Rosa.

³ Dörre, K., Lessenich, S. y Rosa, H. (Hrsg.). (2015). *Sociology – Capitalism – Critique*. London/New York: Verso, pp. 247-277.

históricamente novedosa, que se puede denominar *crisis de pinzas económico-ecológica*⁴ y que es provocada por una dinámica de crecimiento exitosa. La idea básica es que enfrentamos, en la actualidad, una crisis epocal que atañe a las relaciones que se establecen entre sociedad y naturaleza. La crisis está asociada con la transición hacia una nueva era de la Tierra: el Antropoceno.⁵ Esta crisis podrá considerarse superada⁶ recién cuando se haya establecido con éxito un metabolismo naturaleza-sociedad que garantice la capacidad reproductiva de las redes de vida humana y extrahumana [*außermenschlichen*]. Si esto falla, grandes áreas del planeta corren el riesgo de volverse inhabitables.

El término Antropoceno es controvertido en las ciencias de la tierra. Designa un desarrollo histórico de la Tierra que ha convertido a la humanidad en el factor más importante de la reproducción de la naturaleza extrahumana.⁷ Dicha categoría afirma que la humanidad puede destruir sus propios medios de vida, pero también que tiene en sus manos la posibilidad de establecer un metabolismo sociedad-naturaleza⁸ capaz de superar la relación instrumental con los recursos naturales y con los seres vivos no-humanos [*nichtmenschlichen*]. El grupo de Jena ha transferido estos conocimientos a las sociedades modernas. Dado que la alteración del metabolismo de la Tierra

⁴ N. del T. Se agrega bastardilla porque se trata de la primera mención de un concepto importante.

⁵ Crutzen, P. J. (2019). *Das Anthropozän*. München.

⁶ N. del T. El autor emplea el verbo *überwinden* para denotar la acción de sobrepasar situaciones críticas, se opta por volcarlo al castellano con el verbo superar, debido a la equivalencia que guarda con el término original. Se deja constancia de que en ningún momento del texto de Klaus Dörre utilizó el verbo *aufheben* de marcada ascendencia dialéctica.

⁷ Ellis, E. C. (2020) *Anthropozän. Das Zeitalter des Menschen – eine Einführung*, p. 7.

⁸ El concepto de metabolismo tiene su origen en el naturalista Justus von Liebig. El metabolismo “capta el complejo proceso de intercambio bioquímico por el que un organismo (o una célula concreta) extrae material y energía de su ambiente y los transforma en componentes básicos del desarrollo a través de diversas reacciones metabólicas”. Marx utiliza este término para conceptualizar el trabajo como un proceso vital que implica la reproducción de los recursos naturales. V. Foster, J. B. (2000). *Marx’s Ecology. Materialism and Nature*. New York, p. 160.

es causada casi exclusivamente por las sociedades capitalistas en el presente, hay científicos sociales, como Jason Moore, que consideran que el término Capitaloceno es más apropiado. No se trataría solo de otra “gran crisis” de acumulación del capital, sino de una ruptura en la historia de la civilización humana. En nuestra opinión, sin embargo, tal afirmación no es en absoluto suficiente para entender adecuadamente el carácter epocal de la fractura.

En nuestro número especial de *Berliner Journal für Soziologie* del año 2019 se publicaron los resultados de las investigaciones de distintos colegas y se presentó como novedad la idea de que la presión transformadora ya alcanzó a los sectores clave de los modelos económicos e industriales nacionales y, con ellos, a la vida cotidiana de las personas. Objetivos como la descarbonización completa de la economía para el año 2050 están obligando a los países tempranamente industrializados, pero también a las grandes economías emergentes, a realizar cambios drásticos en sus modos de producción y en sus estilos de vida. Estas sociedades enfrentan el desafío de una “revolución de la sustentabilidad” (Dörre). Cuanto más tiempo se dilapide en “externalizar” los costos sociales y ecológicos de la prosperidad social (Lessenich), tanto más rápido se reducirá el futuro de las sociedades (Rosa), es decir, tanto más rápido se reducirá el tiempo del que disponemos para dar un giro hacia la sustentabilidad.

En tercer lugar, compartimos la convicción de que de la fractura de las relaciones entre la sociedad y la naturaleza solo puede sanarse superando la compulsión sistémica a la constante *Landnahme*, a la aceleración y la activación, direccionando los procesos de cambio hacia sociedades poscapitalistas. Para tener una brújula que señale el camino, hemos vuelto a utilizar una serie de categorías claves que actúan, en cierto modo, como contraconceptos *de* o conceptos contrarios *a* los imperativos de la dinamización. El socialismo sustentable y democrático-ecológico (Dörre), la solidaridad en la sociedad mundial (Lessenich) así como la resonancia y las experiencias de autogestión [*Selbstwirksamkeitserfahrungen*] (Rosa) son las referencias categoriales a partir de las cuales se aborda la

búsqueda de una “salida de emergencia” a la fractura crítica que se están mencionando.

En cuarto lugar, para cumplir con los propósitos indicados, hemos desarrollado una metodología específica que pretende tener en cuenta la complejidad de la fractura crítica. Lo denominamos “principio de controversia constructiva”. Este principio permitió a los investigadores e investigadoras convertir la crítica mutua, influida por numerosos pares y colegas de renombre, en una fuerza sistemática, productora de pericia sociológica. Esta modalidad de trabajo posibilita la elaboración de procesos inacabados y abiertos de cambio social a través de experimentos sistemáticos de pensamiento y aproximaciones discursivas. Las controversias constructivas aportan un acceso a los campos temáticos centrales en los cuales el trabajo, el Estado (de Bienestar), los estilos de vida y la democracia se vinculan con la problemática del crecimiento, facilitando así una definición más precisa de los contornos de las “sociedades del postcrecimiento” [*Postwachstumsgesellschaften*].

En quinto lugar, el modo de trabajo dialógico se practica en una red que incluye a científicas y científicos de todos los continentes. Este enfoque debería ayudar a superar gradualmente el pensamiento eurocéntrico. En este sentido, siguiendo a Michael Burawoy, nos consideramos partidarios de una sociología pública que no se quede en diagnósticos abstractos sobre los problemas, sino que cultive un diálogo intenso con los y las representantes de la política, los sindicatos, los movimientos climáticos, las ONG y otros actores de las sociedades civiles democráticas.

Los dos editores de este volumen, Esteban Torres y Guilherme Leite Gonçalves, han hecho una contribución excepcional a nuestra red. Debo a ambos un agradecimiento, que también adquiere ribetes más personales. Guilherme fue *fellow* del Grupo de Investigación “Sociedades del poscrecimiento” [*Kolleg Postwachstumsgesellschaften*] y organizador de una gira de conferencias en Brasil que me llevó a San Pablo, Río de Janeiro y Caxambu. Con Esteban conversamos con entusiasmo desde hace un tiempo, y fue el responsable de una

invitación al Congreso de CLACSO de Buenos Aires,⁹ que me permitió compartir mis ideas en un estadio de fútbol, por primera vez en mi vida. Fueron momentos inolvidables que han quedado profundamente grabados en mi memoria y que han ampliado mi visión de los conflictos sociales en América Latina. Desde entonces, hemos realizado varias publicaciones conjuntas, como el libro *Marx 200 años. Presente, pasado y futuro*, editado por CLACSO, que documentan nuestra productiva colaboración.

A partir del diálogo con Esteban Torres y Guilherme Leite Gonçalves hemos podido dar a conocer nuestras reflexiones en América Latina. Estamos muy contentos de ello. Y, va de suyo, es importante que ambos colegas nos señalen las anteojeras eurocéntricas que llevan puestas nuestras reflexiones ¡Solo podemos beneficiarnos de ello! El hecho de que nos atribuyan la condición de “Escuela” nos honra, pese a que realmente no sepamos si merecemos tal distinción. Sin embargo, el trabajo de ambos, atento a nuestros enfoques, demuestra que los principios básicos que venimos desarrollando ya no están circunscriptos a Jena.

De este modo, las cinco características mencionadas constituyen la esencia de una perspectiva que hace tiempo ha dejado de limitarse a Jena en términos socioespaciales y que sigue existiendo, más allá del Grupo de Investigación “Sociedades del poscrecimiento”, que terminó su trabajo en marzo de 2021. Stephan Lessenich es ahora director del renombrado Instituto de Investigación Social de Frankfurt, Hartmut Rosa dirige el *Weber-Kolleg* de Erfurt y es el responsable del *Sonderforschungsbereich zum Strukturwandel des Eigentums* [Centro de Investigación Colaborativo sobre la transformación estructural de la propiedad]. Yo me estoy acercando al final de mi carrera académica oficial y observo con gran interés si realmente ha surgido una “Escuela de Jena” y si una “segunda generación” se hará un nombre.

⁹ N. del T. Aquí el autor se refiere a la 8ª Conferencia Latinoamericana y Caribeña de Ciencias Sociales y Primer Foro Mundial de Pensamiento Crítico, organizado por CLACSO en Ciudad Autónoma de Buenos Aires entre los días 17 y 23 de noviembre de 2018.

En cualquier caso, más allá de si resulta suficiente lo que hemos hecho hasta aquí para conformar una “Escuela”, o si realmente no lo es, lo determinante es que el mundo se encuentra inmerso en la ruptura dramática que vengo comentando. Por eso, las sociólogas y los sociólogos no pueden refugiarse en una torre de marfil. Deben utilizar todos los medios que pone a su alcance la disciplina y deben cooperar más allá de las fronteras de los Estados y los continentes. Con su trabajo, y con este libro, Esteban Torres y Guilherme Leite Gonçalves están realizando un gran aporte a dicha tarea de cooperación internacional. ¡Por eso les debemos a ambos nuestro mayor agradecimiento!

Jena, Alemania, 21 de abril de 2021.

Introducción: del eurocentrismo a la sociología mundial

Esteban Torres y Guilherme Leite Gonçalves

I

Con el presente libro buscamos avanzar en el cumplimiento de dos propósitos. El primero de ellos consiste en potenciar el diálogo con la sociología crítica alemana, y muy en particular con la colectividad sociológica de izquierdas más vigorosa de la actualidad en Europa. Nos referimos a lo que a estas alturas podría llamarse la “Escuela de Jena”. La fuerza contenida en este grupo sociológico, cuyos referentes centrales son Klaus Dörre, Stephan Lessenich y Harmut Rosa, se expresa en dos rasgos nucleares que los caracteriza. Estos atributos se relacionan con la capacidad que vienen demostrando para renovar con éxito su propia tradición emancipatoria nacional –en el marco de un escenario histórico adverso–, y con la voluntad de abrir sus proyectos intelectuales a un movimiento sociológico mundial, en buena medida desconocido para Europa, que contempla las creaciones intelectuales de América Latina (no siempre traducidas al inglés y rara vez al alemán). A partir de esta última inclinación, que también activan en un momento mundial realmente desfavorable, de creciente competencia entre países ricos y pobres, nuestros

colegas alemanes están logrando actualizar las pretensiones de universalidad algo más parroquiales de la llamada sociología clásica. En los dos primeros bloques del libro nos ocupamos de alimentar esta comunicación intercontinental, sin ahorrarnos las críticas constructivas y el esbozo de algunas soluciones que consideramos superadoras, y que esperamos que puedan contribuir a enriquecer el intercambio.¹ El segundo de los propósitos que encierra el libro apunta al avance en la laboriosa formulación de nuevas teorías del capitalismo y del cambio sociohistórico *desde y para* América Latina, atentas a la singularidad regional, pero igualmente comprometidas con la explicación del devenir mundial y con la suerte de las mayorías populares del Globo. Los trazos del ejercicio creativo que ponemos en marcha están presentes en varios de los textos que componen este libro colectivo.

En cualquier caso, estamos persuadidos de que la renovada mundialización del espíritu universalista, que vibra en las ciencias sociales de ambos lados del océano atlántico, junto al reconocimiento de una base de problemas materiales comunes al mosaico entero de la sociedad mundial, convierten al diálogo sociológico de este libro en una práctica imprescindible para la supervivencia actual de la galaxia descompuesta de las izquierdas. ¿Quién podría dudar a estas alturas, cumplido exactamente un año de la mundialización de la crisis del Covid-19, que el porvenir incierto de cada localización en la sociedad mundial esta cada día más ligado a la evolución de las restantes? Este nivel de entrelazamiento y de interdependencia material de los países, que hoy se exhibe en su descarnada desnudez, debería tener su correlato en nuevos formatos de diálogo mundial

¹ Los autores que escriben en el segundo bloque del libro han participado como alumnos destacados del curso de posgrado “Teorías del capitalismo. Una aproximación desde América Latina”, que ambos dictamos a lo largo de 2018 en el Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO). Se trata de colegas y estudiantes de posgrado de diferentes generaciones. Los artículos que finalmente presentaron fueron desarrollados a partir de nuestras sugerencias y bajo nuestra supervisión.

orientados a la identificación de necesidades y de problemas comunes o complementarios a las diferentes sociologías nacionales.

Uno de los grandes desafíos que tenemos por delante, latinoamericanos/as y alemanes/as, es la recuperación de una economía política para la sociología de izquierdas. Para poder avanzar con esta empresa necesitamos recuperar a las teorías del capitalismo como motor de la sociología. Sin una explicación contundente de las dinámicas de desenvolvimiento económico de las sociedades no hay posibilidad de comprender el devenir de los procesos de cambio social mundial, y menos aún de imaginar hacia el futuro algunas alternativas societales superadoras. Frente a esta necesidad común de renovación intelectual, la sociología alemana viene haciendo aportes significativos. De este modo, desde América Latina, vale la pena prestarles atención. Dado el propósito del presente libro, aquí dejaremos de lado los detalles de la trágica historia que determina la expulsión de la economía política del universo sociológico en los países latinoamericanos. Nos ocuparemos, en cambio, de rescatar algunos aspectos que dan cuenta de la emergencia del nuevo liderazgo de la “Escuela de Jena” en la sociología crítica alemana. Es la historia reciente y la identidad sociológica de este polo colectivo europeo las que permiten explicar porqué, en los últimos años, venimos progresando de forma sostenida en un diálogo novedoso y fecundo.

II

El giro normativo habermasiano dentro de la Escuela de Frankfurt empujó a la teoría sociológica alemana, si no a un contexto conservador, ciertamente hacia una positividad compulsiva que subsumió los impulsos imaginados de emancipación al marco restringido de las instituciones liberales. Este giro se completó con la expulsión del capitalismo como categoría analítica para el análisis sociológico, y, más en general, con la externalización de la economía política como un todo. Obviamente, el impacto de Habermas no se limitó a

las fronteras alemanas. Su acogida en América Latina también fue considerable. La proliferación de la recepción regional del sociólogo alemán se explica en parte por el hecho de que permitió alimentar la apuesta culturalista y microsocia, de baja intensidad, de la agenda democrática posdictatorial de las ciencias sociales latinoamericanas, que ya venía progresando a duras penas como un proyecto social y político derrotista pero intelectualmente dominante. De este modo, Habermas logra convertirse en un autor influyente en la década de 1990 porque su visión normativa se puso al servicio del núcleo de intereses ya consolidados del *mainstream* del pensamiento latinoamericano desde principios de la década de 1980.

Lo cierto es que tuvimos que esperar hasta la globalización de la crisis financiera de 2008, la ola de integración desde abajo de América Latina (2003-2015), y la gran recesión europea (2011 en adelante), para que el tablero de la sociología latinoamericana y europea comenzara a sacudirse, generando así las condiciones para poder proclamar con relativo éxito el retorno de la centralidad de la economía. En Alemania, la gran recesión tuvo un efecto mayúsculo. La Unión Europea fue incinerada por la crisis de la deuda pública de la eurozona. La desigualdad y la austeridad se combinaron en medio de una explosión de indignación y de bloqueos de las fuerzas democráticas. En este punto, para el campo académico alemán, quedó bastante claro que “ya no era posible edificar una teoría de la democracia sin una economía política”. Estas palabras de Wolfgang Streeck resonaron en Frankfurt. Al mismo tiempo, tal como insinuamos, nació en Jena un proyecto ambicioso para reorientar la sociología alemana en su conjunto.

Tras décadas de apatía y desánimo en el país germano respecto a la capacidades nacionales para explicar las múltiples crisis experimentadas desde 1970, Klaus Dörre, Stephan Lessenich y Hartmut Rosa reclamaron un esfuerzo científico colectivo para promover el resurgimiento de una sociología crítica y comprometida. En su manifiesto liminar, en 2009, los tres autores sostuvieron que en la sociedad contemporánea el capitalismo es, ante todo, la forma autónoma de acumulación de beneficios privados y que los diagnósticos

sociológicos de las sociedades, si pretenden ser considerados “críticos”, deben dar cuenta de los cambios económicos y sus consecuencias sociales. A partir de la intervención pública mencionada, hace ya más de una década, este núcleo sociológico heterodoxo localizado en el Este alemán se fue elevando gradualmente. En la actualidad su programa de investigación colectivo cubre una amplia gama de tópicos de tradición crítica, que incluye estudios sobre la alienación social, sobre las dinámicas de acumulación de capital, sobre la transformación del estado, sobre el futuro de las izquierdas, sobre los procesos de aceleración social, y sobre los procesos de cambio societal en general. En este sentido, tal como sugerimos arriba, el grupo de Jena logró convertirse en el portador central de las pretensiones universalistas de la sociología clásica alemana. Sin embargo, su afán de generalización se ve atenuado a veces por los límites de sus hipótesis (cuando se restringen a la producción de diagnósticos sobre el capitalismo de los países centrales o incluso exclusivamente sobre Alemania), mientras que logra realizarse de un modo más acabado cuando consigue ensanchar el diálogo con los/as investigadores/as de la periferia mundial. Este intercambio multinacional está generando un creciente interés por el conocimiento de tradiciones críticas no europeas, que incluyen, por ejemplo, a las corrientes autonomistas de la sociología latinoamericana, con sus variadas teorías de la dependencia y del desarrollo, a las teorías de la acumulación primitiva, entre otras tantas.

III

En el campo de las ciencias sociales de América Latina nos estamos volcando de modo creciente a la comprensión de los procesos de cambio social en las diferentes esferas de la sociedad mundial, a partir de la creación de nuevas perspectivas del capitalismo. En nuestro caso, estas dinámicas de experimentación colectiva tienen su epicentro desde 2016 en el Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales

(CLACSO), y en particular en el Grupo de Trabajo “Teoría Social y Realidad Latinoamericana”, que actualmente congrega a cerca de 40 investigadores/as de diferentes procedencias. El proceso de innovación teórica que desplegamos en dicho espacio viene coincidiendo en buena medida con la propuesta de trabajo de los colegas de Jena. De este modo, tanto CLACSO, en América Latina, como el programa de investigación encabezado por Klaus Dörre en el Instituto de Sociología de la Universidad de Jena, se han constituido en dos espacios receptivos y abiertos a la promoción de intercambios intelectuales entre científicos/as sociales latinoamericanos/as y alemanes/as, congregados/as a partir del interés común por renovar la sociología de izquierdas sin olvidar la tesis 11. Creemos que el presente libro es una estación luminosa de este trayecto que venimos transitando juntos.

Por estos días, pareciera que la coyuntura sociológica mundial, insuflada de nuevos bríos y oportunidades de renovación, se desenvuelve en una dirección contraria a la trágica desventura de la coyuntura social mundial. Sin dudas que uno de principales desafíos que tenemos por delante consistirá en conseguir reducir la brecha existente entre la sociología y la política del cambio social.

Córdoba, Argentina / Río de Janeiro, Brasil
Marzo de 2021.

Diálogos con la sociología crítica alemana

La visión del capitalismo, del cambio social y la superación del giro normativo

Entre el idealismo y la alienación: Habermas como suspensión de la crítica del capitalismo en la sociología alemana*

Guilherme Leite Gonçalves

No es reciente el debate acerca de los avances o retrocesos que el famoso giro anti-productivista del pensamiento sociológico generó en el campo de la investigación en ciencias sociales desde 1960/1970 (Dörre, 1990). Influido directamente por el denominado *giro lingüístico*, aquel marcó de forma decisiva a la teoría social contemporánea, desde Goffman a Latour, pasando por todo el estructuralismo francés. Su impacto no fue menos para la tradición crítica alemana, por el contrario, esta se vio profundamente transformada. La mayor expresión de esta transformación se originó en el seno de la Escuela de Frankfurt con base en las elaboraciones de Jürgen Habermas.

A diferencia de lo sucedido con otras orientaciones del pensamiento social, en el caso de la teoría crítica alemana el giro anti-productivista se efectuó por medio de un ejercicio especulativo, que consistió en oponer entre sí las categorías *trabajo* e *interacción* con la intención de restringir el valor explicativo y transformador

* El artículo corresponde a la segunda parte de Gonçalves, G. L. "Marx está de volta. Um chamado pela virada materialista no campo do direito". *Revista Direito y Praxis*, 5(9), 2014, pp. 301-341. Traducción al castellano de Marcela Godoy.

de la primera dimensión en favor de la segunda. Para lograr tal movimiento, Habermas terminó respaldando el reduccionismo vulgar que toma el marxismo por economicismo, haciendo retroceder las conquistas analíticas de la reflexión de Marx. Bajo estas condiciones, el giro anti-productivista de tipo habermasiano acarreó para la teoría crítica, como se verá, tanto el “olvido” del capitalismo, apartándolo del centro de su análisis, como la idealización de la esfera jurídica –un complejo de normas supuestamente desacoplado de las relaciones capitalistas– como medio emancipatorio. Las consecuencias de esa reorientación persisten hasta hoy, contribuyendo de modo significativo a bloquear el flujo de la crítica del capitalismo en la sociología alemana. Se trata de un bloqueo que es producto del cambio de orientación de la teoría crítica hacia el idealismo jurídico.

Para comprender ese cambio, en primer lugar, pretendo recorrer los fundamentos filosóficos y sociológicos que impulsaron la formulación que distingue trabajo e interacción. Enseguida, analizaré cómo Habermas transformó dicha formulación en un marco para la conversión de la teoría crítica en idealismo. Por último, demostraré de qué forma esta conversión dio lugar a que el círculo del discurso habermasiano se cerrase dentro del proyecto liberal.

1. Certificación habermasiana de la ortodoxia: la reducción de la categoría trabajo

Para analizar la conversión que acabamos de señalar, es preciso, antes, entender cuál fue el principal avance de la crítica de Marx, que Habermas comenzó a soslayar desde 1960. Según Marx, el trabajo es la síntesis del desarrollo de un producto histórico y, como tal, abarca no solo “el propio acto de producción” que “transforma las condiciones objetivas”, sino también la cooperación social entre las personas, “creando nuevas fuerzas y representaciones, nuevos modos de comunicación y lenguaje” (Marx, 1983, p. 402). Indica, por lo tanto, un proceso amalgamado socialmente donde las actividades

instrumentales del sujeto sobre la naturaleza se integran a un plexo de mediaciones entre los productores. Significa, en otras palabras, la realización social de la fabricación de productos, lo que implica pensar el trabajo como la unidad en la que se articulan el acto productivo (mundo de la objetividad) y la relación por parte de quienes producen (mundo de la subjetividad). No hay, por lo tanto, trabajo sin interacción, externo a la praxis social. La categoría “trabajo” comprende, en ese sentido, una totalidad de movimientos políticos, económicos y técnicos, en el que se conjugan las partes integrantes y constitutivas de la totalidad social.¹

Habermas desatendió, en cambio, la radicalidad y la riqueza del análisis de Marx, lanzándose a una empresa especulativa destinada a reducir la envergadura, fuerza analítica y potencialidad de la categoría trabajo.² El primer paso dado por el autor en ese sentido fue remover las variables relativas a la dimensión de la mediación simbólica y relacional contenida en la categoría analizada, de modo de simplificar la representación sociológica del significado del trabajo. Para ello, la reflexión de Marx debió someterse a un reduccionismo economicista de dos formas. Por un lado, Habermas le atribuyó a Marx la definición de trabajo que en verdad no es más que su propio modelo; según este modelo, trabajo sería únicamente el metabolismo del hombre con la naturaleza, quedando reducido por lo tanto, a las acciones instrumentales necesarias para la existencia humana, que son indiferentes a las

¹ La noción de totalidad fue formulada por Marx (1983, p. 34) en los siguientes términos: “el resultado al que llegamos no es que la producción, la distribución, el intercambio y el consumo son idénticos, sino que ellos son elementos de una totalidad, diferencias dentro de una unidad”. Y más, “una producción determinada, por lo tanto, determina un consumo, una distribución, y un intercambio específico, así como ciertas relaciones de esos diferentes factores entre sí. Desde luego que también la producción en su forma unilateral, está a su vez determinada por los otros factores”.

² Existe una vasta literatura crítica acerca de la interpretación que ofrece Habermas de la categoría trabajo. Ver, entre otros, Antunes (2009), Bachur (2006), Cassano (1971), Haddad (1999), Hahn (1974), Nascimento (2009), Postone (1995), Ritsert & Rolshausen (1971), Rohrmoser (1974), Rüdtenklau (1982) y Therborn (1974).

formas de la sociedad.³ Por otro lado, Habermas vació de contenido las consideraciones marxianas sobre las relaciones de producción y los derechos de propiedad en el proceso de distribución de las mercancías y apropiación de la riqueza, argumentando que, para Marx, estos serían prefijados por las posiciones dadas en el propio sistema productivo bajo la forma del trabajo asalariado.⁴ La combinación de ambos razonamientos, permitió a Habermas inferir que, para la teoría marxiana, el lugar de la síntesis social se encuentra determinado por el proceso de producción, al cual el espacio de la interacción estaría subordinado. Por consiguiente, dicho proceso sería comprendido únicamente por el conocimiento técnico entre sujeto y naturaleza (Habermas, 1968, p. 58).

Esta relectura habermasiana de Marx es más compleja de lo que puede parecer inicialmente, ya que parte de registros no ortodoxos para, sin embargo, terminar ratificando la misma interpretación de la ortodoxia marxista. Así, Habermas pretende innovar al interior de los estudios marxianos, y saca de Marx no uno, sino dos postulados sobre la síntesis social. Al primer postulado lo denomina “síntesis mediante el trabajo” (Habermas, 1968a, pp. 75-77). Para Habermas, en este plano, Marx justificaría la emancipación con base en el progreso de las fuerzas productivas, las cuales permiten la disposición del hombre sobre la naturaleza (p.71). Para superar la violencia externa natural, la emancipación aquí mencionada dependería, de acuerdo con Habermas, solo de la acumulación de acciones instrumentales que controlan los resultados, en definitiva, del desarrollo del conocimiento científico y

³ Tal definición se encuentra, por ejemplo, en Habermas (1968a, p.38; 1968b). Para una crítica de la apropiación de la categoría de trabajo de Marx por Habermas con el fin de servir a su propio modelo, ver Hahn (1974, pp. 228-229).

⁴ Conforme a la relectura de Habermas (1968a, p. 74) sobre Marx: “la distribución de los ingresos depende manifiestamente de la distribución de las posiciones en el sistema del trabajo social; la variable independiente es la ‘posición en el proceso de producción’: como un individuo que participa en la producción bajo la forma de trabajo asalariado lo hará en forma de salario de los productos, la organización de la distribución está totalmente determinada por la organización de la producción”. Para un análisis de cómo eso llevó a un vaciamiento de la dimensión relacional y simbólica de la categoría trabajo ver Antunes (2009, p. 156), Haddad (1999, p. 20), Kisiel (1974, p. 299), Rüdtenklau (1982, p. 167) y Therborn (1974, pp. 252-255).

tecnológico (p. 72). Precisamente, este conocimiento se correspondería con una ciencia natural del hombre (“asombrosamente positivista”, para Habermas), que conduciría no solo a la reapropiación técnicamente consciente del acto que había sido objetivado, sino también a la liberación del trabajo necesario gracias a las nuevas tecnologías y su reemplazo por las máquinas (pp. 63-69).

Habermas (p. 69) admite, sin embargo, que la síntesis mediante el trabajo no ha sido el único camino indicado por Marx. El segundo postulado tomado de Marx refiere a lo que Habermas (p. 83) ha designado como “síntesis por la lucha de clases”. A partir de la cita de un extracto de los *Grundrisse*, Habermas (p. 69) muestra que la reflexión marxiana no solo habría defendido, sino que, en determinado momento, también rechazado la idea de que el avance tecnológico sería suficiente para “la liberación de un sujeto total autoconsciente que domina el proceso de producción”. A partir de ese rechazo, Habermas (1968a) concluye que Marx sugirió la existencia de una esfera que es complementaria a la relación de la acción instrumental del hombre frente a la naturaleza. Se trata de la esfera de las interacciones entre individuos, mediadas simbólicamente e institucionalmente por normas y por la tradición cultural. Tal esfera sería el espacio en el cual quedarían fijadas las condiciones y los términos de la integración. De ahí que correspondería a ella la dimensión del poder, de la violencia social y de la dominación política; al prescribir competencias y obligaciones, ordenaría los grados de represión a ser aplicados para cada uno de los miembros de la sociedad (Habermas, 1968, pp. 69-75). Por todo esto, para Habermas (1968a, p. 74), el ámbito de la interacción sería el lugar de los antagonismos de clase descritos por Marx.

El problema de la argumentación habermasiana es que, aunque en sí misma no es ortodoxa ni reduccionista, ignora el principal avance crítico de los estudios marxistas, a saber, la noción de *totalidad social* involucrada (Antunes, 2009, p. 158; Rüdtenklau, 1982, pp. 210-220). Habermas ve dos versiones (o dos procesos), donde, en realidad, hay una “estructura total” que se desarrolla dialécticamente (Rüdtenklau, 1982, p. 211). El autor incluso reconoce que, a través del

concepto de praxis social, Marx buscó unificar las dos esferas, pero tal empresa demostró ser inútil, sostiene Habermas, porque este concepto no habría asumido la posibilidad de una síntesis por la interacción, habiendo los elementos interactivos y simbólicos en el modelo marxista quedado subordinados al que Habermas ha denominado síntesis mediante el trabajo (Habermas, 1968a, pp. 72–76). En este sentido, Habermas concluye que Marx habría reconducido el momento de la intersubjetividad a la actividad productiva, cuyas etapas y posiciones serían determinantes de las relaciones que tal actividad podría generar. De este modo, a pesar del desarrollo argumentativo no-ortodoxo, la conclusión habermasiana es completamente ortodoxa (Nascimento, 2009, p. 77).

2. Caminos tortuosos del proyecto habermasiano: exclusión del capitalismo del centro del análisis, vaciamiento de la economía política y la filosofía de la crisis de la sociedad del trabajo

La conclusión ortodoxa de Habermas solo fue posible debido a la contracción de la categoría trabajo. Habermas tiene razón cuando afirma que la síntesis social concebida por Marx se da por el trabajo. Sin embargo, para Marx (2013, p. 61), trabajo es el “doble carácter representado en la mercancía”, en el que, “de un lado, está el gasto de la fuerza humana de trabajo en un sentido fisiológico que, debido a esta característica de trabajo humano igual o abstracto, constituye el valor de la mercancía, pero todo trabajo es, de otra parte, el gasto de la fuerza humana de trabajo, en una forma de realización de fines, que en razón de esa característica de trabajo útil y concreto, produce valor de uso”. Habermas excluye la primera parte de la definición. Con eso, ignora la forma-valor del producto del trabajo, “la forma más abstracta y también más general del modo de producción burgués, que por este medio es caracterizado como un tipo específico de producción social y, simultáneamente, como un tipo histórico” (Marx, 2013, p. 95).

En la forma-valor se encuentra el carácter igual y abstracto del trabajo que es la condición para la apropiación del valor excedente producido por los trabajadores en relación al valor de la fuerza del trabajo (la plusvalía). Se trata, por lo tanto, de un fenómeno de mediación social entre los hombres que, al imprimir un acto apropiador del tiempo del trabajo del productor directo, emerge como una relación de explotación. Esta relación está inscrita en la mercancía por la forma-valor (p. 56). Al suprimirla, tornando la noción del trabajo un mero producto de la acumulación de una mayor productividad y tecnología, la interpretación habermasiana incurre en el mismo error que Marx observó con respecto a la economía política burguesa: “trata la forma-valor como algo totalmente indiferente o exterior a la propia naturaleza de la mercancía” (p. 95). Por eso, tiene razón Postone (1995, pp. 234-235) cuando interpreta que para Habermas trabajo es “una categoría de riqueza casi natural, trans-histórica y técnica”. Al eliminar su carácter histórico, la relectura dicotómica habermasiana no ve el problema del trabajo abstracto y, en consecuencia, la génesis de las relaciones (sociales) capitalistas y las estructuras de reificación que las ocultan por su mismo carácter abstracto (De Giorgi, 1998, p. 132). En la propuesta de Habermas, no es posible identificar que el proceso productivo está socialmente integrado y que la relación de explotación está determinada y, al mismo tiempo, actúa sobre la producción como uno de sus determinantes. En la medida en que Habermas separa artificialmente lo que históricamente se ha desarrollado de manera indivisible, pierde el referencial de entrelazamiento entre la producción de mercancías y la sociedad y, asimismo, el sensor que permite identificar las relaciones propias del capitalismo. La consecuencia es obvia: el capitalismo queda excluido del centro del análisis.

Como se ve, la empresa habermasiana en contra de la categoría trabajo no se agota en la negación de su valor explicativo, sino que también rechaza su potencial para fundar un proyecto emancipatorio. Ya se demostró que el primer paso de Habermas en esa dirección fue reducir la categoría en cuestión al espacio de la actividad

productiva del individuo, quedando así sujeta a la disponibilidad técnica del dominio sobre la naturaleza, donde la acción instrumental sería predominante. Habermas (1968a, pp. 60-68) concluye que, bajo esas condiciones, la emancipación (que puede ser inferida del pensamiento marxista) se limitaría a la superación de la violencia natural externa en base a la construcción de un saber técnicamente aprovechable. Según el autor, si bien este saber tendría importancia particularmente para las transformaciones estructurales del sistema productivo, aun así estaría supeditado a una instancia (auto) reflexiva que, para Habermas (p. 68), Marx se la atribuyó a la economía política, dándole el nombre de “ciencia natural del hombre”. En tanto ciencia natural, Habermas (1968a) afirma que la economía política es incapaz “de investigar el proceso histórico-natural de autoproducción del sujeto social y de llevarlo a la conciencia”, porque, al estar circunscripta a la investigación experimental, se legitimaría únicamente por la prueba de adecuación del conocimiento técnico con sus procedimientos metodológicos. La economía política sería según este planteo, un saber puramente positivista, que no se pregunta por los “intereses rectores del conocimiento” como condición de este último. En suma, Habermas (pp. 85-87) alega que la economía política de Marx no constituye una teoría crítica.

El vaciamiento habermasiano de la crítica marxiana de la economía política no puede pensarse sin tener en cuenta el reduccionismo sobre el concepto de trabajo de Habermas. Si, como Marx (2013, pp. 85-98), Habermas hubiese identificado el carácter interaccional y relacional del trabajo, reconocería, en su forma abstracta inscripta en la mercancía, el proceso de fetichización que torna irreconocible la desigualdad y el conflicto entre los productores (los trabajadores y los propietarios capitalistas). Por estas condiciones (muy diferentes de las descritas por Habermas), el trabajo contiene en sí el antagonismo de las clases y, por consiguiente, las condiciones para la lucha de clases. De ahí que es posible inferir del Prefacio de la segunda edición del primer volumen de *El Capital*, en el segmento donde Marx (2013, pp. 21-22) expone el grado de conciencia teórica

de la clase del proletariado y de la burguesía alemana, dos tipos de economía política. La primera es la *ciencia burguesa de la economía política*, que como se dijo antes, busca excluir la forma-valor (y, por lo tanto, la relación de explotación) de la naturaleza de la mercancía, describiendo la mercancía solo como riqueza. La segunda es la *crítica de la economía burguesa* desplegada por el proletariado una vez que este pasa a poseer una conciencia teórica de clase lo suficientemente firme como para desenmascarar la forma de la mercancía del trabajo como fetichismo e ideología. Habermas redujo toda la economía política al primer tipo y, con eso, creó el camino para expurgarla de la teoría crítica.

Esto fue posible porque, teórica y artificialmente, Habermas suprimió de la categoría trabajo su carácter de mediación entre la clase que produce y la que acumula, y, por tanto, su contenido de lucha de clases, que lleva, en su dialéctica histórica-materialista, el potencial emancipador de la superación de los antagonismos. El autor justificó tal ejercicio intelectual apelando a un marco de análisis que, hasta hoy, reivindica una posible crisis de la sociedad del trabajo y de sus energías utópicas.⁵ En los años 1970/1980, un conjunto de trabajos se afirmaron en interpretaciones que le han atribuido al advenimiento del Estado de Bienestar un rol apaciguador de la lucha de clases. A lo largo del tiempo, estos trabajos fueron desarrollándose sobre la base de lecturas: que suponen la insuficiencia de la teoría del valor de Marx para explicar el capitalismo tardío; que creen superada la previsión marxiana de la pauperización del proletariado y, además, anuncian su final; que mistifican el desarrollo tecnológico como factor de autonomía de la riqueza material en relación al trabajo, etcétera.⁶

⁵ Solo por mencionar algunas obras fundamentales, ver Habermas (1973; 1985a) y Offe (1989).

⁶ La literatura sobre el supuesto agotamiento de la sociedad laboral es vasta y, sobre todo, se concentra en la filosofía y la teoría social. Una sistematización de las diversas perspectivas y el diálogo con las más influyentes de ellas, que defendieron el fin del proletariado (Gorz, 1982), puede ser encontrada en Giddens (1985).

Para cuestionar la plausibilidad de tales lecturas, bastaría con analizar los datos que describen la situación actual del trabajo⁷ o bien, la relación entre precariedad y financiarización inaugurada con el nuevo sistema de acumulación, cuyo diseño comenzó en 1973 (Bescherer, 2013; Pradella, 2010; Schröder y Urban, 2014). De los diversos argumentos esgrimidos en los últimos años, Munck (2004, p. 243) pudo sintetizar el más obvio: mientras la filosofía y la teoría sociológica decretaban el fin del proletariado, “la realidad social subyacente mostraba que la clase trabajadora mundial había doblado su cantidad entre 1975 y 1995”.⁸ Es todavía más grave el problema de coherencia de las lecturas referidas, porque descartan diagnósticos sociológicos que le son contemporáneos, aunque estos sigan una dirección completamente opuesta a la de sus conjeturas. En ese sentido, no sería posible comprender la situación de la clase trabajadora en el Estado de Bien-Estar europeo sin tener en cuenta una serie de variables que muestran las contradicciones internas. Las principales fueron apuntadas en numerosos estudios empíricos, sobre el papel que los programas de trabajadores inmigrantes (*Gastarbeiter*, en la jerga de la antigua Alemania occidental) han tenido a la hora de sostener la relación desproporcional entre ganancias y salarios, permitiendo la tasa de explotación necesaria para la expansión del capital.⁹ No menos importante fue la interesante reflexión acerca de

⁷ De acuerdo con el Reporte Global sobre los Salarios de la OIT (2013, p. 68), el número de los trabajadores pobres en los EUA en 2011 alcanzó el 7,2%; en Europa, el 8% de los empleados ya pueden estar considerados en situación de riesgo de pobreza. En relación a las economías en desarrollo, el estudio afirma que, de un total de aproximadamente 209 millones de trabajadores, cerca de 23 millones ya ganaban en diferentes períodos de 1997 a 2006 por debajo de 1,2 USD/día y 64 millones, menos de 2 USD/día (OIT, 2013, p. 39).

⁸ Para obtener otras referencias que explicitan ese carácter especulativo de la tesis sobre el fin de la sociedad del trabajo, ver Cardoso (2011), Pradella (2010) y Therborn (2012).

⁹ Ver, en ese sentido, el dossier de la revista *Das Argument* de 1971, cuyo título altamente sugestivo era “Empleo extranjero e Imperialismo. La clase trabajadora en el capitalismo tardío”. Los diversos artículos describen la situación de pobreza de los trabajadores inmigrantes en Alemania, principalmente provenientes de Turquía y del sur de Europa. El período –debe tenerse en cuenta– es el pico de los años dorados del Estado de Bienestar.

la vinculación de la acumulación fordista con un “patriarcado capitalista” basado en la represión del trabajo femenino, tanto en su ámbito doméstico-privado (extracción indirecta de plusvalía) como asalariado (extracción directa de la plusvalía) (Mies, 1988, p. 55).

El primer diagnóstico se elaboró y difundió extensamente en Europa Occidental y en los Estados Unidos, por su parte, el análisis sobre patriarcado capitalista dio origen a la denominada Escuela de Bielefeld. No obstante, de Bielefeld, Habermas solo reparó en Luhmann. Ya que las investigaciones mencionadas han sido elaboradas y difundidas en institutos de investigación del Norte, su invisibilización no puede explicarse por el carácter eurocéntrico que la imagen de la crisis de la sociedad del trabajo acarrea. Este rasgo, en cambio, sí explica el completo desconocimiento hacia todo el debate sobre la división mundial del trabajo y la oposición del capitalismo mundial entre centro y periferia, perspectiva que fuera adoptada por las teorías de la dependencia, del sistema-mundo y de las crisis.¹⁰ A la luz de todo este panorama, se vuelve muy difícil defender la hipótesis que sugiere la erosión de la forma trabajo. La misma solo puede sustentarse en

¹⁰ Piénsese, por ejemplo, en los trabajos de Altvater, Hoffmann, y Semmler (1979), Córdova y Michelena (1974), Frank (1969), Santos (1970) y Wallerstein (1974). No habría ni necesidad de recorrer la complejidad de esas investigaciones para poder cuestionar la tesis de la crisis de la sociedad del trabajo y del agotamiento de sus energías utópicas. Una mirada periodística del período sería suficiente para demostrar lo contrario. Piénsese, también, en el número de afiliados y la fuerza del IG-Metall (2013, p. 153), el sindicato de los trabajadores metalúrgicos de Alemania, en los años 1979-1980 (hoy el mayor sindicato del mundo con un crecimiento exponencial desde 2011); en el rol de Solidaridad para el derrocamiento de la burocracia estalinista; en la resistencia histórica del sindicalismo inglés contra Thatcher, etc. Si alguno de estos movimientos fue derrotado, es un problema de contingencia histórica. Su lucha, por el contrario, es la confirmación de su potencial utópico. Con respecto a Brasil, no cuesta recordar, que mientras Habermas escribía la *Teoría de la acción comunicativa*, estallaron las mayores huelgas del movimiento obrero brasileño que serían fundamentales para la caída de la dictadura militar. No hay espacio suficiente en esta nota para hacer una lista de la cantidad de luchas de los trabajadores del llamado Tercer Mundo durante el mismo período. Si tenemos en cuenta el grado de provincianismo de la teoría social alemana del período, la indiferencia de Habermas a estos movimientos no debe causar ningún espanto. Asombra, sin embargo el modismo y la adhesión que sus ideas tuvieron en América Latina.

función de una teoría que carga con un déficit empírico, habiendo optado por excluir a la economía política de su universo analítico.¹¹

3. Esfera de la interacción y emancipación (lingüística) de los sujetos hablantes: sale la crítica del capitalismo, vuelve La ideología alemana

Una vez que el trabajo se concibe –teórica y artificialmente– como una categoría desprovista de capacidad generadora de mediaciones simbólicas, energía utópica y potencial emancipador, el modelo de Habermas precisa, para mantenerse como teoría crítica, redefinir el *locus* creador de esas prácticas y de ese potencial. Para el autor, tal *locus* corresponde a la esfera de la interacción (Habermas, 1968a, p. 77). Ya se ha visto que, según su perspectiva, esta esfera concierne al ámbito relacional, el cual comprende la mediación entre el sujeto y el grupo a través de mecanismos simbólicos formados por la historia de las prácticas culturales y por normas aplicadas coercitivamente mediante regulaciones político-institucionales, que orientan y son comprendidas por más de un sujeto agente. Destituidas de las acciones instrumentales propias de la actividad productiva, la esfera de la interacción quedaría constituida solo por acciones comunicativas (Habermas, 1968a, p. 71; 1988, p. 147). Como, según Habermas (1991, pp. 145-152), estas últimas no se orientan por la obtención de un fin ni por el éxito particular que proporciona la creación de riqueza a partir de la fabricación de un producto, en efecto, podrían propagarse en base a una coordinación de los objetivos de los participantes bajo la forma de un reconocimiento y entendimiento recíproco que

¹¹ En tal sentido, la respuesta de Streeck (2013, p. 102) a Habermas: “A diferencia de Habermas, creo que no podemos criticar seriamente el futuro de la democracia, en Europa y en otros lugares, sin hablar al mismo tiempo de capitalismo. En otras palabras, no es posible hacer de la teoría de la democracia sin economía política”. Para una reflexión sobre ese pasaje ver Costa (2014). Sobre la ausencia de la economía política en Habermas, véase también Antunes (2009, p. 162).

otorga el lenguaje. Para el autor, sin embargo, aunque separados, el ámbito comunicativo-interactivo tendería a ser instrumentalizado por el sistema de producción que, por medio de sus intervenciones, reprimiría y distorsionaría el sentido del diálogo libre para crear una situación patológica (Habermas, 1988, pp. 565-566).

Notemos que, aun reconociendo el impacto destructivo de las relaciones capitalistas (para él: solamente de producción) sobre la esfera de la interacción, Habermas (1968a, p. 58) considera un equívoco reduccionista y economicista empujar ese proceso en dirección de una síntesis mediante el trabajo (que él logra endilgarle a Marx solo a cuenta de su propia interpretación ortodoxa del concepto marxista de trabajo). Entre otras razones, para que Habermas (p. 68) considere ese procedimiento un equívoco está el hecho de que el proceso emancipatorio a ser deflagrado por la síntesis mediante el trabajo sería, debido a los límites de la acción instrumental y del conocimiento técnico, incapaz de llevar al sujeto a la plena conciencia y a una superación del sentido distorsionado existente. Con eso, el autor pasa a reivindicar algo que, en su propuesta, Marx no habría elaborado: la síntesis por la interacción. Para elaborar esta nueva síntesis, Habermas ofrece otro tratamiento conceptual de las nociones de ideología y fetichización que no se ven como impresas en la instancia material, pero desde el momento en que se convierten en una apariencia objetiva, para Habermas (p. 71) pertenecen al plano lingüístico, autónomo respecto al terreno del trabajo. Por ende, son abordadas por el autor como una interrupción y una distorsión de la relación dialógica que, hasta entonces, estaba libre de coacción. La emancipación, en estos términos, pasa a significar la restauración del sentido distorsionado de la comunicación reprimida (p. 341).

Para comprender el sentido de emancipación propuesto, Habermas (p. 77) realiza una interpretación particular del modelo hegeliano sobre la dialéctica de la eticidad. De acuerdo con la reconstrucción habermasiana, la situación originaria de una totalidad ética, basada en la complementariedad de comunicaciones libres, se elimina cuando un individuo la reemplaza por su ética individual,

interrumpiendo la relación dialógica (p. 78). A partir de ese acto, este individuo comienza, sostiene Habermas, a ser comprendido como un criminal, que activa una pena que se volverá contra sí mismo: en la medida que la agresión contra el otro y el conflicto se tornan perceptibles, el criminal se enfrenta a su culpa por la negación efectuada (p.78). Esta culpa se explicita por la experiencia de la falta de su propia vida en la represión de la vida del otro y es el punto de partida para la reconciliación de la comunicación: “ambas partes reconocen la rigidez de sus posiciones opuestas como resultado de la desvinculación, la abstracción de su vida común, y experimentan la base común de su existencia en el otro, en la relación dialógica de reconocerse a sí mismo en el otro” (p.78). Con eso quedaría restaurada la totalidad ética.

Al acudir de esta forma a la dialéctica de la eticidad, la argumentación habermasiana pone en evidencia el motivo (hasta entonces oscuro) de su relectura reduccionista y ortodoxa de la categoría trabajo de Marx. Tal empresa conlleva reinventar el lugar del deber ser, de la trascendencia de los valores éticos (y jurídicos, como el desarrollo de su obra mostrará), una vez decretada la imposibilidad de la metafísica en razón del grado de complejidad de la sociedad moderna y del propio movimiento de la filosofía.¹² Esto se explicita cuando Habermas (p. 82) traslada el modelo de la dialéctica de la eticidad para explicar que la fetichización atañe a la represión institucional de una determinada comunicación. De este modo, afirma el autor que el mismo hecho social –la apariencia objetiva de la forma mercancía– quedaría dividido en dos sociabilidades distintas, adquiriendo un sentido en el sistema de la producción diferente de aquel definido en el sistema de la interacción (p. 83). En el contexto de la interacción, “la apropiación desproporcionada del excedente que tiene como consecuencia el antagonismo de las clases” no se considera apropiación, sino un “crimen” que deberá ser tratado recurriendo a una pena, con el fin de *resocializar* (restaurar la comunicación destruida) (p. 78). La escisión dicotómica emprendida por Habermas

¹² Sobre la afirmación de esa imposibilidad, ver Habermas (1968a, pp. 13 y 91).

deriva en la posibilidad de transformar la realidad objetiva (apropiación del excedente y la explotación) en un problema ético-jurídico. Así, Habermas concibe el sistema de interacción como una exterioridad, extraña a la base material, al proceso de explotación en sí. Se trata de un *crimen* contra la comunicación como una totalidad ética, no un acto objetivo de apropiación.

El paso decisivo dado en la concepción habermasiana sobre la realidad escindida se encuentra en la opción que el autor ofrece respecto al *locus* de la emancipación. Como vimos, Habermas concluye que la recuperación del sentido perdido tiene factibilidad únicamente en el ámbito institucional-interaccional, plano en que las partes antagónicas pueden activar la dialéctica de la eticidad. Para el autor, la experiencia de la pena que revela al criminal la falta de su vida en razón de la represión de la vida del otro, es el factor que conduce a la reconciliación de la totalidad ética perdida (p. 79). Asimismo, a partir de esta exigencia, Habermas (pp. 85-86) deduce que la síntesis por medio de la interacción libera la (auto) reflexión que estaba bloqueada en el ámbito que él denominó síntesis mediante el trabajo. En la dialéctica de la eticidad, afirma Habermas (p. 83), el sujeto se vería compelido a tomar conciencia de la falsedad y distorsión existentes. Tal conciencia, le permitiría, por un lado, desenmascarar la problemática de la constitución del mundo y, por el otro, recuperar el sentido perdido a causa de una situación reprimida.

¿Cuáles son las consecuencias de este posicionamiento de Habermas en relación a la emancipación? Como afirma de forma irónica Therborn (1974, p. 245), “no hay espacio para el trabajador (...) Su interés emancipatorio conduce solo a la autorreflexión”. Además, si debido a la relectura ortodoxa de la categoría de trabajo, Habermas acusó a Marx de reducir las síntesis por la interacción y por la producción a una sola, el mismo problema se repite en la formulación habermasiana. Con una sola diferencia: Habermas invierte la categoría determinante del motor de la transformación social, dando en cambio, todo el peso a la dimensión político-cultural o, en términos

suyos, a la esfera de la interacción.¹³ Conforme a la lectura ortodoxa de Habermas (1968a, p. 74), Marx habría reconocido la distribución, pero la habría finalmente desatendido al volverla rehén de las determinaciones de la producción. A su vez, Habermas adhiere a la misma lógica de la cual acusa a Marx: en el momento en que la disposición sobre la naturaleza es apropiada por una de las partes, esto es, cuando se convierte en antagonismo, el conflicto económico se borra por completo y pasa a ser un conflicto exclusivamente lingüístico. De esta forma, Habermas rebaja el acto emancipatorio a una liberación lingüística de los sujetos hablantes.¹⁴ Sale la crítica del capitalismo de Marx; ingresa la crítica de la comunicación.

¿Cómo, sin embargo, se puede observar la génesis de la destrucción de la comunicación si no es en el proceso de constitución del trabajo abstracto, que surge de la dilaceración de la interacción entre los hombres a partir de la llegada del capitalismo? ¿Podrá tener lugar la emancipación sin que se modifiquen los términos de las relaciones de producción capitalistas? ¿Es posible desvincular la comunicación dilacerada del lugar donde esta se constituye? Cuando es confrontada a la realidad social, descrita desde la concepción marxiana del trabajo como totalidad, la distinción interacción/producción se vuelve artificial. Para Marx, se trata mucho más de pensar en individuos que, en sus propias condiciones materiales de vida,

¹³ En este sentido, Postone (1995, p. 257) afirma que Habermas defiende la “primacía de la política y el derecho”. Ver también Antunes (2009, p. 161) y Nacimiento (2009).

¹⁴ Ver, en este sentido, De Giorgi (1998, pp. 132-133): “A esta teoría [de Habermas] falta el terreno para observar el problema del trabajo abstracto y, por lo tanto, de la génesis de la estructura de reificación. La crítica se torna apenas crítica de la comunicación y de la interacción humana distorsionada en su forma lingüística. Dejando de lado el terreno de la economía y de la política, la sociedad de los individuos productores de mercancías se presenta como comunidad de los hablantes y la crítica se transforma en una especie de gramática social de las reglas del juego lingüístico, con la siguiente particularidad: a diferencia de la gramática, la crítica persigue la idea de la emancipación lingüística en forma de competencia comunicativa. La crítica del trabajo abstracto, es así, substituida por el estudio de los universos pragmáticos”.

establecen interacciones políticas, jurídicas, culturales etcétera.¹⁵ La producción no es solo disposición técnica sobre la naturaleza dirigida a la obtención de fines. Existe simultaneidad entre el metabolismo del hombre con la naturaleza y del hombre con otros hombres (Schmidt, 1974, pp. 65-66). Separada de la base material (como pretende Habermas), la esfera de interacción se convierte en un espacio etéreo, extraño a cualquier proceso de explotación.

En ese sentido, la separación entre producción e interacción reproduce la misma forma de exterioridad, extrañamiento o alienación que genera la concepción idealista de la historia, camuflada, sin embargo, por un artificio teórico que llama “sociedad” a todas esas dimensiones. Aunque, por medio de ese artificio que califica al ámbito de la interacción como existencia social, Habermas trate de historizarlo. Al divorciarlo de su génesis material, en el fondo, recrea su exterioridad, extrañamiento y alienación. El procedimiento habermasiano conduce a la *reintroducción* de la distinción trascendencia/inmanencia del lado de la “inmanencia”. En resumen, Habermas actualiza *La ideología alemana*.

Es necesario reconocer, sin embargo, que en sus primeros escritos, tanto el carácter de desenmascaramiento como el de restauración de la conciencia producida en la dialéctica de la eticidad revelan que Habermas utilizó la idea de la génesis de la instrumentalización de la acción comunicativa para lograr la misma fusión de las esferas de la producción y de la interacción que acusó a Marx de practicar. En otras palabras: si la interpretación ortodoxa habermasiana censuró a Marx por haber reducido el conflicto lingüístico al económico a través de esta fusión, podemos criticar a Habermas el haber incurrido en un error idéntico, con la única diferencia que este invirtió los polos de la ortodoxia marxista (lo lingüístico se volvió determinante). Los términos de la fusión habermasiana se explicitan en la identificación de las condiciones de la conciencia del acto

¹⁵ Según Marx (1983, p. 23), “toda producción es la apropiación de la naturaleza por el individuo en el seno de y mediada por cierta forma social”.

comunicativo distorsionado y el conocimiento necesario para su restauración. Habermas (1968a, p. 262) las concibe como un saber que puede unir el conocimiento instrumental y reflexivo, las ciencias naturales y humanas, la autorreflexión para revelar la represión y el tratamiento fáctico y objetivo contra la falsa conciencia. Es, en ese sentido, que el joven Habermas (p. 280) le atribuye al psicoanálisis el *médium* de recuperación de la totalidad ética perdida.

A pesar de que, en los primeros textos de Habermas, la emancipación reducida a un acto de liberación lingüística ya estaba, el psicoanálisis como autorreflexión expuso al menos un mínimo de preocupación con respecto a la tesis de Marx sobre la unidad entre intersubjetividad, subjetividad y objetividad. No obstante, dicha preocupación, se perdió en el curso de la obra de Habermas, ya que la distinción interacción/trabajo fue reemplazada por la de mundo de la vida/sistema y el psicoanálisis, se reemplazó por la democracia deliberativa y por el derecho como medio de restauración de la comunicación distorsionada. Como resultado de ese movimiento, el idealismo se transformó en idealismo jurídico y el proyecto de revitalización de la ideología alemana se completó.

4. La resurrección del idealismo jurídico: “seguimos siendo contemporáneos de los jóvenes hegelianos”¹⁶

Basado en la nueva terminología, Habermas (1988) reactualizó la pregunta en torno a la característica central de la sociedad moderna, a la luz de la noción de racionalización. Para el autor, este proceso implicó el surgimiento de una estructura social altamente diferenciada en cuanto a funciones, competencias, intereses, etcétera. Comprendida bajo los parámetros analíticos de la dicotomía trabajo/interacción, estas diferencias fueron, sin embargo, interpretadas de acuerdo con la oposición mundo de la vida/sistema. Dicha oposición es definida

¹⁶ Se trata de la famosa expresión de Habermas (1985b, p. 67).

por Habermas (p. 258), como un proceso social en el cual el avance de la racionalización y la diferenciación significó el desacoplamiento de ambas esferas, que pasan a diferenciarse simultáneamente una de la otra. Para Habermas, la sociedad moderna se divide de acuerdo a estos dos ámbitos. De un lado, el mundo de la vida, horizonte de la acción comunicativa libre de coacción y presión, que se estructura en base a tres modos: la socialización de las personalidades individuales (procesos de aprendizaje que constituyen la identidad personal necesaria para la interacción), la reproducción cultural (depósito de experiencias a las que recurren los actores para interpretar sus diferentes contextos) y la integración social (conjunto de normas legítimas que hacen posible la solidaridad), donde están ancladas la esfera privada, la sociedad civil y la esfera pública (p. 217). Del otro lado, el sistema, un espacio de reproducción de acciones instrumentales y estratégicas orientadas por una racionalidad con respecto a los fines, en el que operan los medios dinero y poder (1998, p. 428).¹⁷

Toda la formulación habermasiana se despliega alrededor de la cuestión de la disrupción que genera en el mundo de la vida la expansión del sistema. Nótese que, al igual que en el esquema trabajo/interacción, el problema continúa siendo las distorsiones generadas en la relación dialógica de asociación entre los hombres. Entendidas como formas de patología de la comunicación, dichas distorsiones se darían por la instrumentalización de la economía (sistema productivo) y de la burocracia estatal (1988, p. 522). En la referencia a este último subsistema radica precisamente la innovación con respecto a los primeros escritos. De todos modos, la cuestión principal permanece: el dinero y el poder irrumpen en un proceso que se convierte en represión del sentido de la acción comunicativa libre de presión. Es importante, entretanto, aclarar que, para Habermas, las acciones instrumentales y estratégicas no son *per se* negativas (1998, p.56). Por

¹⁷ Para una reconstrucción de estas categorías habermasianas, ver Repa (2008). En otra oportunidad, intentamos sistematizarlas por contraste con la teoría de sistemas: Gonçalves y Villas Boas Filho (2013, pp. 73-80 y 116-120).

el contrario, el autor explica, como ya vimos, que el advenimiento de la modernidad significó no solo la emergencia de la racionalidad comunicativa, sino también, de la estratégica-instrumental. No obstante, el problema está en el desequilibrio de carácter patológico causado por la expansión colonizadora del sistema sobre el mundo de la vida (1988, pp. 445-594).

Esa idea de desequilibrio fue desarrollada a lo largo de toda la obra de Habermas, en base a una propuesta teórica por la cual el autor buscó entender las condiciones de integración de una sociedad como la moderna, fuertemente caracterizada por el desacoplamiento entre mundo de la vida y sistema (Schuartz, 2002). Para Habermas (1998, p. 42), dado que la superación de la pre-modernidad está asociado al proceso de desencantamiento del mundo, la integración social se volvió dependiente exclusivamente de los procesos discursivos y de entendimiento. Hasta ahí no hay nada nuevo: el mismo énfasis puesto en el plano de la interacción de antes. La novedad, sin embargo, radica en el reconocimiento por parte de Habermas (1988, p. 42) de que la racionalización y la diferenciación como componentes de la sociedad moderna requieren de normas de coordinación, pues al no poder apelar a un contenido moral unitario como en el caso de la sociedad pre-moderna, el riesgo de una diferenciación interna al mundo de la vida, entre el sistema y el mundo de la vida, aumenta. Esto genera en contrapartida, *interacciones estratégicas* y disenso en el propio mundo de la vida, que, como ideal regulatorio, debería apuntar justamente a lo opuesto, es decir, al consenso. Y más: como la modernidad también depende del sistema, que pasa a desacoplarse del mundo de la vida, libera, incluso, una escala mayor de acciones estratégico-instrumentales, cuyo resultado es la difusión social del disenso. Para resolver este problema de la integración social, entra en escena el derecho.

En palabras de Habermas (p. 44), el derecho permite la “regulación normativa de las interacciones estratégicas en las cuales los actores se autocomprenden”. Desde esa perspectiva, el derecho asume, para él, la capacidad de vincular las dos dimensiones separadas, la

comunicativa volcada al entendimiento y la estratégico-instrumental volcada a los fines (p. 44). Esta línea argumental se desenvuelve de la siguiente forma: como las normas jurídicas obligan universalmente a todos los participantes de una interacción estratégica, contienen en sí el motor de la integración social, lo que quiere decir que, aunque ambas dimensiones estén separadas a la vista de los actores, las normas pueden satisfacer las dos dimensiones contradictorias (p. 44). Habermas defiende que, para la acción estratégica-instrumental, el derecho funciona como “limitación objetiva” fijando reglas que los actores se ven obligados a adaptar para sus comportamientos; a la acción orientada al entendimiento, por su parte, el derecho le impone obligaciones recíprocas, haciendo posible el reconocimiento de la intersubjetividad (p. 44).

Habermas finaliza diciendo que el derecho es la instancia normativa que realiza la mediación entre el sistema y el mundo de la vida y permite que los impulsos comunicativos provenientes del mundo de la vida sean traducidos en términos del poder y del dinero. Dicho de modo más concreto, para el autor, el derecho es la condición para lograr un orden democrático, en la medida que puede asegurar las libertades individuales, y por lo tanto, la posibilidad de asociaciones voluntarias que bloqueen el uso del sistema político por los intereses privados (p. 435). En otras palabras, sería el motor de las expectativas normativas de una “sociedad civil”, capaz de conducir hacia la esfera pública los problemas del mundo de la vida. En resumen, convertir el derecho en la instancia normativa de la racionalidad comunicativa, lo lleva a Habermas a declarar haber resuelto el problema metodológico de los fundamentos normativos de la teoría crítica. Lo que hizo, sin embargo, fue revivir el idealismo jurídico de la *Sagrada Familia*.

Los miembros de esa familia, los jóvenes hegelianos, concibieron el Estado Constitucional en su forma racional, como espacio universal de realización de la libertad. El también joven Marx (2006, pp. 378-380) percibió que tal comprensión otorgaba la ventaja de la crítica a la religión, pero a costa de una perspectiva abstracta del

derecho y del Estado, lo que, entre otras cosas, significó no tomar en serio el *status quo* jurídico-político alemán. Surgía así, por medio de Bruno Bauer y sus consortes, una crítica idealizada donde el Estado de Derecho Constitucional fue adoptado como medida y, aun si se utilizaba adecuadamente, esto es, “de manera negativa”, continuaba siendo “anacrónico”. El joven Marx (2006, p. 382) rechazó con acidez a los jóvenes hegelianos exponiendo el grado de presentificación del Estado prusiano: “el moderno *ancien régime*”. En Alemania, tal presentificación denunciaba el carácter caricaturesco y alienante de la filosofía alemana. Externamente, desenmascaraba la auto-alienación de las naciones constitucionales (Francia e Inglaterra), en la medida en que los privilegios prusianos legalmente reconocidos hicieron visible aquello que los valores de igualdad y libertad ocultaban: las nuevas (modernas) caras de la estratificación.¹⁸ Así, el joven Marx (que caminaba hacia una fusión entre filosofía y praxis social) pudo demostrar no solo que las regulaciones jurídicas están entrelazadas con el ser social, sino también que la idealización del derecho expresa una comprensión a-histórica de su génesis, en el intento de encubrir sus propios defectos, esto es, su vinculación concreta con el desarrollo de la propiedad privada, por lo que, su funcionamiento se revela permeado por desigualdades materiales.

Al asumir la construcción del derecho desglosada de las condiciones materiales de producción de los antagonismos, Habermas se ampara en la misma forma abstracta, mistificada e idealizada de la regulación jurídica que pensaron los jóvenes hegelianos. En la *nueva Sagrada Familia*, las tesis son presentadas sin vínculo alguno con los análisis sobre las transformaciones del capitalismo global y no indagan en cómo esas transformaciones pueden operar condicionando los procesos jurídicos y su interface con los movimientos de protesta y resistencia. Para esta perspectiva, el derecho parece surgir de la

¹⁸ En palabras de Marx (2006, p. 381): “esta lucha contra el contenido tacaño del *status quo* alemán es la conclusión abierta del *ancien régime* y el *ancien régime*, el defecto oculto del estado moderno”.

nada, ajeno a una racionalidad objetiva, que, irónicamente, conforma las relaciones sociales de las cuales él mismo forma parte. ¿Cómo pensar el orden jurídico como algo indiferente a los procesos históricos de su tiempo? O, aún más, ¿cómo suponer que la producción, circulación, distribución y reproducción del capitalismo no se constituye en base a una regulación jurídica? ¿Para la aplicación y uso de los derechos de la ciudadanía?

Aunque Habermas (1998, pp. 157-158) insista en que su concepción del derecho no es una mera idea, sino la realidad histórica del Estado de Derecho, su modelo presupone la separación entre las relaciones jurídicas y el trabajo social. Si es cierto que, por medio de categorías como “mediación” o “traducción de impulsos del mundo de la vida al sistema”, Habermas busca diferenciarse del trascendentalismo, no hay dudas de que, al desvincular el derecho de la instancia material, su teoría admite, en la mejor de las hipótesis, un *locus* trascendental en la inmanencia. Por otro lado, es evidente que el grado de complejidad de la sociedad contemporánea, y el avance del conocimiento en los últimos dos siglos no permitirían un retorno indiscriminado a la filosofía del espíritu. En ese sentido, el derecho se vuelve la coartada perfecta para superar esta barrera. Para la teoría habermasiana, el *deber ser* jurídico no se realiza en el *ser* (ya que está separado de las relaciones capitalistas de producción). Como, independientemente de eso, el derecho continúa siendo en sus operaciones reales un fenómeno social, Habermas puede entonces idealizarlo y, al mismo tiempo, evadirse de las críticas que advierten sobre el carácter metafísico de su elaboración. En la *nueva Sagrada Familia*, la filosofía alemana no desciende del cielo a la tierra, a ejemplo de sus antepasados. Transforma por el contrario, un pedazo de tierra en cielo.

Al suponer la disyunción entre el derecho y el trabajo, Habermas pierde nexo con la dialéctica histórico-materialista (Bachur, 2006, p. 195; Rohrmoser, 1974, p. 145). Pero, como mantuvo una perspectiva emancipatoria, sin hasta ahí, poder asumir la posibilidad de superación que los procesos contradictorios internos al trabajo deflagran por la confluencia entre reproducción material y

simbólica, debió recurrir al mismo proyecto de la filosofía jurídica y moral liberal: el Estado de Derecho.¹⁹ Este, sin embargo, posee dos vidas. Para el liberalismo, es la igualdad de todos ante la ley y el ejercicio universal de los derechos. Pero, en la experiencia histórica, convive con todo tipo de desigualdades materiales. Un proyecto así solo puede ser conservado como un ideal normativo si su historia es ignorada.

Esta siempre ha sido la estrategia de las teorías jurídicas liberales: borrar la relación entre derecho y explotación. Con el giro de la teoría crítica alemana hacia el idealismo jurídico, se perdió un espacio fundamental para denunciar esta estrategia.²⁰ Y más: la reflexión del derecho tuvo vía libre para abrazar toda clase de teorías sobre la justicia donde el derecho es comprendido como un conjunto de valores y principios que siempre resisten la realidad contraria. Hay, en este caso, una pretensión teórica de no contaminación o de indiferencia del derecho en relación a lo real, de modo que ni la violación se considera parte del universo jurídico, ni la obediencia se piensa a la luz de los procesos sociales y asimétricos de producción. En cuanto normativas, esas teorías se ven forzadas, por una parte, a desestimar el “presente o la finitud en sí” como

¹⁹ Según Bachur (2006, p. 195), “[en el modelo de Habermas] La ausencia del potencial negativo de la dialéctica requiere, en contapartida, una positividad, un sustituto comunicativo para la filosofía de la historia. Esta positividad está en la esfera pública, instancia comunicativa capaz de revitalizar los procesos de legitimación política del Estado de derecho”. En la misma línea, Cassano (1971, p. 193) concluye que “el círculo del discurso habermasiano se cierra dentro del horizonte definido por el Estado de Derecho”.

²⁰ En este sentido, la crítica de Cassano (1971, p. 193), realizada hace cuarenta años, sigue vigente. Al confrontar los trabajos académicos elaborados hasta entonces por Habermas con su intervención política, en esa época contra los jóvenes del ‘68 y contra Rudi Dutschke, el autor pudo anticipar lo que sucedería “[Debido al cerramiento del modelo habermasiano en torno al Estado de Derecho], la realización de la utopía se aferró a la simple conservación de la propia posibilidad y la teoría crítica se cerró para toda posibilidad de crítica práctica de las relaciones sociales (...) Se puede acordar o no [con el diagnóstico pesimista de Habermas sobre la situación política de los jóvenes del ‘68], pero en lo que no se puede estar de acuerdo es con la transversalización inculcada en la teoría crítica de una lucha por la defensa de las instituciones liberales en términos de una nueva y más avanzada teoría de la emancipación”.

objeto de reflexión y, por otra, a excluir el discurso jurídico de las relaciones objetivas en las que se constituye (De Giorgi, 1998, p. 154). Así consideradas, las teorías normativas de la justicia son instrumentos de alienación del propio derecho, ya que se oponen al mundo, ocultando el proceso real del que forman parte. Al mantener la *permanencia contemporánea de los jóvenes hegelianos*, Habermas obstruyó los canales que Marx y la primera generación de Frankfurt habían proporcionado para comprender y denunciar ese proceso de alienación. Esto significó más de tres décadas de ausencia de crítica al capitalismo en la sociología alemana.

5. Conclusión

Los problemas sociales que se fueron agravando durante la última década indican la necesidad cada vez más fuerte de romper con Habermas. El principal está obviamente relacionado con el efecto avasallador de la actual crisis económica global del capitalismo, iniciada en 2008. A la misma se asocian otras situaciones dramáticas de crisis como la finanza mundializada, el hambre, la problemática ambiental en sus distintas dimensiones (disminución de las reservas de recursos naturales finitos, cambio climático, calentamiento global, reducción de la biodiversidad, etc.), la precariedad laboral, el ascenso de la extrema derecha y del autoritarismo y su indudable propagación en todas las regiones, incluso entre los países llamados desarrollados (Altvater, 2010; Dörre, 2013; Fischer-Lescano y Möller, 2012, p. 11). El saber sociológico influido por el giro antiproductivista habermasiano se mantuvo al margen de estos problemas. No solo permanece, en general, sordo a la comprensión crítica del capitalismo, sino que considera que los estados de crisis citados son patologías comunicativas.

Para modificar este cuadro de situación, en primer lugar, es necesario confrontar con el idealismo. Se trata de asumir que el *deber ser* ya se realizó en la sociedad y es parte integrante de su existencia

material. Hegel (1992) ya había reconocido la unidad entre lo real y lo racional y también que el deber ser, simplemente, es:

Lo universal, en el *sentido de la universalidad-de-razón*, es también universal en el sentido (...) que él (...) se presenta como el presente y lo efectivo (...) sin perder con eso su naturaleza (...) Lo que debe ser, *es* también, de hecho. Lo que solo *debe* ser, sin *ser*, no tiene verdad alguna (...) En efecto, la razón es justamente esa certeza de poseer realidad (...) La voluntad de la ley es esencialmente *realidad* (p. 164).

Ahora bien, Marx (1961) radicalizó esta concepción al mostrar que el *deber ser* ya se encuentra realizado en medio de las violencias y las desigualdades materiales del sistema capitalista. En sus palabras:

Mi investigación concluye que las relaciones jurídicas, tales como las formas del Estado, no pueden ser comprendidas por sí mismas, ni por la pretendida evolución general del espíritu humano, sino, que al contrario, tienen sus raíces en las condiciones materiales de la vida, cuyo conjunto fue resumido por Hegel, y después por los ingleses y franceses del siglo XVIII, bajo el nombre de “sociedad civil”. Su anatomía, todavía, debe buscarse en la economía política (p.8).

Si la razón ya se realizó en la historia, ¿qué queda del idealismo habermasiano? Únicamente su déficit descriptivo. Después de tres décadas de desánimo y apatía, Dörre, Lessenich y Rosa (2009) convocaron a un “esfuerzo científico colectivo” para promover el retorno de la crítica del capitalismo en la sociología alemana. En su manifiesto, estos autores declararon “que, en la sociedad moderna, –e incluso en su formación actual como modernidad tardía–, el sistema capitalista es, sobre todo, la forma autónoma de acumulación privada de lucro y los diagnósticos sociológicos y la crítica de la sociedad deben poder mirar esa forma, vale decir, sus condiciones y consecuencias sociales” (p. 12).

¿Estamos ante una nueva etapa para la sociología alemana? Los artículos de este libro buscan discutir este tema desde las concepciones y perspectivas latinoamericanas. No sé si logramos ofrecer

una respuesta, pero, en el presente texto, podemos concluir que tener aquí, aunque más no sea, la posibilidad de proponer semejante pregunta demuestra que la ruptura con el idealismo habermasiano se ha convertido en un requisito de nuestro tiempo.

6. Bibliografía

Altvater, E. (2010). *Der große Krach: oder die Jahrhundertkrise von Wirtschaft und Finanzen, von Politik und Natur*. Münster: Westfälisches Dampfboot.

Altvater, E., Hoffmann, J. y Semmler, W. (1979). *Vom Wirtschaftswunder zur Wirtschaftskrise: Ökonomie und Politik in der Bundesrepublik*. Berlin: Olle & Wolter.

Antunes, R. (2009). *Os Sentidos do Trabalho: ensaio sobre a Afirmação e a Negação do Trabalho*. São Paulo: Boitempo.

Bachur, J. P. (2006). Individualismo, liberalismo e filosofia da história. *Lua Nova. Revista de Cultura e Política*, 66, 167-203.

Bescherer, P. (2013). *Vom Lumpenproletariat zur Unterschicht: Produktivistische Theorie und politische Praxis*. Frankfurt a.M: Campus.

Cardoso, L. A. (2011). A categoria trabalho no capitalismo contemporâneo. *Tempo Social. Revista de sociologia da USP*, 23(2), 265-295.

Cassano, F. (1971). *Autocritica della Sociologia contemporanea: Weber, Mills, Habermas*. Bari: De Donato.

Córdova, A. y Silva Michelena, H. (1974). *Die wirtschaftliche Struktur Lateinamerikas. Drei Studien zur politischen Ökonomie der Unterentwicklung*. Frankfurt a.M: Suhrkamp.

Costa, S. (2014). Jürgen Habermas, o intelectual público en *Na esteira da tecnocracia. Pequenos escritos políticos XII*. São Paulo: Editora UNESP.

De Giorgi, R. (1998). *Scienza del diritto e legittimazione*. Lecce: Pensa Multimedia.

Das Argument. (1971). 68(13).

Dörre, K. (1990). Ende der Geschichte oder neue Phase der Aufklärung? *Widerspruch. Münchner Zeitschrift für Philosophie*, 19/20, 45-55.

Dörre, K. (2013). Kapitalismus im Wachstumsdilemma. Die Verdrängung der ökologischen Krisendimension und ihre Folgen. *Denknetz. Jahrbuch*, pp. 201-208.

Dörre, K., Lessenich, S. y Rosa, H. (2009). Soziologie - Kapitalismus - Kritik: Zur Wiederbelebung einer Wahlverwandtschaft en K. Dörre, S. Lessenich y H. Rosa (eds.). *Soziologie - Kapitalismus - Kritik: Eine Debatte*. Frankfurt am Main: Suhrkamp.

Fischer-Lescano, A. y Möller, K. (2012). *Der Kampf um globale soziale Rechte: Zart wäre das Größte*. Berlin: Klaus Wagenbach.

Frank, A. G. (1969). *Kapitalismus und Unterentwicklung in Lateinamerika*. Frankfurt am Main: Europäische Verlagsanstalt.

Gonçalves, G. L. y Villas Boas Filho, O. (2013). *Teoria dos Sistemas Sociais. Direito e Sociedade na Obra de Niklas Luhmann*. São Paulo: Saraiva.

Gorz, A. (1982). *Farewell to the Working Class: An Essay on Post-industrial Socialism*. Pluto Press.

Habermas, J. (1968a). *Erkenntnis und Interesse*. Frankfurt a.M.: Suhrkamp.

Habermas, J. (1968b). Arbeit und Interaktion. Bemerkungen zu Hegels Jenenser 'Philosophie des Geistes' en Habermas, J. *Technik und Wissenschaft als "Ideologie"*. Frankfurt am Main: Suhrkamp, pp. 9-47.

Habermas, J. (1973). *Legitimationsprobleme im Spätkapitalismus*. Frankfurt a.M.: Suhrkamp.

Habermas, J. (1985a). Die Krise des Wohlfahrtsstaates und die Erschöpfung utopischer Energien en Habermas, J. *Die Neue Unübersichtlichkeit*. Frankfurt a.M.: Suhrkamp, pp. 141-163.

Habermas, J. (1985b). *Der philosophische Diskurs der Moderne: zwölf Vorlesungen*. Frankfurt a.M.: Suhrkamp.

Habermas, J. (1988). *Theorie des kommunikativen Handelns*. Vol. II. Frankfurt a.M.: Suhrkamp.

Habermas, J. (1991). *Erläuterungen zur Diskursethik*. Frankfurt a.M.: Suhrkamp.

Habermas, J. (1998). *Faktizität und Geltung: Beiträge zur Diskurstheorie des Rechts und des demokratischen Rechtsstaats*. Frankfurt a.M.: Suhrkamp.

Haddad, F. (1999). Trabalho e linguagem (para a redialetização do materialismo histórico). *Lua Nova. Revista de Cultura e Política*, 48, 5-31.

Hahn, J. (1974). Die theoretischen Grundlagen der Soziologie von Jürgen Habermas en Wallmayr, W. *Materialien zu Habermas' >Erkenntnis und Interesse<*. Frankfurt a.M.: Suhrkamp, pp. 220-243.

Hegel, G. W. F. (1992). *Fenomenologia do espírito*. Vol. I. Petrópoles: Vozes.

IG Metall. (2013). *Daten - Fakten - Informationen*. Druckhaus Dresden.

Kisiel, J. (1974). Habermas' Reinigung von reiner Theorie: Kritische Theorie ohne Ontologie?" en Dallmayr, W. *Materialien zu Habermas' >Erkenntnis und Interesse<*. Frankfurt a.M.: Suhrkamp, pp. 295-317.

Marx, K. (1961). Zur Kritik der Politischen Ökonomie. *MEW*, 13, 3-160. Berlin: Dietz.

Marx, K. (1976). *Das Kapital*. *MEW*, Vol. 3. Berlin: Dietz.

Marx, K. (1983). Grundrisse der Kritik der politischen Ökonomie. *MEW*. Vol. 42. Berlin: Dietz.

Marx, K. (2006). Zur Kritik der Hegelschen Rechtsphilosophie. Einleitung. *MEW*, 1: 378-391. Berlin: Dietz.

Marx, K. (2013). *Das Kapital*. *MEW*. Vol. 1. Berlin: Dietz.

Mies, M. (1988). *Patriarchat und Kapital: Frauen in der internationalen Arbeitsteilung*. Zürich: Rotpunktverl.

Munck, R. (2004). Reconceptualizing Labour in the Era of Globalization: From Labour and 'Developing-Area Studies' to Globalization and Labour?. *LABOUR, Capital and Society*, 37, 236-57.

- Nascimento, J. (2009). Notas sobre a filosofia do direito de Habermas. *Revista Sinal de Menos*, 3, 68-78.
- Offe, C. (1989). *Arbeitsgesellschaft. Strukturprobleme und Zukunftsperspektiven*. Frankfurt a.M./New York: Campus.
- OIT. (2013). *Relatório Global sobre os Salários: Salários e crescimento equitativo*. Genebra.
- Postone, M. (1995). *Time, labor, and social domination: a reinterpretation of Marx's critical theory*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Pradella, L. (2010). *L'attualità del capitale. Accumulazione e impoverimento nel capitalismo globale*. Padova: Il Poligrafo.
- Repa, L. (2008). Jürgen Habermas e o modelo reconstrutivo de teoria crítica. *Curso livre de teoria crítica*, pp. 161-182. Campinas: Papirus.
- Ritsert, J. y Rolshausen, C. (1971). *Der Konservatismus der kritischen Theorie*. Frankfurt a.M.: EVA.
- Rohrmoser, J. (1974). Das Elend der kritischen Theorie en Dallmayr, W. *Materialien zu Habermas' >Erkenntnis und Interesse<*. Frankfurt a.M.: Suhrkamp, pp. 135-152.
- Rüddenklau, E. (1982). *Gesellschaftliche Arbeit oder Arbeit und Interaktion?: zum Stellenwert des Arbeitsbegriffes bei Habermas, Marx und Hegel*. Frankfurt am Main: Lang.
- Santos, T. D. (1970). The Structure of Dependence. *The American Economic Review*, 60(2), 231-236.
- Schmidt, A. (1974). *Der Begriff der Natur in der Lehre von Marx*. Organizado por Karl Marx. Frankfurt a.M./Köln: Europäische Verlagsanstalt.
- Schröder, L. y Urban, H.-J. (orgs.). (2014). *Gute Arbeit Ausgabe 2014. Profile prekärer Arbeit – Arbeitspolitik von unten*. Frankfurt a.M.: Bund-Verlag.
- Schuartz, L. F. (2002). *Die Hoffnung auf radikale Demokratie: Fragen an die Theorie des kommunikativen Handelns*. Bern: Lang.
- Streeck, W. (2013). Vom DM-Nationalismus zum Euro-Patriotismus. Eine Replik auf Jürgen Habermas en B. Verlagsgesellschaft. *Demokratie oder*

Kapitalismus? Europa in der Krise, Berlin: Blätter Verlagsgesellschaft, pp. 87-104.

Therborn, G. (1974). Jürgen Habermas: Ein neuer Eklektiker en *Materia-
lien zu Habermas' >Erkenntnis und Interesse<*, Frankfurt a.M.: Suhrkamp,
pp. 244-267.

Therborn, G. (2012). Class in the 21st Century. *New Left Review*, II, 78, 5-29.

Wallerstein, I. (1974). *The modern world-system*. New York: Academic Press.

El *Landnahme* capitalista de Klaus Dörre y el sistema intercapital: una aproximación comparada*

Esteban Torres

1. Introducción

En el presente trabajo me propongo avanzar de forma metódica en el desarrollo de una nueva perspectiva del capitalismo edificada en diálogo con el marxismo, pero que rechaza ser clasificada como marxista, neo-marxista o pos-marxista. Esta visión se materializa en el concepto de *sistema intercapital*.¹ Se trata del núcleo económico de una teoría del cambio social mundial atenta a la especificidad de

* Publicado en *Encuentros. Revista de Ciencias Sociales*, 18(3), 12-23, enero-junio de 2020. Título original: “El sistema inter-capital: hacia una mundialización ampliada de la economía capitalista”.

¹ El presente trabajo se vio beneficiado de las discusiones con los colegas participantes del *Workshop Sociological Marxism*, organizado por Klaus Dörre en el Kolleg Postwachstumsgesellschaften Institut für Soziologie / Friedrich-Schiller-Universität Jena, Alemania, los días 26, 27 y 28 de Noviembre de 2018. Junto a ello, quisiera agradecer la lectura atenta y los comentarios efectuados a una primera versión de este texto por parte de Guilherme Leite Gonçalves, José Mauricio Domingues, Viviane Brachet Marquez, Waldo Ansaldi, José Nun, Carina Borrastero, Sebastián Torres, Juan Pablo Gonnet, Sergio Pignuoli Ocampo, Felipe Torres Navarro, Marcelo Nazareno, Graciela Inda, Jacinta Gorriti y Cristina Thalasselis. Las limitaciones que aún conserva el trabajo son de mi entera responsabilidad.

América Latina. Para la realización de dicho propósito someto el concepto de sistema intercapital a un análisis comparativo con una de las teorías críticas del capitalismo más vigorosas de la actualidad. Me refiero a la teoría del *Landnahme* capitalista que desarrolla el sociólogo alemán Klaus Dörre.² La analítica comparativa entre la teoría del *Landnahme* y la perspectiva del *sistema intercapital* apunta al esclarecimiento de tres aspectos elementales: i) la conceptualización general de la dinámica capitalista, ii) la concepción del espacio elaborada en relación con la primera, y finalmente iii) la visión de la temporalidad inherente al proceso de desenvolvimiento capitalista. La secuencia comparativa se inicia para cada uno de los puntos con el análisis sintético del sistema de Dörre, por ser este un cuerpo de ideas ya consagrado en la sociología contemporánea. Pese a contraponer dos perspectivas teóricas, el análisis comparativo recurre a un movimiento de tránsito permanente entre lo abstracto y lo concreto. En cualquier caso, el cuadro de relaciones que ofrezco no busca la formalización de registros exhaustivos sino la aproximación comparada a las coordenadas generales de ambas visiones. Entre otros aspectos, el presente trabajo demuestra como la perspectiva del sistema intercapital permite ensanchar y rectificar el campo de conocimiento sociológico sobre los actuales procesos de mundialización económica a partir de reconocer la especificidad capitalista de América Latina en el juego de apropiación mundial.

2. El *Landnahme* capitalista y el sistema intercapital

La comparación entre la teoría del capitalismo de Klaus Dörre y la visión del sistema intercapital –esta última en proceso de formulación– abre puntos de observación claves respecto al modo en que la teoría social moderna, y el marxismo en particular, se vienen

² Se trata del referente central de la Escuela de Jena y uno de los tanques intelectuales de la izquierda alemana en la actualidad. Junto a ello, entre otros créditos, Dörre es director de la prestigiosa revista *Berliner Journal für Soziologie* y co-editor de *Global Dialogue*, la revista de la Asociación Internacional de Sociología (ISA).

ocupando de analizar los procesos de cambio económico. Aquí me ocuparé de presentar los trazos generales de ambas perspectivas para luego extraer algunas conclusiones de ello.

La teoría del *Landnahme* capitalista es el dispositivo sociológico que desarrolla Klaus Dörre para explicar el devenir del capitalismo contemporáneo. Según este, el concepto “*Landnahme* capitalista” lo propone inicialmente Burkart Lutz, un referente central de la sociología industrial alemana, apoyándose en el trabajo de Rosa Luxemburgo. Los mismos pasos de Lutz seguiría Dörre al convertir a la intelectual polaca en la fuente teórica principal para poner a punto su perspectiva marxista. El sociólogo alemán reconocerá que la noción de “*Landnahme*” no tiene una traducción exacta al inglés ni al castellano, aunque el término que más se le asemeja sería el de “expropiación”. De este modo, y como luego veremos con más precisión, la perspectiva de Dörre se podría concebir como una teoría de la expansión capitalista basada en la infinita expropiación de lo no-capitalista. El *Landnahme* capitalista seguiría una compulsión sistémica expansiva que tiende a aumentar constantemente el número de vidas humanas, incluidas las de los capitalistas, que se encuentran sometidas a los imperativos del mercado. Para el autor estos imperativos se refieren a una racionalidad basada en los principios de competitividad y de maximización de ganancias. En el núcleo del concepto de *Landnahme* reside la idea de que el capitalismo, basado en la generalización de la forma mercancía, nunca se puede reproducir apelando a una lógica interna de alimentación. El sociólogo dirá que para la realización de su movimiento expansivo el capitalismo es estructuralmente dependiente de un Otro no capitalista. De este modo, el desarrollo capitalista se despliega como un complejo movimiento de apropiación de la exterioridad no capitalista y de generación de nuevas exterioridades no capitalistas que, llegada la circunstancia, pueden ser nuevamente expropiadas. El *Landnahme* opera entonces a partir de una dinámica interna/externa, exhibiendo una estructura dual. El capitalismo, ya sea en su modalidad industrial o financierizada, adquiere para Dörre la forma

de un metabolismo de recreación permanente entre los mercados capitalistas internos y los mercados externos no mercantilizados (o aún no plenamente mercantilizados). La expansión del sistema económico ocurriría en el espacio y en el tiempo y se desarrollaría tanto hacia adentro como hacia afuera de las sociedades nacionales o de los mercados capitalistas nacionales. En cualquier caso, para Dörre se trata de una fuerza de propulsión lo suficientemente arrolladora como para expandirse sobre toda la sociedad. Para Dörre el mundo se presenta como la sumatoria de territorios internos ya apropiados por la expansividad capitalistas y de territorios a la vez nuevos y externos en condiciones de ser conquistados por el mismo movimiento histórico de expropiación capitalista. La idea de tierras externas y nuevas por conquistar remite directamente al léxico que emplea Rosa Luxemburgo (1913) para referirse al proceso de expansión colonial que se expande hacia la periferia desde mediados del siglo XIX hasta la primera guerra mundial. Si bien Dörre suele emplear comillas para referirse tanto a lo externo como a lo nuevo, ello no necesariamente desmantela el espacio geográfico originario de la expansión colonialista a la que alude Luxemburgo, fuertemente marcado por la lentitud de los traslados marítimos, así como por el horizonte de expectativas de conquista de lo completamente otro, de lo completamente inesperado y/o de lo completamente inferior. Dörre busca desprenderse del lastre geográfico y extra-europeo que acompaña la idea de tierras nuevas y externas indicando, por ejemplo, que esta “nueva tierra” debe entender más bien como la mercantilización de los recursos naturales, territorios, sectores, actividades y estilos de vida que antes no lo estaban, o bien que no lo estaban totalmente.³ En cualquier caso, dejando de lado esta cuestión, la visión de la externalidad capitalista de Dörre se apoya según mi lectura sobre tres premisas básicas: i) la externalidad capitalista se manifiesta en todas las sociedades del sistema mundo; ii) en las economías periféricas del

³ Para esta reconstrucción sintética de la noción de *Landnahme* se emplearon como referencia Dörre (2012, 2014, 2016a, 2016b, 2018 y 2019).

sistema mundo predomina la territorialidad externa; y luego iii) en las sociedades del Centro los individuos no integrados al mercado de trabajo asalariado serían parte de la externalidad capitalista. En el próximo apartado analizaré estos aspectos con mayor detenimiento.

Desde la teoría del juego de apropiación mundial, el mundo capitalista contemporáneo se define como un *sistema intercapital*. El sistema intercapital (SI) es un sistema de apropiación capitalista mundial que, al igual que el *Landnahme* de Dörre, se configura a partir de una estructura dual. Pero, a diferencia de este último, no es en primera instancia una dualidad global entre lo capitalista y lo no capitalista sino entre lo capitalista dominante y lo capitalista subalterno. La dominación y la subalternización capitalista se definen en un plano global a partir de una relación centro-periferia.⁴ Desde la óptica de la TJA, al igual que en la visión de Dörre, la apropiación capitalista es una apropiación de clase, si bien para la primera la clase no es una unidad de acción colectiva en-sí ni para-sí. Distanciándose del esencialismo marxista, la TJA establece una diferenciación entre clase y actor. Para el SI, la unidad de acción colectiva no es la clase sino la organización, siendo toda organización una organización de clases. Los sindicatos, los partidos políticos, los movimientos sociales, los Estados, las cámaras empresariales, las pequeñas y medianas empresas (PYMES) o las grandes empresas tecnológicas como Google son todas organizaciones. Desde esta visión todo actor individual y social expresa una unidad de acción de clase, y por lo tanto, adopta la forma de un actor-clase, pero no toda clase deviene necesariamente en actor colectivo. En cualquier caso, en relación con la visión de Dörre, la noción de clase social cambia principalmente en un doble sentido: adopta una forma más abarcativa y a su vez adquiere una acepción distinta. Si para el marxismo en general y para la sociología de Dörre en particular la relación de clase se define a partir de

⁴ Los antecedentes teóricos contemporáneos de la relación centro-periferia que reelabora el SI se asocian principalmente con los trabajos de Ribeiro (1968), Prebisch (1976; 1985), Cardoso (1965) y Faletto (1969). Para una reconstrucción sistemática e histórica de tales antecedentes, consultar Torres y Borrastero (2020) y Torres (2021).

una ecuación de fuerzas entre la clase capitalista y la clase trabajadora, desde la SI se concibe una estructura doble de relaciones de clases. Me refiero a una estructura de *relaciones de clases moleculares* y *relaciones de clases orgánicas*. Las relaciones de clases moleculares son las encargadas de procesar en nuevos términos las relaciones de clases marxiana. Lo que define la pertenencia del individuo a una clase social molecular no es su inscripción material en algunas de las posiciones enfrentadas en las relaciones de producción, sino su fuente principal de ingresos. Para definir la posición del individuo en la clase molecular hay que atender a su *estructura* y su *volumen de ingresos*.⁵ En vez de definir dos clases elementales en relación de oposición, el SI define cuatro clases moleculares en situación de enlace y de enfrentamiento real y potencial: la clase dependiente del beneficio, la clase dependiente del salario, la clase dependiente de la asistencia y la clase dependiente del delito.⁶ Desde esta composición molecular, la clase capitalista se resignifica como clase dependiente del beneficio, mientras que la clase trabajadora se redefine como clase dependiente del salario. Como se puede observar, para estas dos clases moleculares adopto el léxico de Wolfgang Streeck (2013). El tipo restante de relación de clases, la relación de *clases orgánicas*, traslada el locus dinámico a la relación de la esfera global. A diferencia de la clase molecular, la clase orgánica es el entramado nacional de clases moleculares. Una clase orgánica sería en cierta medida equivalente a un sistema nacional de economía.⁷ Desde el esquema que ofrece el SI se distinguen tres tipos de clases orgánicas: la clase dependiente de la materia prima, la clase dependiente de la industria y la clase

⁵ Para un desarrollo de la diferencia entre la pertenencia de clase marxiana y la pertenencia de clase molecular, ver Torres (2020).

⁶ La clase dependiente de la asistencia se conforma a su vez a partir de dos subtipos: la clase dependiente de la asistencia pública y la clase dependiente de la asistencia privada. La tipología completa de las clases moleculares se desarrolla en Torres (2020) y parcialmente en el texto “Las explosiones sociales en América Latina: del orden neoliberal al mundo pos Covid-19”, localizado en el último bloque de este libro.

⁷ Tal idea de sistema nacional de economía guarda parecidos de familia con la demarcación teórica ofrecida por el economista alemán Fredrich List (1841).

dependiente del conocimiento.⁸ El modo en que se desenvuelve la lucha de apropiación global entre clases orgánicas determina la pertenencia de cada una al estrato central o bien al estrato periférico. Aquella clase orgánica ubicada en el estrato periférico puede definirse como una clase orgánica periférica. Del mismo modo ocurre con la pertenencia al estrato central. De este modo, la relación de clases orgánicas se define en su forma paradigmática como la relación entre clases orgánicas centrales y clases orgánicas periféricas. Este ordenamiento, a su vez, me permite distinguir al menos dos entramados económicos que componen el sistema intercapital: el *entramado económico nacional* y el *entramado económico global*. El primero estaría compuesto por una red de clases moleculares y el segundo por una red de clases orgánicas. A tal esquema se agrega una tercera estructuración reticular: el *entramado económico regional*. Este último estaría conformado por una red de clases orgánicas periféricas o por una red de clases orgánicas céntricas, estableciéndose a su vez el interior de cada red regional un conjunto de posiciones de clase centrales y periféricas. El sistema intercapital como sistema mundial se conforma a partir de vínculos irreductibles y de inmanencia entre los múltiples entramados nacionales, más o menos integrados regionalmente, y el entramado global. La expansión y la retracción entre lo capitalista y lo no capitalista, en los términos de Dörre, se desenvolvería exclusivamente en el SI al interior de los entramados económicos nacionales, mientras que el entramado económico global se definiría en la actualidad a partir de un proceso de expansión y de retracción entre clases orgánicas céntricas y periféricas. Estas clases orgánicas son todas capitalistas aunque de un modo estructuralmente diferente entre sí. Hago referencia a un sistema intercapitalista y no a uno capitalista a secas porque el sistema de apropiación económico mundial se configura centralmente a partir de intensas batallas de apropiación entre regímenes capitalistas y no a partir de las fuerzas de apropiación

⁸ Se puede consultar un primer desarrollo teórico de la estructura de clases orgánicas en Torres (2020).

operantes al interior de un sistema capitalista homogéneo, constituido en el Centro Global, luego auto-propulsado hacia la periferia y finalmente direccionado hacia su necesaria desintegración.

La idea de un sistema de apropiación intercapitalista que evoluciona a partir de un proceso continuo de clasificación, reclasificación y desclasificación orgánica y molecular permite superar los dos reduccionismos centrales que marcaron el viejo campo de discusión del progresismo global a partir de la mundialización del movimiento de descolonización a mediados del siglo XX. El primero es el reduccionismo clasista del marxismo eurocéntrico, que considera que la contradicción principal que resultaba necesario superar era una contradicción de clase focalizada en los territorios nacionales del Norte, y que los problemas derivados del colonialismo y de la división internacional del trabajo llegarían a su fin tras el derrocamiento del capitalismo y la conquista del poder por el proletariado en los países avanzados. Desde esta visión se asumía que hasta tanto se lograra sepultar al capitalismo avanzado, no resulta inaceptable promover un colonialismo proletario o socialista en la periferia global.⁹ El segundo reduccionismo operó en una dirección contraria: estableció una diferenciación entre nación y clase, o entre nación, clase y raza, para indicar que el motor central que dinamiza las sociedades de la periferia global es la contradicción entre naciones dominantes y naciones dominadas y que, por lo tanto, la política de clases debía desactivarse en buena medida a favor de una política de expansión nacionalista anti-imperialista (Balibar y Wallerstein, 1988; Amín, 1979). La idea de un sistema intercapital compuesto por una red interconectada de relaciones entre clases orgánicas y clases moleculares desactiva el divisionismo entre nación y clase para restituir a la nación como clase relacional en el plano global, articulada al movimiento reticular entre clases al interior de los planos nacionales

⁹ Una de las posiciones indulgentes más reconocidas respecto a un colonialismo de izquierdas fue la que asumió Kautsky. Este propuso distinguir entre “colonia de trabajo” y “colonia de explotación” (1907).

central y periférico. Cuando afirmo que la evolución del capitalismo como proceso intercapital permite concebir a la economía mundial a partir de un principio de diferenciación de clases a la vez global y nacional, estoy reconociendo que no se puede pensar que la estructura de clases moleculares en la periferia podría adquirir la misma forma que en el Centro Global. La composición interna de una clase orgánica dependiente de la materia prima, del modo en que se constituye actualmente en América Latina, difiere estructuralmente de la dinámica de clases moleculares correspondiente a un bloque orgánico europeo dependiente de la industria. Antes de hablar de una clase molecular periférica o de una clase molecular céntrica, lo que conllevaría cierto determinismo orgánico, correspondería concebir a toda clase molecular como clase molecular *en* la clase orgánica céntrica o periférica. El sistema de apropiación intercapital permite concebir la llamada “división internacional del trabajo” como una división de clases y no como una división durkheimniana de funciones que descentra una analítica de clases para la comprensión de los procesos de cambio social mundiales. Desde la óptica del SI se puede asumir que si la “división del trabajo internacional” se constituye en una manifestación histórica de la división de clases orgánicas, la “división del trabajo nacional” es una forma de organización emergente de la división de clases moleculares. El sistema intercapitalista se convierte entonces en un concepto que permite exhibir la interdependencia entre una economía política del “trabajo” internacional y una economía política del “trabajo” nacional. Si para la visión marxista de Dörre las dos economías que dirimen el futuro económico del mundo son la economía política del trabajo y la economía política del capital (Dörre, 2012, 2014, 2016a), para la SI dichas economías deben contemplarse en conexión con un segundo ámbito de estructuración: el que se establece entre la economía política de los entramados nacionales del Centro y del Sur Global. De este modo, si la teoría marxiana del capitalismo se define a partir de una estructuración simple de clases, la teoría del inter-capitalismo lo hace a partir de la doble estructuración mencionada.

El intercapitalismo como doble estructuración económica, conformado a partir de la competencia y la cooperación friccionada entre capitalismo agrarios, industriales y cognitivos, conlleva una transformación radical en el modo de concebir las clases sociales que interactúan en el campo de luchas sociales. Si para la teoría del *Landnahme* capitalista las clases subalternas son las clases trabajadoras, desde la visión del SI las clases subalternas son las clases moleculares de bajos ingresos que se reproducen tanto en el Centro como en la periferia Global, así como clases orgánicas periféricas, que representan el conjunto de clases moleculares en el entramado nacional periférico. Las clases moleculares de bajos ingresos se componen a partir del estrato inferior de la clase dependiente del salario, del estrato inferior de las clases dependientes del beneficio y del delito, así como de la clase dependiente de la asistencia en su conjunto.¹⁰

Finalmente, la perspectiva del juego de apropiación mundial, incluyendo la teoría del sistema intercapital, reclama para sí la recreación de una dialéctica social de apropiación. Recurre a una lógica dialéctica para intentar explicar el movimiento de la sociedad mundial, considerando y a la vez trascendiendo una racionalidad y una dimensión económica. Desde el sistema intercapital la dinámica económica se concibe a partir de un movimiento de clasificación orgánica y molecular que activa dinámicas verticales y horizontales, en procesos de permanente expansión y retracción. Para el caso de la clasificación vertical, tal retracción y expansión pueden concebirse como procesos de clasificación ascendentes (reclasificación) y descendentes (desclasificación). Dicho movimiento contrasta con el *Landnahme* capitalista de Dörre, el cual opera a partir de una lógica más bien unidireccional de expansión sobre lo no capitalista interno y externo. A este último, al despliegue externo, el autor lo concibe como una expansión económica unidireccional del centro sobre las periferias. La dinámica de apropiación de Dörre no contemplaría entonces un momento de retracción de lo capitalista con

¹⁰ Consultar el diagrama general de clases moleculares en Torres (2020).

posibilidades de forzar reprogramaciones no deseadas de los actores sociales dominantes. Desde las coordenadas del SI se echa de menos en la visión del sociólogo alemán la consideración de una lógica de retracción capitalista general, así como de una lógica de retracción capitalista céntrica. De este modo, pareciera que el peso que le adjudica Dörre al polo expansionista, tanto hacia adentro de las sociedades nacionales europeas como hacia afuera, conlleva al menos un doble riesgo: i) el de desactivar una lógica dialéctica que el propio autor señala como su lógica de referencia; ii) el de contradecir alguno de los hechos centrales señalados por su propia explicación sociológica del movimiento expansivo. Respecto a la segunda cuestión, no resulta sencillo compatibilizar la lógica de creciente expansión de lo capitalista de Dörre con su reconocimiento explícito de la expansión cuantitativa de la sociedad excluida del mercado del trabajo asalariado (fracción de sociedad que el autor caracteriza como no-capitalista), así como con el eventual incremento de la intervención no capitalista del Estado. En principio, lo que permitiría a Dörre adjudicar características no capitalistas a tales ámbitos desde la tesis de una creciente expansión-expropiación capitalista, es un principio de funcionalidad capitalista de lo no capitalista. En mi lectura, ambos territorios se presentan para el autor como espacios funcionales a la expansión capitalista. El primero lo hace principalmente a partir de la función marxiana de “ejército de reserva” y el segundo a partir de una función de reproducción estatal del capital poco nítida. Desde la perspectiva de la SI, en cambio, no se puede hablar de una potencia capitalista en plena expansión si el potencial de integración económica del capitalismo se reduce, tal como lo reconoce Dörre. La desintegración económica y social del capitalismo se correspondería con una instancia de retracción de su poder de apropiación del mundo, y no lo contrario. De este modo, según la óptica del sistema de apropiación inter-capitalista, la dinámica económica va constituyendo un campo a partir de un proceso a la vez en expansión y en retracción selectiva.

3. La diferenciación espacial de la dinámica capitalista: espacios internos, espacios externos y espacios subalternos

La teoría del *Landnahme* y la visión del sistema intercapital habilitan dos formas diferentes y parcialmente complementarias de concebir la dimensión espacial de la dinámica capitalista. Para la primera el funcionamiento del sistema capitalista se explica en primera instancia a partir de una estructura y un movimiento espacial dualista. A su vez, el espacio para Dörre se define como un territorio. Tal como señaló, el dualismo espacial imaginado por el autor funciona a partir de la diferenciación entre un territorio interno y otro externo. En su forma paradigmática el primero es capitalista y el segundo no-capitalista, o mejor dicho, aún-no-capitalista. Complementariamente, aquello que es capitalista puede dejar de serlo para Dörre por obra de las fuerzas expulsivas del propio capitalismo o de las fuerzas integradoras del Estado. Esta ecuación dual se desestabiliza cuando el autor distingue entre un “*Landnahme* interno” que operaría exclusivamente al interior de las sociedades nacionales del Norte Global y un “*Landnahme* externo” que operaría desde tales sociedades hacia y sobre los territorios de la periferia global (2014, 2016a). De este modo, tendríamos una lógica abstracta y general que opera a partir del movimiento de creación y destrucción permanente de lo interno/externo y dos formas estabilizadas de *Landnahme* concretos, uno interno y otro externo. Un primer interrogante que se presenta aquí es como podría funcionar lo interno capitalista en el *Landnahme* externo, siendo lo externo no capitalista. A falta de precisiones del autor, una respuesta que se podría ensayar es que al impactar el *Landnahme* externo en la periferia global, lo que allí sucede ya no se rige por un movimiento interno/externo, no al menos homologando la dinámica dual intra-europea. En la teoría del *Landnahme* pareciera que el devenir capitalista periférico y mundial desde el siglo XX en adelante se explica a partir de la expansión de los centros capitalistas sobre las *periferias externas y no capitalistas*, integrando de modo accesorio las reacciones posteriores desde el Sur Global para acelerar o para impedir su integración

forzada al sistema económico mundial. El capitalismo en América Latina aparecería como un territorio de composición indefinida en la exterioridad capitalista del Norte Global, antes que como un espacio-tiempo plenamente moderno con posibilidades de creación e innovación capitalista. Dicho en otros términos, el capitalismo en América Latina se presenta para el autor como efecto del lado externo del capitalismo céntrico o bien como un territorio con algunos ribetes capitalistas pero no del todo conectados en términos causales con el Centro. No hay que perder de vista que el capitalismo para Dörre fija dos operaciones en relación con la exterioridad capitalista: puede y debe utilizar un “afuera” ya existente, y luego puede y necesita producirlo activamente (2012, 2014, 2016a, 2018). En mi lectura, América Latina sería en su mayoría parte de este afuera ya existente, siendo este afuera para Dörre más natural que social.

En cambio, desde el sistema de apropiación inter-capital, la dinámica de exteriorización espacial del capitalismo se diferencia de la primera en dos aspectos fundamentales: i) no fija una relación de exterioridad espacial capitalista entre el centro y la periferia sino una *relación inter-espacial capitalista*, siendo la exterioridad capitalista algo que ocurre exclusivamente hacia el interior de cada una de las sociedades nacionales; ii) las exterioridades no capitalistas al interior de las sociedades nacionales, sean estas del centro o de la periferia, no las crearía el sistema de producción capitalista y cierto accionar estatal sino la combinación entre tal accionar estatal y el sistema de consumo capitalista. Ello significa que buena parte de los espacios y de los agrupamientos de individuos que la teoría del *Landnahme* ubica en un afuera situacional de los capitalismo nacionales y mundial estarían incluidos en el sistema. Dicho más exactamente, algunas piezas que el esquema de Dörre concibe como afuera, el SI lo concibe como un *abajo* a la vez *integrado* y *diferenciado*, dispuesto en mayor o menor medida a la resistencia. Si la primera diferencia habilita el reconocimiento de América Latina como núcleo espacial capitalista diferenciado, a la vez activo y dependiente del Centro Global, la segunda reconoce que los agrupamientos humanos subalternos no dependientes del salario,

entre los cuales podríamos incluir el “ejército de reserva” marxiano, no estarían mayoritariamente afuera del sistema capitalista sino integrados como otra clase de un modo más precario y subalterno que el estrato más bajo de la clase dependiente del salario.¹¹

De este modo, respecto a la primera diferencia, desde el SI se comprueba que América Latina no sería el efecto de la expansión de un *Landnahme* externo sino un polo completamente integrado en una relación capitalista global, desigual, cambiante y conflictiva. La idea de una inter-espacialidad capitalista puede concebirse igualmente a partir de la idea de un espacio económico mundial compuesto por un entrelazamiento asimétrico e interactivo de espacios económicos naciones y regionales del centro y de la periferia. El registro mundial se amplifica desde el SI desde el momento que agrega a la dinámica global concebida por Dörre las múltiples experiencias de expansión dependiente de la periferia capitalista sobre el Centro desplegadas desde fines de la Segunda Guerra Mundial. Este registro también contempla, necesariamente, las virulentas reacciones de los bloques centrales para impedir la industrialización capitalista de la periferia y de ese modo frenar el proceso de igualación de las condiciones de intercambio capitalista entre el centro y la periferia global. A diferencia de los tiempos de las primeras arremetidas colonizadoras, una vez consumado el avance del capitalismo en América Latina bajo dominación inglesa en el siglo XIX, su mercado económico deja de ser externo al mercado capitalista mundial (Mariátegui, 1928; Haya de la Torre, 1935; Scalabrini Ortiz, 1940; Ramos, 1968; Di Tella, 1998; Hobsbawm, 2015). La dinámica económica latinoamericana, con sus movimientos ascendentes y descendentes, así como las características de su inserción global, se explican cada vez menos a partir del

¹¹ Desde la óptica del *sistema intercapitalista* las zonas de vulnerabilidad no se crean exclusivamente a partir del proceso de clasificación tradicional, lo que en mis términos sería un proceso de clasificación molecular al interior de las ciudades, sino también y principalmente a partir de un proceso de clasificación orgánica global en el cual las sociedades periféricas del sistema mundo se encuentran al borde de ser caracterizadas en su conjunto como extensos territorios de vulnerabilidad social.

viejo hambre colonial de nuevas tierras para la explotación capitalista. Para suponer la persistencia de tales procesos de expropiación en la actualidad habría que reducir drásticamente la observación de los sistemas económicos en América Latina a un conjunto de experiencias cada vez más marginales en relación con la estructura general de las economías nacionales periféricas. En resumidas cuentas, lo que permite indicar el SI es que actualmente no hay un solo capitalismo, el capitalismo del centro, que se extiende sobre un espacio periférico aún no capitalista o no del todo capitalista. Desde la óptica del *sistema intercapital*, las economías periféricas se entienden como espacios diferenciados de operación económica en gran medida supeditados a los centros. Al reconocer que el sistema capitalista mundial se estructura a partir de un principio de diferenciación espacial entre dos polos capitalistas activos, el SI estaría en condiciones de trascender las formulaciones espaciales unipolares y avanzar en la idea de un *modo de desarrollo mundial intrínsecamente intercapitalista*. El reconocimiento de la lógica capitalista mundial como una agregación de lógicas capitalistas nacionales en situación de interacción desigual permite igualmente señalar que no habría un único modo ideal de concebir el desarrollo capitalista para el corto y mediano plazo. Cada modo de desarrollo capitalista involucra a la vez un arreglo nacional singular y un modo igualmente singular de integración global. Dicho en otros términos, desde el SI se considera que por una cuestión elemental de condicionamiento estructural global, la planificación económica autonomista desde el Estado latinoamericano tiene que poder imaginar en la actualidad para cada ciclo político presidencial y para un largo plazo el mejor modo de progresión capitalista periférico a partir de un horizonte de expectativas pos-periférico. Ello implica, entre otras cuestiones, dejar de importar acríticamente los programas desarrollistas del centro, los cuales se suelen instrumentar en la región sin dimensionar el compromiso intrínseco que los primeros conservan con una división internacional del trabajo que menoscaba las posibilidades de expansión autonomista de la periferia global.

Tal como indiqué, la segunda diferencia entre el *Landnahme* y el SI del juego de apropiación mundial respecto al modo de concebir la dinámica espacial apunta a la configuración de las sociedades nacionales. Este último comparte con la visión de Dörre que hay un proceso de permanente interiorización y exteriorización capitalista, pero la exterioridad social capitalista sería aquello que eventualmente produce el Estado a partir de sus operaciones de apropiación espacial y sus prestaciones universalistas, así como aquello que está afuera de la sociedad del consumo capitalista. A lo largo y ancho del mundo, los “ejércitos de reserva” de Dörre se encuentran mayoritariamente integrados a la sociedad de consumo capitalista en la forma de una clase dependiente de la asistencia y/o de una clase dependiente del delito. Marx (1853) fue el primero en reconocer a la mendicidad y al delito como las dos modalidades centrales de ocupación de la sociedad no asalariada. La plasticidad con la que Marx emplea el concepto de sub-proletariado creo que expresa esta gran incomodidad respecto a la imposibilidad de excluir al trabajo no asalariado del análisis de las dinámicas económicas capitalistas. Ahora bien, desde el SI no sería la condición de trabajo de las prácticas sociales no asalariadas lo que las integra efectivamente al capitalismo sino su poder de consumo capitalista. De este modo, desde esta óptica, los tres grandes territorios de exterioridad capitalista que se manifiestan de forma no definitiva tanto en el centro como en la periferia serían: a) las formas y las operaciones de apropiación estatales no regidas por un criterio de maximización económica capitalista, b) los espacios geográficos y naturales no capturados ni contemplados para su apropiación por parte de los aparatos empresariales; y finalmente c) la *sociedad de individuos descartados*, sin posibilidades garantizadas de consumo capitalista y por lo tanto arrojados a la desesperación de la supervivencia física. Dicho esto, desde la SI se asume a modo hipotético que en la actualidad el mundo se está transformando a tal ritmo que las sociedades de la periferia global podrían estar pasando a ser más capitalistas que las sociedades del Centro. Propongo que revisemos esta última hipótesis a partir de desarrollar cada uno de los puntos señalados.

Respecto al primero, tanto el *Landnahme* como el SI reconocen que el Estado tiene en sentido estricto una capacidad de producción social no capitalista o de desmercantilización capitalista. Aquí evitaré entrar en la discusión respecto a la deseabilidad o no de la necesaria acumulación de poder político que conlleva la construcción de una estatalidad no capitalista. Las únicas dos evidencias que me interesan señalar es que la posibilidad concreta de una realización estatal no capitalista ha dependido históricamente de un poder soberano acumulado en las formas-estado, y que en ningún momento de la historia mundial los países de América Latina lograron acumular mayor poder de reglamentación estatal soberana que las sociedades nacionales del Centro. Entre tantos aspectos, es posible constatar en la actualidad la existencia de un mayor volumen de servicios públicos bajo propiedad y/o gestión estatal en Europa que en América Latina. En resumidas cuentas, la territorialidad exterior y no capitalista creada por el Estado social es más extendida y significativa en las sociedades del centro que en las sociedades de la periferia, si bien en la actual coyuntura estas estatalidades están experimentando un proceso de retracción mundial.

En cuanto a los espacios naturales no capitalistas disponibles en el centro y en la periferia global, se observan grandes transformaciones en las últimas décadas. En América Latina se viene constatando la extensión de las “fronteras agropecuarias”¹² y de las “fronteras mineras”¹³ a un ritmo vertiginoso. De persistir la dirección y el ritmo de esta tendencia expansiva el continente tendrá, en un mediano plazo, menos superficies geográficas y naturales “externas” al sistema capitalista que los propios ecosistemas del centro. La magnitud de este proceso periférico deja en evidencia un diferencial histórico de conservación de recursos naturales a favor de los territorios del Norte Global. En sus formas económicas actuales, la expansión de las fronteras agropecuarias y mineras en el Sur Global tiende a reforzar

¹² Ver Viglizzo y Jobbagy (2014), Carrasco, Sánchez y Tamagno (2012), Soto (2013), Iñigo Carrera (2017) y Roccatagliata (1988).

¹³ Ver Gutman (2013) y OCMAL (2014).

los procesos de integración regional desde arriba o de división internacional del trabajo capitalista impuesta desde el centro. Aquí queda por investigar en que medida los territorios nacionales en América Latina podrían estar transitando hacia nuevas matrices de dependencia capitalista. Ello podría estar ocurriendo, por ejemplo, si se comprueba que la reducción en curso de la diversidad de las economías primarizadas de la periferia hacia modalidades de mono-cultivo de exportación tiende a reducir sensiblemente la soberanía y la seguridad alimentaria de los países periféricos.¹⁴ En el caso de la Argentina ello podría estar ocurriendo a partir de la expansión del modelo de agronegocio sojero.¹⁵ En síntesis, ya sea por debilidad de la intervención estatal y/o por sobre-explotación capitalista de la naturaleza económicamente valiosa, es probable que América Latina se esté proyectando como un territorio más plenamente integrado al sistema de valorización capitalista que el Centro global.

La única espacialidad no capitalista con la que contaría América Latina en mayor magnitud que el Centro Global es precisamente aquella demarcada por las masas de individuos sumergidos. El continente cuenta desde siempre con una integración parcial y más precaria del territorio social al sistema capitalista. Tal proliferación da cuenta del desenvolvimiento dramático de una sociedad de individuos excluidos no ya del mercado de trabajo asalariado sino del mercado de consumo capitalista de supervivencia. En cualquier caso, a diferencia de la visión de Dörre, desde el SI no se puede pensar la relación entre los procesos de expansión y de exteriorización capitalista sin establecer una diferenciación sustantiva entre territorios naturales y territorios sociales. Si los territorios naturales de América

¹⁴ Según los informes de la FAO, la seguridad alimentaria requiere el cumplimiento de, por lo menos, cuatro condiciones: i) Una oferta y disponibilidad de alimentos adecuadas; ii) La estabilidad de la oferta sin fluctuaciones ni escasez en función de la estación del año; iii) El acceso directo a los alimentos o la capacidad para adquirirlos; iv) La buena calidad e inocuidad de los alimentos. Según el propio organismo mencionado en el Norte Global los tres primeros puntos estarían por el momento garantizados, no así en América Latina (ver FAO, 2010).

¹⁵ Ver, entre otros, Reboratti (2010) y Teubal (2002 y 2006).

Latina experimentan un proceso de plena y creciente integración en el proceso valorización mundial del capital, simultáneamente se está acentuando un proceso de desintegración capitalista de los *pequeños* territorios sociales y de los territorios sociales *de abajo*. Pero no se trata de una desintegración capitalista de la clase orgánica periférica como un todo, del entramado económico nacional, si no de sus eslabones más débiles. Esta desintegración masiva de la sociedad de consumo se expresa centralmente a partir de dos formas: i) como desintegración de la sociedad rural aún existente y su reintegración precaria en la sociedad urbana en expansión,¹⁶ y ii) como desintegración capitalista de una fracción del territorio social de abajo de los centros urbanos en América Latina. La primera modalidad se asocia con un proceso de mudanza a gran escala por necesidades de supervivencia y por búsqueda de oportunidades económicas desde zonas rurales y pequeñas poblaciones hacia las ciudades grandes y medianas. En algunos países de la región, entre ellos la Argentina, la sociedad rural se va retrayendo dramáticamente –hasta el punto de desaparecer en algunos casos– a medida que avanza a grandes pasos la concentración del negocio agroindustrial en la región. Este proceso contemporáneo está creando lo que algunos especialistas llaman una “agricultura sin agricultores”.¹⁷ Respecto a la segunda forma de desintegración, las fracciones excluidas del consumo necesario para la supervivencia se corresponden en buena medida con lo que se conoce

¹⁶ Con integración precaria me refiero aquí a un tipo de integración que ocurre mayoritariamente por la delgada línea del consumo de supervivencia y no por la vía de la sociedad del trabajo formal.

¹⁷ Los números que ofrece Teubal respecto a la Argentina son bien elocuentes: “entre los censos de 1960 y 1988 desaparecieron 51.000 explotaciones agropecuarias, 1.800 por año. Entre los censos de 1988 y 2002 –en plena era neoliberal– desaparecieron 87.000 explotaciones agropecuarias, esto es, 6.263 por año. Y las que desaparecieron fueron fundamentalmente las de menos de 200 hectáreas (75.293 explotaciones). En cambio, aumentaron las de más de 500 hectáreas, particularmente las del estrato de entre 1.000 a 2.500” (Teubal, 2006). De este modo, el especialista va a señalar que el agro argentino se fue transformando a paso acelerado en una agricultura sin agricultores, ya que las explotaciones que desaparecieron fueron principalmente las medianas y las pequeñas.

como “pobreza extrema” en el lenguaje de los organismos internacionales. Según el último informe de la CEPAL la pobreza extrema en 2018 alcanzó al 10,2% de la población de la región, unas 62 millones de personas, y aproximadamente al 3% de la población argentina. Para ambos arreglos espaciales, el regional y el nacional, se trata del porcentaje más alto desde 2008 (CEPAL, 2018). Para Europa, en cambio, desde fines de la Segunda Guerra la pobreza extrema es prácticamente inexistente, aún en los países más empobrecidos del Sur.

En resumidas cuentas, si para Dörre el “afuera” no capitalista que crea el capitalismo a partir de sus fuerzas expulsivas se identifica paradigmáticamente con el mundo dinámico de la desocupación formal,¹⁸ para el SI el piso social de la exclusión es mucho más bajo, trasladándose paradigmáticamente a las situaciones de extrema pobreza en las cuales comienzan a fallar seriamente las tácticas de supervivencia de los individuos. La población en condición de extrema pobreza incluso no logra consolidar su pertenencia a ninguna de las clases moleculares bajas. Se convierte en un remanente poblacional perseguido por el hambre y entregado a una lucha sórdida por la supervivencia en el sótano de la sociedad de clases de los países periféricos.¹⁹ Y es precisamente este submundo social arrasado

¹⁸ Lo que en términos exactos dirá Dörre es que el funcionamiento del mecanismo del ejército de reserva significa la fabricación continua de un “afuera” en la forma de mano de obra prescindible, que en un determinado momento puede ser simplemente excluida del sistema para tenerla a disposición con el fin de acumular en un momento futuro. El sociólogo alemán va a afirmar que “adentro” hay explotación, es decir, la apropiación privada de una plusvalía producida colectivamente, mientras que “afuera” está la reducción de ingresos y de condiciones de vida bajo los estándares aceptados de clase, la sobreexplotación, el uso de actividades de reproducción y cuidado de forma gratuita y en casos extremos el deterioro total de capacidad laboral (Dörre, 2016a, p. 28).

¹⁹ A modo de indicador, según un reciente informe del Observatorio de la Deuda Social de la Universidad Católica Argentina (UCA), en el país el riesgo alimentario en la infancia se incrementó en el último período interanual, 2017-2018, en un 35%, 7 puntos más que en 2010. Según el informe en cuestión tres de cada diez chicos y chicas pertenece a hogares en los cuales el acceso a los alimentos se complicó en 2018. De esos niños, el 13% pasó hambre durante dicho año. Según el informe 1.6 millones de niños y adolescentes en la Argentina realiza menos de cuatro comidas diarias (ver UCA, 2019).

el que se erige como un espacio social no capitalista producido por el propio sistema intercapitalista. Será a partir de este territorio de miseria social en permanente expansión y retracción, y no precisamente a partir del accionar estatal latinoamericano o del reservorio de tierras vírgenes por explotar, que se crea a partir de un proceso de expulsión desde arriba el territorio social no capitalista en América Latina. Desde la óptica del SI, es posible observar que si la territorialidad “exterior” no capitalista que acompaña el desarrollo capitalista hacia adentro de Europa la crea el Estado a partir de sus mallas de protección y de integración socioeconómica, en América Latina la crean los actores centrales del mercado capitalista a partir de la generación de una “población excedente absoluta”.²⁰ Esta última llega al límite de desconectarse de los ingresos que podrían generarse a través de la asistencia o del micro-delito.

4. *Landnahme* capitalista, regímenes de tiempo e intertemporalidad

La conceptualización del tiempo en la teoría del *Landnahme* capitalista opera con coordenadas distintas que su visión del espacio. Para Dörre la espacialidad se define a partir de un movimiento interno/externo entre un sistema de producción capitalista, el cual se referencia como territorio capitalista, y un territorio externo no capitalista, a la vez social y natural, que el primero tiende a subsumir o a generar. Su visión de la temporalidad, en cambio, se define a partir de un esquema relacional del poder entre clases marxistas, centrado en el tiempo de trabajo como tiempo lineal. De este modo, si la visión del espacio que promueve la teoría del *Landnahme* no se detiene en el reconocimiento de la lucha por la apropiación del espacio entre actores-clases, ello sí ocurre en relación con el tiempo. Y la batalla por el tiempo se expresa en la teoría del capitalismo de Dörre al interior

²⁰ El término le corresponde a Alcira Argumedo (2011).

de las sociedades nacionales del centro a partir de la creciente apropiación capitalista del tiempo de trabajo y de vida de las mayorías sociales. En términos paradigmáticos, la dinámica temporal general de Dörre (2016a) funciona a partir del enfrentamiento entre una clase capitalista que lucha por la intensificación de la jornada laboral y una clase trabajadora, más o menos precarizada, que lucha por su reducción y/o relajación. El autor lo planteará como una lucha entre ambas clases por “cada átomo del tiempo” desde la imposición del modo de producción capitalista (p. 30). Para el autor cada régimen de tiempo es determinado por una modalidad de capitalismo céntrico. De esta manera, se reconoce la existencia de un régimen de apropiación capitalista del tiempo social para un modo de producción industrial, actualmente en retracción en Europa, y luego otro régimen de apropiación del tiempo para un capitalismo financiero en plena expansión. El primero sería un régimen de tiempo de trabajo organizado por los capitalistas, mientras que el segundo sería un régimen temporal deliberadamente desorganizado y flexibilizado por los nuevos capitalistas dominantes. Dörre sostendrá que el resultado final de este segundo régimen temporal flexible es un modo de dominación que reduce la soberanía de los dominados sobre su tiempo mucho más de lo que alguna vez fue posible con el régimen de tiempo organizado (p. 48). Si al hablar del tiempo social el autor reconoce la centralidad de la batalla por la soberanía, en este caso por la soberanía temporal, no sucede lo mismo al conceptualizar el espacio. En ningún momento la teoría del *Landnahme* plantea como problema central de la dinámica de expansión capitalista la cuestión de la retracción de la soberanía espacial de las clases dominadas. Desde la óptica del SI resulta evidente que tal problema adquiere una mayor centralidad al tomar en consideración las relaciones de apropiación entre clases orgánicas del centro y de la periferia que al tomar exclusivamente en cuenta la evolución de los entramados de clases marxistas. A modo de ejemplo, y como es de saber común, la protección de la soberanía territorial es una de las funciones nucleares de todo Estado nacional, sea este central o periférico.

Del mismo modo que para Dörre la dinámica capitalista constituye una estructura espacial dual, aquella tiende igualmente a producir dos temporalidades centrales. Da la impresión que los encadenamientos causales que va engarzando el autor van de lo económico a lo espacial y de lo espacial a lo temporal. De validarse esta secuencia, el tiempo se convierte en una variable dependiente del espacio. Para el autor, el modo de producción y acumulación capitalista tiende a producir una temporalidad “interna” y otra “externa”.²¹ La primera es una temporalidad más bien lineal o continua, sujeta a la explotación asalariada, mientras que la segunda tiende a ser una temporalidad no lineal o discontinua producida por lo que Dörre llama los mecanismos de explotación secundaria. Estos últimos se asocian principalmente a las dinámicas coercitivas del trabajo informal y del trabajo doméstico no remunerado. La primera sería una temporalidad de la inclusión económica y la segunda de la exclusión. La determinación espacial de la visión del tiempo de Dörre se corroboraría al constatar que esta última dimensión adopta una forma menos procesual que su conceptualización del espacio. Si para nuestro autor el espacio social se va constituyendo a partir de un proceso de expansión económica al cual le es inherente una temporalidad expansiva en constante destrucción y creación de lo nuevo, al tiempo social propiamente dicho lo conceptualiza como el efecto de una apropiación capitalista del tiempo de trabajo al interior de una estructura desigual de poder de clase. De este modo, el tiempo parece constituirse a partir de un esquema relacional sincrónico. Por ejemplo, Dörre dirá que el *Landnahme* del capitalismo financiero, en particular a partir de la introducción de modos de producción y de empleo flexibles, aumentó el poder de disposición del capital sobre el tiempo de trabajo y sobre el tiempo de vida de gran parte de los habitantes, y por lo tanto produjo una reducción significativa de la soberanía de tiempo de las mayorías sociales. Se trató, en los términos de Dörre, de una expropiación

²¹ Las comillas son del autor.

capitalista silenciosa del control sobre el tiempo de trabajo y de vida de las mayorías (p. 30). Para nuestro autor esta expropiación descompone las posibilidades de planificación de la vida laboral a largo plazo de los trabajadores.

Desde la TJA, en cambio, el sistema-mundo y sus respectivas sociedades nacionales entrelazadas se definen a partir de las múltiples luchas de apropiación de un plexo de actores-classes al interior de un tiempo social mundial determinado por una doble estructuración. En un plano económico, es posible distinguir entre un tiempo constituido en las relaciones y los procesos de clasificación orgánica, y uno constituido a partir de las relaciones y los procesos de clasificación molecular. El primero permitiría reconocer la existencia de un tiempo económico global no unificado, producido a partir de la interpenetración asimétrica de al menos dos regímenes de tiempo capitalistas: un régimen de tiempo céntrico y un régimen de tiempo periférico. Estos dos regímenes temporales están simultáneamente sincronizados y desincronizados entre sí, y producen impactos temporales diferenciales sobre los respectivos territorios nacionales, así como emergencias temporales igualmente singulares. El segundo plano, por su parte, permitiría detectar la especificidad que asumen los dos regímenes de tiempo mencionados. Contra toda fantasía de autodeterminación temporal, uno de los rasgos centrales de la especificidad del régimen del tiempo periférico es su carácter de estructura dependiente del tiempo que pretenden imponer los grandes actores económicos o políticos de los Centros globales a partir de sus respectivas macro-programaciones. A modo de ejemplo, en la actualidad, el vector que define en mayor medida la temporalidad de la acción estatal periférica en América Latina, y particularmente en Argentina, es el tiempo de pago, de repago y de renegociación de la exorbitante deuda externa contraída. Es muy probable que el tiempo social dominante en las sociedades nacionales periféricas sea el *tiempo del Estado deudor*. En este escenario la refinanciación permanente de las deudas externas es un modo de comprar tiempo para la acción estatal y nacional. De este modo,

la dimensión temporal del juego de apropiación entre clases marxianas al interior de un entramado económico nacional, tal como la entiende Dörre, no se podría entender para el SI sin tomar en consideración la influencia temporal y la capacidad de imposición temporal que ejerce el juego de macro-apropiación entre estados y grandes empresas capitalistas en un plano global. Si actualmente para Dörre la batalla por la soberanía temporal la libran las mayorías sociales contra los capitalistas en el marco del nuevo *Landnahme* de la economía financiera, desde la perspectiva de la SI el campo del juego de apropiación se extiende para poder incluir las batallas por la soberanía temporal entre los sistemas económicos nacionales. El régimen de tiempo de las sociedades periféricas ha sido un régimen continuamente desorganizado desde el Centro. La soberanía temporal nacional que reclaman para sí algunas clases orgánicas periféricas en América Latina se asocian precisamente con la disminución de la aceleración y de la contingencia económico-financiera que trae consigo la mayor apertura de los entramados económicos moleculares a los dictámenes temporales de los grandes actores del Centro Global. Así como los grados de contingencia de las trayectorias de la clase dependiente del salario que trabaja para empresas privadas es mayor que la que la de los propios propietarios de tales empresas, los grados de contingencia de las trayectorias de ambas clases es en promedio sensiblemente mayor en las sociedades periféricas que en las sociedades del Centro Global. Igualmente, se puede constatar una mayor tasa de aceleración de los cambios sociales en la periferia que en el centro. Y tal diferencial de aceleración se puede explicar en buena medida a partir de la capacidad de la clase orgánica del centro de apropiarse del tiempo de producción y reproducción de la clase orgánica periférica. De este modo, la misión analítica de la SI en este punto consiste en descentrar las luchas políticas de las clases trabajadoras por jornadas laborales más cortas para integrar al juego de apropiación la observación de la larga historia de luchas activadas por parte del Estado autonomista periférico por extender y garantizar su tiempo

de planificación social. Para el SI, el control mundial sobre los recursos del tiempo se define en la interacción entre la forma temporal de la división *internacional* del “trabajo” y la forma temporal de la división *nacional* del “trabajo”. En cualquier caso, esta doble estructuración temporal llama a no confundir entre el efecto temporal en los territorios nacionales del juego de apropiación global y cualquier determinismo periférico del tiempo dominante en los entramados económicos nacionales de América Latina.

Junto con el reconocimiento de la inter-temporalidad central y periférica de la dinámica capitalista mundial de los regímenes temporales centrales y periféricos, la dimensión temporal de la dinámica capitalista se extiende igualmente hacia el interior de las sociedades nacionales. Ello sucede a partir de reconocer que el tiempo social de los capitalismo no lo demarcan en primera instancia las lógicas de inclusión/exclusión de las dinámicas de producción capitalista, tal como sugiere la teoría del *Landnahme*, sino las formas concretas de inclusión y exclusión de la sociedad de consumo. Ello permite prestarle atención al hecho que el grado de desorganización, de descomposición y de inmediatez de la temporalidad económica emergente y producida a partir de las experiencias colectivas de desesperación y del hambre en la región no es el mismo que el emergente del trabajo precario, violento y mal remunerado. Además, tal premisa permitiría suponer que la temporalidad subjetiva y objetiva de la exclusión de la sociedad de consumo es la que principalmente va definiendo el cuadro de una temporalidad social no capitalista. Este registro permite extender las diferencias entre las temporalidades de la inclusión y de la exclusión económica recreadas en las sociedades del centro y aquellas desplegadas en América Latina. En esta presentación preliminar de las coordenadas espaciales del sistema intercapitalista no hay que perder de vista que se trata de la temporalidad económica del juego de apropiación mundial y no de la temporalidad total de dicho juego.

5. Conclusión: del sistema capitalista al juego de apropiación mundial

El supuesto de la doble estructuración del capitalismo sienta las bases para el desarrollo de la perspectiva del *sistema intercapital* (SI). Este nuevo dispositivo pretende operar como reemplazo del concepto marxiano de modo de producción capitalista. En el presente trabajo me ocupo de introducir algunas de las modificaciones que produce esta nueva perspectiva teórica al encontrarse con una de las visiones críticas del capitalismo más vigorosas en la actualidad. Me refiero a la teoría del *Landnahme* capitalista de Klaus Dörre. Desde la visión del SI, la perspectiva del sociólogo alemán ofrece una teoría de la estructuración simple del capitalismo, con proyección global y sensibilidad mundial. Cuando digo que se trata de una teoría de la estructuración simple quiero indicar que su visión de la dinámica total de clase se ajusta a la acepción marxiana de una dinámica entre clases capitalistas y clases trabajadoras en un plano principalmente nacional. Al señalar que su teoría tiene proyección global quiero indicar que el autor parte del análisis del funcionamiento del capitalismo europeo, principalmente el alemán, para ensayar a partir de ahí una explicación del movimiento del capitalismo a nivel global. Finalmente, cuando indico que su teoría tiene sensibilidad mundial me refiero en particular al reconocimiento por parte Dörre de la existencia a la vez diferenciada y erosionada de la periferia global en su visión de la dinámica capitalista. De este modo, si bien la teoría de *Landnahme* capitalista demuestra una sensibilidad notable con las realidades del Sur Global, visto desde el SI tal sensibilidad se vería enriquecida si lograra brindar una mayor atención teórica a la relación centro-periferia. Antes que incompatibilidades sustantivas entre el concepto de *Landnahme* capitalista y la visión del *sistema intercapital*, se observa el involucramiento de dos marcos mundiales diferentes y potencialmente complementarios: el de una mundialización marxista reflexiva, de nuevo cuño, y el de una mundialización ampliada de las economías capitalistas. En cualquier caso, es necesario no perder de vista que el sistema intercapitalista es el *primus inter pares* de

un conjunto de seis subsistemas que estructuran para cada momento el juego de apropiación en la sociedad mundial. Los otros cinco son el sistema interestatal, el sistema intercomunicacional, el sistema patriarcal, el sistema interracial y el sistema internatural.

6. Bibliografía

Amin, S. (1979). *Classe et Nation. Dans l'histoire et la crise contemporaine*. Paris: Les Editions de Minuit.

Argumedo, A. (1992). *Los silencios y las voces en América Latina: notas sobre el pensamiento nacional y popular*. Buenos Aires: Ediciones del Pensamiento Nacional, 2011.

Balibar, E. y Wallerstein, I. (1988). *Raza, nación y clase*. Madrid: IEPALA.

Cardoso, F. H. (1965). Análisis sociológicos del desarrollo económico. *Revista Latinoamericana de Sociología*, 2(71), 178-199.

Cardoso, F. H. y Faletto, E. (1969). *Dependency and Development in Latin America*. University of California Press, 1979.

Carrasco, A., Sánchez, N. y Tamagno, L. (2012). *Modelo agrícola e impacto socio-ambiental en la Argentina: monocultivo y agronegocios*. AUGM-Comité de Medio Ambiente.

CEPAL. (2019). *Panorama Social de América Latina 2018*. LC/PUB.2019/3-P. Santiago de Chile.

Di Tella, T. (1998). *Historia social de la Argentina contemporánea*. Buenos Aires: Troquel.

Dörre, K. (2012). Die neue Landnahme. Dynamiken und Grenzen des Finanzmarktkapitalismus en Dörre, K., Lessenich, S. y Rosa, H. (2012). *Soziologie - Kapitalismus – Kritik*. Frankfurt: Suhrkamp, pp. 21-86.

Dörre, K. (2016a). Capitalismo, *Landnahme* y regímenes sociales de tiempo: un panorama general. *Pléyade. Revista de humanidades y ciencias sociales*, (18), 25-54, julio-diciembre.

Dörre, K. (2016b). *Capitalist Landnahme – Consequences in Germany and Europe and Possible Alternatives* [Papers presented at the 3rd ISA Forum ‘The Futures We Want’, Vienna, July].

Dörre, K. (2014). *The German Job Miracle. A Model for Europe?* Brussels: RLS.

Dörre, K. (2018). Democracy, not Capitalism – or: Expropriate Zuckerberg! Non published Working Paper.

Dörre, K. (2019). “Take Back Control!” Marx, Polanyi and Right-Wing Populist Revolt. *Österreichische Zeitschrift für Soziologie*, 44, 225-243.

FAO. (2010). *Políticas de seguridad e inocuidad y calidad alimentaria en América Latina y el Caribe*. Santiago de Chile: FAO-RLC.

Gutman, N. (2013). *Argentina en la frontera minera*. Buenos Aires: Ediciones del CCC-CEMOP.

Haya de la Torre, V. [1935](2010). *El antiimperialismo y el APRA*. Lima: Fondo Editorial del Congreso del Perú, 2010.

Hobsbawm, E. (2015). *Historia del siglo XX. La era de la revolución (1789-1848). La era del capital (1848-1875). La era del imperio (1875-1914)*. Buenos Aires: Crítica.

Innis, H. (1948). Great Britain, The United States and Canada en *Essays in Canadian Economic History*. Toronto: University of Toronto Press, 1956, pp. 407-450.

Iñigo Carrera, V. (2017). Frontera agropecuaria y territorio en el noreste de Argentina: su avance y ordenamiento en la provincia de Formosa. *Revista GeoPantanal* (22), 55-72, enero-junio.

Kautsky, K. (1907). *Socialism and Colonial Policy*. <https://www.marxists.org/archive/kautsky/1907/colonial/index.htm>

List, F. (1841). *El Sistema Nacional de Economía Política*. México: FCE, 1942.

Luxemburgo, R. (1913). *La acumulación del capital*. Ciudad de México: Grijalbo, 1967.

Marx, K. [1853](1981). El 18 Brumario de Luis Bonaparte en Marx, K y Engels, F., *Obras escogidas*. Tomo 1. Moscú: Progreso, pp. 404-498.

OCMAL. (2014). Conflictos mineros en América Latina: extracción, saqueo y agresión. Estado de situación en 2014. <https://www.ocmal.org/conflictos-mineros-en-america-latina-extraccion-saqueo-y-agresion-estado-de-situacion-en-2014/>

Prebisch, R. (1976). A Critique of Peripheral Capitalism. *CEPAL Review*, (1). [Versión ampliada en español: (1981). *El capitalismo periférico. Crisis y transformación*. México: Fondo de Cultura Económica].

Prebisch, R. (1985). The Latin American periphery in the global crisis of capitalism, *CEPAL Review*, (26), 63-88.

Ramos, J. A. (1968). *Historia de la nación latinoamericana*. Buenos Aires: Continente.

Reboratti, C. (2010). Un mar de soja: la nueva agricultura en Argentina y sus consecuencias. *Revista de Geografía Norte Grande*, (45), 63-76, mayo.

Ribeiro, D. (1968). *El proceso civilizatorio. Etapas de la evolución socio-cultural*. Universidad Central de Venezuela: Ediciones de la Biblioteca.

Roccatagliata, J. (coord.). (1988). *La Argentina. Geografía general y los marcos regionales*. Buenos Aires: Planeta.

Scalabrini Ortiz, R. [1940](2001). *Política británica en el Río de la Plata*. Barcelona: Plus Ultra.

Soto, G. (2013). Expansión de la frontera agrícola en el norte de Córdoba. Transformaciones productivas, naturales y sociales. *Las Voces del Fenix*, Año 4, (28), 32-39, septiembre.

Streeck, W. (2016). *Comprando tiempo. La crisis pospuesta del capitalismo democrático*. Buenos Aires: Katz Editores.

Teubal, M. y Rodríguez, J. (2002). *Agro y alimentos en la globalización. Una perspectiva crítica*. Buenos Aires: La Colmena.

Teubal, M. (2006). Expansión del modelo sojero en la Argentina. De la producción de alimentos a los commodities. *Realidad Económica*, (220), mayo-junio.

Torres, E. y Borrastero, C. (2020). Capitalism and the State in Latin America: Concentration of Power, Social Inequality and Environmental Depletion en Rivera Sanchez, L. (ed.). *The Oxford Handbook of Latin American Sociology*. New York: Oxford University Press.

Torres, E. (2020). La nueva estructura de la sociedad mundial: clases moleculares, clases orgánicas y estratos de clase. *Teoría e Cambio social*, (3), 13-22, diciembre.

Torres, E. (2021). *La gran transformación de la sociología*. Córdoba-Buenos Aires: FCS-CLACSO.

UCA. (2019). Infancias. Progresos y retrocesos en clave de desigualdad. Informe del Observatorio de la Deuda Social de la Universidad Católica Argentina. <http://uca.edu.ar/es/observatorio-de-la-deuda-social-argentina>

Viglizzo, E. y Jobbág, E. (eds.). (2010). *Expansión de la frontera agropecuaria en Argentina y su impacto ecológico-ambiental*. Buenos Aires: Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria.

La aceleración social y el motor económico capitalista: crítica a la visión del cambio social de Hartmut Rosa*

Esteban Torres

1. Consideraciones iniciales

En este trabajo me ocupo de dialogar con la obra más conocida del sociólogo alemán Hartmut Rosa. Se trata, además, a mi criterio, de su libro más relevante. Me refiero a *Social Acceleration: A New Theory of Modernity*, publicado en alemán en 2013 y luego en inglés en 2015. Allí esboza una teoría sistemática del cambio social, sustentada en investigaciones empíricas, y orientada a la redefinición teórica del desenvolvimiento de la modernidad europea. En tal obra, Rosa recoge, revisa y profundiza un conjunto de ideas que viene desarrollando sin interrupciones desde fines de la década de 1990 (Rosa, 1998, 2005, 2010; Rosa y Scheuerman, 2009). Al igual que sucede con los proyectos intelectuales de Klaus Dörre, Stephan Lessenich y Wolfgang Streeck, el esfuerzo de Hartmut Rosa adquiere un valor excepcional por estos tiempos, en tanto busca revertir el creciente escepticismo

* Publicado en *Persona y Sociedad*, 30(2), 121-130, mayo-agosto 2016. La presente versión incluye ligeras modificaciones.

intelectual imperante en la galaxia mundial de la sociología. En tal constelación, nada alentadora, se tiende a generalizar el desincentivo para la producción teórica en las ciencias sociales y en la sociología, lo cual conlleva la renuncia a los esfuerzos de construcción de una sociología crítica como la que propone Rosa, con pretensiones científicas y con aspiraciones universalistas. El valor teórico del libro en cuestión se ve potenciado por su sentido de oportunidad: la publicación aparece en una coyuntura particularmente sensible del campo académico global, en la que vuelve a tornarse protagonista la pregunta por el futuro del capitalismo y del conjunto de la sociedad mundial.

La tesis central que intenta fundamentar el autor en el libro es que la experiencia del mundo moderno es centralmente una experiencia de creciente aceleración. Para Rosa, la modernidad tardía no sería otra cosa que la sociedad moderna crecientemente acelerada y desincronizada. El horizonte desincrónico que proyecta en el texto lo emparenta con un conjunto de visiones sociológicas realistas y/o pesimistas que pronostican una tendencia creciente e inexorable a la descomposición estructural de la sociedad. Para el sociólogo alemán, mientras mayor es la aceleración, mayor es la desincronización social y mayor la contingencia. Rosa sostendrá que en el mundo moderno tardío no solo la estructura psíquica de los individuos, sino también las pautas temporales de la democracia, corren el riesgo de verse sobrecargadas por la presión que emerge de la rápida aceleración de las transacciones económicas, del progreso tecnológico y del cambio cultural. En este marco general, que Rosa define como multitemporal, estaríamos experimentando un proceso de desaparición del sistema político, en tanto este experimenta una incapacidad creciente de acelerar o bien de adaptarse a la aceleración social.

En consonancia con el materialismo histórico en sus versiones dominantes, Rosa suscribe a la primacía del tiempo sobre el espacio. Apelando a premisas conocidas, el autor sostendrá que la transformación de las estructuras espacio-temporales es impulsada en primera instancia por una dinámica de cambio temporal, y que por lo tanto no existiría un momento independiente de cambio espacial

en la modernidad que resulte análogo a la aceleración. Rosa no deja de llamar la atención sobre la originalidad de su enfoque, al afirmar que el estudio sistemático de las causas y los efectos de la aceleración social ha sido descuidado en las ciencias sociales contemporáneas, y, en particular, en las teorías de la modernidad, las cuales han preferido concentrarse en los procesos de racionalización, diferenciación o individualización.

2. *Social Acceleration*: estructura y contenidos

Social Acceleration se estructura en cuatro partes y doce capítulos. En la primera parte Rosa se ocupa de presentar el marco categorial de su teoría sistemática de la aceleración social. Aquí se concentra principalmente en la definición de la categoría de aceleración y de los tipos de aceleración intervinientes. Para el sociólogo, la aceleración social no es un proceso constante, sino que evoluciona en oleadas, en la mayoría de los casos, originadas por las nuevas tecnologías o las formas de organización socioeconómica. Con cada nueva oleada de aceleración se presentarían nuevas resistencias, así como procesos de reversión parcial. El autor distingue tres tipos o dimensiones de aceleración social que interactúan entre ellas: la aceleración tecnológica, la aceleración del cambio social y la aceleración del ritmo de vida. La primera resulta para Rosa la forma de aceleración más obvia y mejor medible. El sociólogo define la aceleración tecnológica como un proceso intencional y dirigido a la aceleración del transporte, la comunicación y la producción. Por su parte, la aceleración del cambio social, muy lejos de la amplitud habitual que adquiere la categoría de cambio social en sociología, se define para el autor como el incremento del ritmo de cambio de las actitudes y los valores, lo cual conlleva el aumento en las tasas de decadencia de la fiabilidad en las experiencias y las expectativas, así como la contracción de los lapsos definibles como el “presente” (la “contracción del presente”). Finalmente, la aceleración del ritmo de vida es concebida por este

cientista social alemán como el incremento de la velocidad y la comprensión de las acciones y experiencias en la vida cotidiana. Rosa declara que esta última forma de aceleración no está ni lógica ni causalmente implicada en las dos primeras. La aceleración del ritmo de vida se asocia directamente con la disminución del tiempo necesario para llevar a cabo procesos y acciones cotidianas de producción y reproducción, así como de comunicación y transporte.

Siendo la empresa analítica del autor germano básicamente una teoría del cambio sociohistórico, no resulta sorprendente que considere que la tarea crucial de la sociología será entender con más precisión la interrelación entre las fuerzas de aceleración y de desaceleración, o entre las fuerzas de movimiento y las fuerzas estáticas. Rosa menciona cuatro fenómenos que obstaculizan la aceleración, o bien que no estarían acelerados: i) los límites naturales y antropológicos del ser humano (los procesos de percepción, el procesamiento neuronal, etc.); ii) los nichos territoriales (los “oasis” de desaceleración); iii) las formas disfuncionales y patológicas de desaceleración (atascos de tráfico, depresiones psicopatológicas, la exclusión estructural de los trabajadores de la esfera de producción, las recesiones económicas, etc.); y iv) los movimientos ideológicos contrarios a la aceleración moderna (yoga, movimientos religiosos radicales, ecología profunda, etc.). Con respecto al esquema relacional mencionado, el autor asume dos supuestos estrechamente conectados: el primero es que el equilibrio se desplaza hacia las fuerzas de la aceleración, de modo que las categorías de desaceleración tendrían que ser interpretadas como residuales o como reacciones a la aceleración. El segundo es que ninguna de las formas de desaceleración mencionadas alcanza a representar una genuina contratendencia estructurante frente a la aceleración moderna, reduciéndose a formas de resistencia que hasta el momento han resultado ser efímeras e infructuosas.

En la segunda sección del libro el autor se ocupa de analizar los mecanismos, las manifestaciones y los modos de funcionamiento de los tres dominios de la aceleración social cuyas categorías han sido distinguidas anteriormente. Me refiero a la aceleración tecnológica,

la aceleración del cambio social y la aceleración del ritmo de vida. Evitaré la exposición de los aspectos centrales de esta sección. No solo considero que su presentación demandaría un espacio excesivo, dada su complejidad, sino que también prefiero priorizar un mayor desarrollo de las secciones subsiguientes, orientadas al análisis de las causas y las consecuencias de la aceleración social.

En las poco más de cincuenta páginas que conforman la tercera sección del libro, Rosa se detiene en el análisis de las causas de la aceleración social. Para él, la dinámica moderna de aceleración puede ser identificada como un proceso circular autopropulsado (el círculo de la aceleración) que se pone en marcha a partir de tres motores o aceleradores claves “externos”, analíticamente independientes, entre los cuales se establece una relación dinámica de reciprocidad. Cada uno de los motores se corresponde con una de las formas de aceleración expuestas en la primera sección. El primer motor mencionado es el económico, que sería el motor correspondiente a la aceleración tecnológica. Rosa dirá literalmente que la fuente más obvia de aceleración social en las sociedades de Occidente es el capitalismo, siendo la ecuación central que se pone en juego la del tiempo-dinero. Para este, el círculo de producción, distribución y consumo se acelera constantemente. Ahora bien, no habría que confundir en los términos del autor la obviedad de la fuente con su fuerza de determinación. Rosa explicita su rechazo a la idea de una aceleración general forzada por el capitalismo, insinuando una crítica a cualquier determinismo económico o tecnoeconómico de la aceleración.

El segundo motor que identifica el sociólogo es el cultural, que se corresponde en primer lugar con la aceleración de los ritmos de vida. Tal motor sería una suerte de promesa contenida en el proceso de aceleración, que según Rosa parece ser un equivalente funcional de las ideas religiosas de eternidad o “vida eterna”. El tercer acelerador que reconoce es el motor estructural, que se correspondería con la aceleración del cambio social. Tomando como fuente teórica excluyente a Niklas Luhmann, este último motor encarnaría el principio de diferenciación funcional, que sería el principio estructural básico

de la sociedad moderna. El reconocimiento de este último principio como motor específico le resultará suficiente para señalar que la sociedad no está primeramente segregada en jerarquías de clases, sino estructurada a lo largo de aquellas líneas correspondientes a los 'sistemas' funcionales. El sociólogo alemán reconocerá que existe una aceleración de los procesamientos subsistémicos, entre los cuales identifica las transacciones financieras, la producción y distribución económica, los descubrimientos científicos, los inventos tecnológicos, las producciones artísticas e incluso el proceso de legislación parlamentaria. Según el autor, cada uno de estos subsistemas se habría acelerado siguiendo sus propias lógicas sin demasiada interferencia externa, lo cual ha generado desincronizaciones, ya que no todos los subsistemas son igualmente susceptibles a la aceleración. En cualquier caso, no habría que perder de vista que para Rosa es la aceleración y no la dinámica de diferenciación luhmanniana la que constituye el principio independiente básico de la modernidad. Junto a los motores señalados, Rosa reconoce en el Estado y en las fuerzas armadas dos aceleradores centrales de la modernidad. Ahora bien, en su esquema evolutivo ambos pasarían a la retaguardia en la modernidad tardía, presentándose a partir de entonces como fuerzas de desaceleración de los procesos de desarrollo más que como fuerzas de aceleración. Volveré sobre este punto más adelante.

Finalmente, en la cuarta y última parte del libro, Rosa se ocupa de analizar las consecuencias del proceso de aceleración social conceptualizado en las partes anteriores. Uno de los supuestos centrales que desarrolla el sociólogo en este punto es que la dinámica de la estructura temporal de la modernidad temprana produjo consecuencias diferentes respecto del movimiento temporal posterior de transición al siglo XXI. Este último habría generado una ruptura transformadora en la estructura social, la cultura y las formas de identidad de la sociedad moderna (que incluye la alteración y redefinición de las autocomprensiones individuales y colectivas), precipitando el advenimiento de una nueva sociedad. En aras de priorizar los elementos más relevantes que desarrolla Rosa en esta

sección, quisiera detenerme en las consecuencias de la aceleración asociadas con el sistema político. En concreto, el autor va a postular la paulatina desaparición de la política a partir de su incapacidad fundamental de acelerar. Rosa indicará que si la política aspira a dirigir y controlar las condiciones básicas del desarrollo tecnológico y económico, tiene que mantener acelerado su ritmo, o bien, reducir seriamente su autonomía, lo que prácticamente terminaría con la diferenciación funcional. En este proceso, según el sociólogo, la política estaría perdiendo su sentido de dirección y cambiando el proceso de toma de decisiones hacia otras arenas más veloces como serían el sistema legal o el mercado, en este último caso a partir de la privatización y la desregulación económica. Para Rosa el resultado más plausible de esta desincronización progresiva entre la temporalidad de las esferas económica y política es la desintegración progresiva de la sociedad. Hasta aquí la presentación descriptiva de los contenidos del libro.

3. La dinámica económica, la dimensión política y el cambio societal: tácticas, inconsistencias y limitaciones

Mi análisis del texto me lleva a concluir en primer lugar que Rosa apuntala *discursivamente* la tesis de la creciente aceleración social (desincronización social y contingencia social) a partir de la teoría luhmanniana de la diferenciación funcional, pero la edifica *conceptualmente* a partir del postulado de la primacía de lo tecnoeconómico capitalista. En este punto, el sociólogo germano opta por emplear la misma táctica que Bob Jessop, y lo efectúa con el mismo propósito: apela superficialmente a la lógica causal luhmanniana para sortear la crítica al determinismo económico marxiano, pero recurre a un dispositivo explicativo materialista no dialéctico que reconoce en el motor económico-capitalista del desarrollo tecnológico el factor precipitante central del proceso de aceleración social, y más en general del proceso de evolución sociohistórico contemporáneo.

En la teoría de Rosa conviven de modo contradictorio el reconocimiento explícito de la gravitación de lo tecnoeconómico, el rechazo al determinismo económico capitalista de la aceleración social y la aceptación acrítica de las premisas evolutivas de la teoría de la diferenciación funcional.

La ambigüedad y el eclecticismo que acompañan el trabajo del sociólogo alemán en los puntos señalados parecen ser una marca común de aquellas empresas teórico-críticas contemporáneas que, por un lado, no renuncian a un proyecto explicativo centrado en una teoría del cambio sociohistórico, y que, por el otro, pretenden distanciarse lo máximo posible del dispositivo causal del materialismo histórico, haciéndose eco sin mayor revisión de la crítica, principalmente política, al determinismo económico marxiano que se popularizó a principios de la década de 1980. La fórmula teórica de Rosa deviene en un dispositivo necesariamente ecléctico y esquizofrénico, en tanto pretende reunificar las dos visiones socioevolutivas centrales en la actualidad en las ciencias sociales: la perspectiva marxiana y la luhmanniana. Se trata de una ecuación esquizofrénica, ya que al mismo tiempo que insinúa la validez de una teoría del capitalismo no marxiana que no desarrolla, tiende a descentrar a Luhmann, circunscribiéndolo a un motor específico, el motor estructural, al que prácticamente le exige escenificar el todo estructural como una dimensión analíticamente independiente de lo económico. No hay que perder de vista que Rosa propone tal ecuación en nombre de la renovación de la teoría crítica, y en particular de la teoría social crítica alemana.

Quisiera detallar mi crítica de *Social Acceleration* en relación con tres aspectos estrechamente conectados, alguno de los cuales han sido considerados en la apreciación general recién esbozada. Estos son: i) la primacía no reconocida de lo tecnoeconómico capitalista; ii) la sobreponderación del efecto transformativo de la aceleración y de la contingencia; y iii) la desatención a la lógica de articulación entre economía y política.

En cuanto al primer elemento, la revisión del razonamiento sociológico general de Rosa pone al descubierto su adhesión a una primacía de la aceleración tecnológica sobre los demás tipos de aceleración, siendo esta la tecnología portadora –en todos los casos– de una racionalidad económica capitalista. A mi entender, ello permitiría explicar la decisión del sociólogo de no ofrecer una conceptualización sistemática de las relaciones causales que se ponen en juego entre los diferentes tipos de aceleración, así como de obviar la voluminosa discusión sobre el determinismo tecnológico y el determinismo económico en la teoría social contemporánea. Dicho en otros términos, la aceptación de la primacía de la aceleración tecnológica implicaría asumir, siendo fieles a la propuesta conceptual de Rosa, que el motor principal de la aceleración social es económico, y más en particular, económico capitalista. Si estoy en lo cierto, lo que entonces debería asumir Rosa como propio –y deliberadamente no lo hace– es la premisa marxista de que el capitalismo como sistema económico es el motor principal del proceso de aceleración social.

La salida predecible que ofrece el sociólogo alemán para no tener que reconocer explícitamente una primacía de lo económico es la puesta en marcha de una operación conceptual de desordenamiento y desjerarquización sociocausal de los tipos de aceleración. Es precisamente en ese punto en el que se expresa su adhesión al principio de diferenciación funcional de Luhmann. Esta filiación teórico-sistémica le permite postular en abstracto la independencia de cada esfera social, que para Rosa será una independencia analítica antes que causal, y desde allí desplazar la ecuación sociocausal hacia las relaciones de sincronización entre sistemas.

Ahora bien, Rosa termina empleando la idea de la “aceleración de los procesamientos subsistémicos” para decir en concreto que hay mayor volumen, mayor fuerza y mayor tasa de aceleración en la economía y en la tecnología que en cualquiera de los restantes subsistemas, y por lo tanto que la llamada “desincronización” se profundiza a partir de la puesta en marcha de su factor precipitante principal. Aquí el sociólogo prefiere hablar de desincronización y no de penetración

de las racionalidades tecnoeconómicas en las restantes esferas, como lo harían Marx, Simmel, Habermas, Dörre y Jessop. Más allá de este aspecto puntual, Rosa tiende a desdibujar la lógica de articulación y los modos de interdependencia e interinfluencia que existirían entre (i) dimensiones de aceleración, (ii) ciclo de aceleración y (iii) motores de aceleración, a favor de un principio no fundamentado de autonomización funcional. En resumidas cuentas, antes que afirmar que el cambio temporal se asocia con una estructura multitemporal, en el cual cualquier combinación subsistémica es inicialmente posible, sería más adecuado reconocer en primera instancia la dominación temporal del capitalismo financiero o tecnofinanciero. La necesidad de tal reconocimiento tiende a acentuarse si consideramos que Rosa proyecta una teoría crítica. Al minimizar el tiempo dominante a partir de un esquema multitemporal, el autor queda al límite de promover una ideología orientada a enmascarar la existencia de una temporalidad tecnoeconómica capitalista cuyo motor prevalece en el direccionamiento del proceso de aceleración social.

De este modo, si se corre el velo que cubre el discurso de la complejidad y de la multitemporalidad de Rosa, se puede observar con cierta nitidez que la aceleración social sería en primera instancia un *vector de la temporalidad tecnoeconómica dominante*. De esta manera, entiendo que Rosa finalmente no logra distanciarse lo suficiente de las hipótesis causales de Harvey (1990, 1999, 2000), Sennet (1998), Scheuerman (2001, 2003), Reheis (1998a, 1998b) y Postone (1996), a los cuales critica abiertamente por asumir una visión economicista de la aceleración.

Mi segunda crítica apunta a destacar que en su visión sociológica, Rosa tiende a sobreponderar tanto el efecto transformativo de la aceleración como la contingencia que esta conlleva. En relación con el primer elemento, el sociólogo alemán no deja suficientemente en claro que la aceleración como proceso no implica necesariamente una transformación, menos aún una transformación estructural. Una alternativa no contemplada conceptualmente por Rosa es la que podría llamar “la aceleración de lo mismo”, siendo aquí “lo mismo”

lo tecnoeconómico capitalista estructural. Dicho en otros términos, la aceleración no necesariamente conlleva un cambio, no en cualquier sentido ni con cualquier alcance. Si la aceleración es, como afirmé con anterioridad, en primer lugar un vector de la temporalidad tecnoeconómica dominante, antes que incrementar la contingencia socioestructural aquella la mantiene o la reduce. En la misma dirección, más que reconocer el eventual predominio circunstancial de la parálisis y la esclerosis bajo el aparente incremento de la velocidad, parece más acertado hacer hincapié –sin contravenir al sociólogo– en la profundización de una lógica reproductiva: la propiamente capitalista-financiera. En cuanto a la sobreponderación de la contingencia, Rosa suscribe a la ecuación dominante en la filosofía y las ciencias sociales contemporáneas, que postula el reinado –en algunos casos absoluto– del principio de contingencia sobre el de necesidad. Al ocuparse del motor estructural, Rosa indica que la estructuración primera de la sociedad en líneas de sistemas funcionales (política, economía, arte, leyes) abre el futuro a una casi ilimitada contingencia. Ahora bien, tal afirmación ni siquiera pasa la prueba de coherencia respecto al propio texto del autor. La teoría de sistemas sociales de Luhmann, como ya señalé, ingresa como un motor específico de un proceso de aceleración social que en principio excedería al primero, ya que lo estructural-sistémico no logra imponerse sobre lo económico-capitalista.

La cuestión más gravitante que excluye la esquemática básica de la aceleración de Rosa es la especificidad o la propiedad estructural de lo económico-capitalista. Es precisamente en la dimensión de lo estructural-económico dominante en donde la incertidumbre respecto a las posibilidades de una novedad estructural deviene prácticamente nula, tomando en consideración cualquier escala espacial y un horizonte futuro de corto y mediano plazo. El hecho de que se incremente la experiencia de incertidumbre y de contingencia individual o grupal no significa que se incremente la contingencia socioestructural. El hecho de que no sepamos qué será de nosotros individualmente y/o como comunidad no significa que no haya quienes en cierto modo sí lo sepan.

Una hipótesis provisional que aquí simplemente menciono es que la concentración de poder es simultáneamente una relación y un proceso que tiende a la reducción de la contingencia social. En esta supuesta dinámica, a mayor desigualdad en las relaciones de poder, menor es la contingencia estructural o, dicho al revés, a mayor igualación entre factores, actores y poderes, mayor sería la contingencia estructural y mayor la conflictividad social, lo cual incrementaría las posibilidades de trastocamiento de las estructuras sociales.

El elemento que restaría analizar tiene que ver con la debilidad de la visión sociorelacional que acompaña la lógica de articulación entre economía y política que Hartmut Rosa pone en juego. Partiendo de su modelo de la aceleración, el autor no llega a reconocer que el proceso de reconversión del Estado-nación y la regulación política –anteriormente aceleradores modernos– en desaceleradores de la modernidad tardía, se asocia primeramente con el trastocamiento estructural de la relación de poder entre economía y política a favor de la primera, acentuando con ello el predominio de la economía capitalista crecientemente globalizada.

Este desequilibrio a favor del polo económico global es mayor en la actualidad que en cualquier otro momento de la historia. Al procesar la pregunta por la lógica de articulación temporal entre economía y política recurriendo a Luhmann del modo ya comentado, Rosa pierde la posibilidad de registrar el modo en el que se produce la supeditación relativa de la temporalidad político-estatal a la temporalidad tecnoeconómica global. Intuyo que la noción de desincronización que el autor propone resulta inadecuada, ya que supone que la temporalidad político-estatal debe necesariamente *adaptarse a* la temporalidad económico-financiera antes que *sincronizarse con* ella. Tal registro adaptativo deja sin efecto cualquier intento de proyectar en nuevos términos una posible supeditación de lo económico nacional-global a lo político nacional-regional. Dado que la aceleración se constituye para Rosa en un problema social, es incorrecto concebir la diferenciación temporal entre lo político-estatal y lo económico-global como una incapacidad temporal general

de lo primero, que es lo que parece sugerir el autor. Ahora bien, la desatención a la especificidad temporal de la política estatal se hace patente, en primer lugar, a partir de la decisión de Rosa de negar en su modelo la existencia de un *motor político* para la aceleración social (recordemos que sí reconoce un motor económico y otro cultural). Para el sociólogo, la política estatal en la modernidad tardía parecería presentarse mayoritariamente como efecto de otros motores. Una vez supeditado formalmente al interior de su modelo, lo político-estatal no podría resultar más que una expresión de resistencia, de reactividad o una forma social subalterna, dinamizada a partir de una lógica de adaptación social. A lo anterior se agrega otro descuido de Rosa: al analizar la relación entre Estado-nación y mercado capitalista, sugiere una equivalencia entre temporalidad y aceleración. En este punto sería más adecuado distinguir entre una lógica político-estatal de producción temporal y una temporalidad económico-global, sin perder de vista que la diferencia de aceleración entre ambos sistemas no opera exclusivamente en el plano real, sino también en el ideal. Finalmente, cabe mencionar el subdesarrollo de la plataforma socioespacial de la teoría de la aceleración social del sociólogo alemán. Ello se evidencia desde el momento en que el autor no logra o no pretende registrar que en nuestro tiempo la tecnología y la economía capitalista neoliberal no aceleran ni “desincronizan” los sistemas político y cultural de igual modo en los países centrales que en los países de América Latina.

En cualquier caso, las consideraciones críticas vertidas en el presente texto no pretenden desconocer el hecho fundamental de que estamos ante un autor y un libro realmente destacado, que por estos días logra llamar la atención sobre la centralidad que adquieren los procesos de aceleración social para analizar el devenir histórico de nuestras sociedades, y sobre la necesidad de desarrollar una teoría sociológica sistemática y holística que se tome en serio la construcción de una nueva teoría del capitalismo.

4. Bibliografía

- Harvey, D. (1990). *The Condition of Posmodernity: An Enquiry Into the Origins of Cultural Change*. Oxford: Blackwell.
- Harvey, D. (1999). *The Limits to Capital*. New York: Verso.
- Harvey, D. (2000). *Spaces of Hope*. Edinburgh: Edinburgh University Press.
- Postone, M. (1996). *Time, Labor and Social Domination: A Reinterpretation of Marx's Critical Theory*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Reheis, F. (1998a). *Die Kreativität der Langsamkeit. Neuer Wohlstand durch Entschleunigung*. 2d ed. Darmstadt: Primus.
- Reheis, F. (1998b). Entschleunigung en Brilling, O. y Kleber, E. W. (eds.), *Handwörterbuch Umweltbildung*. Hohengerhen: Shneider, pp. 53-54.
- Rosa, H. (1998). *Identität und kulturelle Praxis. Politische Philosophie nach Charles Taylor*. Frankfurt am Main-Nueva York: Suhrkamp.
- Rosa, H. (2005). *Beschleunigung. Die Veränderung der Zeitstrukturen in der Moderne*. Frankfurt am Main: Suhrkamp.
- Rosa, H. (2010). *Alienation as Acceleration. Towards a Critical Theory of Late-Modern Temporality*. Malmö/Aarhus: NSU Press.
- Rosa, H. (2015). *Social Acceleration: A New Theory of Modernity*. New York: Columbia University Press.
- Rosa, H. y Scheuerman, W. (2009). *Social Acceleration, Power and Modernity*. Pennsylvania: The Pennsylvania State University Press.
- Sennet, R. (1998). *The Corrosion of Character: The Personal Consequences of Work in The New Capitalism*. New York: Norton.

Un ruido en Frankfurt. Wolfgang Streeck y el regreso de la economía política en la sociología de la legitimación

Glenda Vicenzi y Guilherme Leite Gonçalves

1. Introducción

En el año 2009 fue publicado en Alemania el libro “*Soziologie – Kapitalismus – Kritik: Eine Debatte*”,¹ donde, en plena crisis financiera y económica mundial, Dörre, Rosa y Lessenich discutían sobre la poca preparación de la sociología, especialmente en el mundo germánico, para anticipar y reflexionar acerca de esta crisis. Referenciados en la denominada Escuela de Jena, los autores atribuyeron tal dificultad a la ausencia en gran parte del campo sociológico de un análisis sistemático del capitalismo como formación social. El normativismo que dominó las reflexiones en la Escuela de Frankfurt desde la década de 1970 es un ejemplo de este déficit. En contraste, el debate de la mano del trío marca la necesidad de retomar una comprensión crítica del capitalismo, lo que implica analizar de qué modo el imperativo del crecimiento económico y el fundamentalismo de mercado se configuran actualmente como motores de las múltiples crisis y cómo las producen.

¹ Una traducción al inglés se publicó en 2014, por la editora Verso, cuya versión se utiliza para las citas de este artículo (Streeck, 2014).

Reflexiones semejantes surgieron en los años siguientes. El profesor de la Universidad de Colonia y director emérito del Instituto Max-Planck para el Estudio de las Sociedades, Wolfgang Streeck, publicó en 2013 el libro *Gekaufte Zeit* y, en el 2016, la compilación de artículos “*Wie wird der Kapitalismus enden?*”. En dichas obras se analizaron las crisis del capitalismo contemporáneo y se dejó plasmada la preocupación común a los autores de Jena respecto a la escasa reflexión sobre la economía política en el campo sociológico alemán.

El propósito de este breve ensayo es, en el contexto de una (re) apertura hacia una sociología crítica, presentar, de manera introductoria, algunos aspectos centrales del pensamiento de Streeck. En la primera parte, procederemos a una reconstrucción del diagnóstico del autor sobre los déficits analíticos generados en la investigación social tras la eliminación de la economía política de su agenda, para luego, en la segunda parte, hacer un repaso de la teoría de Streeck sobre la crisis del capitalismo y de la democracia.

2. Punto de partida: ilusiones y déficits analíticos de la sociología sin la economía política

Una de las cuestiones centrales para Streeck es el papel poco significativo que la sociología desempeñó en el debate público acerca de la actual crisis del capitalismo. El problema de la crisis es asimismo foco de sus preocupaciones. De ahí que hace un llamamiento a la disciplina, a reorientar y recuperar la perspectiva que sugiere que en el capitalismo, la economía y la sociedad están profundamente entrelazadas, de manera que la primera no puede ser comprendida sin la segunda. Esto supone, por una parte, no abandonar más a la economía, cediéndola a la teoría económica *mains-tream* y, por otra parte, interpretar el capitalismo no como economía, sino como sociedad: “como un sistema de acción social y un conjunto de instituciones sociales” (Streeck, 2016, p. 201).² Comporta un contrasentido para

² Todas las citas en alemán e inglés fueron traducidas libremente por los autores.

el autor que la sociología se haya despojado de este debate apelando a lo que rotula como un “tratado de paz interdisciplinario con la economía”, que fuera celebrado por Talcott Parsons en la década de 1950. Se trata de contrasentido dado que, en las últimas cuatro décadas, la sociedad contemporánea resultó enormemente dependiente del crecimiento capitalista, corriendo el riesgo incluso de destruir sus propias bases económicas, naturales y humanas (pp. 242 y 249).

Además del papel jugado por Parsons, Streeck le atribuye la exclusión del modo de producción capitalista como problema sociológico al giro habermasiano de la Escuela de Frankfurt producido durante el período comprendido entre finales de la década de 1960 e inicios de la siguiente, el cual coincide con su formación en el Instituto de Investigación Social. En el año 2012, en Frankfurt, Streeck presentó tres conferencias en un evento titulado “Adorno Lectures”, de las cuales resultó la publicación del libro *Gekaufte Zeit*. Allí el autor aborda la crisis fiscal y financiera cuya explosión decisiva se da a partir de 2008. Como propuesta, Streeck dialoga con lo que él mismo ha llamado las “teorías de la crisis de legitimación”, también identificadas como “teorías del capitalismo tardío”. En primer lugar, el pensador acuerda con Adorno en el rechazo a creer que las crisis siempre terminan bien y que cierto equilibrio será normativamente restablecido. Se distancia, por ello, del funcionalismo parsoniano y del énfasis puesto en la función integradora de las normas como medio para combinar los *inputs* y *outputs* de los diferentes sistemas sociales, que tanto influyeron en Habermas. En segundo lugar, advierte sobre la poca comprensión de la crisis del 2008 por parte de las teorías de la crisis de legitimación, en razón de su abandono de las lecturas económicas pero también por pensar que el acuerdo capitalista de posguerra estaba garantizado. Veremos esto con mayor detalle más adelante.

Antes, sin embargo, resulta importante destacar que la crítica de Streeck refleja una antigua insatisfacción de la teoría sociológica en relación a la hiper especialización de la sociología que, desde el inicio de su proceso de departamentización, acabó sin poder ofrecer análisis de *longue durée*, capaces de conectar fragmentos temporales y parciales con las dinámicas de las estructuras sociales. Excesivamente

recortadas, las investigaciones sociológicas actuales se conforman con hacer meras “aproximaciones” de eventos supuestamente finitos en sí mismos. En contra de esta tendencia, para pensar su propio objeto –la crisis financiera y fiscal de las democracias capitalistas ricas– Streeck consideró esencial rescatar la tradición de la economía política, como antídoto para investigar procesos sociales arraigados, a través, por ejemplo, de categorías generales como capitalismo, en contraposición a lo que, a primera vista, parece ser un evento pasajero. Así, Streeck (2014) sostiene que:

A menos que la sociología de las crisis sociales y la teoría política de la democracia aprendan a concebir la economía como una actividad socio-política, ellas inevitablemente caerán lejos de la realidad, como ocurre con toda concepción de la economía en la política y la sociedad que deja fuera de consideración su actual forma capitalista de organización. Después de lo que ocurrió a partir de 2008, nadie puede comprender la política y las instituciones políticas sin relacionarlas estrechamente con los mercados y con los intereses económicos, así como con las estructuras de clase y los conflictos derivados de ellas. Que esto sea “marxista” o “neomarxista” es un asunto que me resulta completamente indiferente, y que no tengo ningún deseo de discutir. Pero uno de los resultados de los desarrollos históricos es que ya no podemos decir con certeza, dónde, en el esfuerzo por arrojar luz sobre los acontecimientos en curso, termina el no-marxismo y comienza el marxismo. Además, la ciencia social moderna –especialmente cuando se ocupa de las sociedades en su conjunto y de su desarrollo– nunca fue realmente capaz de hacerlo sin recurrir a los elementos centrales de las “teorías marxistas”, incluso cuando se define a sí misma en oposición con aquellas. En cualquier caso, estoy convencido de que las tendencias actuales de las sociedades modernas no pueden ser comprendidas ni siquiera a grandes rasgos sin la ayuda de conceptos claves de la tradición marxiana –y este será más así, cuanto más claramente la economía capitalista de mercado se vuelva la fuerza impulsora de la sociedad global emergente (pp. 15-16).

La lectura de Streeck sobre la crisis de 2008 subraya la idea de que ella misma es parte de un *continuum* de múltiples crisis que vienen ocurriendo desde finales de la década de 1960 e inicio de la de 1970. En este sentido, considera que los sociólogos frankfurtianos, entre ellos Jürgen Habermas y Claus Offe, en diversos modos inspirados por el marxismo, fueron sagaces en proponer una teoría de la crisis en aquel momento. A pesar de destacar este mérito, la forma en que fue moldeada esta teoría, según Streeck, impidió a los autores entender adecuadamente las causas de la crisis de 1970-1980 y prever sus despliegues, lo cual le traería nuevo aliento al capitalismo, le “comprarían tiempo”, en los términos suyos. A su vez, Habermas y Offe se guiarán por la reinterpretación sobre el capitalismo desarrollada por Friedrich Pollock, para quien se trataba de “un sistema de administración económica tecnocrático, un nuevo tipo de ‘capitalismo de Estado’” (pp. 39-40). El límite de tales formulaciones, radica en no haber pensado al capital como un actor político y una fuerza social, sobreestimando en cambio la capacidad de actuar de las políticas gubernamentales. Este límite analítico condujo a Frankfurt a sustituir progresivamente la economía política con teorías de la democracia y, más tarde, de la justicia. La crisis fue, de este modo abordada, como un asunto de legitimación.³

Para Streeck, al no considerar la centralidad de los bancos y los mercados financieros en las relaciones sociales, los abordajes de tipo habermasianos de las crisis de la década de 1970 fueron incapaces de pronosticar la financiarización del capitalismo moderno. Del mismo modo, esas teorías tampoco hablaron de ciclos económicos, límites al crecimiento, subconsumo o sobreproducción. Aunque estas lagunas puedan expresar una pretensión genuina por distanciarse del determinismo económico característico de una cierta ortodoxia marxista, su resultado fue la elaboración de diagnósticos frágiles con profundos déficit empíricos. De hecho, agrega Streeck, estos diagnósticos

³ En esos términos se orienta la publicación de Habermas, *Legitimationsprobleme im Spätkapitalismus* de 1973.

fueron determinantes para el vuelo normativo de la segunda generación de Frankfurt, cambiando el stock conceptual de la economía política por un *Zeitgeist* que sorprendentemente llegó a dominar toda la izquierda de entonces: “la idea de que la economía capitalista, convertida en una máquina de prosperidad podría, con la ayuda de una caja de herramientas keynesiana, mantenerse estable y libre de crisis por medio de una cooperación ordenada entre gobiernos y grandes corporaciones” (p. 35). ¿Cómo se formó este *Zeitgeist*?

Los *treinta gloriosos* años, a continuación de la Segunda Guerra Mundial, definidos por un elevado crecimiento económico y la extensión de los derechos, permitieron abonar una hipótesis acerca de la relación entre democracia (definida como régimen liberal-representativo) y capitalismo (definido como modo de producción basado en la propiedad privada), que hasta hoy continúa siendo hegemónica en la sociología política crítica. En términos generales, esta hipótesis, elaborada por Offe (1983), presupone que la democracia liberal representativa y el capitalismo son esferas diferenciadas, y dado que se basan en principios organizativos opuestos (bien común *versus* interés particular), se tensionan permanentemente. Por lo tanto, su tendencia es a la incompatibilidad. No obstante, esta incompatibilidad, sería revertida por mediación de principios y cuotas de legitimidad capaces de asegurar una convivencia común.⁴

La competencia entre los partidos políticos constituye uno de esos principios, y el otro el Estado social keynesiano (Offe, 1983). Mientras que el primero, en línea con el minimalismo schumpeteriano, tornaría a la democracia aceptable para el capitalismo al introducir la lógica de la lucha competitiva por el voto del pueblo, el segundo tornaría al capitalismo aceptable para la democracia, al permitir la acumulación teniendo como base un compromiso con la productividad a partir de las garantías con el trabajo. Una vez que, con la crisis de representatividad y del *Welfare* en la década de 1980, se consideró que estos dos principios

⁴ Este argumento y el de los siguientes párrafos fueron desarrollados previamente por un de los autores de este artículo en Demier y Gonçalves (2017, pp. 2353-2355).

mediadores comenzaron a fallar, la hipótesis hegemónica optó por otro acuerdo donde apoyarse: el derecho. Para esta perspectiva, por la vía de los derechos humanos y constitucionales discurriría la regulación normativa de las interacciones estratégicas, actuando como “limitaciones fácticas” que restringen la instrumentalización de las asociaciones voluntarias por los intereses privados (Habermas, 1998).

En su primera versión, la hipótesis hegemónica solo logró conservar su validez a costa de un sesgo espacial, de género y étnico, que distorsionó la estimación de su medida del mundo. Esto es: la plausibilidad de la hipótesis de los teóricos del capitalismo tardío obedeció a una generalización arbitraria de un tipo de experiencia parcial con el capitalismo y la democracia liberal-representativa, correspondiente a la de los grupos firmantes del acuerdo que instituyó las altas tasas de crecimiento del período 1945-1973.

Así, la hipótesis hegemónica no tuvo en cuenta, por ejemplo, las estructuras de reproducción de la desigualdad en el ámbito del capitalismo global (el *boom* económico favoreció solo a Occidente), la existencia de una división del mercado laboral entre un sector monopolista (de trabajadores blancos) y uno competitivo (de trabajadores negros o inmigrantes) y el grado de dependencia que la acumulación keynesiana mantuvo con la explotación del trabajo femenino doméstico (Altvater, Hoffmann y Semmler, 1979; Frank, 1969; Mies, 1988; Davis, 2016). Sin embargo, ciertas condiciones institucionales del capitalismo monopolista de Estado durante los *trente glorieuse*, especialmente las medidas anticíclicas o anticrisis de intervención de los poderes públicos en la vida económica, hicieron mínimamente creíble el argumento de la compatibilidad entre la democracia liberal representativa y el capitalismo.

Hoy no se puede decir lo mismo. Las políticas actuales responsables de reproducir la desigualdad se están llevando a cabo de acuerdo con la racionalidad procesal, liberal y democrática del Estado de Derecho Constitucional (Gonçalves, 2017). Piénsese, por ejemplo, en los encarcelamientos masivos a la población negra, el tratamiento ilegal de inmigrantes, los decretos de estado de emergencia (como los de Francia

después de los atentados de París), los golpes parlamentarios (como en Brasil y Paraguay), las políticas *merkelianas* de austeridad que no tuvieron en cuenta el plebiscito griego y la elección de figuras como las de Donald Trump, Viktor Orbán, Andrzej Duda y Jair Bolsonaro.

Por otro lado, la gran mayoría de los Estados actuales son democráticos-constitucionales y neoliberales. Nunca antes hubo tanto neoliberalismo y tanta democracia representativa en el mundo. Por lo tanto, existe un claro paralelismo entre la eclosión de la influencia política y la aceptación de la democracia liberal-representativa como proyecto emancipatorio, por un lado, y la estabilización de la acumulación neoliberal en el orden capitalista, por el otro. Evidentemente, este escenario empaña toda ilusión de una supuesta tensión entre la democracia liberal y el capitalismo. En lugar de diferenciarse, vemos un proceso unitario y amalgamado de violencia económica y política. Al mismo tiempo que las contradicciones de la acumulación del capital exigen un aparato represivo estatal, ambos dependen de los principios del liberalismo democrático en tanto condición de existencia y de acción.

Todo este contexto le ha demandado creatividad a la sociología crítica para lograr mantener válida la hipótesis hegemónica. El trabajo de Streeck (2015) es ciertamente uno de los principales esfuerzos en este sentido. Este proceso de continuo aumento del autoritarismo fue reinterpretado por él como una forma de dilacerar la dinámica entre capitalismo y democracia. De hecho, para el autor existen dos modelos de democracia: “democracia igualitaria” y “democracia según el mercado”. El segundo modelo representa la expresión política del *hayekianismo neoliberal*, y su proyecto de hipermercantilización de las decisiones colectivas (pp. 105-106).

Un índice del debilitamiento sufrido por la democracia puede apreciarse en la disminución constante y a veces dramática de la participación electoral, especialmente entre los estratos que podrían tener un mayor interés en la redistribución de bienes de arriba hacia abajo y en la seguridad social (Streeck, 2014, p. 103). En ese sentido, la democracia habría sido destituida de sus funciones redistributivas, y

reducida a una combinación de entretenimiento público con estado de derecho (*rule of law*). Para comprender mejor este argumento, debemos repasar la teoría de la crisis de Streeck.

3. La larga crisis del capitalismo democrático

En sus esfuerzos por retomar la economía política y el capitalismo como categorías analíticas, Streeck desarrolla una teoría propia en relación a la crisis del 2008. Como ya fue apuntado, su enfoque consiste en presentar una línea de continuidad entre las crisis iniciadas en la década de 1970 con las que le siguieron, hasta llegar a la del 2008. Es a partir de ahí que el autor se interesa por las teorías habermasiana y offeana de la crisis de finales de la década de 1960 y principios de la siguiente, consideradas uno de los primeros intentos por interpretar un proceso cuyo diseño se actualizó a lo largo de cuatro décadas. En rigor, Streeck (2014) parte de los presupuestos de esta teoría, asumiendo la existencia de “una relación de tensión entre la vida social y una economía gobernada por imperativos de crecimiento y reproducción del capital” (p. 12). Sin embargo, su trabajo amplía los alcances de este análisis, puesto que complejiza la lectura sobre democracia e incluye a las fuerzas capitalistas dentro de su campo de visión.⁵ Desde su óptica, si bien el curso de los acontecimientos involucrados en los contextos de crisis condujo a una ruptura en la compatibilidad entre democracia y capitalismo, los esfuerzos por postergarla surgieron por parte, sobre todo, de aquellos que carecían de interés en el colapso o la autodestrucción del capitalismo, a través de distintos tipos de respuestas y acciones. Tal reacción hizo a las teorías de Habermas y Offe confiar en una supuesta superación y restablecimiento del orden social. No obstante, esto no

⁵ “Me gustaría proponer un concepto más amplio de crisis de legitimación que no contenga dos actores (el Estado y sus ciudadanos), sino tres: el Estado, el capital y los asalariados” (Streeck, 2014, p. 47).

sucedió: en lugar de la culminación de una crisis (la de la década de 1970), tan solo hubo una tregua pasajera para luego volver a presentarse. Ahora, pasadas cuatro décadas, la permanente reactualización de las crisis justifica la necesidad de recuperar este horizonte teórico, desmontando los viejos equívocos.

Streeck es claro en la delimitación de su objeto, ocupándose de la crisis del capitalismo en las democracias ricas del mundo occidental de posguerra, sin pretender hacer generalizables sus conclusiones a todas las sociedades. Para explicar las implicancias de la desintegración del orden político mundial del capitalismo de posguerra desde la década de 1970 a través de ciclos sucesivos, el autor describe los movimientos políticos y económicos que emergieron como reacción a la caída de las tasas de crecimiento económico. La “era de las crisis” del capitalismo democrático es dividida por Streeck en cuatro momentos, cada uno de los cuales expresa la acción política de los gobiernos frente a los movimientos de rebelión del capital contra la economía mixta de posguerra y en contra de la regulación social. Para él, estos movimientos, progresivamente, llevaron a una adhesión de las masas al proyecto neoliberal. De esta forma, considera que:

Retrospectivamente, la historia de la crisis del capitalismo tardío desde la década de 1970 aparece como un despliegue de la vieja tensión fundamental entre capitalismo y democracia –un proceso gradual que rompió el matrimonio forzado arreglado entre ambos después de la Segunda Guerra Mundial. En la medida en que los problemas de legitimación del capitalismo democrático se volvieron problemas de acumulación, su solución propugnó la progresiva emancipación de la economía capitalista respecto de la intervención democrática (p. 35).

El primero de estos momentos ocurre a fines de la década de 1960. Permeado por un fuerte movimiento laboral organizado, los gobiernos dispusieron para entonces elevar las tasas de inflación,⁶ en vistas

⁶ Respecto de la política inflacionaria, ver también el “capítulo 4 – Do Fordismo à Acumulação Flexível” de Harvey (1992, pp. 135-162).

de, por un lado, asegurar una política de pleno empleo en coexistencia con el poder de negociación de los sindicatos para incrementar salarios y, por el otro, para poder acomodar los conflictos entre las ansiedades irreconciliables de los capitalistas y los trabajadores, ante el declive del crecimiento económico. Con todo, a largo plazo, la aceleración de la inflación como estrategia de compensación del bajo crecimiento no pudo ser sostenida ya que causaba “distorsiones económicas”, por caso, en los precios relativos. Ante la presión por restituir la disciplina monetaria, al inicio de la década de 1980, los gobiernos adoptaron medidas deflacionarias que elevaron el desempleo a niveles comparables con los del período de la Gran Depresión. A la vez, mientras disminuía la incidencia de las huelgas y de la afiliación sindical, se intensificaba la represión de los gobiernos y empleadores. Este proceso, que estuvo acompañado de una fuerte presión en pos de una desregulación e internacionalización de los mercados como triunfo del capital, Streeck (2016) lo identifica como el comienzo de la era neoliberal (pp. 78-81).

El segundo momento de crisis se da con el crecimiento de la deuda pública, provocada entre otros motivos, por la caída de la inflación, en la transición de la década de 1970 a la de 1980. El autor enumera dentro de los puntos que causaron el endeudamiento, la aversión hacia los impuestos por parte de los contribuyentes en un escenario de estancamiento del crecimiento y una mayor demanda de asistencia social debido a las altas tasas de desempleo. Al igual que con la inflación, la deuda pública funcionó, durante un tiempo, como un medio para calmar los conflictos sociales, permitiendo a los gobiernos contar con los recursos del sistema de crédito privado para atender las demandas sociales, en tanto, con la baja inflación, los acreedores habían asegurado que los bonos del gobierno conservarían su valor. Pero, del mismo modo que con la solución inflacionaria, la política de endeudamiento no pudo mantenerse indefinidamente, ya que la proporción del presupuesto público para pagar la deuda se hizo muy grande, incluso con las bajas tasas de interés. Además, los acreedores esperaban en algún momento recuperar su dinero, lo que generó nuevamente presión hacia un retorno a la disciplina fiscal (pp. 82-83).

Los intentos por equilibrar el presupuesto indujeron a recortes en el gasto público y a cambios en las políticas sociales, dando inicio, a principios de la década de 1990, al tercer momento de crisis analizado por Streeck. La elección de Bill Clinton para la presidencia de los Estados Unidos en 1992, fuertemente marcada por el problema del doble déficit⁷ –en el presupuesto del gobierno federal, de un lado, y en el comercio de la economía estadounidense, del otro– se considera un hito del período. Si bien no fue parte de los planes iniciales, en 1994, la pérdida de una mayoría demócrata en el Congreso, repercutió en una intensa política de austeridad. En palabras del propio Clinton, las medidas adoptadas pondrían fin al “*Welfare* tal como lo conocemos”. El aplacamiento de los conflictos entre democracia y capitalismo, esta vez, se produjo por medio de una fuerte desregulación del sector financiero. De este modo, el aumento de la desigualdad en materia de ingresos, como consecuencia de la consolidación fiscal se compensó con oportunidades de crédito destinados a ciudadanos individuales, transformándose en un nuevo mecanismo para suplir necesidades antes garantizadas por el Estado, e incluso otro tipo de demandas, un keynesianismo privatizado, un concepto que Streeck toma prestado de Colin Crouch. La deuda dejó de ser pública y pasó a ser privada, al mismo tiempo en que el crédito facilitado, se transformó, para muchos, en una oportunidad de inversión. Tal resolución⁸ culminó con la crisis del 2008, a raíz del colapso de la pirámide de crédito internacional (pp. 83-85).

⁷ Yanis Varoufakis (2011) argumenta que el modo particular con el cual EUA lidió con el problema del doble déficit, llegado 1971, tuvo un papel central en la confluencia de acontecimientos que culminaron con la crisis económica de 2008. Según el autor, los decisores políticos norteamericanos, y responsables de que el país no perdiese hegemonía, tomaron medidas deliberadas para incrementar la deuda, en vez de intentar controlarla, haciendo que las economías de otros países pagasen por eso. Para Varoufakis, eso creó lo que Paul Volcker –uno de los principales artífices de las medidas desinflacionarias mencionadas antes– definió como “desintegración controlada de la economía mundial”.

⁸ Lena Lavinas (2013) nos muestra, a través de un análisis detallado de las llamadas “transferencias monetarias condicionadas”, como América Latina representó un laboratorio de una nueva política de bienestar, que difiere de las simples privatizacio-

A partir de ese momento, Streeck afirma, “la crisis de del capitalismo democrático de pos-guerra entró en su cuarta y más reciente etapa, después de las eras sucesivas de inflación, déficit público y endeudamiento privado” (p. 85). La reacción política a la crisis promovió la socialización, a través de los Estados, de los préstamos incobrables que habían sido autorizados como forma de asegurar a los acreedores privados, lo que desencadenó un nuevo aumento en las deudas y en los déficits públicos, deshaciendo la lograda consolidación fiscal de los años anteriores. Este conjunto de medidas restituyó las ganancias de los mercados financieros, en tanto estos últimos volvieron a demandar una política de austeridad fiscal, y garantías de que sus inversiones en deuda pública no se perderían. El sociólogo describe la relocalización de los conflictos distributivos del capitalismo democrático como un embate que, en un primer momento, se produce entre trabajadores y empleadores; en un segundo, entre ciudadanos electores y ministros de finanzas, convirtiéndose en una lucha entre deudores privados y bancos privados. Actualmente, el conflicto habría derivado en una oposición entre las instituciones financieras y los propios Estados, lo que en 2008 evitó la quiebra de las primeras (pp. 85-87). Las modificaciones acaecidas en torno de los conflictos centrales de la sociedad capitalista representan para Streeck la conversión de lo que él denomina un “Estado fiscal” (*tax state*) en un “Estado-deudor” (*debt state*), y la prevalencia en el juego político de un “pueblo-mercado” internacional (*Marktvolk*) en relación con un “pueblo-Estado” nacional (*Staatsvolk*), fruto, asimismo, de los procesos de globalización financiera.

nes. La introducción de programas que condicionan la recepción de auxilio monetario a las prestaciones sociales –llevar a los hijos a la escuela, por ejemplo– representa una ruptura con los modelos de protección universal. Además, este modelo, al combatir la pobreza a través del dinero o las nuevas modalidades de crédito, reemplazando la oferta de servicios no mercantilizados, inserta una gran contingente poblacional al mercado financiero.

Todo este proceso se configuró en las democracias ricas analizadas por Streeck, en una crisis del capitalismo que comprende tres dimensiones interconectadas, y en relación a las cuales, no parece posible verificarse ninguna solución. Se trata de una crisis bancaria, una crisis de las finanzas públicas, y una crisis de la “economía real”. La primera se vincula con el exceso de crédito concedido por los bancos, que no fue posible sustentar. La segunda es resultado del creciente endeudamiento de los gobiernos y del déficit presupuestario, que provocó la adopción de medidas de austeridad; estas medidas impidieron que el crecimiento económico repuntara, para ayudar a mitigar el endeudamiento. La tercera se manifiesta en las altas tasas de desempleo y en el estancamiento del crecimiento, factor que dificulta su recuperación, dado que, en un escenario de endeudamiento generalizado, las empresas y los consumidores ya no disponen del acceso a los créditos. De acuerdo a lo expuesto, parece clara la estrecha relación entre las tres crisis: “la primera con la segunda a través del dinero; la primera con la tercera a través del crédito; y la segunda con la tercera a través de los gastos e ingresos gubernamentales. Ellas se refuerzan unas a otras continuamente, aunque su escala, urgencia e interdependencia varíen de país en país” (Streeck, 2014, pp. 34).

A partir de este escenario de triple crisis el autor observa en estos países la existencia de un refuerzo gradual de tres tendencias de largo plazo, que entorpecen cada vez más la relación entre capitalismo y democracia. Ellas son: la caída en la tasa de crecimiento económico; el crecimiento general del endeudamiento en los principales Estados capitalistas; y el crecimiento de las desigualdades económicas de ingresos y de riqueza. Lo que resulta más alarmante, para el autor, es que las tres tendencias mencionadas pueden reforzarse mutuamente, creando un ciclo vicioso de tendencias dañinas que requeriría algún tipo de fuerzas contrarias o reacción con capacidad de interrumpirlo. De esta manera, Streeck (2016) habla de un proceso continuo y gradual de degradación y no de una crisis cíclica del capitalismo, tras la cual la economía encontraría un cierto equilibrio. Considera por lo tanto que las propensiones a crecer cada vez menos,

en un contexto de desigualdad y endeudamiento cada vez más grandes, podrían derivar en una crisis de naturaleza sistémica, en el sentido de que el capitalismo ya no conseguiría conjurar fuerzas que desafíen estas perspectivas de largo plazo (pp. 47-50). Streeck cree que el sistema capitalista, en la búsqueda ilimitada de su propia ganancia y debido a que eliminó a su oposición, sufrirá de cinco trastornos sistémicos ya en curso. Y agrega, que tales disturbios (estancamiento, redistribución oligárquica, saqueo del sector público, corrupción y anarquía global), serían consecuencia, justamente, del debilitamiento de las contenciones institucionales y políticas, es decir, de ciertas barreras que tradicionalmente frenaron el avance capitalista (p. 65).

Uno de los puntos fundamentales de su análisis, en ese sentido, se enfoca en el proceso de globalización que se inauguró cuando las tasas de crecimiento económico durante la posguerra comenzaron a reducirse, lo que motivó la presión de las clases capitalistas en favor de un nuevo modelo de crecimiento económico, fundado en la redistribución de recursos desde abajo hacia arriba. Esta presión tiene lugar en la medida en que el capital adquiere movilidad extranacional, mientras que las organizaciones de las clase obrera permanecen atadas a un contexto local (p. 22). Este proceso, ha permitido, por ejemplo, que las empresas trasladen sus actividades hacia países con tasas impositivas más bajas, provocando una competencia fiscal más intensa entre los mismos y un desequilibrio en la relación ingresos/gastos. Todo esto va acompañado, en el plano ideológico, de fuertes campañas⁹ anti-impuestos y permite la conversión, ya mencionada, del “Estado-fiscal” (*tax state*) en un “Estado-deudor” (*debt state*), donde una parte creciente de los gastos se cubre ya no a través de la recaudación, sino mediante los préstamos que se transforman en deudas. Para Streeck, la emergencia del Estado-deudor expresa menos un elemento de la crisis del Estado-fiscal, y más una formación política nueva con leyes propias.

⁹ A este respecto, ver lo que Streeck comenta sobre el caso norteamericano y el movimiento organizado de resistencia a los impuestos cuyo lema fue “Starving the Beast” (2014, pp. 104-123).

Más allá de esto, gradualmente la reestructuración del capitalismo pos década de 1970 confirió movilidad y poder de negociación política al capital, generando un dislocamiento de las decisiones políticas hacia fuera de las fronteras de los estados soberanos y debilitando la capacidad de actuación de los gobiernos nacionales (pp. 22-23). Esto contribuyó al avance de un proceso de “hipermercantilización” del dinero, del trabajo y de la naturaleza, las tres “mercancías ficticias” de Karl Polanyi,¹⁰ referencia importante para Streeck. Estos tres elementos solo podrían asumir el papel de mercancía de una manera limitada, sin que se aplique adecuadamente las leyes de oferta y demanda, ya que una mercantilización total las destruiría y obstruiría la acumulación del capital (pp. 24 y 61). La mercantilización desenfrenada del trabajo, la tierra y el dinero, se estaría mostrando “potencialmente peligrosa para la sociedad y la especie humana” (p. 209). Por su parte, el modelo de capitalismo financiero vigente, habría debilitado el estatus colectivo del dinero como un medio de intercambio y medida de valor confiables. La destrucción de los recursos naturales con fines comerciales está destruyendo los fundamentos de la vida tal como la conocemos. El incremento creciente de la flexibilidad de los mercados del trabajo humano, del mismo modo, estaría sometiendo a individuos y familias a organizar sus vidas de forma alineada con los nuevos niveles de competitividad, intensificando la estratificación social (pp. 209, 248-249).

¹⁰ En *La gran transformación*, Karl Polanyi (2012) presenta una crítica de la economía de mercado y de la noción de mercado autorregulable. Una economía de mercado presupone que todas las relaciones sociales están mediadas por la venta. Eso pasa a valer también para la tierra y el trabajo, que históricamente estuvieron liberadas de la relación de venta a través de diversos controles sociales. Polanyi dirá que: “trabajo y tierra no son ni más ni menos que los propios seres humanos que conforman las sociedades, y el ambiente natural en el cual ellas existen. Incluirlos entre los mecanismos del mercado supone subordinar a las leyes del mercado la sustancia misma de la sociedad”. Él sostiene que, a pesar de que trabajo, tierra y dinero sean elementos esenciales para la industria, estos no son mercancías, en la medida en que no son producidos para la venta. Concibe, por eso, la caracterización de estos elementos como mercancías como una ficción. En ese sentido, la aplicación indiscriminada de los mecanismos de mercado a la tierra, trabajo y dinero, “resultaría en el desmoronamiento de la sociedad” (Cap. 6).

4. Consideraciones finales

La propuesta de este artículo consistió en presentar una visión general de las ideas de Wolfgang Streeck, entendiéndolas como una contribución importante para lograr que en el campo sociológico, el capitalismo y la economía política sean retomados como instrumentos analíticos centrales. Intentamos ubicar al autor mínimamente en relación con sus referencias y pares, para que el lector pueda encontrar en el texto un primer acercamiento a su pensamiento, todavía poco difundido en América Latina. Se espera que hayan quedado claros los límites que implica aplicar su teoría de forma directa a nuestro contexto local, cuando el autor enfoca su análisis en los llamados países del capitalismo avanzado. Sin embargo, muchos de los efectos del escenario considerado por Streeck llegan hasta nosotros, especialmente en vista de los entrelazamientos espaciales intensificados por la acumulación financiera, de modo que aproximarnos a su teoría puede contribuir a una reflexión sobre las especificidades regionales, evidentemente más dramáticas.

Pensemos, por ejemplo, en la tesis de Streeck, que indica que el endeudamiento acumulado desde la década de 1970 no se debe a un exceso de demandas democráticas sobre los gobiernos y las finanzas públicas, pues en realidad esa crisis proviene de las actividades ilimitadas del sector financiero, o sea, del triunfo del neoliberalismo sobre el acuerdo social de posguerra. Este señalamiento sin dudas, conduciría a una mejor comprensión de la conversión del “Estado-fiscal” en un “Estado-deudor”, tema que fue aquí apenas esbozado, pero que es fundamental, sobre todo, si tomamos en cuenta el gran endeudamiento de la población latinoamericana durante la llamada *pink tide* a comienzo del siglo XXI. ¿Los denominados gobiernos progresistas también crearon “Estados-deudores”? ¿Existe relación entre el final de la *pink tide* y el endeudamiento generalizado? En el caso de Brasil, ¿en qué medida esto colabora con el ascenso de la extrema derecha? Las conclusiones de Streeck tal vez no nos ofrecen respuestas, pero el diálogo con su obra nos permite reflexionar en torno a nuestros propios problemas.

5. Bibliografia

- Altvater, E., Hoffmann, J. y Semmler, W. (2016) *Vom Wirtschaftswunder zur Wirtschaftskrise: Ökonomie und Politik in der Bundesrepublik*. Berlin: Olle & Wolter.
- Davis, A. (ed.). (2016). *If They Come in the Morning: Voices of Resistance*. London/New York: Verso.
- Demier, F. y Gonçalves, G. L. (2017). Capitalismo, Estado e democracia: um debate marxista. *Revista Direito e Práxis*, 8(3), 2350-2376.
- Dörre, K., Lessenich, S. y Rosa, H. (eds.). (2015). *Sociology – Capitalism – Critique*. London: Verso.
- Frank, A. G. (2016). *Kapitalismus und Unterentwicklung in Lateinamerika*. Frankfurt a.M: Europäische Verlagsanstalt.
- Gonçalves, G. L. (2016). Acumulação primitiva, expropriação e violência jurídica: expandindo as fronteiras da sociologia crítica do direito. *Revista Direito e Praxis*, 8(2), 1029-1082.
- Habermas, J. (1998). *Faktizität und Geltung: Beiträge zur Diskurstheorie des Rechts und des demokratischen Rechtsstaats*. Frankfurt a. M.: Suhrkamp.
- Harvey, D. (1992). *Condição Pós-Moderna: Uma Pesquisa sobre as Origens da Mudança Cultural*. São Paulo: Loyola.
- Lavinas, L. [1988] (2013). 21st Century Welfare. *New Left Review*, 84, 5-40.
- Mies, M. (s/f). *Patriarchat und Kapital. Frauen in der internationalen Arbeitsteilung*. Zurich: Rotpunktverlag.
- Polanyi, K. (2012). *A grande transformação: as origens da nossa época*. Rio de Janeiro: Elsevier.
- Offe, C. (1983). Competitive Party Democracy and the Keynesian Welfare State: Factors of Stability and Disorganization. *Policy Sciences*, 15, 225-246.
- Streeck, W. (2016). *How Will Capitalism End?: Essays on a Failing System*. London/New York: Verso.

Streeck, W. (2014). *Buying Time: The Delayed Crisis of Democratic Capitalism*. Tradução de Patrick Camiller. London/New York: Verso, Ebook.

Streeck, W. (2015). Wie wird der Kapitalismus enden? *Blätter für deutsche und internationale Politik*, 3, 99-111.

Varoufakis, Y. (2011). *The Global Minotaur: America, the True Origins of the Financial Crisis and the Future of the World Economy*. Londres: Zed Books.

Vivir y dejar que otros mueran: el mecanismo de la externalización en Stephan Lessenich

Jacinta Gorriti

A raíz de la crisis financiera de 2008, un tema volvió a la agenda de la sociología crítica: el problema del desarrollo del capitalismo y sus efectos socioeconómicos y ecológicos. Si bien desde hace décadas son evidentes los daños ecológicos y las desigualdades sociales que acarrea el modelo de crecimiento económico de las sociedades capitalistas modernas, la insostenibilidad del mismo se ha vuelto ahora más patente que nunca. Desastres ambientales producto de la explotación intensiva de materias primas, derrames tóxicos y toneladas de basura arrojadas al mar diariamente se articulan con un aumento desmesurado de las desigualdades sociales, que se resumen en las cifras de Oxfam:¹ un 1% tiene lo mismo que el 99% restante de la población mundial. Ahora bien, lo que la doble crisis económica y ecológica actual pone de manifiesto es que no se trata de daños colaterales o de las consecuencias indeseadas e indeseables de aquel modelo de crecimiento sino que estos constituyen, precisamente, los costes calculados y los efectos esperados de la matriz de las

¹ Para más información, ver el sitio web de la Confederación de Organizaciones No Gubernamentales que compone OXFAM <https://www.oxfam.org/es>

sociedades capitalistas del Norte Global. Este es, al menos, el diagnóstico de Stephan Lessenich (2016) en su último libro traducido al castellano, *La sociedad de la externalización*.

Este título hace alusión a su descripción de las sociedades desarrolladas occidentales como *sociedades de la externalización*, que desplazan hacia las regiones más pobres del mundo los efectos negativos de su estilo de vida basado en el consumo y en el principio de la *activación*.² De acuerdo con Lessenich, la producción de bienestar en unas zonas del mundo se sostiene en la explotación de los recursos ambientales, de la fuerza de trabajo y de las oportunidades vitales de otras zonas. Esta distribución desigual no es aleatoria: se organiza en función de una dinámica global que posiciona a ciertas regiones como centrales y a otras como periféricas, en un “gran juego de suma cero en el que las ganancias de unos son las pérdidas de otros” (Lessenich, 2019, p. 341). Así, el funcionamiento del sistema capitalista mundial está basado en un mecanismo de externalización pluridimensional y globalizado en el que las sociedades “desarrolladas” del Norte Global se expanden y reproducen sus condiciones de vida, deslocalizando los efectos nocivos de su actividad en los países y las regiones periféricas del Sur Global. Para Lessenich, esta lógica atraviesa todos los ámbitos sociales e incluso la *praxis vital* de las sociedades del capitalismo avanzado: desde las corporaciones y las compañías transnacionales hasta los gobiernos y los ciudadanos. Conservar el propio bienestar privando de él a otros es, de esta manera, el principio vital inconfesado de las sociedades del Norte Global.

Desastres ambientales como el de Rio Doce (o, recientemente, el de Brumadinho, ambos en el estado de Minas Gerais, en Brasil) son representativos de un orden global económico y ecológico en el que las oportunidades y los riesgos de “desarrollo” social están sistemáticamente repartidos de manera desigual y demuestran de forma

² Ver las contribuciones de Lessenich en torno al principio de la activación en el volumen colectivo que escribe junto a Hartmut Rosa y Klaus Dörre (Dörre, Rosa y Lessenich, 2015).

ejemplar, asimismo, la gestión de los costes del modelo de sociedad capitalista industrial. Aunque los países del Norte Global contaminen más por la demanda de superficies aprovechables biológicamente que implica su modelo de consumo y de rendimiento, no es dentro de sus fronteras donde se producen los mayores daños ecológicos. Estos se sitúan por lo general en el territorio de los países del Sur Global, condenados a la explotación intensiva de sus recursos naturales en función de una dinámica internacional de externalización medioambiental. El sistema capitalista se sostiene en un *intercambio ecológico desigual* [*uneven ecological exchange*] (Jorgenson y Rice, 2005), en el que aquellos que más consumen y que más contaminación producen son quienes menos padecen las consecuencias ambientales y socioeconómicas que esto acarrea. Sin embargo, el *endeudamiento ecológico* de los países del Norte con los del Sur Global sobre el cual se sustenta su estilo de vida consumista –directamente proporcional con el endeudamiento económico de los segundos respecto de los primeros–, no parece hacer mella en las subjetividades occidentales. Lessenich observa que, así como a nivel macro la externalización ilustra la deslocalización de los daños medioambientales y los costes ecológicos a las periferias, a nivel micro muestra que la praxis cotidiana de los miembros de las sociedades “ricas” contribuye a la naturalización de un *habitus* que hace posible la continuidad y la no problematización de esa lógica. Si la externalización consiste en la capacidad de descargar sobre otros los costes del propio estilo de vida, entonces se trata de una lógica que permea todos los ámbitos de las sociedades capitalistas avanzadas. Por eso, el sociólogo alemán entiende que este concepto describe tanto un funcionamiento económico y ecológico como psicoanalítico. La externalización representa el mecanismo opuesto a la gestión de los problemas: el desplazamiento hacia un “afuera” o hacia una instancia inculminatoria “externa” de los mismos para mantener el equilibrio interno. Las políticas de restricción migratoria, el cierre de las fronteras y la construcción de entornos vitales “cerrados”, son dispositivos que permiten mantener esa disociación espacio-temporal entre el estilo

de vida consumista y sus efectos en entornos alejados de la mirada de los miembros de las sociedades de la externalización.

De este modo, la persistencia histórica y el aceleramiento de este modelo de sociedad no se explican exclusivamente por las estructuras históricas del capitalismo. Su eficacia depende también de la amplia aceptación que goza entre la mayoría de la población global, que ha naturalizado un modo de acción externalizante en sus prácticas: casi nadie se pregunta, por ejemplo, cuál es el costo ambiental de la taza de café que compra al paso o de las gambas en su ensalada (Lessenich, 2019). Para Lessenich, somos forzados por las estructuras sociales a externalizar y a no ver el hecho de que “no vivimos por encima de nuestras posibilidades, sino por encima de las posibilidades de otros”; de otros que viven “en otras partes” y cuyo bienestar se encuentra profundamente socavado a costa del nuestro (p. 3132). Esta naturalización de la externalización constituye, justamente, su aspecto más problemático: por caso, es lo que vuelve implausible que acuerdos internacionales para mitigar las desigualdades extraordinarias del mundo actual (como cobrar impuestos a transacciones financieras globales y a las grandes fortunas) –más allá de las dificultades administrativas que esto implicaría– logren transformar radicalmente esta realidad. Porque el diagnóstico social de “tenerlo todo y querer aún más” no corresponde solo a aquellas grandes fortunas; es el programa de la praxis vital de esta sociedad del rendimiento y del consumo. Al relato de la Europa ilustrada, Lessenich le contrapone la historia y el presente de la sociedad europea del bienestar que se basa en la inversión del imperativo categórico kantiano: en lugar de actuar conforme a máximas universalizables, esta se fundamenta en una dirección que no es capaz de universalizarse; de lo contrario, no sería sostenible. “La vida en las sociedades del Norte Global se basa precisamente en que no todos pueden vivir de esta manera”, señala Lessenich (p. 1193). Si Foucault había plasmado en la fórmula “hacer vivir y dejar morir” el ejercicio biopolítico del poder, el planteo de Lessenich se podría resumir en la fórmula de “vivir y dejar que otros mueran”.

Aunque la crítica de Lessenich asume por momentos un cierto tono moralizante debido a la urgencia por transformar este modelo que está minando nuestro *entorno vital global*, apunta a dos cuestiones que resultan elementales para entender el capitalismo actual. En primer lugar, al vínculo entre las dinámicas económicas y ecológicas, y sus efectos desiguales de acuerdo a la posición que cada país ocupa en el sistema-mundo capitalista. Lessenich sostiene que las corrientes del comercio mundial son igualmente corrientes de exportación e importación de daños ambientales, así como de desplazamiento y de traslado poblacional, que se organizan en torno a la dinámica centro-periferia.³ Este principio relacional que insta una desigualdad fundamental en el entorno vital global resulta insoslayable a la hora de evaluar las condiciones de vida y de desarrollo, de trabajo y de producción de los diversos países, sobre todo de aquellos del Sur Global cuyas dificultades guardan una relación inmediata y directa, para Lessenich, con la configuración de los países centrales. La sensibilidad del autor para examinar los efectos negativos de las sociedades de la externalización en el Sur Global y, en particular, en los países latinoamericanos, es sin lugar a dudas uno de los puntos fuertes del libro, que indica los casos de la explotación minera en Brasil y el *boom* de la soja en Argentina como dos ejemplos paradigmáticos. En segundo lugar, el análisis de Lessenich señala una cuestión que resulta indispensable para comprender la eficacia del modo de gobierno neoliberal que se ha instaurado en las últimas décadas a nivel global y que ha profundizado los procesos de externalización, a saber: la conformación de subjetividades compatibles con aquel mecanismo de externalización. Sin nombrar a Michel Foucault, pero

³ La noción de centro-periferia, desarrollada sistemáticamente en las décadas de 1950 y 1960 por distintos pensadores latinoamericanos (entre los que se destacan Raúl Prebisch y Celso Furtado), ha sido uno de los conceptos centrales de las teorías desarrollistas y las teorías de la dependencia en nuestra región. Se trata de una de las *ideas-fuerza* más significativas en la producción de una teoría social latinoamericana. Sin embargo, Lessenich no toma este concepto directamente de los autores latinoamericanos, sino de Reinhard Kreckel (2004), quien lo introduce en la sociología alemana para elaborar una sociología política de las desigualdades sociales.

invocando a Pierre Bourdieu y Charles Tilly, Lessenich sostiene que en las sociedades del Norte Global se ha internalizado un *habitus* que “es una expresión, tan preconsciente como activa en la praxis y estructurante de relaciones, de una relativa posición privilegiada en el sistema mundial capitalista” (p. 872). Es este *habitus* el que permite que las relaciones de explotación social a nivel global se consoliden a expensas del bienestar de “otros”. Si este estilo de vida consumista y externalizador es mantenido por la inmensa mayoría de la población (tanto en las sociedades del Norte como del Sur Global y tanto las grandes fortunas como los de bajos ingresos) es porque ha sido naturalizado y adoptado como la única forma de vida posible debido a las estructuras de poder del capitalismo actual. A tal punto que las alternativas que se suelen plantear a este modelo de externalización siguen basándose en una lógica de consumo y de rendimiento.

A partir de este diagnóstico, Lessenich lanza la “pregunta sistemática”, es decir, la pregunta por las posibilidades de transformar este sistema capitalista que desde un comienzo ha externalizado sus costes. A diferencia del voluntarismo que suele caracterizar las críticas al *capitaloceno* (Moore, 2015), en las que se apela al esfuerzo individual y colectivo para fomentar un consumo “ético” o se sobrevaloran las posibilidades que en este sentido ofrecen las nuevas tecnologías, la propuesta del sociólogo alemán es imaginar un proyecto de transformación radical de las instituciones políticas a nivel transnacional y nacional que pueda desarticular la polaridad que caracteriza a la sociedad de la externalización. Un “proyecto reformista democrático y globalmente igualitario” (Lessenich, 2019, p. 3116), que parta de las experiencias y las propuestas de los movimientos sociales del Sur Global (como el zapatismo, en México, y el movimiento de los trabajadores rurales sin tierra, en Brasil), es decir, del supuesto “exterior” de la sociedad de la externalización, para impulsar una transformación democrática radical. Este proyecto aparece en el libro de Lessenich más como una apuesta por otras formas de habitar el mundo que como un programa certero y realizable. El problema con la noción de externalización es que permite alertar sobre las restricciones

sociales y los costes ambientales, económicos y políticos que provocaría la continuación de la dinámica de crecimiento propia de las sociedades capitalistas, pero no indica cómo sería posible desarticlarla y dar lugar a otro modelo.

Lo que el planteo de Lessenich subraya es que esta dinámica de desarrollo de las sociedades capitalistas, orientada hacia el crecimiento, se está volviendo cada vez más insostenible. Asegurar el crecimiento económico tiene como contracara la destrucción de las condiciones ecológicas, sociales y político-económicas para su reproducción. La paradoja radica en que las estrategias para superar la crisis económica tienden a profundizar la crisis ecológica, puesto que aceleran la explotación de los recursos naturales y refuerzan la contaminación del medioambiente, agudizando igualmente ciertos problemas sociales. Ante esta situación, la tendencia que parece imponerse es la de una dinámica de decrecimiento que plantea desafíos específicos para los países del Norte y del Sur Global. En el caso de los primeros, la ruptura con un modelo de crecimiento económico puede socavar la legitimidad y la capacidad integradora de instituciones sociales básicas como el Estado de bienestar, el trabajo remunerado y la economía de mercado. En las sociedades industrializadas, las tasas de crecimiento han ido declinando durante décadas y, luego de la crisis de 2008, en algunos casos se han acercado a cero o se han vuelto negativas. En este contexto de decrecimiento, la racionalidad redistributiva del Estado de bienestar ha sido problematizada, precisamente, por su carácter desmercantilizador. A su vez, como estas sociedades de crecimiento están organizadas en torno al mercado de trabajo, esa situación de decrecimiento tensiona las expectativas y los criterios sociopolíticos de referencia de las prácticas cotidianas. En el capitalismo actual, la producción ha quedado supeditada al consumo y a la lógica de las finanzas. Las inversiones productivas han sido sobrepasadas por el creciente flujo de capitales financieros. Las nuevas fuentes de trabajo que se crean en el *capitalismo de plataformas* (Srnicsek, 2018) no solo desafían el modelo de trabajo asalariado; además, ponen en práctica

nuevas formas de explotación y de precarización sostenidas en el criterio de la *activación* y la eficacia.

En el caso de los países del Sur Global, los desafíos son más alarmantes. Primero, porque una economía sin crecimiento supone para la amplia mayoría de la población permanecer en la pobreza. Cualquier retracción o estancamiento de las economías industrializadas redobla sus efectos nocivos en nuestros países, dependientes y periféricos en el sistema mundial. Los problemas que enfrentan las regiones más desiguales del planeta, como América Latina, tienen en la dinámica de crecimiento económico la posibilidad de un alivio temporal, mientras se mantengan las condiciones globales de intercambio capitalista desigual, toda solución es temporal y precaria. En nuestros días, Bolivia es un ejemplo en este sentido: tras trece años de gobierno del Movimiento al Socialismo (MAS), es el único país en toda la región con un crecimiento económico proyectado de 4,5% este año y un índice bajísimo de inflación anual (4%), que se traduce en un tejido estatal ampliamente redistributivo. Grandes sectores antes marginados han sido beneficiados con la expansión de ciertas políticas públicas antes inconcebibles (desde la salud pública universal hasta el doble aguinaldo). El punto que se suele subrayar –y con razón, a la vista de la crisis ecológica actual– es justamente que su estabilidad y su crecimiento económico se apoyan en gran medida en las divisas producto de la venta de energía a países limítrofes (Argentina y Brasil); es decir, en la explotación intensiva de sus recursos naturales (especialmente, gas y litio). Sin embargo, ¿qué alternativas tiene en lo inmediato un país que carece de una infraestructura productiva sólida? Algo similar ocurre en la mayoría de los países de la región y en otras regiones del Sur Global que, en el entramado histórico de poder del capitalismo, se han constituido en una posición periférica. Como advierten Lessenich y tantos/as otros/as en América Latina, este modelo extractivista en el que sostienen las experiencias “progresistas” en la región (como Bolivia) produce daños socioambientales irreparables; pero lo que tiende a soslayarse en estos debates es que en las condiciones actuales, el decrecimiento

solo puede significar para nuestros países más miseria y más explotación. El desafío en todo caso, como insiste Álvaro García Linera, es impedir que esos recursos sean controlados por las multinacionales extranjeras (en un claro mecanismo de externalización en el que se repatrian los beneficios al Norte Global y se desresponsabilizan de los efectos nocivos de su explotación intensiva en el Sur Global), a través de la nacionalización de los mismos, y promover formas de explotación responsables de estos que atiendan a los saberes ancestrales y comunitarios y que puedan generar las condiciones para dar lugar a otra fase no extractivista. Sin duda, se pueden imaginar escenarios para nuestra región que no impliquen patear hacia adelante el problema o sumir en la pobreza a buena parte de la población, que seguramente requerirían un compromiso regional e incluso global que exceda la buena voluntad de gobernantes y especialistas. En esto, los movimientos y organizaciones sociales tienen un papel fundamental. No obstante, sus demandas y programas políticos suelen estar teñidos por una lógica autonomista o antiestatista, cuando todo parece indicar que solo a través del fortalecimiento de los Estados latinoamericanos, como lugares específicos de disputa a escala transnacional y global, y de una integración regional sólida, es posible enfrentar las condiciones cada vez más desiguales y más destructivas del capitalismo.

Segundo, otro desafío que se les presenta a los países del Sur Global está vinculado con aquel *habitus* que Lessenich identifica en las sociedades de la externalización. El fenómeno del consumo conlleva en estos países formas de integración social particulares que atraviesan las distintas franjas y sectores de la población, y ha contribuido inclusive a la construcción de formas de ciudadanía. En América Latina, el consumo ha sido precisamente uno de los pilares de los gobiernos “progresistas” de la última década. La expansión económica que favoreció el *boom* de los precios internacionales de las materias primas en los primeros años del siglo XXI, se tradujo en un impulso a las economías nacionales y al consumo interno, fomentado por una política redistributiva que tuvo un gran alcance en sectores antes marginados.

Como sostiene Verónica Gago (2014), esta mayor participación del Estado y el estímulo al consumo masivo cambiaron durante algunos años el paisaje de desocupación y de miseria que habían legado las políticas neoliberales en la región, dando lugar a ciertas formas de abundancia, relacionadas con nuevas maneras de vivir la organización territorial, el trabajo y el dinero. De este modo, se fue arraigando en los sectores populares una matriz subjetiva que asume el cálculo, la autoempresarialidad y el rendimiento como sus principios fundamentales. La compleja interiorización de estos principios ha ido acompañada de formas de externalización de sus costes: trabajo infantil y en condiciones esclavizantes, contaminación ambiental, problemas de salud pública y un largo etcétera. Sin embargo, ha sido también lo que ha permitido una mejora en la calidad de vida de aquellos sectores que habían sido tradicionalmente excluidos en el diseño de las políticas públicas. La cuestión, entonces, es pensar de qué manera son posibles nuevos modos de vida desanclados de las exigencias de consumo, rendimiento y ganancia capitalista –que, tal como muestra Lessenich, siempre están ligadas a mecanismos de externalización– en nuestras sociedades, donde la dinámica de reforzamiento y debilitamiento constante de los Estados hace que las formas de integración y cohesión social se sostengan en buena medida en el consumo. ¿Es posible poner en práctica formas de consumo no externalizantes a gran escala en nuestros países, donde todo intento por desalentar el consumo “desde arriba” ha sido favorecido por programas políticos neoliberales (a través de la idea de que “hemos vivido por encima de nuestras posibilidades”), que han terminado deshilando el tejido social?

Estos son algunos de los interrogantes que plantea una lectura del ensayo de Lessenich *en y desde* América Latina. Aunque sus observaciones en torno a nuestros países son más bien generales y poco detalladas, lo que descuida la complejidad y la singularidad que aquí revisten los problemas que analiza, su diagnóstico de la externalización no deja de ser enriquecedor y alarmante a la vez. El libro de Lessenich demuestra las inmensas dificultades que encuentra todo intento por conciliar los imperativos del sistema capitalista global con la

sustentabilidad ecológica y social, a la vez que explica por qué ninguna sociedad de crecimiento puede ser social y ecológicamente sostenible. Una cuestión fundamental para comprender tanto los desafíos como las posibilidades y los límites que se abren para el presente y el futuro de nuestra región. No podemos analizar las formas del capitalismo actual sin atender a los efectos que los modos de producción, circulación y consumo de mercancías de todo tipo, implementados globalmente, acarrearán para el medioambiente. Y a la inversa, cualquier apuesta de transformación sistémica tiene que pivotar en torno a un cuidado ambiental ineludible y cada vez más necesario. En este sentido, quizás el aspecto más valioso del libro de Lessenich sea el compromiso por pensar y por alentar nuevas formas de vida sostenibles que da forma a sus páginas y que pone en acto una manera de hacer teoría no desvinculada de las urgencias de nuestro entorno vital.

Bibliografía

Dörre, K., Rosa, H. y Lessenich, S. (eds.). (2015). *Sociology, Capitalism, Critique*. Londres: Verso.

Gago, V. (2014). *La razón neoliberal. Economías barrocas y pragmática popular*. Buenos Aires: Tinta Limón.

Jorgenson, A. y Rice, J. (2005). Structural Dynamics of International Trade and Material Consumption: A Cross-National Study of the Ecological Footprints of Less-Developed Countries. *Journal of World-Systems Research*, 11.

Kreckel, R. (2004). *Politische Soziologie der sozialen Ungleichheit*. Frankfurt: Campus Verlag.

Lessenich, S. (2016). *La sociedad de la externalización*. Barcelona: Herder, 2019.

Moore, J. (2015). *Capitalism in the Web of Life. Ecology and the Accumulation of Capital*. Londres: Verso.

Srnicek, N. (2018). *Capitalismo de plataformas*. Buenos Aires: Caja Negra.

El aterrizaje de las nuevas teorías alemanas del capitalismo

Algunas interpretaciones desde América Latina

La visión del neoliberalismo de Wolfgang Streeck y su alcance en Latinoamérica: asincronismos, paradojas y convergencias

Héctor Ignacio Ríos Jara

1. Introducción

Tras la crisis financiera del 2008, la reintroducción de la economía política en las ciencias sociales ha reposicionado el interés que categorías macrosociales como neoliberalismo tienen en la comprensión de las dinámicas de transformación social (Della Porta, 2017). Sin embargo, la ausencia de una definición clara de neoliberalismo ha transformado al concepto en un objeto de polémica, siendo cuestionada su pertinencia analítica y uso investigativo en diferentes campos disciplinares (Venugopal, 2015; Rodgers, 2018). Si bien la historia del concepto “neoliberalismo” proviene sustancialmente del pensamiento económico de las sociedades occidentales centrales como Alemania, Reino Unido y Estados Unidos (Mirowski y Plehwe, 2015), sus expresiones como régimen político-económico se han desarrollado preferentemente en las periferias globales (Harvey, 2007). Entre ellas, Latinoamérica juega un rol preponderante como laboratorio y espacio de experimentación de las innovaciones capitalistas. En el caso de Chile, ejemplo paradigmático de experimentación neoliberal

temprana (Gaudichaud, 2012), se suman los *shocks* neoliberales más tardíos de México y Argentina durante la década de 1990 (Harvey, 2007; Silva, 2009). En estos casos la combinación de mecanismos autoritarios e iliberales, sumados a los cambios drásticos en la economía política del bienestar y en el rol del estado, fueron los elementos característicos del neoliberalismo como régimen político-económico. Pese a ello las experiencias periféricas tienden a ocupar un rol marginal en las teorizaciones sobre neoliberalismo, focalizadas preferentemente en los cambios económicos liderados por Thatcher y Reagan en la década de 1980.

Otro aspecto poco considerando en la teorización sobre neoliberalismo y que se expresa con cierta relevancia en la región, es la fructífera construcción de oposiciones, resistencias y alternativas a la hegemonía neoliberal (Silva, 2009; Gaudichaud, 2015). El auge de los movimientos sociales durante la década de 1990 y 2000 y las posteriores constelaciones políticas que articularon la ola de gobierno reformistas en la región (García Linera, 2008; Silva, 2009), contrastan con las tendencias y los procesos sociales desarrollados en las economías del centro. Particularmente en Europa, tras la crisis del 2008, la implementación de políticas neoliberales generó masivas olas de protestas no vistas desde las revueltas del 68'. Los movimientos anti-austeridad emergieron como oposiciones sorpresivas a las políticas de ajuste estructural (Della Porta, 2015). Sin embargo, a diferencia de Latinoamérica, sus oposiciones no fueron suficientemente robustas ni capaces de revertir las políticas de austeridad y ajuste estructural, tendiendo incluso hacia potenciales derivas autoritarias y nacionalistas (Della Porta y Cols, 2016). Las particularidades que la expansión neoliberal presenta en la región, ubican a Latinoamérica como un caso esencial para la caracterización del neoliberalismo. De igual modo, los contrastes en la temporalidad y dinámicas de oposición presentadas en la región respecto a tendencias en las sociedades occidentales centrales plantean nuevos desafíos interpretativos para la conceptualización de neoliberalismo como categoría analítica y fenómeno global (Ríos-Jara, 2018).

Uno de los autores que más ha contribuido a la caracterización reciente del neoliberalismo es el sociólogo Wolfgang Streeck (2014b, 2016), quien ofrece una visión sistemática de sus contradicciones distintivas. Su obra permite analizar la existencia de asincronismos y convergencias entre la caracterización del neoliberalismo en las economías occidentales del centro y los procesos latinoamericanos. En el marco de este debate, el presente artículo persigue tres objetivos. Primero, se examina el concepto y la caracterización que Streeck ofrece sobre el concepto de neoliberalismo (2011, 2014a, 2014b, 2016). Segundo, se analiza qué elementos de esta caracterización son transferibles y generalizables a la comprensión de los procesos económicos y políticos de Latinoamérica. Finalmente, se analiza el potencial que la caracterización ofrecida por el autor tiene para definir una agenda investigativa sobre el neoliberalismo como fenómeno global. En este capítulo argumento que Streeck ofrece un concepto geográficamente reducido de neoliberalismo, con una limitada transferibilidad a Latinoamérica y otras periferias. Sin embargo, la definición de neoliberalismo como régimen permite el desarrollo de una agenda de estudios crítica sobre el capitalismo contemporáneo, capaz de integrar las diferencias centro-periferia en una comprensión global del fenómeno. En el marco de esta argumentación, el texto primero describe la noción de neoliberalismo del autor, enfatizando sus condiciones epistemológicas y sus características históricas. Segundo, el texto analiza la transferencia de sus características al contexto latinoamericano, identificando aciertos y desaciertos interpretativos en la definición de Streeck. El texto finaliza indicando como las reflexiones del autor permiten el desarrollo de una agenda de investigación crítica sobre el neoliberalismo contemporáneo, donde los procesos políticos europeos encuentran espacios de sincronía con procesos latinoamericanos, facilitando la teorización del neoliberalismo como fenómeno global.

2. El concepto de neoliberalismo en la obra de Streeck

2.1. Concepto y contexto

La comprensión del concepto de neoliberalismo en la obra de Wolfgang Streeck requiere efectuar dos consideraciones fundamentales que permiten enmarcar el análisis. La primera es que su análisis histórico se basa exclusivamente en el contexto de las economías del Noroeste.¹ Su teorización se ajusta a las propias limitantes geográficas explicitadas por él. Esto implica que más que una crítica al eurocentrismo o al colonialismo epistemológico del autor, el propósito del texto es explorar las posibilidades de generalización y complementación que la descripción del neoliberalismo desarrollada por Streeck tiene para comprender los procesos latinoamericanos, en tanto se asume que la expansión del neoliberalismo es un fenómeno global y unitario.

La segunda consideración es que el autor no ofrece una teorización particular de la noción neoliberalismo. Su análisis, y por ende el objeto de esta monografía, no corresponden a una teoría particular de neoliberalismo, sino más bien a una caracterización histórica de las transformaciones que el capitalismo presenta en las últimas cinco décadas, catalogadas como neoliberalismo. Para el autor, el criterio de distinción fundamental que define al neoliberalismo como expresión histórica del capitalismo es su contraste con el capitalismo de bienestar o capitalismo democrático, situado por el autor en las décadas posteriores a la Segunda Guerra Mundial hasta la década de 1970. Así, la noción de neoliberalismo describe la transformación del capitalismo democrático, en economías centrales (países de la OCDE), en las últimas cinco décadas (1970 y 2010).

¹Particularmente en su libro, *Buying Time*, Streeck explícitamente alude a las limitantes geográficas de sus fuentes analíticas, las que se centran en las economías desarrolladas del mundo occidental (2014b).

Esta distinción se basa en dos primacías epistemológicas derivadas del método de análisis del sociólogo. La primera, corresponde a la definición del capitalismo como unidad. En su crítica a las teorías de la escuela de Frankfurt sobre la crisis del capitalismo durante la década de 1960, Streeck (2016) enfatiza que la falla analítica fundamental fue el énfasis en la dimensión cultural, abstraída de las transformaciones de la economía política del capitalismo. Esta crítica sugiere que los elementos fundamentales del capitalismo residen en su dinamismo interno, siendo el proceso de acumulación la especificidad definitoria del capitalismo, y su enraizamiento histórico en una configuración social particular los elementos de variabilidad. Para Streeck el capitalismo adquiere unidad en tanto su modo de acumulación (generación de riqueza) depende de la extensión o transformación de las relaciones de explotación generadas mediante la masificación de la producción de mercancías. Sin embargo, el capitalismo varía en sus expresiones sociológicas, en tanto la dinámica de acumulación del capital se corporeiza de diferentes modos en diferentes períodos históricos y contextos cambiantes.² El autor mantiene la crítica de la economía política de Marx (2004) como piedra angular del análisis del neoliberalismo, pero incluye elementos *polanyianos* (Polanyi, 2001) en su análisis, explorando como las transformaciones internas del capitalismo contemporáneo se corporeizan en diferentes formas sociales. La mezcla de ambas perspectivas es lo que podría denominarse como una crítica sociológica de la economía-política del capitalismo contemporáneo.

La segunda primacía epistemológica considera la comprensión histórica como única aproximación capaz de capturar las invariantes y características fundamentales del capitalismo. Si el capitalismo es una unidad en transformación, su conceptualización depende de la identificación de los cambios generalizables que dicho sistema

² Su uso en los textos es más bien laxo, apareciendo como sinónimo de nociones como “capitalismo avanzado”, “capitalismo tardío”, “capitalismo iliberal” (Streeck, 2014b; 2016).

como unidad adopta en cierto período histórico y en relación a la totalidad de los contextos donde opera. Esta crítica sociológica de la economía-política se diferencia de la agenda investigativa derivada de la teoría de las variedades del capitalismo, donde las variantes culturales, políticas e institucionales, explican las imperfecciones del capitalismo como modo de producción dado, e internamente consistente (Beckert y Streeck, 2008). Como bien lo detalla Streeck (2016), la teoría de las variedades de capitalismo es incapaz de realizar una crítica sociológica a la economía-política del capitalismo, porque omite su unidad interna como principal fuerza modernizadora y productora de los desequilibrios que su desenvolvimiento tienen sobre cualquier sociedad, independientemente del grado de ajuste que las instituciones y los valores de una sociedad tengan respecto a las dinámicas de acumulación.

Bajo ambas primacías y consideraciones epistemológicas, la crítica planteada en este texto sigue el mismo interés de Streeck. A saber: identificar las similitudes constitutivas del capital entre sus diferentes expresiones históricas a nivel de sectores, países y regiones. Con ello se busca visualizar cómo el capitalismo muta en nuevas expresiones, y, al mismo tiempo, como mantiene una unidad distintiva en su dinámica de acumulación que permite su reconocimiento y conceptualización como fenómeno específico (Beckert y Streeck, 2008; Streeck, 2016).

2.2. Cambios en la economía política del capitalismo neoliberal

Para el autor, el neoliberalismo corresponde a una fase histórica del capitalismo, caracterizada por cuatro tendencias económicas y una relación particular con las sociedades en las cuales opera. La primera de las tendencias se asocia al bajo crecimiento experimentado por las economías desarrolladas en las últimas décadas. Como el autor enfatiza, las economías centrales han perdido su dinamismo de posguerra, moviéndose hacia un escenario de “estancamiento secular”, caracterizado por una economía de bajo, o cero, crecimiento por un período

prolongado de tiempo. Como Streeck (2014) lo muestra, tras la crisis financiera, las economías céntricas muestran un promedio de crecimiento por debajo del 1%, siendo las economías céntricas occidentales (Estados Unidos, Reino Unido, Alemania y Francia) las más afectadas.

Segundo, se observa un crecimiento masivo de la deuda, tanto pública como privada. La deuda pública se mantiene como constante en la definición de la economía global y nacional, manteniéndose constante sobre el 40% del GPD. Igualmente, la deuda privada registra un alza desde el punto de vista de los montos de la deuda y del número de ciudadanos afectados por ella. Tercero, las sociedades neoliberales presentan un crecimiento enorme de la desigualdad tanto en términos de ingresos netos como en términos de concentración de la riqueza y su reproducción. Los datos aportados por Thomas Piketty (2014) muestran como en las principales economías mundiales los niveles de concentración de la riqueza en el 10% y 1% más rico, superan el 60% y el 30% de las riquezas nacionales, mostrando niveles de desigualdad equivalente a los registrados en las primeras décadas del siglo XX. Finalmente, se observa una tendencia a la contracción del empleo, que se manifiesta a partir de altos índices de desempleo crónico, precarización de las condiciones laborales y casualización del trabajo.³

El desarrollo de estas tendencias ha sido progresivo y ha estado mutuamente concatenado en lo que el autor denomina “dinámica de mutua expansión”. Es decir, el crecimiento económico afectó el desarrollo del empleo. El deterioro del empleo a su vez ha afectado la capacidad de consumo de las sociedades, reforzando el bajo crecimiento (crisis de subdemanda) y la capacidad del Estado para la recolección de impuestos (crisis fiscal). Estas relaciones simultáneamente han deteriorado las estructuras desarrollistas del Estado y su

³ Por corporarización describo aquí la relación que el capitalismo establece con los contextos sociales en los cuales opera, desde el punto de vista de sus relaciones, instituciones, agencias y sentidos. Esta noción ha sido descripta usando el concepto de “formación capitalista”, correspondiente a la forma histórica que asume el “modo de producción capitalista” reservado para la teorización abstracta o pura del capitalismo (Banaji, 2010).

capacidad de ofrecer bienestar. Las múltiples convergencias de estas tendencias crearon el escenario propicio para que desde finales de la década de 1980 los Estados iniciaran un proceso de rápido endeudamiento. La deuda pública tuvo como primer objetivo recapitalizar las arcas fiscales a fin de mantener en expansión los servicios de bienestar y mantener a raya los conflictos distributivos.

De esta forma, la crisis de la deuda pública comienza su ascenso progresivo durante las décadas de 1980 y 1990, siendo complementada a finales de la segunda por el aumento de la deuda privada, que surge producto de los procesos de reajuste del gasto público y del traspaso del sistema de bienestar universales a sistemas de cobertura selectivos basados en el ingreso. En este proceso el Estado devuelve la responsabilidad de los costos de los servicios básicos a los ciudadanos y traspasa la provisión de estos a empresas privadas. La privatización de servicios tiende a aumentar los costos de acceso, en términos de su valor monetario (aumento de precios) y en términos de las condiciones de acceso (empleabilidad), disolviendo la universalidad de servicios fundamentales, previamente considerados derechos (Saad-Filho, 2015). En un escenario de bajo crecimiento y empobrecimiento del empleo, gran parte de los servicios sociales forzosamente se financian mediante acceso al crédito y otras formas de endeudamiento que se masifican en la población.

Este cambio en la economía política de los sistemas de bienestar tiende a configurar un escenario de “keynasianismo privatizado” donde los servicios sociales son ofrecidos por empresas privadas a precios altos y el pago de los costos es responsabilidad de los ciudadanos. Sin embargo, frente a la baja del poder adquisitivo, el Estado intermedia garantizando el intercambio mediante mecanismos de crédito universales y subsidios selectivos a la oferta y la demanda, principalmente basados en deuda (Crouch, 2009; Streeck, 2016). Como en el caso de educación, el Estado subsidia los altos costos de los proveedores, permitiendo el acceso a los sectores más empobrecidos de la sociedad, generando deuda pública. También el Estado desregula el sector financiero y ofrece garantías de liquidez y pago para

la extensión de créditos a consumidores con baja capacidad de consumo, garantizando su acceso a servicios fundamentales mediante la deuda privada (Saad-Filho, 2015).

Estas tendencias en mutua expansión estallan durante la crisis del 2008, donde las posibilidades de expansión de la deuda no encuentran salida y la burbuja especulativa, con su red de mutuas dependencias, explota, haciendo converger las crisis en lo que el autor, y otros, denominan la “Gran Regresión” (Geilselberg, 2017). Esta fase implica una transición desde una posición donde el Estado aumenta y distribuye su deuda, como mecanismo de contención, liquidez y postergación de las contradicciones producidas por el capital, hacia un Estado de consolidación, caracterizado por reducciones abruptas en el gasto fiscal (austeridad), políticas de flexibilización laboral y liberalización económica, prolongación del estancamiento secular y auge de conflictos distributivos.

La radicalidad de estos procesos genera en las economías centrales un escenario de inestabilidad política caracterizado por la volatilidad de los sistemas de partidos, el aumento de la protesta social (Della Porta, 2015) y una crisis de hegemonía del capitalismo como modelo social de consenso mayoritario cuya resolución permanece inconclusa (Streeck, 2011). Como Streeck (2016) detalla, la crisis del 2008, desata las contradicciones internas del neoliberalismo, generando un punto de fisura entre capital y democracia, donde las demandas de la acumulación capitalista dejan de ser compatibles con las demandas de la vida social, expresándose como mutuamente excluyentes y en irreductible oposición. Esta fisura entre capital y democracia, y la trayectoria implícita y explícita de su resolución son para el autor la característica fundamental del neoliberalismo.

2.3. El neoliberalismo y sus efectos sociopolíticos

Como Streeck (2016) enfatiza, el capitalismo como formación histórica posee relaciones contingentes y no necesarias con la democracia. Esto implica que la unidad entre capital y democracia,

atribuida históricamente al liberalismo, es una generalización histórica equívoca, que desconoce el carácter internamente autocrático del capital y la convivencia histórica que este ha tenido con regímenes antidemocráticos.

Desde el punto de vista político, la estructura de gobernanza del capitalismo de bienestar se basaba en la capacidad del Estado de mediar, y eventualmente alinear, las demandas de la acumulación capitalista, representadas por los sectores sociales dependientes del capital, y las demandas distributivas, representadas por los sectores sociales dependientes del trabajo. La democracia por ende se hizo sustentable en un contexto capitalista, dado el excepcional nivel de crecimiento del período de posguerra, la fragilidad de la clase capitalista tras dos guerras mundiales, y el amenazante crecimiento del comunismo soviético. Estos factores hicieron a los sectores capital-dependientes receptivos a las demandas distributivas y tolerantes a la reducción parcial de sus tasas de ganancia. Sin embargo, los cambios geopolíticos y económicos de la década de 1970 modificaron este escenario, abriendo oportunidades para que las demandas de la acumulación de capital se sobrepusieran a las demandas distributivas.

Si bien el autor no detalla sistemáticamente las razones de este cambio, Streeck sugiere que frente a la baja de los riesgos geopolíticos del capital, la creciente presión de las demandas sociales en las economías centrales y la tendencia a la baja en la tasa de ganancia en las economías industriales, el capital fuerza su proceso de globalización moviéndose fuera de las barreras nacionales y los acuerdos distributivos del estado de bienestar con el objetivo de restaurar su dinámica de acumulación. La fuga de capitales a nuevos territorios desindustrializa las economías del centro, radicalizando los conflictos distributivos y sedimentando el camino para las reformas de ajuste estructural que en diferentes temporalidades comienzan a imponerse en las periferias y en las economías centrales.

Si bien durante las décadas 1990 y 2000 la toma de deuda fue la solución parcial a la situación descripta, el advenimiento del Estado de consolidación agudizó las tensiones entre democracia y capitalismo,

favoreciendo el polo capitalista y generando una crisis de gobernabilidad y cohesión que caracteriza la fase avanzada del neoliberalismo (post 2008). Subordinada por el capital, la democracia se vuelve insensible a los intereses de la ciudadanía y de los sectores trabajo-dependientes, perdiendo su rol mediador y su carácter de sistema de representación, haciéndose monotemática. Las políticas de ajustes estructurales, flexibilización laboral y consolidación de gasto fiscal, que garantizan la solvencia de los intereses de los mercados, son implementadas compulsivamente, con independencia de la alternancia que las elecciones y el sistema de partidos pueda generar. De esta forma, el capitalismo secuestra y diluye la democracia, quebrando sus vínculos con el liberalismo, y asumiendo un carácter iliberal.

En la obra de Streeck, el carácter iliberal del neoliberalismo describe, por un lado, la existencia de democracias representativas formales, sin capacidad de innovación en la política pública y estériles para cambiar la dinámica de acumulación. El carácter iliberal describe también las relaciones de privilegio que las democracias formales y sus resultados de política pública mantienen con las élites económicas, y su constante subordinación a los intereses de estas minorías poderosas. Bajo el neoliberalismo la ciudadanía pierde el control de las acciones del Estado y su aparato administrativo, dada la tecnificación de la gestión y la erosión de las estructuras administrativas del Estado con el cuerpo social. Finalmente, esta condición iliberal describe también la baja representatividad de las democracias y el sistema de partidos en relación a las ciudadanía, donde los niveles de participación y de adhesión política se reducen al mínimo, haciendo el sistema de partidos i-representativo. A partir de estas definiciones, el carácter iliberal del neoliberalismo se diferencia de formas autoritarias o autocráticas de capitalismo, porque mantiene una democracia formal operativa, pero estéril y no soberana respecto al quehacer del Estado y las operaciones del capital.

El escenario político definido por el neoliberalismo desata una nueva modalidad de confrontación de clases, marcada por el auge de conflictos distributivos, la rearticulación de protestas sociales y

la volatilidad de los sistemas políticos, pero que carece de un escenario común o *polis* para su resolución. Tras la crisis del 2008, el capitalismo se despliega desnudo (des-corporeizado), sin mecanismos atenuadores o compensadores. Sin embargo, y a diferencia del siglo XX, el conflicto de clases no opera como choque entre partes compartiendo una misma unidad (la democracia nacional), sino como una exclusión entre ciudadanía que carecen de una *polis* común. Por un lado, los grupos capital-dependientes se articulan como una ciudadanía de mercados (*Markvolks*), compuesta por actores internacionales que participan de un escenario global. Esta ciudadanía agrupa a inversionistas, acreedores y auditores del Estado y de la sociedad, que controlan la inversión y los mecanismos de deuda de diferentes países. Desde el lado opuesto, se articula una ciudadanía de los Estados (*Staatsvolk*), compuesta por ciudadanos, dependiente de los derechos y de los servicios públicos, con limitado acceso a la gestión estatal (votación) y sin acceso a los campos de acción global.

La ciudadanía de los mercados tiende a una integración ascendente, operando de forma deslocalizada en diferentes redes, por sobre las democracias nacionales y capturando a los Estados en quiebra como aparatos administrativos destinados a garantizar la ganancia de los acreedores. Por su parte, las ciudadanía de los Estados, tienden a una desintegración descendente, a partir de la cual las identidades colectivas ancladas al Estado de bienestar y su economía política tienden a su disolución. La mutación de los circuitos de “comodificación” en las esferas de la producción y la expansión de nuevas formas de acumulación a esferas sociales novedosas (Della Porta, 2017) erosionan las identidades colectivas desarrolladas en sindicatos de trabajadores industriales. La reducción del estado burocrático y sus provisiones, igualmente reduce las asociaciones ligadas a los servicios públicos. Estas transformaciones fuerzan la disolución de las identidades colectivas, facilitando el des-anclaje de los sistemas de partidos de sus constituciones y reduciendo el control soberano que los ciudadanos tienen sobre las políticas del Estado. La expansión neoliberal, por un lado, atomiza las clases trabajo-dependiente

al interior de los Estados, y, por el otro, favorece la integración transnacional de las clases capital-dependientes por sobre los Estados. La contradicción entre capital y democracia característica del neoliberalismo se expresa políticamente como la disolución de la *polis* nacional y la competencia deslocalizada entre clases por el control de los excedentes del capital.

2.4. El neoliberalismo y el fin del capitalismo por su descomposición

Si bien este contexto sugiere la radicalización de la lucha de clases, el autor mantiene una posición pesimista frente a las oportunidades políticas de los movimientos sociales y la posibilidad de una transformación social. La agudización neoliberal del conflicto de clases implica una subordinación aún mayor del trabajo al capital, frente al cual no existen estructuras o procesos favorables de resistencia que pueden contener su avance y menos revertirlo. Si bien después del 2008 la explosión de movimientos anti-austeridad favoreció la rearticulación de nuevos partidos de izquierda (Della Porta, 2015), su extensión e impacto han sido limitados. Prácticamente ninguno de los movimientos fue capaz de paralizar las reformas y ajustes, como tampoco ninguno de los nuevos partidos ha llegado al poder (Della Porta et al., 2016). Además, recientemente, los movimientos anti-austeridad muestran signos de alineación nacionalista, articulándose en torno a nuevos partidos de extrema derecha, con agendas neoconservadoras (Minkenberg, 2018).

Para Streeck (2016, 2017), la debilidad de los sectores opositores radica en su marginación de las estructuras de gobernanza global, y de las dificultades estructurales que la dinámica de acumulación ha impuesto para la articulación de acciones e identidades colectivas que puedan sostener agendas extensas de transformación. Bajo este diagnóstico pesimista, el autor concluye que el fin del capitalismo no operará como un proceso agudo de confrontación entre clases, sino como la auto-descomposición progresiva del capitalismo como modo de producción compatible con la vida social y natural.

La perpetuación de las mutuas determinaciones del neoliberalismo tiende a un efecto paradójico, donde el deterioro de las condiciones de vida si bien reactiva y acelera las dinámicas de confrontación social, al mismo tiempo las disgrega, haciendo difícil la articulación de oposiciones convergentes, suficientemente robustas para confrontar al capital. Sin explicitarlo, Streeck parece sugerir que la capacidad des-articuladora del neoliberalismo se expande y se transforma más rápido que la capacidad de articulación y contestación de sus clases dominadas. La señal más clara de dicho balance es la ausencia de horizontes colectivos y formas generalizables de asociatividad capaces de revertir o articular un horizonte alternativo a la expansión capitalista (Streeck et al., 2016). Desde este punto de vista, el capitalismo parece avanzar hacia un largo y caótico proceso de descomposición interna sin mayor amenaza que su propio colapso.

3. Streeck y una lectura del neoliberalismo latinoamericano (2000-2008)

Tras presentar los principales rasgos que distinguen la caracterización del neoliberalismo desarrollada por Streeck, en esta sección analizo la transferibilidad de su caracterización a la región latinoamericana. La transferencia de la conceptualización ofrecida por Streeck a Latinoamérica, considera tres elementos. Primero, la omisión del principal punto de contraste mediante el cual el autor distingue al neoliberalismo. Segundo, el grado de ajuste de las tendencias constitutivas del neoliberalismo a la región. Tercero, las dinámicas sociopolíticas de conflictividad e innovación política desarrolladas en las últimas décadas.

3.1. Latinoamérica y el desarrollismo vertical

Desde el punto de sus elementos diferenciadores, una de las primeras problemáticas que surge en la extensión de la caracterización de

Streeck a la región es la dependencia que su análisis tiene respecto al Estado de bienestar europeo. Si el neoliberalismo caracterizado por Streeck adquiere forma por su diferenciación del capitalismo de bienestar, la región nunca gozó de una forma estable de capitalismo democrático, presentando un proceso diferente al de los países centrales. Si bien Latinoamérica tuvo procesos de desarrollo interno, que buscaron emular patrones de crecimiento, empleabilidad, consumo y movilidad social similares a los de los países centrales, sus resultados nunca fueron los mismos (Prebish, 1976, 1981).

Como el análisis de Prebish (1981) enfatiza, la dinámica interna de las economías en vías de industrialización nunca alcanzó un desarrollo autónomo. El régimen económico derivado de las políticas desarrollistas produjo economías nacionales dependientes de los subsidios estatales, la importación de innovación tecnológica no competitiva y la protección permanente de los mercados nacionales. Desde un ángulo político, la estructura de gobernanza de estos regímenes tampoco fue estable. A diferencia de los países centrales, que alcanzaron cierta forma de equilibrio interno, las estrategias desarrollistas en la región no llevaron a equilibrios participativos ni distributivos. Al contrario, el aumento de las expectativas tras la apertura democrática modificó los patrones de consumo y agudizó los conflictos distribucionales entre clases emergentes. Sin una base de crecimiento regular y autónoma, los Estados desarrollistas tendieron a generar una polarización social acelerada al interior de los países, y en las esferas globales, incompatible con el capitalismo. Dicha polarización finaliza de manera abrupta con la ola de dictaduras cívico-militares de la década de 1970 y las alianzas intra-clases entre las oligarquías nacionales y las burguesías internacionales, partes del mismo sector capital-dependiente.

La ausencia de un Estado de bienestar consolidado en la región hace que el principal punto de diferencia del neoliberalismo pierda su capacidad de contraste en la caracterización de Streeck. Sin embargo, como el autor sugiere, el desarrollo del capitalismo posee relaciones contingentes con la democracia, siendo el Estado de bienestar

una excepcionalidad histórica de las economías centrales, más que una etapa evolutiva del capitalismo. Con esta distinción en mente, en las siguientes subsecciones me concentraré en analizar el ajuste entre las tendencias económicas y políticas que de acuerdo al autor caracterizan el neoliberalismo.

3.2. *Asincronismos económicos centro-periferia. El boom de los commodities*

Desde el punto de vista económico, las tendencias económicas y sus relaciones de mutua expansión descritas por el autor presentan un ajuste exiguo a los procesos latinoamericanos. Salvo la tendencia creciente a la desigualdad, que en la región supera los estándares promedio (CEPAL, 2017), las tendencias en términos de crecimiento y deuda no son del todo representativas de los procesos regionales. La progresiva desaceleración del crecimiento en la región se puede observar alineada con las economías desarrolladas solo en la última década. Previamente, el crecimiento regional se presenta altamente variable y volátil en la región (Perry, 2005; CEPAL, 2017). Una de las razones principales de esta disparidad radica en diferentes trayectorias políticas y sus matrices económicas. La experimentación de golpes de Estado y de extensas dictaduras cívico-militares durante el período 1970-1980 afectó la trayectoria económica de los países y sus posteriores cambios, estableciendo un curso histórico diferenciado entre países y otras regiones (Ocampo, 2012). Igualmente, durante la década de 1990, los procesos de reajuste estructural implementados en democracia indican una temporalidad diferente a la descrita por el autor. A diferencia de las tendencias de largo plazo descrita por Streeck en Europa y Estados Unidos, la región presenta una permanente variabilidad y vulnerabilidad político-económica, generada tanto por sus procesos políticos como por el carácter *dependiente* que la economía regional históricamente ha tenido (Cardoso y Falleto, 1969).

Además, es importante destacar que durante la década de 2000, cuando las economías centrales del mundo occidental comenzaron

un lento proceso de desaceleración que deriva en la fase de estancamiento secular posterior, Latinoamérica presentó un crecimiento de su actividad económica y de sus ingresos (Perry, 2005). Dicho crecimiento se produjo por el aumento en la demanda de *commodities* y el incremento de sus precios de intercambio, principalmente determinado por el desarrollo de la economía china. Este crecimiento implicó un aumento sustantivo en los ingresos y superávit regional, que se extiende hasta el año 2009, cuando la crisis financiera golpea al crecimiento chino y desploma los precios de las exportaciones regionales (Perry, 2005; CEPAL, 2107). La alternancia de estas tendencias económicas muestra la existencia de asincronismos entre la economía regional y las tendencias generales descritas por Streeck.

De igual forma, algunas de las convergencias y retroalimentaciones mutuas no operan de la misma manera en la región. No en todos los casos la tendencia a un aumento del endeudamiento público y privado coincide con una baja en el crecimiento. Por ejemplo, en países como Chile, el boom de los *commodities* permitió que el Estado redujera su deuda pública y generara significativos superávits, pero sin reducir la tendencia al endeudamiento privado. La alta variabilidad de estas relaciones genera dudas respecto a la transferibilidad de las “dinámicas de expansión mutua” distintivas del neoliberalismo de los centros occidentales, que Streeck tiende a generalizar.

La identificación de estos asincronismos no implica asumir que la economía regional posee determinaciones internas aisladas de la economía mundial. Al contrario, lo relevante es comprender cómo la mezcla de las determinaciones nacionales y globales, generadas por un mismo sistema económico, producen diferentes resultados económicos a nivel regional. Como lo enfatiza Harvey (2007), el capitalismo sigue su avance global, pero modificando sus ejes espacio-temporales y por ende sus relaciones centro-periferia. Los asincronismos existentes entre la economía regional y las economías de los centros europeos deben comprenderse desde la perspectiva de la emergencia de un capitalismo multipolar en el cual los nuevos centros económicos emergen, marcando nuevas dinámicas

de crecimiento económico que mantienen las diferenciaciones centro-periferia. Como la crítica al neo-extractivismo lo ha enfatizado, el “boom de la explotación de *commodities*” no es el resultado de un cambio en la economía interior de la región, sino un efecto secundario del cambio en la posición relativa de la región respecto a un centro económico emergente y la apertura de oportunidades económicas que las transiciones de un capitalismo unipolar a uno multipolar han generado (Svampa, 2012). La región no cambia su condición periférica, solo se beneficia de la inserción en un nuevo circuito de acumulación capitalista.

3.3. Asincronismos políticos centro-periferia. Anti-neoliberalismo y progresismos

El segundo elemento a analizar son los efectos sociopolíticos del neoliberalismo y el desarrollo de las tensiones entre capitalismo y democracia descritas por Streeck en la región. Como se ha debatido en los últimos años, la década del 2000 fue una época de esperanza y renovación de la política de izquierda latinoamericana (García Linera, 2008; Gaudichaud, 2015). Durante ese período, la explosión y convergencia de los movimientos sociales desarrollados en la década anterior permitieron la articulación de partidos-movimientos que lograron llegar al poder y ofrecer alternativas políticas al neoliberalismo. Estos gobiernos y sus movimientos revitalizaron las democracias nacionales (Silva, 2009; Roberts, 2014), mostrando una tendencia parcialmente diferente a los procesos descritos por Streeck en las economías centro-occidentales. Contrario al pesimismo de Streeck, para muchos, Latinoamérica durante la década de 2000 representó una esperanza para la izquierda y el socialismo del siglo XXI (García Linera, 2008; Gaudichaud, 2015).

Un primer elemento a resaltar es la configuración de nuevas dinámicas de conflictividad social en la región y el desarrollo de nuevos actores políticos. Tras las políticas de ajuste estructural, el asalto al sector público y a los recursos naturales generó inesperadas

modalidades de confrontación social, explícitamente de izquierda y anti-neoliberales (Silva, 2009). Sindicados indígenas, asambleas de desempleados, pobladores sin casa y campesinos sin tierra fueron los principales agentes de contención y confrontación de la expansión neoliberal (Silva, 2009; Gaudichaud, 2015). Desde la revuelta zapatista del 1994, actores periféricos a la dinámica del capital y usualmente excluidos de la política tradicional constituyeron la vanguardia de la resistencia a la neoliberalización. La guerra del agua y el gas en Bolivia, el movimiento de piqueteros en Argentina, por ejemplo, paralizaron el avance rampante del neoliberalismo (Silva, 2009). Sus prácticas de resistencia estuvieron plenas de elementos pre-figurativos, que incluyen formas horizontales y locales de democracia participativa, ocupaciones de territorios, ejercicios soberanos de espacios productivos, acción directa contra el capital, prácticas de autonomía y tensión con el sistema de partidos, así como la recreación de horizontes comunitarios (Silva, 2009; Gaudichaud, 2015).

Tal como señala García Linera (2008), los movimientos sociales latinoamericanos articularon, desde abajo, una verdadera revuelta plebeya que confrontó de manera directa y convergente con las élites nacionales e internacionales, tomando el territorio local como principal espacio de acción y ejercicio de la soberanía popular. El despliegue de estos repertorios configuró una forma de poder popular que paralizó el sistema de partidos políticos y el avance del capital global, generando una coyuntura transformativa de alcance nacional y regional (Silva, 2009; Gaudichaud, 2015). En este proceso de luchas, nuevos actores políticos emergieron en el campo político. Contrario a toda expectativa, estos actores provinieron de los sectores más precarios y marginados de la sociedad, con menores posibilidades de asociación, y carentes de una inscripción en las tradiciones políticas clásicas de la izquierda (Silva, 2009). Sin embargo, estos sujetos fueron capaces de articularse y construir nuevos marcos de alianzas suficientemente fuertes para paralizar el avance neoliberal.

La irrupción de los movimientos sociales fue seguida de significativos cambios en el sistema de partidos políticos en la región. Los

movimientos rápidamente mutaron a formas emergentes de coaliciones político-civiles, articulando una base mayoritaria capaz de actuar territorial y electoralmente (Silva, 2009; Roberts, 2014). La alianza entre los actores periféricos emergentes y los remanentes sociales y políticos de la izquierda tradicional permitió que nuevos partidos y coaliciones de izquierda se constituyeran en gobierno. En lo cultural, estos gobiernos se posicionaron explícitamente contra el neoliberalismo, definiendo amplios programas de reformas que incluían cambios constitucionales, cambios al sistema de partidos, políticas redistributivas, aumento del gasto social, planes de regulación y control del capital, etc. (Roberts, 2014). La articulación entre gobiernos progresistas en el período 2000-2006 alcanzó un carácter regional cuando las principales economías de la región fueron gobernadas por estas coaliciones. En común acuerdo rechazaron la firma del tratado ALCA (Áreas de Libre Comercio de las Américas) con Estados Unidos, lo cual definió un nuevo marco de equilibrios geopolíticos en la región (Gaudichaud, 2015).

Contrario al pesimismo de Streeck, las experiencias de movilización social y articulación política en torno a los gobiernos progresistas mostraron tendencias diferentes a las observadas en Europa. Los movimientos sociales latinoamericanos muestran que incluso en contextos de hiper-fragmentación de los grupos trabajo-dependientes y en condiciones de exclusión política, es posible establecer nuevos mecanismos de asociatividad capaces de innovación y soberanía (García Linera, 2008; Silva, 2009). A diferencia de los movimientos anti-austeridad europeos, con nulos o muy bajos efectos sobre las políticas de austeridad y expansión del capital (Della Porta et al., 2016), los movimientos latinoamericanos paralizaron las inversiones internacionales, las políticas de ajuste estructural e incluso forzaron la dimisión de gobiernos (Silva, 2009). Articulados como coaliciones políticas, estos movimientos también fueron capaces de gobernar e implementar programas de reformas, demostrando un enorme potencial transformador, que no ha tenido paralelo en el contexto de las políticas de ajuste neoliberal post crisis 2008 en las sociedades occidentales (Ríos-Jara, 2018).

Este contraste también indica la existencia de asincronismos políticos entre las dinámicas de conflicto y resistencia de las poblaciones durante las fases de expansión neoliberal. La ola de reformas neoliberales de la década de 1990 derivó en una ola ascendente de conflictos sociales que muta hacia la articulación de nuevos gobiernos y nuevos regímenes políticos, caracterizados por su ampliación de la participación política en términos de números y poblaciones. Esta dinámica difiere de la ola de expansión neoliberal de la década de 2010 en Europa y Estados Unidos, donde la difusión de las protestas sociales, desarrolladas preferentemente a nivel sectorial, no logra articularse a nivel nacional y se muestra incapaz de revertir las reformas neoliberales, así como de modificar el sistema político nacional. Estas dinámicas de oposición en los centros, si bien han generado un contexto de renovación del sistema de partidos nacionales, no produjeron una transformación significativa de los regímenes políticos y económicos, manteniendo al neoliberalismo y sus políticas incólume frente a su oposición social (Davies, 2006; Streeck, 2016).

4. Sincronías centro-periferia y neoliberalismo global

La existencia de asincronismos económicos y políticos en las dinámicas de expansión y contestación del neoliberalismo no necesariamente implica una resolución diferente del patrón distintivo del neoliberalismo descrito por Streeck. Un análisis atento a la obra del sociólogo debe identificar los patrones de desarrollo común del capitalismo, por sobre las diferencias específicas. Así, si el objetivo es la comprensión del capitalismo como unidad histórica, el análisis crítico debe derivar en una complejización analítica de neoliberalismo *streeckniano* y no en un análisis fragmentario sobre las variedades de neoliberalismo latinoamericano (Maillet, 2015; Madariaga, 2015). Siguiendo dicha lógica, en esta sección reexamino algunos de los asincronismos regionales desde la tensión capital-democracia que caracterizan el neoliberalismo según Streeck. Desde esta perspectiva,

argumento que más allá de las particularidades en las temporalidades y trayectorias regionales, el ciclo de gobiernos progresistas presenta resultados ambiguos y no necesariamente distintos a los de las economías centrales.

Como algunos autores han señalado, la existencia de un superávit de ingresos dado por el alza en el precio de los recursos naturales permitió un equilibrio relativo entre la satisfacción de las demandas de ganancias del capital y las demandas distributivas de la población. Sin embargo, esta resolución no implicó un retroceso del capital y del neoliberalismo en las sociedades latinoamericanas (Papadopoulos y Velázquez, 2016; Saad-Filho, 2015). El aumento del superávit nacional se mantuvo mediante la apertura intensiva a capitales extranjeros, con mejores tasas de retorno para los Estados, pero cuyo costo ha sido una intensificación de las dinámicas extractivas y la prolongación de conflictos socioambientales en sectores de extracción intensiva (Svampa, 2012). Por ejemplo, la política de industrialización del litio y otros recursos naturales en Bolivia implicó la nacionalización de los derechos de explotación de recursos estratégicos y la redefinición de las condiciones de explotación. Las nuevas condiciones maximizaron los retornos nacionales de la actividad extractiva, en términos de rentas, condiciones ambientales, así como de transferencia y formación de capital humano. Sin embargo, no modificaron el patrón dependiente de la economía, manteniendo el desarrollo de las nuevas democracias subordinadas a la renta extractiva y a sus costos (Ströbele-Gregor, 2012; Svampa, 2012).

De igual forma, la reconstrucción de los sistemas de bienestar y el aumento del gasto fiscal son objetos de críticas. Los gobiernos progresistas expandieron los sistemas de cobertura social mediante formas mixtas de provisión, altamente dependientes de mecanismos subsidiarios y de transferencia de recursos a la oferta y la demanda, masificación del endeudamiento privado y aumento excesivo del gasto público (Papadopoulos y Velázquez, 2016; Saad-Filho, 2015). Por ejemplo, los programas de expansión de la educación superior de Brasil “Educación para Todos”, muestra similitudes significativas

con los modelos de financiamiento de Chile, catalogados como estrictamente neoliberales (Orellana et al., 2018). En estas políticas, la expansión de la matrícula se desarrolla por el aumento del gasto público en estímulos económicos a proveedores privados y *vouchers* para los estudiantes de más bajos ingresos, sumado a un sistema de créditos selectivos que facilitan el endeudamiento de los estudiantes y sus familias (McCowan, 2007). Esta forma de expandir la cobertura social implica que el Estado, por un lado, transfiere dinero efectivo a sectores específicos de la población, como forma de subsidio a la demanda, y por el otro paga por las demandas de ganancia del capital en los sectores de servicios, subsidiando la expansión y ganancia de la oferta (Papadopoulus y Velázquez, 2016; Saad-Filho, 2015). Para ello, los Estados utilizan gran parte del superávit generado por el período de bonanza, más el complemento variable de la deuda pública y privada. Estas políticas no muestran diferencias radicales con aquellas instrumentadas en las economías centrales durante el período 1980-1990. En estas últimas la democracia entendida como cobertura de derechos sociales subsiste y se expande, subordinada a la capacidad de satisfacción del capital y su penetración en la sociedad (Streeck, 2016).

Desde este punto de vista, la existencia de asincronismos regionales derivados de la condición periférica de la región y de sus procesos de articulación política, muestra la existencia de una trayectoria diferente de expansión del neoliberalismo, que no obstante se ubica en la tensión característica del neoliberalismo entre democracia y capital. En este sentido, la obra de Streeck permite iluminar algunos de los procesos regionales, en particular algunos limitantes y fragilidades del ciclo de gobiernos progresistas. Si bien estos gobiernos tienen el mérito de articular políticamente a las ciudadanías del Estado y reestablecer la primacía de políticas distributivas, su confrontación con las demandas del capital fue limitada, manteniendo una posición ambigua respecto al desarrollo del neoliberalismo. Muchas de las medidas de distribución operaron como formas mixtas de endeudamiento público y distribución de las rentas extractivas,

innovando en el patrón de austeridad característico del neoliberalismo y ofreciendo formas emergentes de bienestar neoliberal, que se mantienen subordinadas a la dinámica de acumulación del capital (Saad-Fiho, 2012; Svampa, 2012).

De igual manera, si bien las políticas de bienestar de los gobiernos progresistas poseen una narrativa diferente, sus mecanismos no difieren estructuralmente de formas de keynesianismo privado, en el cual la expansión del acceso a servicios se hizo mediante transferencias de liquidez a los ciudadanos, manteniendo la provisión privada de servicios (Papadopoulus y Velázquez, 2016; Saad-Filho, 2015). Estas políticas generaron un perfil similar al descrito por el autor como “Estados de deuda”, donde la baja del crecimiento económico no permite la conciliación entre capital y trabajo, y privilegiando el capital, los conflictos distributivos son postergados mediante el endeudamiento público. Si bien la gran diferencia regional fue la rearticulación de la democracia nacional, su confrontación con el capital no llegó tan lejos, forzando al capital y al Estado a mutar en formas neoliberales de provisión que no obstante mantienen la subordinación de la democracia al capital.

Luego de la crisis del 2008, cuando los precios de las materias primas caen y se restringe el acceso al crédito internacional, el margen de mediación de las democracias progresistas se restringió abruptamente, forzando un cambio en la orientación política y tensando las relaciones entre democracia y capitalismo, similar al proceso descrito por Streeck. Tras el 2008, los gobiernos progresistas entran en crisis políticas. Confrontados a un bajo crecimiento económico, alto desempleo y a la implementación de paquetes de austeridad fiscal, surgen nuevas formas de conflictividad social y de oposiciones a los matices neoliberales de los gobiernos progresistas (Saad-Filho, 2013). Las alianzas de los movimientos-partidos se tensan y la presión económica internacional quiebra la hegemonía de los gobiernos de izquierda en la región, abriendo la puerta para la entrada de nuevas derechas y una fase de radicalización neoliberal.

Si bien las trayectorias del neoliberalismo en Europa y Latinoamérica presentan diferencias, después del 2008 la tendencia a la radicalización del patrón de acumulación y el giro iliberal de las democracias se presenta en ambas regiones de manera convergente, aunque con expresiones distintas. La escisión entre ciudadanía opera en Europa mediante la consolidación de la Unión Europea y el establecimiento de la jaula de hierro neoliberal liderada por la integración de los ciudadanos de los mercados (Streeck, 2006). En Latinoamérica, en cambio, se expresa mediante intervenciones concertadas desde dentro y fuera de los Estados, a partir de las cuales las ciudadanía marquetizadas extranjeras buscan converger con las ciudadanía marquetizadas nacionales, invalidando o interviniendo los gobiernos sostenidos por las coaliciones populares de izquierda. En ambos casos, el neoliberalismo aparece como capitalismo iliberal, mostrando su unidad estructural como proceso de acumulación, pero a la vez su diversidad histórica como formación social. En Europa, el neoliberalismo surge como integración vertical forzada por la Unión Europea, mientras que en Latinoamérica reaparece como desmembramiento multipolar y compulsión golpista en una nueva convergencia entre oligarquías nacionales y clases capital-dependientes internacionales.

5. Conclusiones

El contraste realizado entre la definición de neoliberalismo presentada por Streeck y algunas características del neoliberalismo en la región latinoamericana, muestra el alcance interpretativo del concepto ofrecido por el autor y su relevancia en la construcción de una agenda crítica de investigaciones en torno a la categoría. La caracterización de Streeck define elementos de continuidad y de renovación con la crítica marxiana a la economía política, retomando el legado de Marx como principal examinador del capitalismo y su desarrollo. Además, su caracterización empírica permite comprender los procesos mediante los cuales el neoliberalismo opera y se va realizando,

reduciendo la opacidad y la omnipresencia inespecífica que caracterizan al concepto.

Los análisis del sociólogo también permiten señalar la viabilidad preliminar, la pertinencia y la relevancia del supuesto respecto a la unidad del capitalismo, como patrón de acumulación, y la definición del neoliberalismo como fase histórica global distintiva de este último. Si el capitalismo se define como una unidad desde su dinamismo interno, sus variantes deben ser descriptas como expresiones históricas de su anclaje en las sociedades en las cuales opera. El neoliberalismo se corresponde con una forma de anclaje particular del capital en transformación. De esta forma, la caracterización del concepto ofrecida por el autor mantiene cierta transferibilidad a otros contextos de innovación neoliberal, como la periferia latinoamericana, a la vez que conserva sedimentos geográficos que representan preferentemente las tendencias de las economías centrales del Norte, tendiendo a excluir en su caracterización los procesos de las periferias y los nuevos centros capitalistas. La caracterización ofrecida por Streeck permite perfilar una comprensión más concisa de neoliberalismo, que facilita la definición de agendas críticas de investigación. Como enfatiza el autor, el neoliberalismo corresponde a una variante general del capitalismo caracterizado por la coincidencia de la integración global de las clases capital-dependientes y la deslocalización de la soberanía política del Estado-nación. En otras palabras, se asocia a una forma de capitalismo iliberal globalizado. Esta definición preliminar requiere futuras complementaciones y ajustes que permitan extender el gradiente interpretativo de la categoría a otros contextos.

La conceptualización de Streeck, y su agenda futura, giran en torno a la búsqueda de ofrecer una caracterización lo más precisa posible de las contradicciones internas del capitalismo neoliberal y sus innovaciones en diferentes contextos, así como de imaginar nuevas metáforas para la comprensión del neoliberalismo. En relación al primer punto, autores contemporáneos han enfatizado el rol que la financierización del capitalismo juega en el neoliberalismo (Lapavistas, 2013; Durand, 2017). Desde esta mirada, la innovación en los

modos de acumulación del capital parece ser un elemento distintivo del neoliberalismo. A la acumulación por explotación y desposesión características del capitalismo industrial e imperialista del siglo XIX y XX, se le suman modalidades nuevas de expropiación financiera, profundamente incrustadas en las formas emergentes de bienestar social subsidiario, en el marco de la hegemonía del capital financiero sobre el industrial (Lapavistas, 2013). Estos desarrollos permiten profundizar una comprensión unitaria del capitalismo, pero también entender su innovación y sus efectos de desintegración descendente sobre las poblaciones trabajo-dependientes.

En relación al segundo desafío, la complejidad contemporánea del neoliberalismo implica imaginar nuevas metáforas para su comprensión. Lejos de ser un manto o una masa en expansión, el neoliberalismo se presenta como un proceso dotado de una plasticidad viva, compuesto por porosidades en movimiento y volúmenes cambiantes. Su unidad interna no implica una mirada centrífuga de la expansión neoliberal, como extensión de una superficie plana. Al contrario, se requiere una metáfora capaz de captar la complejidad generalizada del capitalismo, desde sus modos de acumulación, sus escenarios de acción y las poblaciones (clases) que produce. Si el capitalismo, comprendido como relación social, en su fase industrial y fordista, tendía a la expansión plana, mediante la incorporación homogénea de nuevas poblaciones y territorios, el neoliberalismo, como una innovación en la relación social capitalista, pareciera expandirse mediante la réplica y la integración heterodoxa de sus relaciones sociales. Esto implica una aceleración generalizada de su capacidad de innovación, incluyendo nuevos modos y espacios de acumulación, y por ende nuevas poblaciones sujetas a la extracción de plusvalor. Si bien tales procesos han sido parcialmente descritos por las ciencias sociales, estas aún carecen de una metáfora o imagen unitaria que permita visualizar la complejidad del capitalismo actual como unidad plástica, por sobre sus múltiples y heterogéneas manifestaciones. El desarrollo de tal metáfora pareciera ser una tarea fundamental para el pensamiento crítico contemporáneo.

6. Bibliografía

- Banaji, J. (2010). *Theory and history: Essays on modes of production and exploitation*. Boston: Brill.
- Beckert, J., Streeck, W. (2008). Economic Sociology and Political Economy: A Programmatic Perspective. <https://ssrn.com/abstract=2464458>
- Cardoso, F. H. y Faletto, E. (1969). *Dependencia y desarrollo en América Latina*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL). (2018). Balance preliminar de las economías de América Latina y el Caribe, 2017. <https://www.cepal.org/es/publicaciones/42651-balance-preliminar-economias-america-latina-caribe-2017>
- Crouch, C. (2009). Privatised Keynesianism: An Unacknowledged Policy Regime. *The British Journal of Politics and International Relations*, 11(3).
- Della Porta, Donatella. (2015). *Social movements in times of austerity: Bringing capitalism back into protest analysis*. Cambridge: Polity Press.
- Della Porta, D. (2017). Political economy and social movement studies: The class basis of anti-austerity protests. *Anthropological Theory*, 17(4). <https://journals.sagepub.com/doi/full/10.1177/1463499617735258>
- Della Porta, D. et al. (2016). *Late neoliberalism and its discontents in the economic crisis: comparing social movements in the European periphery*. Cham: Palgrave Macmillan.
- Davies, W. (2016). The New Neoliberalism. *New Left Review*, 101. <https://newleftreview.org/issues/II101/articles/william-davies-the-new-neoliberalism>
- Durand, C. (2017). *Fictitious capital: How finance is appropriating our future*. London: Verso Books.
- Gaudichaud, F. (ed.). (2012). *El volcán latinoamericano: izquierdas, movimientos sociales y neoliberalismo*. Santander: Otramérica.
- Gaudichaud, F. (2015). *Las fisuras del neoliberalismo maduro chileno*. Buenos Aires: CLACSO.

Harvey, D. (2007). *A brief history of neoliberalism*. Oxford: Oxford University Press.

Lapavistas, C. (2013). *Profiting without producing: How finance exploits us all*. London: Verso Books.

García Linera, Á. (2008). *La potencia plebeya: acción colectiva e identidades indígenas, obreras y populares en Bolivia*. Buenos Aires: CLACSO.

McCowan, T. (2007). Expansion without equity: An analysis of current policy on access to higher education in Brazil. *Higher education*, 53(5). <https://link.springer.com/article/10.1007/s10734-005-0097-4>

Madariaga, A. (2018). Variedades de capitalismo y sus contribuciones al estudio del desarrollo en América Latina. *Política y gobierno*, 25(2). <http://www.scielo.org.mx/pdf/pyg/v25n2/1665-2037-pyg-25-02-441.pdf>

Marx, K. (2004) *Capital: A critique of political economy*. London: Penguin.

Minkenbergh, M. (2018). Between party and movement: conceptual and empirical considerations of the radical right's organizational boundaries and mobilization processes. *European Societies*. <https://www.tandfonline.com/doi/abs/10.1080/14616696.2018.1494296>

Mirowski, P. y Plehwe, D. (eds.). (2015). *The Road from Mont Pelerin*. Harvard: Harvard University Press.

Maillet, A. (2015). Variedades de neoliberalismo. Innovación conceptual para el análisis del rol del Estado en los mercados. *Revista de estudios políticos*, 169. <https://recyt.fecyt.es/index.php/RevEsPol/article/view/39129>

Saad-Filho, A. (2013). Mass protests under 'left neoliberalism': Brazil, June-July 2013. *Critical Sociology*, 39(5), <https://www.ids.ac.uk/files/dmfile/Saad-Filho2013CSMassProtestsunderLeftNeoliberalism.pdf>

Saad Filho, A. (2015). Social policy for neoliberalism: the Bolsa Família programme in Brazil. *Development and Change*, 46(6). <https://onlinelibrary.wiley.com/doi/full/10.1111/dech.12199>

Svampa, M. (2012). Consenso de los commodities, giro ecoterritorial y pensamiento crítico en América Latina. *OSAL. CLACSO*, 13(32).

Ströbele-Gregor, J. (2012). Litio en Bolivia: El plan gubernamental de producción e industrialización del litio, escenarios de conflictos sociales y ecológicos, y dimensiones de desigualdad social. *DesiguALdades.net. International Research Network on Interdependent Inequalities in Latin America*. http://www.desigualdades.net/Working_Papers/Search-Working-Papers/Working-Paper-14-_Litio-en-Bolivia_/index.html

Streeck, W. (2011). The crises of democratic capitalism. *New Left Review*, 71, 5-29. <https://newleftreview.org/issues/II71/articles/wolfgang-streeck-the-crises-of-democratic-capitalism>

Streeck, W. (2014a). *Buying time: The delayed crisis of democratic capitalism*. London: Verso Books.

Streeck, W. (2014b). How will capitalism end? *New Left Review*, 87. <https://newleftreview.org/issues/II87/articles/wolfgang-streeck-how-will-capitalism-end>

Streeck, W. (2016). *How will capitalism end? Essays on a failing system*. London: Verso Books.

Streeck, W. et al. (2026). Does capitalism have a future? *Socio-Economic Review*, 14(1). <https://academic.oup.com/ser/article/14/1/163/2451791>

Orellana, V. (ed.). (2018). *Entre el mercado gratuito y la educación pública. Dilemas de la educación chilena actual*. Santiago: LOM - Nodo XXI.

Perry, G. (2005). *Crecimiento en América Latina. En busca del tiempo perdido*. Washington DC: Banco Mundial.

Piketty, T. (2014). *El capital en el siglo XXI*. México DF: Fondo de Cultura Económica.

Prebisch, R. (1976). Crítica al capitalismo periférico. *Revista de la CEPAL* (1). <https://repositorio.cepal.org/handle/11362/11967>

Prebisch, R. (1981). *Capitalismo periférico. Crisis y transformación*. México DF: Fondo de Cultura Económica.

Polanyi, K. (2001). *The great transformation: The political and economic origins of our time*. Boston: Beacon Press, 1957.

Ríos-Jara, H. (2018). Austeridad, capitalismo y conflicto social. Nuevas tendencias en el estudio de los movimientos sociales. Entrevista a Donatella Della Porta. *Serie Documentos de Trabajo COES*. Documento de trabajo N° 30. <https://www.coes.cl/publicaciones/entrevista-a-donatella-della-porta/>

Roberts, K. M. (2014). *Changing Course in Latin America*. Cambridge: Cambridge University Press.

Rodgers, D. (2018). The Uses and Abuses of “Neoliberalism”. *Dissent*, 65(1). <https://www.dissentmagazine.org/article/uses-and-abuses-neoliberalism-debate>

Venugopal, R. (2015). Neoliberalism as concept. *Economy and Society*, 44(2).

¿Capitalismo democrático en América Latina y el Caribe?

Ángel Vera

1. Introducción

Ante la profunda crisis de la década de 1970, el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial impusieron en América Latina la necesidad de políticas de ajuste estructural. Dos décadas más tarde, las políticas de ajuste y las medidas disciplinarias consiguientes tendieron a universalizarse. A grandes trazos, la acumulación capitalista exigió el abaratamiento de la mano de obra y el despojo de los bienes comunes en función de los intereses generales del capital dominante. En Sudamérica el impulso de estas políticas fue custodiado por estados de excepción, dictaduras, transiciones y “democracias tuteladas”.

Desde mediados de la década de 1970 se había disparado el endeudamiento público. En la década siguiente había estallado la crisis de la deuda externa. En la década de 1990 América Latina vivió el ascenso de una serie de resistencias sociales y la consolidación de movimientos comúnmente llamados “progresistas” o “populismos” de izquierda. Actualmente asistimos a procesos de involución de estas fuerzas particularmente donde habían llegado al gobierno. Esto

sugiere la existencia de límites estructurales, estratégicos, que acotan las capacidades de gestión del Estado e impiden romper las costuras del orden imperial. En el contexto general observamos crecientes grados de enfrentamiento y autoritarismo. Esas luchas se dan particularmente bajo la tutela y la iniciativa estadounidense, a través de poderes fácticos y de los arcanos del “estado de derecho”. A lo largo y ancho de América Latina, protagonistas anaeróbicos vigilan y eliminan las formas de resistencia contra las élites parasitarias globales.

Esta apretada síntesis nos sugiere la posibilidad de conceptualizar en términos muy generales el carácter periférico y dependiente del capitalismo latinoamericano. El pensamiento reciente de Wolfgang Streeck puede inspirar algunas guías a grandes trazos para la caracterización de las posibilidades y limitaciones de un capitalismo democrático latinoamericano.

Como marco de referencia adoptamos un enfoque amplio de la actual evolución de la crisis permanente del capitalismo mundial en términos de un ciclo crisis-ajuste-crisis subsumiendo las sociedades del capitalismo periférico. No desconocemos la enorme heterogeneidad de América Latina. No nos adentramos en el estudio de las variedades de los modelos de dominación latinoamericanos. No obstante, es posible explorar en términos generales las alternativas actuales relevando la incidencia de las tendencias globales de fondo. Tendencias comunes agravadas por la dependencia y el subdesarrollo: crisis del endeudamiento externo, renegociación, contrarreforma (desregulación, privatizaciones y apertura externa), deuda y regresión social, procesos de oligopolización, formas de destrucción económica y transferencias masivas de recursos al exterior. La inserción internacional dependiente del Estado periférico conlleva una suerte de “consolidación” en la que sus obligaciones con el mercado transnacional preceden a las obligaciones políticas con sus ciudadanos.

2. El interés de una lectura latinoamericana de las contribuciones de Wolfgang Streeck

Wolfgang Streeck es un autor que adquiere un gran interés a pesar de que sus trabajos se refieren al mundo desarrollado. Particularmente desde comienzos del siglo XXI en cada una de sus intervenciones y ensayos ha ido evolucionando y reelaborando de modo arborescente un pensamiento para la comprensión del capitalismo global (2016, 2017). Son tiempos de predominio de los procesos de financiarización en donde el análisis desde la economía política resulta ineludible. Pero la armadura teórica de este autor abarca el contexto y la secuencia, la síntesis y la intersección disciplinaria (2016, p. 14). Así obtiene una visión general y coherente del capitalismo. Según Streeck (2017), el capitalismo se caracteriza “por el hecho de que su capital productivo colectivo se acumula en manos de una minoría de sus miembros que gozan del privilegio legal, en forma de derechos de propiedad privada, de disponer de tal capital en cualquier forma que les convenga, incluso dejarlo ocioso o transferirlo al extranjero” (p. 16).

En particular, Streeck une la economía política con el análisis institucional del llamado “Estado de Bienestar”. Al respecto, caracteriza las continuas tensiones y contradicciones entre el capitalismo y la democracia representativa. Para ello revisa críticamente los aportes de Jürgen Habermas y Claus Offe a la luz del proceso histórico reciente.

Streeck es un crítico lúcido y sus conclusiones son sin dudas extraordinarias. En sus contribuciones resalta la periodización de los países centrales desde el fin del período de crecimiento de posguerra en la década de 1970 hasta la actualidad. Desde entonces se suceden y se superponen distintas crisis. Primero, la crisis inflacionaria de la década mencionada. La inflación de costos no resolvió la puja redistributiva. Solo postergó los problemas inherentes al sistema. La espiral inflacionaria condujo a nuevas crisis. Por ello en la década de 1980 sube inconteniblemente la deuda pública. En la siguiente década, los acreedores presionaron por mayor disciplina fiscal. Esta etapa se caracteriza por la desregulación financiera. ¿Cómo generar

una demanda agregada capaz de satisfacer a consumidores y votantes? La apertura de mercados de crédito privado para familias y empresas insolventes terminó generando volúmenes descomunales de deuda privada incobrable a comienzos del siglo XXI. Así se llega a la crisis de la pirámide de la deuda privada de 2008. Más recientemente son los bancos centrales los encargados de mantener el flujo económico, bombeando dinero fiat. Como es usual, los préstamos y las pérdidas volvieron a socializarse con mayor austeridad fiscal.

En términos generales, Streeck ordena y teoriza una visión propia del ciclo crisis-ajuste-crisis de la dinámica del capitalismo actual. Si cada nuevo colapso hace temblar el sistema, ¿es posible predecir su disolución? Cada ajuste o solución global ha creado –y continúa creando– nuevos conflictos explosivos, nuevos problemas irresolubles que solo llevan a “comprar tiempo”. De esta forma, Streeck no solo habla en términos de economía política. También se refiere al proceso conjunto de los últimos cuarenta años de “capitalismo democrático” como una crisis permanentemente postergada por los pasajes del “Estado de Bienestar” al “Estado fiscal” y de este al “Estado deudor” intentando evitar los empujes de la inflación, la deuda pública y la deuda privada. Tras la pérdida de soberanía por las presiones del capital transnacional emerge el “Estado consolidador” de las finanzas públicas.

Con la imposición del neoliberalismo disminuyó la participación política. Streeck constata una crisis de legitimación permanentemente postergada. La socialdemocracia entró definitivamente en crisis. Después de todo, “los Estados están localizados en los mercados y no los mercados en los Estados” por lo tanto “*there is no alternative*” (Streeck, 2017, p. 39). Emergieron partidos “populistas” de derechas e izquierdas. Hoy, en tiempos de la financiarización global, la democracia responde al “pueblo” nacional y al “pueblo” del mercado internacional. Cualquier intento democratizador encuentra límites estructurales:

La financiarización convierte al sector financiero en un gobierno privado internacional que disciplina a las comunidades políticas nacionales y a sus gobiernos públicos, sin tener que rendir cuentas democráticamente a nadie. El poder del dinero, manejado por los bancos centrales, independientes de los Estados y dependientes en cambio para el éxito de sus políticas monetarias de la cooperación del sector financiero privado, sustituye al poder de los votos, lo que contribuye notablemente a disociar la democracia de la economía política, un requisito central del modelo hayekiano, si no del crecimiento, si del aumento de los beneficios (p. 40).

Los “mercados” se han aislado independizándose de la intervención pública de los Estados mientras estos tienden a ceder su soberanía a instituciones supranacionales y vaciarse de los elementos democráticos. Como resultado de esta dinámica socioeconómica perversa se perfilan tres tendencias a largo plazo: declinación del ritmo de crecimiento, aumento la desigualdad social e incremento del endeudamiento público y privado. Estas tendencias nocivas en conjunto alimentan un proceso continuo, gradual y terminal del sistema. Cinco desórdenes dan la pauta de esta culminación: estancamiento, redistribución oligárquica, saqueo del sector público, corrupción y anarquía global. La mercantilización, flexibilización y desregulación del dinero, de los recursos naturales y del trabajo conducirían a la autodestrucción.¹

Analizar este horizonte requiere la recuperación del concepto de capitalismo y una nueva revolución académica respecto a la división disciplinaria entre economía política y sociología. En efecto, el objeto de la sociología estándar es una sociedad sin economía. La sociología fue aislada con respecto al mundo económico. Por ello Streeck (2016) reclama devolver la economía a la sociedad y una teoría crítica

¹ “El capitalismo contemporáneo está desapareciendo por si solo, colapsando por sus contradicciones internas, en buena medida como consecuencia de haber vencido a sus enemigos, que, como ya he dicho, lo han rescatado a menudo de si mismo obligándole a asumir una nueva forma” (Streeck, 2017, p. 29). Obviamente no discutiremos estos juicios aquí. Solo intentamos enmarcar sintéticamente sus ideas generales.

de la economía política. Además el capital es un actor y no una maquinaria. Una crisis económica también obedece a una crisis de legitimación. La ciencia política no puede subestimar la productividad política de la “indignación moral” frente a los “expertos explotadores del capitalismo financiero global” (pp. 156-157).

La controversial visión de Wolfgang Streeck contiene entonces extraordinarios elementos críticos de los procesos de los capitalismos democráticos de los países centrales desde la posguerra. Sin embargo, la historia de la periferia constituye un reflejo roto, sangriento, despojado y maquillado complementario de los mismos procesos y de las estrategias de globalización. Nuestro breve ensayo trata de los fundamentos de la crisis financiera y fiscal permanente del capitalismo dependiente y del “capitalismo democrático” periférico paralelamente a las pautas de Streeck para los países centrales. Sometemos sus claves a la luz de una argumentación crítica y emancipadora intentando desenvolverlas con naturalidad desde la praxis histórica latinoamericana y caribeña dentro de la vorágine de las estrategias de globalización de las últimas cuatro décadas. Los cambios institucionales de Nuestra América responden a los desafíos que el orden imperial estadounidense impone a su “patio trasero” por lo que los factores contrarrestantes y los antagonismos específicos de Estado y de clase surgen inevitable y dialécticamente. No pretendemos abarcar todas las inquietudes de Streeck en tan pocas páginas. La construcción y desmontaje del “capitalismo democrático” en condiciones de dependencia y subordinación siempre estuvieron cronometrados según los intereses hegemónicos, muchas veces barriendo los derechos de la vida humana. En América Latina y el Caribe la “democracia de mercado” es un oxímoron y el “Estado de Derecho” subvierte los derechos fundamentales. En los peores casos vamos del *laissez-faire*, *laissez-passer* al *laissez-faire*, *laissez-mourir*. El poder económico justifica los crímenes del poder político (Hinkelammert, Mora Jimenez, 2006). Nuestra América es un claro ejemplo de los extremos de la crisis permanente y las resistencias sociales derivadas.

3. ¿Qué capitalismo? ¿Qué democracia? Breves notas históricas

El desequilibrio y la inestabilidad son la regla del sistema socioeconómico capitalista. El período de crecimiento de *les trente glorieuses* fue una excepcionalidad temporal y espacial del “capitalismo democrático”. En 1964, parado en Cleveland, Ohio, Malcolm X gritó que no veía ningún sueño americano, que veía una pesadilla estadounidense. Pero ese tipo de gritos resonaban no solo dentro del capitalismo democrático de los países centrales. Sobre todo se oían fuera de él entre las grandes mayorías super-explotadas del planeta.

En aquel momento el declive del crecimiento económico hizo más visibles las contradicciones entre el mercado capitalista y la democracia política. La primera crisis del capitalismo democrático mostraba la punta del iceberg del antagonismo entre el capital y el trabajo. Los gobiernos son los encargados de lidiar con las demandas contradictorias entre trabajadores y capitalistas. Pero en aquel entonces las medidas de pacificación del conflicto generaban inflación y esta, desempleo. Los gobiernos debían acatar los dictámenes del poder del mercado, restringir la redistribución y restaurar la disciplina monetaria.

En 1979, el Director de la Reserva Federal, Paul Volcker, decidió disparar los intereses provocando el aumento de los niveles de desempleo solo comparables a los de la Gran Depresión. Volcker quebró la inflación y restauró la confianza de los “mercados” en el dólar. La deflación debió ser acompañada por un duro disciplinamiento de los sindicatos ya bajo los gobiernos de Margaret Thatcher y Ronald Reagan.

El comienzo del neoliberalismo durante la década de 1980 mostró que mientras la inflación disminuía la deuda pública tendía a aumentar. El Estado se estaba encargado de asegurar la pacificación social a través de títulos de deuda con bajo interés, desregulando los mercados financieros e impidiendo el empuje inflacionario manteniendo amarrados a los sindicatos. La dimensión económica, político sindical, de la lucha de clases se estaba trasladando a la dimensión política y a la arena electoral. Pero el endeudamiento estatal –con el creciente gasto público asociado a él– tarde o temprano encontraría sus propios límites.

Durante la década de 1990, Estados Unidos enfrentó el déficit con un brutal ajuste del gasto social. Antes de terminar la década, la política de austeridad había logrado superávit presupuestario. Esta política de consolidación fiscal dependía de la liberalización de los mercados financieros. Por lo tanto, la deuda privada sustituyó a la deuda pública. Las generosas hipotecas *subprime* estaban cimentadas sobre salarios congelados y flexibilizados. Como sabemos, este “keynesianismo privatizado”, un gigantesco esquema Ponzi se derrumbó en 2008.

Tras las fases de inflación, déficit público y endeudamiento privatizado comenzó la cuarta etapa del capitalismo democrático. Había comenzado una nueva y más grave crisis global. La crisis permanente se expresa ahora en un conflicto entre el capital financiero y los Estados Nacionales. Al decir de Streeck (2017): “Como leemos casi cada día en los periódicos, ‘los mercados’ han comenzado a dictar intransigentemente lo que los Estados, supuestamente soberanos y democráticos, pueden hacer por sus ciudadanos y lo que deben negarles” (p. 117).

Veamos ahora esta evolución desde América Latina y el Caribe. Nuestros amplios territorios fueron incorporados desde los inicios de la mundialización: conquista, disputa, transiciones exógenas y asimilación subordinada a los procesos de acumulación y expansión de las relaciones capitalistas centrales. El despotismo burgués bajo la hegemonía imperial europea primero y la estadounidense después, ordenó Nuestra América bajo el yugo del desarrollo desigual y combinado. En nuestra geografía humana todavía pueden encontrarse vestigios del viejo modelo primario exportador, las ruinas de la industrialización sustitutiva de importaciones y la crisis mundial de la década de 1970. Efectivamente, en esa década había declinado el proceso de industrialización. Es el momento del viraje del gran debate iniciado en la primera y fermental etapa de la CEPAL (Prebisch, 1981; Furtado, 1989). Dejemos claro desde ya que en el siglo pasado el capitalismo democrático no fue la regla.

Sobre la superposición de capas mencionada, la historia reciente es dominada por la infame crisis de la deuda de la década de 1980, la reestructura forzada del ajuste permanente fondomonetarista de la siguiente (privatización, desregulación y apertura), la brutal deuda social consiguiente, la crisis orgánica particularmente plasmada en los albores del siglo XXI y la emergencia de experiencias progresistas de impronta popular (Arrizabalo, 2014). Pero examinemos más detenidamente la evolución de los factores político-económicos que nos interesan destacar.

El modelo de industrialización había comenzado a sufrir tensiones económicas y políticas en el período 1960-1970. La desaceleración económica conllevó lógicas tensiones sociales y luchas distributivas. En el Cono Sur la puja entre las demandas de disciplina macroeconómica y los empujes por la independencia externa o la liberación nacional llevaron por distintas vías a la instauración de las dictaduras de Seguridad Nacional. Simultáneamente se combinaron dos fenómenos complementarios: el primero, la truculenta represión política contra los reclamos populares y los movimientos revolucionarios; y el segundo, el desmantelamiento del modelo económico agotado a cambio del impulso de las políticas de flexibilización del mercado acordes al proceso de mundialización neoliberal. En gran parte de América Latina las luchas de clases se relacionaban fundamentalmente con la tenencia de la tierra. En Colombia y México el tráfico de drogas incidía directamente en los conflictos sociales.

El “Shock Volcker” de la Reserva Federal de 1979 afectó directamente a América Latina a través del servicio de la deuda contratada a tasas de interés flotantes. Por otra parte, se deterioraron los precios reales de las materias primas. La inestabilidad del financiamiento externo propiciaba choques externos que aceleraban las dinámicas de la crisis. Los efectos adversos duraron casi un cuarto de siglo (Bértola y Ocampo, 2013, pp. 249-252).

En la década de 1980 el relativo avance respecto a la economía mundial que América Latina había logrado durante décadas entró en un fuerte retroceso y en la crisis de la deuda externa. El peso de

los déficit externos y fiscales más las fragilidades de los sistemas financieros, en una estructura productiva deformada, prepararon el terreno para las dramáticas crisis financieras que sobrevendrían posteriormente. Con la generalización de los procesos de apertura las economías latinoamericanas se vieron obligadas a generar enormes superávits comerciales durante esa década. De hecho, los Estados del Sur terminaron nacionalizando deuda externa privada.

A la crisis de la deuda, apenas amortiguada por los planes Baker y Brady, debemos agregar los ajustes fiscales y del tipo de cambio. Como consecuencia de esta crisis la inflación se aceleró en términos explosivos. Son los tiempos iniciales de las reformas “de mercado” o neoliberales del “Consenso de Washington” –que van más allá del decálogo del John Williamson– promovidas por el Fondo Monetario Internacional, el Banco Mundial y el *Banco Interamericano de Desarrollo*. *Se crea la Organización Mundial del Comercio. La primera ola de acuerdos de libre comercio había comenzado.*

Durante la década de 1980 se promueven las “transiciones a la democracia” en parte empujadas desde abajo, en parte conducidas desde arriba. En efecto, los procesos dictatoriales comenzaban a mostrar contradicciones internas y en algún caso, como el argentino, su propia desestabilización. Por otra parte, las amenazas “sediciosas” y “subversivas” habían sido extirpadas. Era hora que las élites políticas –acompañadas por el mismo personal tecnocrático del período anterior– asumieran los desafíos de la crisis financiera, la deuda externa y de la contención pacífica de las movilizaciones de los sectores subalternos. La posibilidad real de apertura hacia un capitalismo democrático dependiente o periférico se convertiría en un hecho. El capitalismo dependiente adquiriría cierta legalidad y legitimidad democrática. De hecho, luego del brutal castigo que significaron las dictaduras, la población había entrado en caja y tendía a validar la relación capital-trabajo y sobre todo la función subordinada de la política al gran capital. El resultado de estas transiciones políticas fue la instauración de regímenes “poliárquicos” o “democracias tuteladas”. En otras palabras, existía una revalorización periférica del

capitalismo democrático. Sin embargo, a la larga, la implementación de las políticas neoliberales provocó la paulatina pérdida de apoyo electoral de las élites partidarias. Este “capitalismo democrático” contenía graves contradicciones entre democracia y capitalismo, tanto en términos formales como sustantivos.²

Durante la década de 1990 el Banco Mundial promovió algunas inflexiones discursivas. Por supuesto, exaltó la “interdependencia” aunque obvió su carácter asimétrico, los resultados positivos o negativos para las distintas partes y la existencia de ganadores y perdedores. Estos temas habían sido tratados por los primeros equipos de la CEPAL. Los teóricos marxistas de la dependencia habían descripto el fenómeno del “imperialismo” sin eufemismos. Sin embargo, la crisis mexicana de 1994, la brasileña de 1999, la argentina de 2001 y la uruguayana de 2002 mostraron la fragilidad económica, política y social del modelo. En 1998 el Banco Mundial, con Joseph Stiglitz como economista jefe, publica “Más allá del Consenso de Washington”, un informe complementario al de Williamson de 1990. Incluye una lista de compensaciones para los “perdedores” de las reformas estructurales. Este proceso con todas sus modulaciones propendió a la expansión del capital transnacional a la periferia. Fue bien definido como “nuevo imperialismo” (Harvey, 2004). En el correr de esta historia hasta el presente también advertimos que aplica el concepto de “*landnahme*” (Dörre, 2016). En efecto, las políticas económicas significaron una solución “espacio-temporal” a las contradicciones inherentes a la acumulación capitalista y sus crisis. Pero esta territorialización requería también la acción directa del Estado imperialista y de los Estados periféricos. Esta guía tomó el nombre de “regionalismo abierto” e “integración” de cuño neoclásico. Esta nueva integración dentro de los marcos del proceso de mundialización neoliberal, articulada por las corporaciones transnacionales, profundizó la inserción subordinada, dependiente y asimétrica de América Latina y el Caribe

² Los gobiernos de Collor de Mello, Fernando Henrique Cardoso, Carlos Menem, Salinas de Gortari y Alberto Fujimori fueron los mayores ejemplares.

en poderosos mercados extra regionales.³ A tres décadas del Golpe de Estado de Pinochet (1973) y a una década del TCLAN (1994), la región mostraba indicadores sociales trágicos (CEPAL, 2003-2004). Chile, Colombia, México y Perú fueron los primeros en promover múltiples Tratados de Libre Comercio bilaterales.

En el Cono Sur y en gran parte de América Latina surgieron a lo largo de la década de 1990 nuevas contestaciones de carácter popular: sindicales, campesinas, indígenas, territoriales, de género, ambientales, de inmigrantes y por Derechos Humanos en el más amplio sentido de la expresión. Imposible sintetizar en pocas líneas los ritmos y secuencias de esta historia en un continente balcanizado y heterogéneo. Sin embargo, es posible constatar las diversas resistencias populares democratizadoras frente a los sectores transnacionalizados asociados a los procesos de mundialización neoliberal. Es en este contexto que pueden interpretarse las políticas fondomonetaristas con la intervención directa de las fuerzas armadas estadounidenses y el despliegue de sus bases en puntos estratégicos. La geopolítica estadounidense hacia América Latina durante esta década asumió nuevas estrategias: *soft power*, *hard power* y *smart power* como combinación de los anteriores (Nye, 1990).

En la cumbre de las Américas de 1996 se creó el Centro de Estudios de Defensa Hemisférica. Según la nueva doctrina de seguridad el enemigo se encuentra dentro y fuera de los territorios nacionales. Los límites entre seguridad y defensa se interceptan. La estrategia militar imperial tiene un claro sentido económico y político: control territorial en áreas de recursos naturales estratégicos y lugares de conflicto social inminente (Ceceña, 2017).

A esta altura del análisis nos hemos reencontrado con viejas cuestiones políticas elementales. El “capitalismo democrático” de los centros descrito por Streeck merece el adjetivo de “tutelado” y por

³ En 1994 entra en vigor el Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TCLAN). Estalla la crisis mexicana y el efecto tequila. La crisis se expresará en Brasil (1999), Argentina (2001), Uruguay (2002), Bolivia (2003) para trasladarse espacialmente por toda Latinoamérica y el Caribe (2009).

lo tanto “subordinado” en relación a la economía política dependiente y al orden imperial. Las contradicciones entre capitalismo y democracia alcanzan entonces otra gravedad. Hace casi un siglo Estados Unidos caracterizaba en términos geopolíticos a la región como una parte nuclear de *The Grand Area*, su propia especie de Lebensraum. La innumerable documentación seria y reconocida sobre las intervenciones militares, políticas, económicas, clandestinas o públicas, directas o indirectas, sufridas por América Latina y el Caribe, nos exime de abundar en la cuestión.

Las imposiciones estructurales de las estrategias económicas globales se muestran en toda su crudeza. Internamente el capitalismo dependiente implica explotación y superexplotación. Por lo tanto, también nos impone reconocer y distinguir entre las formas específicas que predominan en las áreas centrales del orden imperial de aquellas impuestas en el capitalismo en la periferia y en la semi-periferia del capital (Marini, 1974; Carcanholo, 2017). Este hecho se expresa social, política e ideológicamente. Las políticas de austeridad agravaban radicalmente los problemas de gobernanza de masas para los gobiernos electos. Por lo tanto, las democracias de libre mercado tienden a cultivar un amplio abanico de protagonismos populares de diversa índole independientemente de los ataques y contraataques de las políticas del capital. Por lo menos en América Latina y el Caribe no hay lugar para la “dictadura perfecta”. Para nuestros fines pierde sentido ahondar en el debate teórico sobre los regímenes políticos y la diversidad de combinatorias entre instituciones y partidos que dan lugar a los diversos modos de gobierno. Igualmente obviamos la discusión genérica sobre las estructuras de competencia y la vitalidad y la estructura del sistema de partidos. Sin embargo, es imprescindible reafirmar que las tendencias autoritarias resultan inherentes al capitalismo dependiente y particularmente al empuje neoliberal y los contraataques democratizadores.

Las condiciones generadas por las políticas de ajuste fondomontarista fueron las raíces de las contestaciones y los avances “progresistas”, “social democráticos”, “nacional populares” o “populistas” que

alcanzaron distintos gobiernos⁴ e incluso intentaron nuevas formas de integración.⁵ Más allá de las notorias diferencias entre las distintas políticas implementadas, ninguna de esas fuerzas significó un desafío real al orden capitalista. Sus planteos generales tendieron a aliviar la trágica deuda social generada por el neoliberalismo y a establecer políticas de inclusión durante un período de altos precios de las commodities (Robinson, 2015). Como repiten los clásicos, la calidad de la democracia depende tanto de las formas de acción del gobierno como de la morfología y de la calidad de la oposición. Por lo tanto, los intentos constituyentes de las izquierdas en el gobierno pusieron en juego la organización partidaria y su grado de unidad o fragmentación. En este ciclo la consistencia del partido gobernante y el grado de institucionalización del sistema de partidos han sido claves. Sin embargo, las injerencias externas, particularmente la estadounidense pero no solo esa, han conformado nuevas formas de disciplinamiento económico, político e ideológico a los empujes democratizadores.

Hoy el mapa de América Latina ha cambiado notoriamente. En algunos de sus países tienden a superponerse las mismas variables: inflación, desocupación, déficit fiscal, endeudamiento, fuga de capitales... El ajuste estructural en América Latina se asocia a un patrón de inserción internacional caracterizado por la especialización de su estructura productiva y de sus exportaciones de productos primarios.

Como explicábamos, el registro de la injerencia histórica de la geopolítica estadounidense constituye un elemento de importancia crucial para entender las contradicciones entre capitalismo dependiente y democracia (Rodríguez Rojas, 2017). Ante los nuevos desafíos la respuesta imperial fue la doctrina de “soberanía efectiva”, la

⁴ Chávez en Venezuela (2003), Lula en Brasil (2002), Kirchner en Argentina (2003), Morales en Bolivia (2005), Vázquez en Uruguay (2004), Correa en Ecuador (2006), Ortega en Nicaragua (2006) y Funes en El Salvador (2009).

⁵ Tras el colapso del ALCA (2005), surgieron la Alternativa Bolivariana de los Pueblos (ALBA), el replanteo del MERCOSUR, el Tratado de Comercio de los Pueblos (TCP) y la UNASUR. Además debemos agregar las iniciativas venezolanas de PETROSUR, PETROCARIBE, TELESUR, BANSUR, ente otras.

multiplicación de amenazas, nuevas definiciones de enemigo y la aplicación de la guerra híbrida. Consecuentemente, la estrategia militar estadounidense acrecentó su presencia a través de nuevos medios y esquemas de contención y disuasión. Estados Unidos armó una arquitectura compleja, flexible y veloz.

En esta apretada síntesis intentamos subrayar algunos elementos o condiciones específicas de la crisis permanente del capitalismo democrático en la periferia en condiciones de dependencia y bajo órdenes políticos subordinados.

4. El inconsistente “capitalismo democrático” en América Latina y el Caribe

El siglo XXI mostró un ciclo de crecimiento económico con caída de la desigualdad en notorio contraste con las tendencias históricas. Hoy las condiciones internacionales son claramente menos favorables. Al parecer la Historia nos está llamando a la realidad del significado de la dependencia en Latinoamérica y el Caribe. La región exhibe una enorme variación o volatilidad de PIB per cápita en particular respecto a los países mayormente relevantes para su comercio exterior. Las razones de este fenómeno se encuentran en el alto nivel de concentración de exportaciones en una pequeña canasta de productos y en la volatilidad de los precios de esos productos. A estos elementos debemos agregar las estrategias de movimiento de capitales guiadas por los ciclos exportadores y las políticas que refuerzan estas tendencias. Rápidos empujes de demanda dados por el crecimiento mundial conllevan empujes de precios conformes a la elasticidad técnico productiva y al entorno institucional de la oferta. Este es el tema central: la importancia de los productos básicos nunca fue totalmente suplantada. Desde la década de 1980 con el colapso de los precios de los productos básicos, el aumento subsiguiente de la deuda y las reformas neoliberales ya mencionadas, se terminó reforzando la apertura y el abandono de los programas de estabilización. Las

experiencias de diversificación fueron duramente golpeadas por la crisis regional y la desaceleración estadounidense. Desde entonces Latinoamérica y el Caribe exhiben distintos patrones de especialización, con una fuerte re-primarización de la estructura exportadora. La expansión y contracción de la renta en estas producciones intensivas de recursos naturales afecta notoriamente la economía política de estos países. Durante el período de auge, bajo gobiernos nacional-populares o progresistas, fue posible realizar concesiones populares, menguar la pobreza, propulsar sectores medios y un largo etcétera. En el actual proceso de mundialización, llegado el momento de la baja de precios de los commodities deviene la crisis económica y social. Se debilitan las capacidades del Estado tanto por los límites de su potencia fiscal como por la acción de las fuerzas supranacionales y las estrategias de la potencia hegemónica. Este es el mal económico de origen.

Tilman Evers (1979) discutía de modo preliminar y simplificado la imposición de los mecanismos capitalistas de reproducción, el carácter restringido del principio de soberanía en función de la penetración económica mundial. Sin embargo, como indicamos antes, las sociedades periféricas no fueron objetos pasivos de las presiones e imposiciones externas. El proceso de adaptación y sometimiento territorial a las transformaciones del sistema de división del trabajo internacional y transnacional implica continuas contradicciones sociales. En primer lugar, los Estados de la periferia capitalista constituyen mediaciones de protección de las fuerzas destructoras de la reproducción social que impulsa el mercado mundial. A la vez, deben servir preponderantemente de garantía de inserción de su territorio social al mismo mercado mundial. Así se explica la complejidad y especificidad de las confrontaciones que dieron lugar a la evolución histórica de las articulaciones económicas, sociales, políticas e ideológicas. Su soberanía política se construye de forma incoherente, ambigua y conflictiva a través de autonomías formales y subordinaciones reales. Las contradicciones entre los intereses del mercado y el régimen representativo,

entre los intereses particulares y los empujes democráticos tienden a producir situaciones de crisis incesantes y estados de excepción permanentes. En el Sur, autoritarismo y democracia se alternaron hasta conjugarse en un solo proceso perenne dentro del “archipiélago de excepciones” global.⁶ Las vertebradas prácticas de los movimientos sociales y las reiteradas problemáticas de las ciencias humanísticas sobre los horizontes emancipatorios dan cuenta de los antagonismos. No se trata entonces de debates literarios y abstractos sino de polémicas sobre estrategias concretas. Una auténtica pugna sobre los límites del Estado, los proyectos de desarrollo nacionales, el futuro de las comunidades, la fuerza de trabajo y las garantías de las nuevas condiciones generales materiales de producción. En resumen, sobre el viejo tema del desarrollo y el cambio social.

Resumamos ahora las etapas del capitalismo democrático periférico y las problemáticas que enfrentaban las Ciencias Sociales. Mientras en los centros imperaba el Estado Social, gran parte de nuestra región se batía aún contra los Estados Oligárquicos y ensayaba los Estados Populistas clásicos y las experiencias desarrollistas, alternando en general dictaduras militares con regímenes representativos salvo excepciones como Costa Rica y Uruguay. América Latina reflejó la crisis inflacionarias de la década de 1970. Sin embargo, las luchas distributivas se encontraron con las Dictaduras de Seguridad Nacional. Como historiábamos anteriormente, con el impactante crecimiento de la deuda externa de la década de 1980 se cerró definitivamente el ciclo de industrialización dirigida por el Estado, agotando el proyecto desarrollista. Significaba el colapso de las exiguas políticas sociales de un “estado benefactor”, sin bases sólidas de sustentación y por lo tanto inestable, desvalido y prácticamente ilusorio.

⁶ El derecho soberano a la excepción está siendo revivido en la actualidad y reafirmado a escala planetaria, a diferencia de otros muchos derechos soberanos ¿la mayoría? del Estado-nación (Bauman, 2008).

Las dictaduras dejaron una brutal herencia de deuda social y una creciente supeditación de las políticas estatales a la economía globalizada. Sin embargo, deuda externa e inflación crecieron en América Latina durante la década de 1980. En ese período transcurrieron las transiciones “tuteladas”, “protegidas” o “democracias de baja intensidad”. Las instauraciones o restauraciones y las consolidaciones de los regímenes representativos eran temas candentes de las Ciencias Sociales. Retornaba de forma más o menos moderada la puja distributiva, los empujes inflacionarios –e hiperinflacionarios– a la vez que hacia fines de la década comenzaba la contención de la deuda pública. Los nuevos regímenes representativos no podían escapar del impacto del cambio estructural contenido en las nuevas formas de dependencia económica.

En el transcurso de la década de 1990 era perceptible la tendencia a la creciente globalización y financierización del mercado económico capitalista. *Ahora las Ciencias Sociales debían enfocar los problemas de la gobernabilidad y la estabilidad social frente a la globalización neoliberal conservadora y las políticas de ajuste implementadas por gobiernos electos.* Esos años muestran el comienzo de la caída de la deuda externa y la inflación en la región. El “Estado Deudor” periférico entró en crisis para dar paso a las fórmulas disciplinarias fiscales draconianas de las instituciones multilaterales y la subversión sistemática de los mecanismos democráticos de las oligarquías locales. La sociología de los nuevos movimientos sociales consolidada no podía obviar los antagonismos clásicos. La involución neoliberal, con ancha desregulación financiera y estrecha austeridad, se tramitaba a través de líderes electos que transgredían sus promesas programáticas, de alianzas electorales más pragmáticas que programáticas, de mecanismos de corrupción, et- cetera. Llegaron primero los tiempos de la alternancia electoral, las sucesivas frustraciones ciudadanas, las crisis de representatividad y después las multitudinarias protestas urbanas y campesinas. De hecho, el capitalismo democrático periférico bajo la forma de “Estado consolidador” parece tender al fracaso social y a la pérdida de

legitimidad. Obviamente, los procesos nacionales son diversos y específicos. Sin embargo, las fuerzas globales subyacentes, las condiciones estructurales y las esperanzas populares frustradas impulsaban movilizaciones acordes a las heterogeneidades sociales de la región. Las desigualdades sociales estructurales se profundizaban bajo los propios regímenes democráticos de la región y fogueaban nuevas contestaciones sociales. Las ciencias sociales debieron priorizar nuevamente los temas pendientes de la equidad, la inclusión y el desarrollo. Estaban en cuestión los procesos de democratización en términos formales, sus resultados sociales y la constitución de la ciudadanía. Los elementos básicos de la democracia aparecían inexorablemente incompatibles con las lógicas de los “mercados” realmente existentes.

Como vimos, ante la descarada primacía de lo económico-global sobre las instituciones de representación democrática, se elevaron espirales de protesta popular que terminaron en estallidos sociales y cambios de gobiernos. Sin embargo, los gobiernos de izquierda o centroizquierda no encontraron respuestas a los efectos de la crisis mundial de 2008. La herencia de desindustrialización, re-primarización y el peso de los productos primarios en sus exportaciones estaban lejos de revertirse. La vieja agenda del desarrollo había sido olvidada. El retorno de administraciones neoliberales como en Argentina, Brasil o Ecuador provocó serias derrotas a las izquierdas o centroizquierdas. No obstante, ante la reimplantación de las políticas de austeridad los movimientos populares retomaron nuevos impulsos. El largo conflicto venezolano ocupa diariamente las portadas. No así las matanzas sistemáticas de líderes sociales en Brasil, Paraguay, Colombia, Centroamérica o México.

Es aquí que advertimos cierta homogeneización o confluencia de tendencias como producto de la mundialización sobre todo desde la década de 1990. El declive tendencial e irreversible del poder soberano de los Estados-nación, el *“Staatsvolk” de Streeck, y su subsunción por el “Markvolk” (aunque la palabra rechine por su imprecisión, no por su significado) se transforma en un hecho*. Los procesos

de endeudamiento, financierización y globalización generan los mismos efectos perversos pero agravados en la periferia. En este sentido efectivamente la crisis de 2008 marca un punto culminante de la transformación neoliberal a escala global.

La actual globalización promueve la maximización de la liberalización y mercantilización de la vida. Impone el resguardo y la independencia de los mercados constituidos a escala mundial frente a las políticas estatales. El poder de las instituciones del mercado tiende a superponerse a las estructuras estatales reideologizando fronteras, modificando las formas de intervención políticas y afectando la naturaleza del Estado. La brutal polarización mundial se refleja en las murallas fronterizas y la migración selectiva. Así las economías nacionales han sido sometidas a programas de desregulación en búsqueda de mayor competitividad. La larga crisis del capitalismo se enfrenta al problema de las enormes fronteras sociales, territoriales, de condiciones de producción y por supuesto de legitimación. La financierización no es solo un proceso. Significa una cuestión de clase. El capitalismo democrático tiende a ser invalidado, privatizado, capturado por una clase dominante global, rentista y parasitaria. Sin embargo, las grandes contrarreformas (privatización, desregulación y apertura) impulsaron una *fuga hacia delante*. Esta vuelta a la normalidad del capitalismo y del orden imperialista implica la reproducción de las viejas contradicciones. Comprar tiempo significa destrucción social, ecológica e incluso bélica. Marx y Fanon están de regreso (Milanovic, 2016, pp. 139-178). Por lo que no se puede obviar la productividad política de la indignación moral a nivel de masas. Así, desde América Latina y el Caribe resulta imprescindible la renovación de la problemática del desarrollo.

5. Alternativas abiertas

Toda memoria es subversiva, porque es diferente, y también todo proyecto de futuro.

Eduardo Galeano

El pueblo latinoamericano en movilización histórica nos exige como intelectuales cumplir con el deber de producir una teoría orgánica desde dentro de ese proceso de liberación en marcha.

Enrique Dussel

América Latina ha sido afectada por los ciclos y estrategias del capitalismo central. Responde según sus especificidades a todas y a cada una de las tendencias globales marcadas por Streeck pero agravadas por sus condiciones de producción, un desempeño económico muy sensible a los cambios del escenario internacional y el menoscabo de su soberanía por Estados Unidos. En la actual carrera por los recursos América Latina y el Caribe adquieren una renovada importancia estratégica para esta nación, particularmente ante la emergencia de China como potencia económica global (Borón, 2012). Por lo tanto, la emergencia demanda la reconceptualización general en clave política y estratégica del clivaje centro/periferia en la actual etapa de la mundialización.

Como hemos venido sosteniendo, su endeble “capitalismo democrático” está notablemente afectado económica, política e ideológicamente por su situación de subordinación. Por ello, el neoliberalismo actual podrá presentarse según las distintas situaciones nacionales de dos formas límite elementales: a) como neoliberalismo de guerra (capitalismo dependiente con estado de excepción permanente o dictadura abierta); y b) como neoliberalismo estabilizado (capitalismo dependiente más poliarquía tutelada por Washington, capitalismo democrático periférico).⁷ Fuera de estos extremos

⁷ Al respecto y en términos generales nos ceñimos a Jessop (2017).

sobredeterminados por el asedio y la recomposición conservadora, existe una tercera posibilidad que a falta de un nombre mejor llamaremos “posneoliberalismo”.⁸ García Linera (2017), intelectual y exvicepresidente de Bolivia, ha venido teorizando la emergencia de una brecha emancipatoria que obviamente puede cerrarse bajo cualquiera de las formas anteriores. Terminamos este trabajo con su conceptualización de este último arco de alternativas:

Lo único que puede hacer el Estado, por muy revolucionario que sea, es dilatar, habilitar y proteger el tiempo para que la sociedad, en estado de autodeterminación, en lucha, en medio, por arriba, por abajo y entre los intersticios del capitalismo predominante, despliegue múltiples formas de creatividad histórica emancipativa y construya espacios de comunidad en la producción, en el conocimiento, en el intercambio, en la cultura, en la vida cotidiana... (p. 98).

Los conceptos de García Linera desarrollados a lo largo de sus obras merecen leerse detenidamente. A diferencia de Streeck, el énfasis está puesto en las mancomunidades, las ciudadanías sociales efectivas, en las brechas y las rupturas de las costuras del orden actual, y no solo en la democracia representativa. Puede sonar utópica la idea de “puntos de bifurcación”, es decir, de momentos de tensionamiento de fuerzas, momentos definitorios, momentos capaces de transformar el Estado (García Linera, 2008). Esta concepción es mil veces más realista y libertaria que las promesas incumplidas de un individualismo neo-hayekiano (Hayek, 1986). El ciclo recesivo iniciado en la década de 1970, y agravado en 2008, parece no tener fin. No en vano Streeck termina recordando las palabras de Antonio Gramsci: “lo viejo agoniza pero lo nuevo no puede nacer todavía”.

⁸ Existe una larga polémica que eludimos aquí. Reconocemos el extraordinario aporte de Stolicz (2016).

6. Bibliografía

- Arrizabaló Montoro, X. (2014). *Capitalismo y economía mundial*. Madrid: IME/Arcis/UdeC.
- Bauman, Z. (2008). *Archipiélago de excepciones*. Katz/CCCB: Buenos Aires.
- Bértola, L. y Ocampo, J. A. (2013). *El desarrollo económico de América Latina desde la Independencia*. México DF: Fondo de Cultura Económica.
- Borón, A. (2012). *América Latina en la geopolítica del imperialismo*. Buenos Aires: Ediciones Luxemburg.
- Burki, Sh. J. y Perry, G. E. (1998). *Más allá del Consenso de Washington: La hora de la reforma institucional*. Washington: Banco Mundial.
- Carcanholo, M. (2017). *Dependencia, superexplotación del trabajo y crisis una interpretación desde Marx*. Madrid: Maia Ediciones.
- Ceceña, A. E. (2017). Las guerras del siglo XXI y sus resistencias. Ana Esther Ceceña en Uruguay. *Compañero, la revista* (3) Año 1, 6° Época, Montevideo. https://issuu.com/partidoporlavictoriadelpueblo/docs/revista_compa_ero_03
- De la Torre, A. et al. (2014). *Desigualdad en una América Latina con menor crecimiento*. Informe Semestral, octubre. Washington, DC: Banco Mundial.
- CEPAL. (2004). *Panorama social de América Latina y el Caribe*. Santiago de Chile, 2003-2004.
- Dörre, K. (2016). Landnahme: un concepto para el análisis de la dinámica capitalista, o: superando a Polanyi con Polanyi. *Política. Revista de Ciencia Política*, 54(2), 13-48.
- Evers, T. (1979). *El estado en la periferia capitalista*. México DF: Siglo XXI.
- Furtado, C. (1989). Entre inconformismo e reformismo. *Revista de Economía Política*, 9(4), 6-28, outubro-dezembro.
- García Linera, Á. (2008). *La potencia plebeya. Acción colectiva e identidades indígenas, obreras y populares en Bolivia*. La Paz, Bolivia: Ediciones Vicepresidencia.

- García Linera, Á. (2017). *¿Qué es una revolución? De la Revolución Rusa de 1917 a la revolución de nuestros tiempos*. La Paz, Bolivia: Ediciones Vicepresidencia.
- Harvey, D. (2004). *El nuevo imperialismo*. Madrid: Akal.
- Jessop, B. (2017). *El Estado. Pasado. Presente. Futuro*. Madrid: Los Libros de la Catarata.
- Marini, R. M. (1973). *Dialéctica de la dependencia*, México: Serie Popular Era.
- Minanovic, B. (2016). *Desigualdad mundial. Un nuevo enfoque para la era de la globalización*. México DF: Fondo de Cultura Económica.
- Nye, J. (1990). Soft Power. *Foreign Policy*, 80, 153-171. Twentieth Anniversary (Autumn).
- Prebisch, R. (1981). *Capitalismo periférico. Crisis y transformación*. México DF: Fondo de Cultura Económica.
- Robinson, W. (2015). *América Latina y el capitalismo global: una perspectiva crítica de la globalización*. México DF: Siglo XXI.
- Rodríguez Rejas, M. J. (2017). *La norteamericanización de la seguridad en América Latina*. México DF: Akal.
- Schumpeter, J. (2000). La crisis del Estado fiscal. *Revista española de control externo*, 2(5), 147-192
- Stolowicz, B. (2016). *El misterio del posneoliberalismo. Tomo II. La estrategia para América Latina*. Colombia: ILSA y Espacio crítico.
- Streeck, W. (2016). *Comprando tiempo: la crisis pospuesta del capitalismo democrático*. Buenos Aires: Katz.
- Streeck, W. (2017). *¿Cómo terminara el capitalismo?* Madrid: Traficantes de sueños.
- Von Hayek, F. (1986). Individualismo: El verdadero y el falso, *Estudios Públicos*, 22, 1-24.

Financierización de la pobreza en Brasil durante los gobiernos de Dilma Rousseff (2011-2016)*

Guilherme Figueredo Benzaquen

1. Introducción**

Este capítulo tiene por objetivo hacer un análisis crítico de la financiarización de la pobreza en Brasil durante el período de los gobiernos de Dilma Rousseff (2011-2016). La importancia del tema es doble: sirve tanto para develar la generalidad del endeudamiento en la sociedad brasileña, como para realizar una crítica de las formas contemporáneas de reproducción del capitalismo con predominio financiero. La relación entre estado y capitalismo será transversal a toda la discusión, buscando hacer foco en la importancia que adquieren los incentivos estatales respecto al endeudamiento. Asimismo, como

* Traducción del portugués al castellano de Marcela Godoy.

** Agradezco por la lectura crítica de versiones anteriores de este capítulo a Abraham Sicsú, Esteban Torres, Guilherme Gonçalves, João Policarpo Lima y Pedro Queiroz.

objetivo principal, exploraré la hipótesis que señala a la financiarización de la pobreza como una de las soluciones paliativas, impulsada por el mercado y por el estado, para hacer frente a las actuales dificultades de acumulación del capitalismo.

En un primer momento, investigaré el incremento de la financiarización de la pobreza durante el lulismo, con lo cual se buscó impulsar el consumo. Para ello dialogaré con las producciones brasileñas sobre la financiarización de la pobreza, las cuales han podido sistematizar y desarrollar críticas importantes acerca de este fenómeno. A su vez, acudiré a los datos sobre endeudamiento elaborados por la Confederación Nacional del Comercio de Bienes, Servicios y Turismo –en la Pesquisa de Endeudamiento e Incumplimiento del Consumidor (PEIC, 2016)¹– y por la Confederación Nacional de los Administradores de Inquilinos y Servicio de Protección al Crédito– en el Perfil del Moroso y de las Deudas en Brasil (SPC BRASIL & CNDL, 2016).² Debido al enfoque adoptado para analizar el endeudamiento privado popular³ utilizo estudios que están exclusivamente centrados en el incumplimiento por parte de los consumidores.

En un segundo momento, relacionaré este fenómeno con una teoría de la crisis del capitalismo, según la cual el endeudamiento privado es una de las formas globales de posponer una crisis que es arrastrada desde 1970. También intentaré analizar cómo la

¹ El Peic tiene como objetivo trazar un perfil del endeudamiento del consumidor con información acerca del compromiso de los ingresos. Los datos se recopilan mensualmente en las capitales estatales y en el Distrito Federal de cerca de 18 mil consumidores.

² La investigación tiene como objetivo indagar sobre el proceso de endeudamiento del consumidor. Se realizan entrevistas a consumidores en las capitales estatales y en el Distrito Federal, que tienen, por lo menos, una cuenta vencida desde hace más de 90 días.

³ Por más importantes que sean el endeudamiento empresarial y estatal para el capitalismo contemporáneo, esa cuestión no será trabajada en este capítulo. Para profundizar en esa línea problemática, recomiendo el análisis de Streeck (2016a). Desarrolla en una dirección similar a la aquí propuesta la crítica del modo en que esas deudas, en las últimas décadas, se vinculan con el esfuerzo constante del capitalismo de ganar tiempo para ralentizar su colapso.

financiarización de la pobreza hace posible la compra del tiempo, por lo que puede pensarse como el establecimiento de una determinada *Landnahme* bajo el neoliberalismo. Esto se hará por medio de un análisis que tiene en cuenta las características del capitalismo global de las últimas décadas, sin dejar de lado las especificidades de la historia brasileña. Por último, en la conclusión, propondré una articulación del argumento central, con una dimensión subjetiva de la política de endeudamiento.

2. Panorama de la financiarización de la pobreza durante los gobiernos de Dilma Rousseff

La financiarización de la pobreza es un fenómeno que se caracteriza por la forma en que el consumo actual de la población de bajos ingresos está mediado por el acceso al crédito, esto es, por el modo en que se vuelve cada vez más necesario para los pobres recurrir a un proceso de endeudamiento para poder acceder a determinados bienes. El crédito es así una de las formas de incrementar la demanda de quienes ganan poco. Este proceso no es nuevo. Sin embargo, es a partir de la intensificación de la importancia del crédito para el consumo diario donde la expresión financiarización de la pobreza pretende enfatizar. En las últimas décadas, la transformación del consumo implicó cambios sustanciales para la vida cotidiana de las periferias brasileñas, de la mano de la proliferación de tiendas minoristas e incentivos públicos y privados para acceder al crédito (Sciré, 2011), lo que a su vez alteró el proceso de efectivización del valor. Comparto con Singer (2018) la defensa de un uso más analítico de la categoría de pobreza. Esta se convirtió en una categoría política valiosa de comprensión del despedazamiento del lulismo porque fue utilizada extensamente como factor movilizador del propio gobierno. Los “pobres” serían aquellos con poco acceso a los bienes, con lo que la dicotomía entre pobre y rico se concibe como una refracción y oscurecimiento de los conflictos de clase en Brasil, ya que

permite entrever la confrontación, pero sin cuestionar la propiedad de los medios de producción, algo coherente con el proyecto lulista⁴ de conciliación de clases. Una de las principales características de este sector es la dificultad para su inserción en el núcleo organizado de la producción. Por esta razón, en lugar de pensar ese fenómeno como una anomalía a superar, debemos tener en mente que esta superpoblación “aparentemente desligada del sistema” en realidad es funcional a la acumulación capitalista.⁵

Se sabe que el crédito, como posibilitador del consumo, ya estaba presente entre los pobres en 1970. Sin embargo, a partir de 1990, ese proceso se intensificó de acuerdo con un doble movimiento: los bancos optaron cada vez más por el mercado crediticio y, con el Plan Real y la supuesta estabilización de la moneda brasileña, se estimularon una serie de medidas institucionales, las que, en combinación con el ingreso de capital extranjero, desburocrataron el acceso al crédito (Sciré, 2011; Ribeiro, 2015). De este modo, el crédito empezó a otorgarse con tasas de interés más bajas y estables comparadas con las elevadas tasas del período de hiperinflación que Brasil acababa de vivir. Así, desde 1990 se produce una intensificación de los préstamos y, durante la etapa lulista, ese proceso ganará el estatus de política macroeconómica expansionista. En el transcurso de dicho período, el Banco Central de Brasil expandió las líneas de crédito como un “objetivo estratégico” para la inclusión financiera de quienes estaban situados en los márgenes del mercado financiero y de la economía formal (Ribeiro, 2015).

Sobre esta cuestión, vale recordar que la discusión sobre las nuevas clases medias –que con el tiempo fueron menguando,⁶ pero

⁴ Utilizo la noción de lulismo de Singer (2012) para definir los períodos de los gobiernos del Partido de los Trabajadores acentuando el proyecto de conciliación de clases y de cambio lento y gradual centrado en la figura de Luiz Inácio Lula da Silva.

⁵ Cómo se defenderá aquí cuando discutamos la “compra de tiempo” del capitalismo en crisis y como lo muestra Oliveira (2003) en su discusión sobre el capitalismo periférico incompleto de Brasil.

⁶ No está entre los propósitos de este capítulo detenernos en los problemas teóricos y metodológicos de la defensa de una nueva clase media en Brasil, pero, para los intere-

que ha tenido una gran proyección durante el lulismo— es una demostración de cuánto el crédito fue entendido por el Estado como un mecanismo importante de expansión económica. Neri (2010), uno de los principales defensores de esta tesis, señala que el aumento del acceso al crédito contribuyó decisivamente en la conformación de una nueva clase media. Aunque dicho acceso se haya promovido en menor medida que el aumento del salario mínimo y que los programas de transferencia de ingreso y de disminución del desempleo, el crédito fue adoptado como una política pública para aumentar el poder de consumo y el “ascenso social” de los sectores más pobres de la sociedad brasileña. Algo que en ningún momento fue minimizado por el gobierno y sí considerado un índice de eficiencia de la gestión estatal. En 2012, Rousseff pronunció un discurso sobre el crédito popular en el que defendió:

Construimos un mercado de consumo masivo, al sacar a millones de personas de la miseria y de la pobreza, lo que permitió la creación de un círculo virtuoso en nuestra economía. Nuestro sistema financiero, con políticas de inclusión bancaria, crédito popular y financiamiento para el desarrollo, comenzó a incorporar a millones de hombres y mujeres. Se fortalecieron los bancos públicos. La expansión del crédito en la economía brasilera significó un crecimiento de menos del 25% del PBI en el 2002 hasta alcanzar cerca del 50% del PBI actual (Itamaraty, 2012, s/p).

La política económica que logró la expansión del crédito como incentivo gubernamental se vincula a un período de relativa prosperidad en la historia brasileña, llamado por Carvalho (2018) como un “*milagrinho*”. Durante esa etapa, la economía brasileña fue estimulada gracias al aumento de los *commodities* (petróleo, minerales y productos agrícolas), empujada a su vez por las altas tasas de crecimiento

sados, recomendando la lectura de Luce (2013). El autor, actualizando debates provenientes de la teoría marxista de la dependencia, afirma que lo que se llamó la “nueva clase media” en realidad serían trabajadores viviendo en condiciones de superexplotación.

chino, aunque también, por las políticas redistributivas y por las inversiones públicas en infraestructura física y social. El “*milagrinho*” al que se alude, tuvo tres pilares: distribución del ingreso hacia la base de la pirámide (de la mano de programas como el denominado Bolsa Familia, además de la valorización del salario mínimo), mayores inversiones públicas en infraestructura física y social (como es el caso del PAC) y mayor acceso al crédito (con aumento de los plazos y un relativo control de las tasas de interés).

Hablando específicamente de la inclusión popular al mercado financiero, en el 2003 se introdujeron los préstamos consignados, junto con un aumento del número de familias con acceso al crédito. Como lo indicó Paim (2015), desde el 2004 se optó por un refuerzo del crédito como modo de sostener una dinámica expansiva, y, en consecuencia, creció la importancia del consumo de las familias por sobre el Producto Bruto Interno. De esa manera, se generó una confluencia positiva entre un mercado interno dinamizado y el alza de los *commodities*. La financiarización de la pobreza fue, por lo tanto, parte de un programa de gobierno asociado con intereses del mercado, convirtiéndose en una política paradigmática de conciliación de clases diseñada bajo el lulismo.⁷

Luego de los mandatos presidenciales de Lula, llegamos al período que más nos interesa: los gobiernos de Rousseff. Según Carvalho (2018), en comparación con la presidencia anterior, en los mandatos de Rousseff el estímulo crediticio destinado al consumidor no aumentó significativamente, dato que compone un escenario que la autora llama “Agenda Fiesp”. Rousseff introdujo cambios en el modelo económico, por ejemplo, la inversión pública dejó de ser el principal motor

⁷ Todavía más paradigmático es el hecho de que este intento de conciliar las clases dio lugar a un escenario de “desmantelamiento explícito del frágil estado de bienestar social brasileiro” (Carvalho, 2018) que se inicia en el 2015 y se extiende hasta hoy. Está bastante claro que la cuenta de las crecientes ganancias del mercado financiero, incluso durante los efectos de la crisis de 2007-2008, se pagó y se pagará con medidas gubernamentales que faciliten la explotación de los trabajadores y la transferencia de ingresos hacia las clases dominantes.

del crecimiento nacional. En ese proceso, el estímulo para favorecer el mercado interno perdió también centralidad ganando en su lugar más fuerza la idea de un desarrollo industrial volcado a las exportaciones. La estrategia principal se basó aquí en la reducción de los intereses, la devaluación del real y las exenciones de impuestos, aunque, como es sabido, el crecimiento industrial no ocurrió según lo planeado.

Ahora bien, para indagar sobre el endeudamiento popular en el período mencionado, volveremos brevemente a las dos investigaciones⁸ de las que hablamos más arriba. En el caso del estudio elaborado por el Perfil del Moroso y de las Deudas en Brasil (en adelante PIDB), se considera endeudado a todo aquel que tiene una cuenta vencida por más de 90 días. Puesto que la Pesquisa de Endeudamiento e Incumplimiento del Consumidor (en adelante PEIC) tiene como unidad de análisis a las familias brasileñas, considera endeudada a cualquier familia que posea una cuenta atrasada o una deuda adquirida con cheque pre-fecha-do, tarjeta de crédito, cheque especial, crédito en tiendas comerciales, préstamo personal, alquiler de automóvil y seguro.⁹

⁸ Se hace necesaria una digresión metodológica. Ambos estudios son realizados por representantes empresariales. La CNC es una entidad sindical que congrega alrededor de 5 millones de empresas del comercio de bienes, servicios, turismo, siendo la representante de una categoría que responde a cerca de $\frac{1}{4}$ del PBI brasileño (CNC, 2019b). La CNLD es una institución nacional que reúne a los minoristas brasileiros, pretendiéndose una entidad de clase que represente y luche a favor de los comerciantes (CNDL, 2019). Como ambas son representantes de las patronales es de esperarse que sus análisis reflejen intereses provenientes de ese sector, lo que se evidencia al mirar sus sitios: la CNC “garantiza los intereses y avances del sector en órganos de jurisdicción y consultivos, en Brasil y en todo el mundo. En esos organismos la CNC, contribuye con las decisiones y con la elaboración de lineamientos de política económica, administrativa, social y ambiental” (CNC, 2019b); y la CNDL tiene como objetivo “la defensa de reclamos que son de interés para los comerciantes minoristas” (CNDL, 2019). Estas informaciones son importantes, ya que demarcan la necesidad de hacer ciertas mediaciones en las lecturas de sus análisis. Los dos estudios que utilizaré como fuentes de datos están orientados a los intereses de los empresarios, lo que difiere del objetivo de este capítulo y de la teoría que sirve para la crítica que realizo. Aun así, son investigaciones que describen muy bien el escenario nacional respecto al endeudamiento popular.

⁹ Estas distinciones en la definición y, por lo tanto, en el objeto del análisis explican pequeñas diferencias en los índices registrados. Algo que no influye en el análisis presentado.

Veamos ahora lo que esas investigaciones revelan en cuanto a la financiarización de la pobreza durante los gobiernos de Rousseff. Comencemos mostrando tres índices trazados en la PEIC, que nos permitirán comprender la evolución de las tasas de endeudamiento:

1. Sobre el uso de cheque pre-fechaado, tarjeta de crédito, cheque especial, crédito en tiendas comerciales, préstamo personal, alquiler de automóvil y seguro, distinguimos, ya desde el inicio, el alto grado de endeudamiento de las familias brasileñas: en el mes del *impeachment*, agosto de 2016, el 51,5% de las familias estaban endeudadas. La oscilación del porcentaje de familias endeudadas al comienzo y al final de los gobiernos de Rousseff fue pequeña, apenas del 0,3%. Durante la serie histórica tratada, el menor índice fue del 38,9% en febrero de 2015 y el mayor índice fue de 57,1% en abril y mayo de 2013. Por lo tanto, las oscilaciones crecientes e decrecientes en el período son grandes. Si el porcentaje de familias endeudadas es dividido por sus ingresos, según muestran los datos, la mayoría de los endeudados corresponde al sector que recibe menos de 10 salarios mínimos.
2. En relación a las cuentas vencidas o atrasadas, en agosto de 2016, el 19,9% de las familias se hallaba bajo esta categoría. Al porcentaje de familias con cuentas vencidas le corresponde un aumento del 5% durante los gobiernos de Rousseff. Durante la serie histórica, el menor índice fue del 8% en noviembre de 2011 y el mayor fue del 21,8% en abril de 2012. Nuevamente, a pesar del cambio del inicio respecto al final, las oscilaciones crecientes y decrecientes en el período son pronunciadas. Al igual que en el índice anterior, aquí los endeudados con menos de 10 salarios mínimos constituyen la mayoría en relación a quienes perciben más de 10 salarios mínimos.
3. El porcentaje de familias que no tuvo condiciones para pagar sus deudas aumentó un 2,7% durante los gobiernos de Rousseff,

hasta llegar en agosto de 2016 a un 8,5%. Durante la serie histórica, el menor índice fue del 3,1% en enero y febrero de 2011 y el mayor, que fue del 8,5%, coincide con la finalización del gobierno en agosto de 2016. Aún con algunas oscilaciones, los datos señalan un aumento de este índice a lo largo del tiempo.

Veamos ahora algunos datos producidos por el PIDB que nos describen el perfil de los endeudados y de las deudas contraídas. El perfil del moroso divulgado en agosto de 2016 demuestra el grado en que la morosidad brasileña tiene un carácter popular, teniendo en cuenta que el 92,2% de los deudores pertenecen a las clases C, D y E. Más allá de este dato, el 46,5% no está en condición financiera de cancelar sus cuentas vencidas en los siguientes 3 meses. Por otra parte, el 15,9% de esas personas se definieron como actualmente desempleadas, encontrándose en esta situación por 9,4 meses en promedio, siendo que uno de cada cinco entrevistados (21,9%) estuvo desempleado durante un año y el 21,9% entre 3 y 6 meses. Las cuentas con atraso más nombradas corresponden a préstamos bancarios o financieros (89,6%), cuotas a pagar facilitadas por tiendas comerciales (83,9%), cuotas a pagar por cuenta de la tarjeta de crédito (74,9%) y libreta de crédito (68,7%). En cuanto a los productos y servicios adquiridos, responsables de la deuda que condujo a la situación de incumplimiento, el estudio señala entre los más apuntados, los rubros de ropa (45,0%), calzados (25,8%) y electrodomésticos (17,4%).

A partir de los índices de endeudamiento de la PEIC, podemos observar que los seis años que van desde el inicio del gobierno de Rousseff hasta el *impeachment* se caracterizaron por una continuidad relativa, lo cual difiere del período anterior. Esto coincide con el análisis de Carvalho (2018) pero, aunque dicho endeudamiento es relativamente constante en términos cuantitativos, se produce una alteración desde el punto de vista cualitativo. Según la autora, esta alteración se asocia al cambio de perfil del endeudamiento de los gobiernos de Rousseff con respecto a los de Lula, ya que una parte significativa del crédito de la época estudiada se vincula a la expansión

del crédito inmobiliario destinado a la población de bajos ingresos. Desde este punto de vista, según Carvalho, si por caso se eliminaran los datos sobre los créditos para participar en “Mi Casa, Mi Vida”, el endeudamiento habría disminuido durante ese período. La expansión del crédito inmobiliario bajo el encuadre de una política pública explica que en el perfil de endeudamiento encontremos una predominancia de las clases populares según lo recabado por PIDB, y que las cuentas vencidas más citadas correspondan “a los préstamos bancarios o financieros”.

Si el programa “Mi Casa, Mi Vida” fue responsable de solventar la financiarización de la pobreza en el período Rousseff,¹⁰ resulta comprensible que algunos lo apodaran “Mi Casa, Mi Deuda”. Entretanto, la financiarización de la vivienda en Brasil no es tampoco un fenómeno nuevo; se remonta a la creación del Banco Nacional de la Vivienda por la dictadura militar en 1964. No obstante, la inflexión se produce hacia el final del mandato de Lula y durante el primero de Rousseff, debido a que la transmutación de vivienda en activo financiero aumentó considerablemente. Sin embargo, conviene aclarar que Brasil no es una excepción en la promoción de este modelo. Por el contrario, en las últimas décadas se dio un movimiento global de transformación de los estados, que pasan de ser proveedores de vivienda a convertirse en facilitadores de vivienda. Esta transformación conlleva la adopción de “políticas públicas de vivienda basadas en la promoción del mercado y del crédito habitacional para la adquisición de la casa propia” (Rolnik, 2015, p. 13). Por otro lado, tal movimiento global a su vez significa un proceso de expansión de las áreas de influencia del mercado financiero, que penetra tanto en la promoción residencial como en la financiación de su consumo.

¹⁰ Paim (2015, p. 11) también presenta datos que confirman esta tesis: “Hasta fines de 2008, el crédito de vivienda alcanzó aproximadamente el 5% de los ingresos de las familias. A partir de 2009, hubo una aceleración de esa modalidad de crédito, llegando a representar el 17,7% de los ingresos en 2014. Por otro lado, desde el 2011, hay un enfriamiento del endeudamiento no habitacional (crédito personal y para la adquisición de otros activos mobiliarios), el cual comenzó a reducirse en setiembre de 2012”.

Se debe considerar en este análisis que, a lo largo de muchos años, hubo una disminución de otras posibilidades de acceso a la vivienda. De ahí el aumento del crédito inmobiliario como recurso. Eso engloba también a los habitantes de las favelas e incluye a las poblaciones pobres de las ciudades que, hasta 1980, no se las consideraba aptas para el acceso a los servicios financieros. La estrategia de microfinanciamiento y de subsidios estatales se utilizó cada vez más para insertar a estos individuos al mercado. “Mi Casa, Mi Vida” contribuye a ese proceso lanzando “100 mil millones de reales en crédito inmobiliario residencial en dos años, articulado a un programa de subsidios para la compra de 1 millón de unidades residenciales construidas por el mercado privado” (Rolnik, 2015, p. 279). Lo que agrava sus efectos es que, en los gobiernos de Rousseff, este programa llega a convertirse en la principal política habitacional del país, basada en el modelo de promoción de la casa propia a través del mercado y del crédito hipotecario, y además se torna la medida más importante para alentar el consumo.

Finalmente, volviendo a los índices elaborados por la PEIC y el PIDB respecto a quienes no están en condiciones de pagar, se revela el alto grado de endeudamiento, que compromete los ingresos que percibe este sector. En un análisis comparativo con otros países, Paim (2015) distingue como una particularidad brasileña el peso desproporcional de las deudas en el ingreso familiar futuro.¹¹ Es decir, se constata un alto grado de afectación de los ingresos, lo que significa que hay una transferencia continua y creciente de ingresos a las instituciones financieras, como lo describen los datos de la PEIC.

Es justamente este escenario el que otorga fundamento a la crítica que será realizada en la sección siguiente respecto de la financierización de la pobreza como *Landnahme* de un capitalismo en crisis.

¹¹ Otra particularidad son las altas tasas de interés que las instituciones financieras cobran al otorgar los préstamos.

3. Financiarización de la pobreza en tiempos de crisis

En vista de este escenario de endeudamiento generalizado, el cual puede acarrear problemas para la reproducción ampliada del capital, es interesante notar que, en la literatura, el tema del endeudamiento viene por lo general acompañado de recomendaciones relacionadas con la educación financiera y las finanzas personales. En lugar de analizar los procesos estructurales como lo hacemos aquí, los representantes patronales –aquellos que más se benefician con el endeudamiento– tienden a culpar al sujeto.¹² En el caso de formular una crítica hacia el sistema de crédito, a menudo se busca mejorar los criterios de selección de quienes están en condiciones de acceder, o sea, no salimos del argumento del sujeto como culpable, así, dependería del acreedor saber seleccionar a quienes serían menos propensos al incumplimiento. Algunos teóricos de la administración y de la economía acompañan este argumento y agregan incluso la falta de educación o los problemas cognitivos a las causas del endeudamiento, como demuestra la revisión bibliográfica hecha por Carvalho (2016). Lo que esos juicios morales elitistas –y en algunos momentos casi racistas y machistas– no tienen en cuenta es que el crédito ya no es más un recurso excepcional, sino que se ha convertido en un instrumento que sirve para administrar el escaso presupuesto personal y familiar al que muchos están condenados dentro de un orden social tan desigual como el capitalismo contemporáneo. Ante la incapacidad del sistema de absorber de forma digna una porción creciente de la población, el crédito se transformó en otra forma de garantía del consumo, y el consumo, independiente del producto comprado, es siempre necesario¹³ para el capitalismo, porque es la forma por excelencia de las relaciones sociales.

¹² Según el PIDB (SPC Brasil & CNDL, 2016, p. 9): “El principal motivo que generó la deuda vencida está relacionado con las compras impulsivas”.

¹³ Recomiendo la crítica de Williams (2011) a la distinción moral entre un supuesto consumo superfluo en contraposición de uno necesario.

Otro factor que esta línea argumental convenientemente no indica es cuán funcional termina siendo el crédito fácil en el proceso de compra de tiempo para un capitalismo en crisis. Es decir, el crédito y el endeudamiento son necesarios. Se diseñan un conjunto de estrategias y un sistema de pagos para mantener a las personas endeudadas. En ese sentido nos encontramos con altas tasas de intereses (no siempre debidamente explicadas al momento de otorgar el crédito), ofrecimiento constante de tarjetas de crédito, “ventajas” en retiros de efectivo, cuotas automáticas de compras, aplazamientos de pagos, etcétera (Sciré, 2011, p. 74). Para comprender este proceso y para, desde ahí, realizar una crítica al capitalismo contemporáneo propongo abordar la cuestión del endeudamiento como una solución paliativa a la crisis del capitalismo en base a la propuesta de dos autores alemanes contemporáneos: Wolfgang Streeck y Klaus Dörre.

Ambos autores forman parte de una valiosa corriente de revisión sociológica que actualiza la discusión sobre capitalismo. Durante un tiempo, los numerosos giros y vueltas de la teoría social mantuvieron a la sociología apartada de ese fenómeno central para la vida cotidiana. Entre 1960 y 1970, las ciencias sociales vivenciaron un giro anti-productivista que relegó el problema de la propiedad a un segundo plano. Tal vez el caso de Habermas sea el más paradigmático, puesto que en el seno mismo de la teoría crítica se defendió que el camino para evitar los problemas del economicismo sería soslayando el capitalismo (Gonçalves, 2014). En términos de procesos históricos, para Pierson (2015), el apartamiento de los asuntos relativos a la propiedad coincide con el declive del bloque comunista. En esa etapa, hasta la antigua Unión Soviética comenzó a aceptar el consenso implícito de que la vida se organiza bajo el precepto incuestionable de la propiedad privada. Pero hoy la crítica a la propiedad reclama lentamente espacio dentro el análisis social. En ese contexto, para Streeck (2016c) es importante que la sociología reubique a las discusiones económicas en un lugar destacado, pues a ella le cabe la misión pública de crítica al neoliberalismo. El mismo lugar es reivindicado por Dörre, junto con Rosa y Lessenich (2015), quienes advierten

sobre la poca preparación de la sociología para lidiar con la crisis económica de los años 2007 y 2008.

A continuación, recorreré las formulaciones de Streeck (2016a, 2016b, 2016c) para analizar la crisis que atraviesa el capitalismo desde fines de la década de 1960. Aunque sus análisis resulten excesivamente eurocéntricos,¹⁴ son esclarecedores de las tendencias y fenómenos hegemónicos del capitalismo global. Para el autor, estaríamos sometidos a tres tendencias de largo plazo que intensifican la crisis del capitalismo: caída de la tasa de crecimiento económico, mayor endeudamiento en los principales estados capitalistas y aumento de las desigualdades. Estas tendencias se refuerzan mutuamente, lo que resulta en una dificultad cada vez más grande para el capital, de poder sustentar su necesidad de acumulación constante. Asimismo, indicaría que, desde 1970, no estamos más frente a una de las crisis cíclicas del capital y sí frente a una crisis de carácter sistémico (Streeck, 2016b), lo cual, yendo más lejos aún, significa para este pensador, el fin del capitalismo. Revivir la tesis del fin del capitalismo resulta un tanto arriesgado. No obstante, tal argumentación se basa en la definición del capitalismo como un

¹⁴ Al comienzo de uno de sus principales libros, *Comprando tiempo*, Streeck deja bien delimitado que está hablando de los países ricos centrales, no obstante me parece que esta es una elección incoherente con la forma en que define el capitalismo. Sería necesaria una lectura global si pretende discutir el capitalismo como un sistema que “rompe fronteras” en su mercantilización de todo y de todos. En sus análisis los países periféricos aparecen apenas en algunos momentos, y solo cuando ilustran sus diagnósticos de las crisis. Esa lectura eurocéntrica se debilita tanto al soslayar las desigualdades internacionales en los treinta gloriosos años como en la manera en que los países periféricos pueden ser escenario de nuevas soluciones temporarias a la tensión entre capitalismo y democracia. Sabemos que la periferia no está obteniendo tasas de crecimiento tan elevadas y que la financiarización es un fenómeno que afecta a todos, pero vemos particularidades en cuanto a los procesos que tienen lugar en cada país. En Brasil, el lulismo y todo lo que viene después de su declive es prueba de eso: de cómo no es posible simplemente replicar el modelo histórico que pasa por la inflación, por el endeudamiento público, y después por el privado (por más de que esas tres “soluciones” paliativas para la crisis existan entre nosotros). Con esta forma de análisis, Streeck toma a Occidente como la realidad de su análisis (“desarrollado”/“industrializado”), pero hace generalizaciones sobre el “contexto internacional” olvidando que este es mucho más grande y más diverso que ese “Occidente” y que el mercado financiero que en él actúa.

fenómeno histórico que puede colapsar por sí solo, sin que medie una decisión colectiva vía decreto como fue pensado por el leninismo. En una línea de razonamiento similar a la de Polanyi (1994) y sus mercancías ficticias,¹⁵ señala Streeck (2016c) que el capital necesita fuerzas contrarias a su ímpetu de constante acumulación para equilibrar el proceso, y evitar su colapso. Sin embargo, la “victoria de Pirro” del capitalismo fue debido a su extrema eficiencia para acabar con cualquier agencia que pudiera estabilizarlo o limitarlo. De esa manera, el fin del capitalismo no es un acontecimiento, sino un proceso en el cual podrían desaparecer sus características principales, o sea, viviríamos cada vez menos en un sistema de “optimización racional individualizada de los beneficios competitivos en busca de la acumulación del capital, por medio de un ‘proceso de trabajo’ que combina capital de propiedad privada con fuerza de trabajo mercantilizada”¹⁶ (p. 58).

Streeck propone una periodización de esta crisis sistémica, la cual utiliza como estrategia la “compra del tiempo”, buscando con ello contrarrestar su agravamiento. El inicio, desatado a principios de la década de 1960, cuando todavía el movimiento sindical era fuerte y se consiguen avances importantes en los países del capitalismo central de la pos-Segunda Guerra Mundial, los gobiernos elevaron las tasas de inflación para garantizar el pleno empleo y administrar los conflictos entre capitalistas y trabajadores ante la caída del crecimiento económico. En un segundo momento, que corresponde al tránsito en las décadas de 1970 y 1980, los gobiernos adoptaron medidas deflacionistas que elevaron el desempleo, y al mismo tiempo, el movimiento sindical tuvo un declive de su proyección política. El comienzo de la era neoliberal trae consigo, el aumento de la deuda

¹⁵ Polanyi (1994) argumenta que el establecimiento de un mercado autorregulado requirió de la transformación del trabajo, la tierra y el dinero en mercancías ficticias. Este proceso sería un promotor de crisis para el capitalismo, dado que antes de mercancías, el trabajo es una actividad humana, la tierra es el entorno en el que existen las sociedades y el dinero es un instrumento de intercambio y reserva del poder adquisitivo. Tratarlos como mercancías sería perjudicial, puesto que el mercado no es una entidad competente para regularlos.

¹⁶ Esta y todas las demás citas de textos escritos en otros idiomas fueron traducidas por mí.

pública, recurso utilizado para apaciguar los conflictos y permitir que el gobierno atienda las demandas sociales. En un tercer momento, a principio de la década de 1990, hay un aumento del endeudamiento privado, gracias a la facilidad del acceso al crédito, para responder a obligaciones del estado. El último momento, es el que se inicia con la crisis de 2008, donde nuevamente hay un incremento tanto de la deuda como del déficit público, en respuesta a la avaricia del mercado financiero que constantemente exige un retorno a la austeridad fiscal. Actualmente, las prescripciones continúan siendo neoliberales y apuntan a multiplicar las medidas de austeridad para los “muchos” combinando grandes incentivos para los “pocos” (Streeck, 2016a, 2016b).

El autor demuestra que en todos los períodos de la crisis hay un uso del dinero para retardar sus efectos –de ahí el uso de la expresión “compra del tiempo”–, o sea, en las últimas décadas, el proceso creciente de financiarización está relacionado con las tentativas de contener los conflictos sociales. Una de esas soluciones monetarias –y paliativas– fue el endeudamiento privado. Con él, a través de una anticipación del poder adquisitivo, el estado estimula el endeudamiento para compensar las pérdidas históricas de los trabajadores en relación al capital y al estado de bienestar social. Por lo tanto, la “concesión generosa de crédito a las familias” (Streeck, 2016a, p. 37) tenía como objetivo garantizar una calidad de vida mínima para la población, sin embargo financiada por crédito.¹⁷

¹⁷ Aún con las importantes ganancias de los trabajadores durante el lulismo, para demostrar la necesidad del crédito por causa de los bajos ingresos de la población en la fase final de los gobiernos de Rousseff, basta retomar algunos de los datos reunidos por Singer. En 2015, “la cantidad de personas en situación de extrema pobreza pasó de 7,9% a 9, 2% aquel año. Aunque la crisis requiere de más protección para los de más abajo, el valor del Bolsa Familia (BF) fue congelado y el número de beneficiarios que crecía constantemente desde 2004, se estancó. El desempleo aumenta un 38%, sacando a casi 3 millones de personas del mercado laboral y, concomitantemente el seguro de desempleo, la prestación por enfermedad y la pensión por fallecimiento sufren recortes. El trabajo informal vuelve a instalarse, elevándose un 4,6% el número de trabajadores por cuenta propia, después del crecimiento del número de empleos formales del 40 al 51% de la Población Económicamente Activa (PEA) entre 2002 y 2012. La retracción saca a 3.7 millones de personas de la clase C” (Singer, 2018, p. 30).

Anteriormente vimos, de forma más general, que ese proceso en Brasil, gobernado por Rousseff, ha tenido como caso paradigmático el programa “Mi Casa, Mi Vida”. Ahora bien, una especificidad importante del caso nacional es que, como no es posible hablar de una consolidación del estado de bienestar social en Brasil, la financiarización popular, como promesa de inserción social se intensificó en un escenario inicial de bastante precariedad, o sea, fue una promesa basada en una ilusión. Lo que me lleva a la conclusión de que, mirando Brasil a partir de Streeck, parece claro que una de sus tesis principales resulta ciertamente problemática. La discusión de este autor acerca de la crisis estructural del capitalismo se formula a partir de un antagonismo entre democracia y capitalismo. Para Streeck (2016a), la crisis que vivimos sería fruto de una embestida del capital frente a los avances obtenidos por los trabajadores durante el período social-demócrata de la post Segunda Guerra Mundial. Las reformas neoliberales que siguieron a esa embestida habrían intensificado el conflicto entre el estado (keynesiano) responsable por la regulación del mercado y el propio mercado. De acuerdo con este análisis, la crisis debería ser entendida considerando un capital que actuó para garantizar el aumento de sus beneficios con la disminución de los beneficios de los trabajadores. Con eso, el poder de negociación de los trabajadores se fue minando cada vez más lo que, como vimos, permitió al capitalismo tener una “victoria de Pirro”, pues habría sido tan eficiente que acabó con aquellas fuerzas que garantizaban su existencia. Hay en este diagnóstico un problema fundamental: la dificultad que significa partir de Streeck para realizar una comprensión del papel central que jugó el estado en la consolidación del neoliberalismo. Me parece ver en el autor cierta nostalgia keynesiana,¹⁸ donde el capital es muchas veces presentado como un

¹⁸ En esto se reflejan algunas propuestas normativas para controlar la liberalización del capitalismo, próximas a la socialdemocracia. En términos más programáticos, la crítica de Streeck a los males derivados del fin del capitalismo no sería una búsqueda para superarlo, sino una melancolía frente a la pérdida de lo que un capitalismo de “pleno empleo” fue capaz de lograr. Vinculado a ese reformismo, está el hecho de que

actor extremadamente cohesivo y reflexivo que iría en contra de las políticas estatales. De la noción de Streeck se observa una concepción reactiva del estado de las últimas décadas, del neoliberalismo como un conjunto de mercados autorregulados y como desmantelamiento del estado interventor (Celik, 2016).

Pero, el caso brasileño es sumamente ilustrativo de la participación estatal en el establecimiento y en el sostenimiento de un neoliberalismo financiarizado en crisis. Para traer esta discusión al territorio nacional retomemos la historia de la financiarización en Brasil. Se sabe del rol importante que los gobiernos de Fernando Collor de Mello y Fernando Henrique Cardoso han tenido para sedimentar la financiarización en un proceso que destruyó y parasitó el sistema de acumulación anterior basado en la sustitución de importaciones. Sin embargo, como lo demuestra Lavinás (2017), fue justamente el lulismo el actor decisivo de la financiarización. Según esta autora, el ápice de la financiarización surgió asociado a un proyecto político que se definía como reformista, progresista y contaba con una amplia base política popular. La “paradoja brasileña” es la interdependencia nacional entre la financiarización y las políticas sociales.

En ese contexto, las políticas sociales se orientan más a los problemas del mercado que a la provisión de aquellos que más lo necesitan. En lugar de una provisión directa de servicios, se adoptó un modelo de transferencia monetaria para los pobres que de este modo se vuelven responsables de la compra de todo aquello que necesitan. Así, se intensificó la inclusión financiera de individuos antes apartados de servicios como la tarjeta de crédito, los préstamos personales

Streeck reduce muy rápidamente la democracia a la social-democracia (Celik, 2016). Al pensar la política principalmente en términos de elecciones y luchas sindicales, ignora una serie de luchas que han ocurrido en los últimos treinta años y que pueden ser relacionadas con las formas que la crisis viene tomando. Sin tener que salir de Europa, la presión política ejercida por el movimiento antiglobalización y el ciclo de protestas posterior a 2008 no fue insignificante. Por mucho que esté de acuerdo en que, en términos hegemónicos, hay un esfuerzo constante por reducir la política a las urnas, el pesimismo de la razón en Streeck lo cegó para ver importantes fenómenos de negociación colectiva.

y seguros. De esta manera, en vez de la provisión de bienes y servicios públicos, el estado fue el promotor de gastos con respaldo crediticio. Por consiguiente, la financiarización reforzada durante el lulismo configura la importancia creciente y el alcance de las finanzas para la economía nacional, de la mano de una “racionalidad financiera” con efectos particularmente negativos para el trabajo, las inversiones productivas y la economía en general. Como hemos visto también, en el ámbito del consumo, la financiarización significó un incremento de las facilidades para la contratación de créditos. Entre los resultados obtenidos por ese tipo de acumulación, debo destacar uno especialmente relevante para este análisis: el aumento de la relación deuda/ingresos, lo que ocurre para compensar el estancamiento o la caída en las ganancias de la población pobre.

Sobre este tema de la financiarización, Streeck (2016c) señala que la crisis de 2008 es una demostración del problema de una excesiva mercantilización del dinero. Para él, estamos viviendo los efectos globales fruto de la transformación de un suplemento ilimitado de crédito barato en productos financieros cada vez más sofisticados que derivaron en una burbuja inmobiliaria. Con los Estados Unidos como su centro, más el comienzo de la desregulación de los mercados financieros en la década de 1980, la financiarización fue vista como una posibilidad para garantizar el crecimiento. Pero, sus efectos han sido en cambio el aumento de las desigualdades y un crecimiento desproporcional del sector bancario. Al igual que en Brasil durante el lulismo, allí se alentó a los estadounidenses pobres a endeudarse masivamente. El resultado es conocido: después del estallido de la burbuja, muchas de las personas endeudadas perdieron sus hogares, mientras que muchas de las corporaciones financieras recibieron auxilios estatales para continuar con sus actividades.

Del mismo modo que Streeck (2016c), Lavinás reconoce el lugar central del consumo en la era de la financiarización, práctica que sería responsable de hacer “girar la rueda” de la acumulación financiera, pues la productividad perdería fuerza con el capital interesado prioritariamente en el rentismo. El avance de la propuesta

de la autora frente a la de Streeck, fue demostrar que el consumo y la financiarización de la vida cotidiana han sido profundamente estimulados por las políticas estatales, inclusive por aquellas que aparentemente serían resquicios de tipo sociales-demócratas como las políticas de asistencia social. Vemos, de esta manera, que una característica importante del neoliberalismo brasileño es la forma en que se forjó, en colaboración con actores que construyeron el desarrollismo social.¹⁹ Esto no invalida completamente las formulaciones de Streeck, pero las reconfigura, puesto que en territorio nacional la “compra del tiempo” por parte del capitalismo pasó también por las políticas sociales y el endeudamiento colateral. Una financiarización, por tanto, particular, en comparación con la del contexto europeo, dado que ocurrió en simultáneo con algunas mejoras salariales para los trabajadores. Ello nos coloca frente a una paradoja.

4. Financiarización de la pobreza como *Landnahme*

Si con Streeck constatamos la importancia del endeudamiento para un capitalismo en crisis, la segunda parte de mi argumento principal pretende concentrarse en cómo funciona este proceso. Para ello acudo al concepto de *Landnahme*,²⁰ tal como fue formulado por Dörre

¹⁹ Tesis que constituye un importante contrapunto a lo señalado por Singer (2018), en cuanto a que Rousseff habría sufrido un *impeachment* por haber “pinchando jaguares con palos cortos”. Por el contrario, para Levinas, el desarrollismo social debe ser leído como un eficiente modelo de crecimiento en tiempos de financiarización. Por desarrollismo social, Levinas entiende un nuevo ciclo de crecimiento económico forjado desde el año 2003, y basado en la búsqueda de tres frentes de expansión: consumo masivo, recursos naturales e infraestructura.

²⁰ Sobre la dificultad de traducir el concepto de *Landnahme*, ver Gonçalves (2017), donde el autor explica que no sería posible igualar el término al de *land grabbing*, precisamente porque, en la discusión alemana, el sentido de terreno es figurado, siendo más abarcativo que la tierra en sí. Otros usos alternativos ya fueron ensayados por Gonçalves en este debate sobre el concepto de Dörre, como “despojo del espacio” y “expropiación capitalista del espacio”. Decidí adoptar el término original en alemán para resaltar el foco del capítulo atendiendo a la especificidad del concepto de Dörre.

(2015, 2016). Según su significado original, el término alemán quiere decir apropiación de la tierra o adquisición de la tierra, aunque el autor lo adopta en un sentido figurado en referencia a “ganar terreno” (Dörre, 2016). El mismo alude a un movimiento constante, que es inherente al desenvolvimiento del capitalismo, de expropiación de un otro no capitalista, es decir, de ocupación de un externo para su explotación y comercialización. Para el autor, este concepto supone actualizar la discusión sobre la acumulación primitiva. Comprendido de esta forma, la acumulación primitiva no habría sido únicamente un proceso de transición del feudalismo al capitalismo como lo pensó Marx (2013), sino que se actualiza constantemente debido a la doble necesidad de producción de excedente y de mercados capaces de absorber ese excedente. Lo que sería, en Marx, un acto originario extremadamente violento basado en el despojo, responsable de fundamentar las posibilidades de reproducción del capital, se transforma, en la teorización de Dörre, en un proceso siempre actualizado en la historia del capitalismo, sin perder su carácter violento. De este modo, Dörre comparte con Streeck el diagnóstico según el cual el crecimiento económico es una fuerza propulsora de las crisis.

El concepto analítico de *Landnahme* forma parte de un desarrollo crítico con una historia previa a Dörre; Luxemburgo (1970) y Harvey (2009) antes ya habían dado pasos importantes en ese sentido. Luxemburgo hizo una contribución inicial en pos de plantear la superación de la idea de que el modelo de acumulación primitiva incumbe solo a la pre-historia del capitalismo. La autora explicó la necesidad que tiene el capitalismo de siempre recurrir a algo externo a él, dado que el proceso económico solo puede realizar una parte del movimiento de acumulación. Sobre la base de este argumento, elabora una crítica importante hacia los procesos de absorción de territorios periféricos que ocurren a nivel global, impulsados por los centros del capitalismo. O sea, defendió la tesis que afirma que la necesidad constante de acumulación se relaciona con el imperialismo. Ya el propio Harvey, al reemplazar el concepto de “acumulación primitiva” por el de “acumulación por desposesión”, resalta la continuidad de la acumulación a través

de un debate sobre el “nuevo imperialismo”. Este proceso depende de continuos ajustes espaciotemporales para lidiar con el problema de una constante sobreacumulación del capital. Sin embargo, hay momentos en que esos ajustes no se dan por impulso de bases sustentables de reproducción, de ahí que el capital recurre a la desposesión para poder dar continuidad a su eterno esfuerzo de valorizar el valor.

De esta manera, Dörre, reivindicando críticamente las obras de Luxemburgo y Harvey, sostiene que el capitalismo produce activamente un no capitalista como forma de dar continuidad al *Landnahme*. En otras palabras, la expansión capitalista exige nuevos territorios no-capitalistas, lo que lógicamente podría llevar a esa expansión hasta un límite, dado que llegado el momento todo lo externo se transformaría en interno. Sin embargo, este límite logra ser superado cuando el propio capitalismo crea espacios no-capitalistas, para enseguida someterlos, otra vez, a una *Landnahme*. Esta dialéctica interno/externo, ese constante desplazamiento de fronteras es un movimiento del capital, pero siempre depende de la intervención estatal, de la violencia estatal.²¹ Constituye un punto central de la crítica a las teorías liberales del capitalismo y en él vemos plasmadas claramente las formulaciones de Polanyi sobre el papel del estado en la conformación de un mercado capitalista. En palabras de Dörre, “incluso en sus comienzos, el capitalismo nunca fue una economía de mercado auto-regulable. El Estado actuó en todo momento como una partera, indispensable para el nacimiento de un nuevo modo de producción, asegurando además que la formación del mercado tuviera lugar bajo condiciones de asimetrías estructurales de poder” (Dörre, 2015, p. 555). Parece evidente que, en sus teorizaciones, Dörre realiza un doble movimiento de aproximación y distanciamiento en relación a Polanyi (1994). Si bien ambos coinciden en la necesidad de expansión del capitalismo y en que esa expansión se encuentra mediada por intervenciones políticas, Dörre no considera irreversible el proceso de mercantilización.

²¹ En ese sentido, Dörre es un importante contrapunto al problema identificado en Streeck relativo a la participación del estado en los procesos de acumulación del capital.

En resumen, la formulación de Dörre sobre la dinámica capitalista resulta sumamente útil para comprender la financiarización de la pobreza durante los gobiernos de Rousseff. Dicho por Gonçalves (2017, p. 1051): “se trata de la acumulación del capital a través de la expropiación de espacios no capitalistas existentes o producidos activamente”. Este es, como dijimos, un proceso que depende de intervenciones estatales, regulaciones y violencia. En él hay en juego una dialéctica entre el adentro y el afuera, donde la acumulación exige una constante expropiación de aquello que es externo. Defenderé ahora que la financiarización de la pobreza es un eficiente procedimiento de inserción y expropiación de dominios que antes eran externos al proceso de acumulación capitalista.

Dörre concibe el 2008 como la culminación de un proceso de *Landnahme* de lo social, que surge en 1973 con el fin del fordismo. En ese período, la *Landnahme* involucró la privatización de aquello que el estado de bienestar social había producido como externo a la explotación de la propiedad privada. La intervención del estado en la creación de bienes públicos fue la producción de uno externo, no explotable por la propiedad privada, que luego se convirtió en explotable por el capital. Por fuera de eso, la financiarización creó nuevos instrumentos de desposesión de familias e individuos promoviendo una redistribución de la riqueza de abajo para arriba. A partir de estas observaciones, podemos verificar con mayor claridad la importancia de la financiarización de la pobreza para un capitalismo en crisis. El endeudamiento privado se introduce como uno de esos instrumentos de desposesión, tornándose, por tanto, parte del proceso de *Landnahme*, teniendo en cuenta que se dio una expansión de la mercantilización de los servicios a través de la inserción de aquellos sujetos que permanecían relativamente afuera en las décadas anteriores. Podríamos volver nuevamente a la cuestión del crédito inmobiliario para anclar esta crítica al contexto brasileño²² –o discutir el

²² Según Rolnik (2015, p. 14), “la propiedad inmobiliaria (real estate) en general y la vivienda en particular configuran una de las más nuevas y poderosas fronteras de la expansión del capital financiero”.

aumento del endeudamiento estudiantil–, aunque también podemos ilustrar este proceso a través de la expansión de los microplanes de salud dirigidos a las poblaciones de bajos ingresos. En ese caso, un servicio que no era comercializable, como es el acceso a los cuidados médicos, se transforma en mercancía. Como generalmente el pago de estos gastos provoca un cierto grado de compromiso a la hora de usar los ingresos (Costa, 2017), no es difícil ver cuánto el crédito está relacionado con una *Landnahme* de predominio financiero.

Retomemos rápidamente la historia del sistema de salud que fue creado en Brasil muy recientemente. Antes de la Constitución de 1988, solamente los trabajadores formales que contribuían con el INSS tenían acceso a los hospitales públicos. Los más necesitados debían transitar por las instituciones filantrópicas para obtener una atención, por lo demás, bastante limitada si consideramos la que recibían quienes sí conseguían la cobertura de los servicios. El mercado privado de salud ya venía creciendo desde la década de 1960, pero fue con la crisis de 1980 que tuvo una significativa expansión de sus actividades. Los planes de salud privados se convirtieron cada vez más en una realidad en la vida de los brasileños. Así, sobrevino una expansión y diversificación en la actuación de las aseguradoras, las que a su vez fueron beneficiadas con subsidios indirectos y con planes pagados para sus empleados públicos. La Constitución de 1988 significó un contrapunto a esta impronta privatizadora al disponer la creación del Sistema Único de Salud (SUS). La propuesta apuntó a diseñar un sistema público comprometido con un tipo de cobertura universal y de acceso igualitario. Sin embargo, desde sus inicios, el SUS viene enfrentando una serie de problemas de subfinanciamiento. Asimismo, gracias a los incentivos fiscales del gobierno, una parte del presupuesto destinado a la salud se transfiere a la iniciativa privada²³ (Lavinias, 2017).

²³ Según Lavinias (2017, p. 136), entre 2003 y 2013, “casi un tercio del presupuesto potencial del gobierno federal para actividades relacionadas con la salud fue desechado [...], en una maniobra que benefició principalmente el consumo privado de medicamentos por parte de las familias más prósperas del país”.

Es en este escenario, donde se da la *landnahme* en un movimiento concomitante y doble de privatización y endeudamiento. Desde el punto de vista de Lavinas (2017), el proceso de privatización de los servicios de salud se logró consolidar durante el lulismo por dos tendencias convergentes. La primera fue el apoyo brindado a dicho proceso por los sindicalistas, pues en la demanda de planes de salud privados –entendiendo que estos les correspondían a los empleados y sus familias como beneficios indirectos– negocian con las corporaciones y con el estado. La segunda tiene que ver con que las compañías de seguro y sus aseguradoras advirtieron que se abría una interesante oportunidad de negocio dado el aumento en los ingresos de las clases más bajas, de ahí que diseñan planes con menor cobertura y a precios más bajos.²⁴ Aquel sector que nunca antes había tenido acceso al mercado de salud –los de “afuera” según la dialéctica presentada por Dörre– terminan siendo incluidos a través de los microplanes. “Ese, en el área de servicios de salud, fue el camino de transición para una sociedad de consumo en masa: a través de la adquisición de planes de salud y filiación a la industria de seguros” (Lavinas, 2017, p. 137).

Con esa masificación se intensifica la dependencia de los brasileños más pobres respecto a los servicios privados, a pesar de que los costos médicos crecieron un 8% entre 2003 y 2014, mientras, que en el mismo período, el promedio de suba de salarios fue del 1,9% (Lavinas, 2017). La consecuencia es un mayor compromiso de los ingresos

²⁴ Los datos presentados por Lavinas (2017, p. 41) son bastante ilustrativos: “el sector de seguros floreció: llegó a representar el 4 por ciento del PIB en 2013, después de un largo período de estancamiento de cerca del 2 por ciento desde la década de 1990. Al mismo tiempo, la presencia brasilera en la industria global de seguros creció de 0.2 por ciento en 2002 a 2 por ciento en 2013. Como es bien sabido, una de las formas en que funciona la financiación moderna es expandiendo su alcance de seguro. En 2003, 31,6 millones de brasileros tenían planes de salud privados, mientras que 3,7 millones tenían planes odontológicos privados. Para 2014, estos números habían aumentado a casi 50 millones y 20,2 millones de planes privados, respectivamente. Además de esta multiplicación vertiginosa de la cantidad de planes privados, debe observarse el aumento de los ingresos de las empresas privadas de salud, por más del doble entre 2003 y 2014, pasando de R \$ 63 mil millones a R \$ 150 mil millones (en valores correspondientes a diciembre 2015)”.

en servicios médicos financiarizados, y es además uno de los factores que contribuyen al aumento del endeudamiento. Esto, a menudo derivó en un intento de lidiar con tales deudas mediante la contratación de otros créditos consignados, para aquellos que pueden usar esta línea de crédito. Vemos, por lo tanto, en este ejemplo, cuan imbricadas y complejas son las relaciones entre mercado y estado en materia de promoción de la financiarización y del endeudamiento. Hay una confluencia perversa en el capitalismo contemporáneo brasileño, entre el debilitamiento de los servicios estatales, el aumento del acceso al crédito y la proliferación de servicios privados (de salud).

5. Palabras finales: la política del endeudamiento

Como reflexión final propongo un breve retorno al sujeto, pero desde un enfoque diferente al que plantea la “educación financiera”. Esto me permitirá una crítica final a la política del endeudamiento que viene dominando la vida social en las últimas décadas. Para ello propondré un leve movimiento de dislocamiento de la sociología económica, hacia la sociología política y, de esa manera, espero dejar claro cuan emparentados están los aspectos políticos y económicos con el fenómeno analizado.

Comencemos por reforzar la crítica principal del capítulo en relación a un diagnóstico que para nosotros resulta problemático. El aumento del endeudamiento popular durante el lulismo en ciertas ocasiones se evalúa positivamente, pues habría sido un impulsor del consumo, por ende constituye un problema solo en etapas de crisis, cuando las familias dejan de tener la capacidad de cancelar sus deudas.²⁵ Pero, recordemos que crédito no es crecimiento de ingresos,

²⁵ A pesar de las reiteradas críticas realizadas a los gobiernos del PT, Carvalho (2018) es un ejemplo de esta defensa. Otro ejemplo paradigmático lo encontramos en el discurso de Rousseff pronunciado en Davos, en 2014, donde dijo: “Nosotros, en Brasil, tenemos un sistema financiero sólido, con altos niveles de capital, liquidez y provisiones, lo que contribuyó a la expansión sostenible del crédito a lo largo de los últimos años. Este sistema también es eficiente, con la participación armoniosa de bancos privados e instituciones

sino anticipo de ingresos, es decir, compromiso de ingresos futuros. Y, como vimos, las crisis dejaron de ser una excepción. Por el contrario, el endeudamiento popular, desde el momento de su adquisición, constituye un problema cotidiano de muchas familias brasileñas, las más de las veces resuelto temporariamente a través de más crédito (Sciré, 2011). Además, en tiempos económicos recesivos, el endeudamiento popular puede ser fruto de la inseguridad e inestabilidad económica, ya que las deudas tienden a crecer rápidamente ante las dificultades que presentan los ingresos (Lavinias, 2017).

De esa manera, la deuda es una productora de subjetividades de “vidas hipotecadas”: “una nueva subjetividad producida por los mecanismos disciplinares que sujetan la propia vida al servicio de la deuda” (Rolnik, 2015, p. 40). Uno de los mecanismos centrales sobre el que se apoya esa producción de subjetividades es justamente el uso del crédito rotativo. A través de él, hay un proceso constante de posponer la deuda a través de otras deudas y pagar el mínimo necesario para poder seguir teniendo acceso al crédito. Muchas veces se utilizan tarjetas de créditos para prolongar las cuotas para el mes siguiente, asegurando que el salario de cada mes esté comprometido con el pago de los gastos del mes anterior. Esto genera un cambio en la forma de gestión de ingresos que Sciré (2011) analiza como el pasaje de un esquema “ahorro>crédito>consumo” a otro de “crédito>consumo>deudas”. En el primero, el ahorro era el estructurador de la relación, mientras que en el segundo lo es el consumo inmediato. Así, surge una forma distinta de relacionarse con los bienes: “pago de facturas>liberación de la tarjeta>nuevas compras”. De esa forma, el consumo pasa a ser una práctica que se despega de los rendimientos efectivos del trabajo, en virtud de que esta puede realizarse por medio de la contracción de más deudas, aunque, bajo esa forma, la relación de dependencia siempre se agrava. El ejemplo generalmente utilizado para explicar lo

públicas, bancos privados nacionales y extranjeros. Estas instituciones han jugado un papel importante en los últimos años, especialmente el sistema financiero público en tiempos de turbulencia de los mercados financieros internacionales” (O Globo, 2014).

que hoy sería un trabajo equivalente a la esclavitud se convirtió en el estructurante del capitalismo contemporáneo, porque –guardadas las debidas distancias y hechas las debidas abstracciones– cada vez más personas se asemejan al trabajador rural, quien no puede deshacerse del patrón porque siempre tiene deudas en la tienda del patrón, deudas que son impagables por el escaso salario que recibe.

Es importante subrayar esta cuestión, porque, más allá de los aspectos de carácter económico tratados hasta ahora, el endeudamiento debe también ser criticado en su dimensión más política: es una técnica de control de la población bajo dominio del neoliberalismo. Diría Lazzarato, en ese sentido, que las deudas funcionan como mecanismo de producción y gobierno de subjetividades individuales y colectivas (Lazzarato, 2017). Por lo tanto, la deuda sería el principal lazo social en el neoliberalismo. En una sociedad de endeudados, hay una relación de poder ciertamente desigual inherente a la relación acreedor-deudor. La población, cada vez más sujeta a través de las deudas, muestra cada vez menos reacciones cuando se enfrenta a presiones, ajustes y austeridades. La deuda es, por lo tanto, un mecanismo de gubernamentalidad que reduce la incertidumbre proveniente de los gobernados, lo que demuestra nuevamente el importante papel desempeñado por el Estado en la configuración de un neoliberalismo financiero y los beneficios que obtiene en ese proceso. Este control implica un monitoreo constante de la población sobre la base de una variedad de mecanismos financieros. Así ocurre con las tarjetas de las tiendas que cuentan con precios diferenciados; al mismo tiempo que las tiendas promueven la fidelidad, también logran trazar el perfil de sus consumidores. “Lo que muestra cómo las tarjetas ya no son un mero producto crediticio, sino una herramienta de relación entre las empresas con sus consumidores” (Sciré, 2011, p. 69). Esa es la vida del “hombre endeudado”²⁶ (Lazzarato, 2017), construido a la vez como responsable y culpable de su destino.

²⁶ Para encontrar un interesante desarrollo feminista de la crítica del “hombre endeudado” teniendo en cuenta las particularidades de género en este proceso, recomiendo el análisis de Jepson (2019) sobre el caso de Argentina.

Del caso brasileño aquí analizado es posible imaginar una subjetividad construida a partir de una política de endeudamiento aplicada al sector analizado por la PEIC, donde saben que “no pueden pagar” sus deudas. Al respecto, Lavinás (2017) llama la atención sobre el hecho de que la población objetivo de muchos proyectos relacionados con la política de endeudamiento son mujeres beneficiarias del programa “Bolsa Familia”, pensionistas, jóvenes y adultos vulnerables. En consonancia con una lógica neoliberal que coloca la responsabilidad en el individuo, durante el lulismo, se repartieron libros didácticos “para la escuela primaria sobre cómo forjar un abordaje disciplinado del consumo y el ahorro”, y también aplicaciones “para controlar el presupuesto familiar y personal” (p. 87) que fueron dirigidos a beneficiarios del programa “Bolsa Familia” y adultos mayores.

Queda claro que esta política de endeudamiento está estrechamente ligada con lo que Streeck (2016c) denominó una “política de consumo”. Ese sujeto que se endeuda es el sujeto cuya principal sociación²⁷ está en el consumo personalizado. Después de la crisis del fordismo, que fue el modelo productivo basado en la estandarización de los productos, el mercado pasa a promover una fuerte diversificación de los productos y transforma la compra en un acto de auto-identificación y auto-presentación. Una vez que el sujeto reflexiona acerca de sus opciones personales, compra afirmando su identidad, al mismo tiempo que se une fugazmente a las comunidades de consumidores. Vale subrayar que una asociación para el consumo es un proceso que refuerza y se ve reforzado por el neoliberalismo financiarizado, ya que respalda los procesos de atomización del individuo.²⁸ Convertido el consumo personalizado en uno de los

²⁷ Streeck (2016c, p. 102) retoma el concepto de *sociación* de Simmel que quiere decir “una forma de conectarse con los demás y, por lo tanto, de definir su posición en el mundo”.

²⁸ Algo que es muy diferente del propagado incremento de libertad de estos sujetos, como se nota por la confluencia de una política de consumo y una política de endeudamiento. Streeck (2017) es uno más de los que marcan la cooptación de los ideales de 1968, señalando cómo el ideal de la liberación del individuo se ha convertido en una técnica eficiente para mantener el consenso.

principales pilares de la identidad, los vínculos sociales se vuelven cada vez más fragmentarios. Esto también fue afectando la relación con el Estado, puesto que el ciudadano poseedor de derechos terminó perdiendo espacio, cediéndoselo al consumidor de productos estatales. De esta manera, el endeudamiento, importante facilitador de ese consumo, y la *Landnahme* del Estado le estrecha nuevamente sus manos a un capitalismo en crisis, la cual vivenciamos desde la década de 1970.

Para concluir, cabe hacer aquí la siguiente advertencia: la crítica realizada a lo largo de este trabajo no pretende caer en una solución pragmática. La ironía del proceso descrito puede percibirse en que si el complemento del ingreso popular pasa cada vez más por soluciones financiarizadas, un simple corte de esas soluciones significa la reducción de ese complemento, pero no la resolución del problema que radica en un ingreso popular insuficiente. Se sabe que la disminución del acceso al crédito puede generar efectos negativos para el propio capital, dado que el endeudamiento es a menudo una solución para suplir problemas de demanda efectiva cuando el poder de compra de los consumidores disminuye, pero sin generar mejoras en la vida de los estratos brasileños más pobres. Teniendo en cuenta que en Brasil, las poblaciones de bajos ingresos son constantemente apartadas de una vida digna por las sucesivas “reformas” y explotaciones cotidianas, esta situación parece situarnos en un callejón sin salida, aún más en los últimos tiempos, que vienen demostrado a diario quiénes serán los más afectados por las políticas gubernamentales. Sin embargo, para continuar con su régimen de acumulación desigual, el capital es creativo para encontrar grietas por donde escapar. La pregunta que queda es: ¿hasta cuándo podrá seguir comprando tiempo?

6. Bibliografía

Carvalho, H. (2016). As causas do endividamento da baixa renda no município de Floriano-PI, Dissertação de Mestrado, Universidade Estadual do Ceará.

Carvalho, L. (2018). *Valsa brasileira: do boom ao caos econômico*. São Paulo: Todavia.

Celik, T. (2016). From Frankfurt to Cologne: On Wolfgang Streeck and the crises of democratic capitalism. *Thesis Eleven*, 137(1).

CNC. (2019a). Endividamento da famílias em março é o maior desde setembro de 2015. <http://cnc.org.br/noticias/economia/endividamento-das-familias-em-marco-e-o-maior-desde-setembro-de-2015>

CNC. (2019b). Sobre a CNC: o que é a CNC? <http://cnc.org.br/cnc/sistema-comercio/sobre-cnc>

CNDL. (2019). Histórico. <http://site.cndl.org.br/institucional/historico>

Costa, N. (2017). Austeridade, predominância privada e falha de governo na saúde. *Ciência e Saúde Coletiva*, 22(4).

Dörre, K. (2015). A nova Landnahme. Dinâmicas e limites do capitalismo financeiro. *Revista Direito e Práxis*, 6(12).

Dörre, K. (2016). Landnahme: un concepto para el análisis de la dinámica capitalista, o: superando a Polanyi con Polanyi. *Política: Revista de Ciência Política*, 54(2).

Dörre, K. et al. (eds.). (2015). *Sociology, Capitalism, Critique*. London: Verso.

Gonçalves, G. (2014). Marx está de volta! Um chamado pela virada materialista no campo do direito. *Revista Direito e Práxis*, 5(9).

Gonçalves, G. (2017). Acumulação primitiva, expropriação e violência jurídica: expandindo as fronteiras da sociologia crítica do direito. *Revista Direito e Práxis*, 8(2).

Harvey, D. (2009). The 'New' Imperialism: Accumulation by Dispossession. *Socialist Register*, 40(40).

Itamaraty. (2012). Mensagem da presidenta Dilma Rousseff por ocasião do 34º Período de Sessões da Cepal – São Salvador, El Salvador, 31 de agosto de 2012. <http://www.itamaraty.gov.br/pt-BR/discursos-artigos-e-entrevistas-categoria/presidente-da-republica-federativa-do-brasil-discursos/4681-mensagem-da-presidenta-dilma-rousseff-no-34-periodo-de-sessesoes-da-cepal>

Jepson, G. (2019). Re-gendering the indebted man: female subjectivity in the argentine financial crisis. http://www.metamute.org/editorial/articles/re-gendering-indebted-man-female-subjectivity-argentine-financial-crisis#_ftn5

Lavinas, L. (2017). *The Takeover of Social Policy by Financialization: The Brazilian Paradox*. New York: Palgrave.

Lazzarato, M. (2017). *O governo do homem endividado*. São Paulo: N-1.

Luce, M. (2013). Brasil: nova classe média ou novas formas de superexploração da classe trabalhadora? *Trabalho, Educação e Saúde*, 11(1).

Luxemburgo, R. (1970). *A acumulação do capital*. Rio de Janeiro: Zahar Editores.

Marx, K. (2013). *O Capital: Crítica da Economia Política. Livro 1*. São Paulo: Boitempo.

NERI, M. (coord.) (2010). *A nova classe média: o lado brilhante dos pobres*. Rio de Janeiro: FGV/CPS.

Oliveira, F. (2003). *Crítica à razão dualista/O ornitorrinco*. São Paulo: Boitempo.

O Globo. (2014). Veja a íntegra do discurso de Dilma Rousseff em Davos. <https://oglobo.globo.com/economia/veja-integra-do-discurso-de-dilma-rousseff-em-davos-11394406>

Paim, B. (2015). Perfil da dívida das famílias e o Sistema Financeiro Nacional. *Indicadores Econômicos FEE*, 42(4).

PEIC. (2016). Pesquisa Nacional de Endividamento e Inadimplência do Consumidor. <http://cnc.org.br/central-do-conhecimento/pesquisas/economia/pesquisa-de-endividamento-e-inadimplencia-do-consumidor-0>

Pierson, C. (2013). *Just Property: a History in the Latin West*. Vol.1. Oxford: Oxford Press.

Polanyi, K. (1994). *A grande transformação: as origens da nossa época*. Rio de Janeiro: Elsevier.

Ribeiro, A. (2015). “Vai crédito hoje?”: do “curto-circuito” ao blackout da reprodução crítica do capital fictício em São Paulo. Dissertação de Mestrado, Universidade de São Paulo. São Paulo.

Rolnik, R. (2015). *Guerra dos lugares: a colonização da terra e da moradia na era das finanças*. São Paulo: Boitempo.

Singer, A. (2012). *Os sentidos do lulismo: reforma gradual e pacto conservador*. São Paulo: Companhia de Letras.

Singer, A. (2018). *O Lulismo em Crise: um quebra-cabeça do período Dilma (2011-2016)*. São Paulo: Companhia das Letras.

Sciré, C. (2011). “Financieirização da pobreza”: crédito e endividamento no âmbito das práticas populares de consumo”. *Teoria e Pesquisa*, 20(1).

SPC Brasil & CNDL. (2016). Perfil do inadimplente e das dívidas no Brasil, 2016. <https://www.spcbrasil.org.br/wpimprensa/wp-content/uploads/2016/08/An%C3%A1lise-Perfil-do-Inadimplente-e-da-D%C3%ADvida.pdf>

Streeck, W. (2016a). *Comprando tiempo: La crisis pospuesta del capitalismo democrático*. Katz: Buenos Aires.

Streeck, W. (2016b). ¿Cómo terminará el capitalismo? *New Left Review*, (87).

Streeck, W. (2016c). *How Will Capitalism End? Essays on a Failing System*. London: Verso.

Streeck, W. (2017). The return of the depressed. *New Left Review*, (104).

Williams, E. (2011). *Carta aberta aos que condenam as pilhagens*. Lisboa: Edições Antipáticas.

Las organizaciones criminales transnacionales y su participación en una nueva forma de acumulación capitalista en México

Luis Fernando Rodríguez Lanuza

1. Democratización y crimen organizado

En el año 2000, México vivió una transición partidista muy importante, dejando atrás 70 años del Partido Revolucionario Institucional (PRI) como partido único, y accediendo a lo que también se conoce como transición a la democracia política en el país. La democracia política, no obstante, no significó democracia social o institucional. El cambio de partido en la Presidencia de la República, si bien de mucha relevancia, no ha logrado cimentar las bases de una democracia social, económica y judicial. De hecho, hay quienes han señalado que esta transición ha jugado un rol importante en las formas de violencia que hoy se viven en México, al permitir una mayor vulnerabilidad institucional y social en aquellos lugares en los que el partido único lograba, si bien con medios cuestionables, tener consenso y brindar relativa seguridad y estabilidad a la población (Correa-Cabrera, 2018; Buscaglia, 2015; Schedler, 2015). Allá donde el partido único dejó de ser hegemónico, se presentaron múltiples disputas

por el control institucional y por el monopolio de la violencia, entre otras cosas. Las organizaciones criminales, aliadas desde siempre con grupos políticos locales, hallaron así un terreno mayor para expandir su influencia.

Es por lo anterior que en México seguimos atendiendo a la pregunta por la relación entre la democracia política, la corrupción y la violencia que hoy vivimos: si la democracia partidista ha sido un elemento clave en el fortalecimiento de la criminalidad en el país y la violencia que se le asocia, ¿es posible reconocer los peligros de la democracia partidista sin demeritar su importancia en el avance hacia la democracia social en el país? ¿La democracia ha fracturado estrategias comunitarias y colectivas en favor de los derechos humanos (individuales), pero no ha logrado garantizar el reconocimiento de estos últimos porque se sigue reproduciendo una gran carencia institucional para poder reconocerlos en igualdad de condiciones? ¿Es que existe la necesidad de hacer una crítica a los usos capitalistas de la democracia en México? ¿La democracia política, antes que fortalecer la democracia social, se ha utilizado para reforzar los valores individuales de consumo y propiedad?

A casi 20 años de la transición partidista en México, y del fortalecimiento y expansión de los gobiernos progresistas en América Latina, México eligió y transita hacia un gobierno federal de izquierda, con mayorías claras tanto en la Cámara de Senadores como en la de Diputados. Sin embargo, la situación particular del país, donde se conjugan formas inéditas de violencia vinculada al crimen organizado, la corrupción y la impunidad, con una historia de abusos de poder de las élites económico-políticas, hace de esta “transición” a la izquierda un escenario particularmente complejo.

La administración electa, que tomó posesión el primero de diciembre de 2018, anunció desde su campaña una serie de iniciativas para “pacificar” el país, que vive su peor crisis de violencia desde la Revolución Mexicana. Se llevaron a cabo Foros de Paz y Reconciliación en varios estados del país, comenzando por Chihuahua, en el norte de México, donde se ubica Ciudad Juárez, una ciudad emblemática

del conflicto que vive el país. Sin embargo, esta propuesta de los foros se entendió más en términos políticos y sociales, sin profundizar realmente en las bases económicas del problema. La lucha contra la corrupción es una bandera política de la actual administración, pero puede que los cambios en la eficiencia y la austeridad estatal no sean suficientes para combatir de base a la economía criminal que ha invadido el aparato estatal y mantiene una conexión con actores y ciudades del sistema financiero global. Por ello, se considera importante indagar en las bases económicas de la corrupción y la violencia en México como la vía regia para transformar el presente.

Para analizar el contexto mexicano, es preciso poner en perspectiva histórica el presente y rastrear el vínculo entre corrupción, violencia, democracia y desarrollo económico. Para avanzar en este sentido, comentaremos, primero, las aportaciones de Raúl Prebisch, particularmente su propuesta para pensar i) el capitalismo (centro-periferia), ii) el lugar de las élites en la desigualdad y el consumo y, finalmente, iii) la alerta del autor ante la redistribución anticipada del excedente vía la democracia. Uno de nuestros objetivos es utilizar la propuesta de Prebisch para profundizar nuestra comprensión de la corrupción institucional en México y la fuerza de la criminalidad organizada. A continuación, algunas críticas del alemán Klaus Dörre al capitalismo financiero nos serán de utilidad para concebir el lugar de la economía criminal transnacional como un “afuera” necesario para continuar la acumulación capitalista por medios violentos. Las aportaciones de ambos autores son útiles para repensar los reacomodos extractivistas y expropiadores en un país con una corrupción política endémica y donde grandes territorios parecen haber quedado en manos de la economía criminal transnacional. Para poder aterrizar mejor la discusión de Prebisch y Dörre, recorreremos rápidamente un ejemplo actual de un territorio donde se cruzan las referencias conceptuales antes expuestas: se trata del noroeste mexicano, que hace frontera con Texas, Estados Unidos, y que tiene una de las mayores reservas de petróleo y gas natural de América del Norte.

2. Violencia y élites económicas

Antes de presentar el supuesto central que vamos a desarrollar, valdría la pena, para sostener esta contextualización, partir de una generalización: supongamos que la economía es el principal motor de la actividad humana y que el Estado sería solo un encargado de resguardar las reglas del juego de la economía, siguiendo el canon más liberal. Podríamos preguntarnos, entonces, si la violencia en México o en Latinoamérica se encamina a producir ganancias económicas. ¿A quién beneficia principalmente? ¿Quiénes obtienen provecho de la violencia, del desplazamiento y del sufrimiento vinculado a los grupos del crimen organizado? Sin otro marco regulador más que el mercado y sus reglas, podríamos sostener que la economía “legal” y la economía “criminal” se ubicarían dentro de la misma lógica de ganancias y eficiencia de los mercados en la versión liberal clásica. México y Colombia son dos países referentes de la economía criminal transnacional, vinculada de la manera más clara con la “industria” del narcotráfico, pero para nada excluyentes de otras muchas actividades delictivas que controlan los grupos criminales organizados. Los países mencionados son todavía fundamentales en la producción, tránsito y distribución de drogas, principalmente cocaína. El narcotráfico es quizás el escenario más evidente de la economía criminal y la existencia de esta ha particularizado en ambos países el lugar y la participación del Estado en los flujos económicos transnacionales. Manuel Castells (2004) escribía, hace casi dos décadas, lo siguiente:

El aumento extraordinario de la industria del narcotráfico en los años setenta ha transformado la economía y política en América Latina. Los paradigmas clásicos de dependencia y desarrollo han de replantearse para incluir, como un rasgo fundamental, las características de la industria del narcotráfico, y su profunda penetración en las instituciones del Estado y la organización social (pp. 226-227).

Es innegable que la economía criminal ha hecho estragos a nivel institucional en países como México o Colombia y que, desde ella,

también puede repensarse la relación centro-periferia, sobre todo si analizamos los flujos criminales entre ambos tipos de países (centrales y periféricos) vía el sistema financiero global. Es así que las tesis de Raúl Prebisch o Celso Furtado, por ejemplo, deben incorporar elementos de los escenarios contemporáneos; no obstante, veremos cómo algunas líneas de trabajo del primer autor pueden actualizarse, al menos desde el escenario mexicano. De este modo, podremos abrir preguntas sobre las relaciones centro-periferia que son mediadas por los flujos de la economía criminal a nivel global. Podría, ciertamente, repensarse la forma de la hegemonía puesta en juego por esta economía criminal y, consecuentemente, volver a discutir las relaciones entre los países productores o distribuidores y los receptores y consumidores de la droga, para poner solo uno de los ejemplos más sonados de los negocios criminales transnacionales, lo cual pondría ciertamente nueva luz a los análisis de Prebisch sobre los países periféricos y centrales. Y ello sin contar todavía con el análisis de la mano de obra criminal como parte del capital invertido en los países periféricos. Al menos, en términos financieros, parece que el dinero del capital criminal se reelabora y se redistribuye en los grandes centros urbanos donde se concentra la infraestructura financiera global, y que los grupos criminales buscan colocar ahí el capital por la seguridad que ofrecen las legislaciones de dichos países (Buscaglia, 2015). Por lo tanto, aun cuando pudiera haber algún beneficio para los países productores o distribuidores, sobre todo para las élites económicas –o estratos superiores en el modelo de Prebisch– pareciera que los mayores beneficios económicos del tráfico de la droga y otras actividades criminales se siguen concentrando en el Norte y en la red de ciudades globales con concentración de infraestructura financiera. Es allí donde se resguardan los capitales lavados y desde tales localizaciones parece reforzarse la acción criminal internacional.

Por lo anterior, nuestro supuesto de trabajo en este artículo se presenta de la siguiente manera: la violencia criminal en México es producto del descuido estatal de ciertos territorios del país y de la

alianza corrupta del gobierno con ciertas élites criminales. Si bien esto puede rastrearse hasta el período posrevolucionario, habrá que considerar que la transición partidista del año 2000 ha sido un punto de inflexión crítico para el “desabasto” estatal de fuerza institucional y seguridad en muchas zonas del país. Esto ha sido utilizado por las redes criminales que se han expandido en las últimas dos décadas. Asimismo, la financiarización creciente del capitalismo en el período neoliberal ha posibilitado la conexión de flujos de capital de los grupos criminales con las grandes zonas globales de infraestructura financiera. Con esto, se han establecido redes criminales norte-sur o centro-periferia. En esto, sigue reinando la lógica de complicidad entre las élites locales y las élites de los países centrales, descrita por Prebisch, y se reactualiza la discusión sobre la apropiación del excedente, su redistribución y los medios estatales y paraestatales para hacerse del excedente. En este escenario, la violencia es un medio y un efecto que es utilizada como vía de desposesión territorial, fractura de vínculos sociales y saqueo de recursos naturales. El análisis de Dörre sobre la expropiación capitalista del espacio social,¹ *Landnahme*, resulta importante para analizar la especificidad de la economía criminal transnacional como un “espacio exterior”, constitutivo de las nuevas formas de acumulación del capitalismo financiero. El caso mexicano es así paradigmático de una nueva forma de

¹ Sigo en la traducción de *Landnahme* el comentario de Leite Gonçalves, quien lo pasa al portugués como *expropriação capitalista do espaço*. Yo le sumo el adjetivo “social” para enfatizar todavía más que: “Trata-se de um conceito macros sociológico, isto é, reflete diferentes processos de expropriação de um espaço social lato sensu (não se resumindo a um território geográfico, mas contendo também relações sociais) com fins de mercantilizá-lo” (Leite Gonçalves, 2017, p. 1052). Con esto, no solo se piensa en la “adquisicao ilegal de grandes porcoes de terras por companhias transnacionais, governos estrangeiros ou pessoas privadas para produzir alimentos ou biocombustíveis em alta escala”, aunque también es el caso en México. Se busca también pensar en las formas de relación social fracturadas o desplazadas, las transformaciones de la forma de vida alrededor de las actividades criminales (como victimarios o víctimas) e, incluso, la mano de obra criminal, sobre todo de las bases de las organizaciones criminales, como parte de un “*Landnahme* de lo social”. En esta última pesa mucho la aceleración en las formas laborales y la ausencia de un plan a futuro en las vidas de quienes comercian criminalmente con su fuerza de trabajo.

acumulación, sostenida en actores criminales y redes de capital global. El caso del noreste mexicano servirá aquí como un ejemplo de dicha discusión.

3. Raúl Prebisch: el capitalismo periférico ante el sistema financiero global y los flujos de capital criminal

Leer a Raúl Prebisch puede ser tan descontextualizador como iluminador, sobre todo en cuanto a la relación entre democracia y acumulación del excedente. La primera, al fortalecerse, podría ir en detrimento de la segunda; tremenda tesis a encarar y comprender todavía en el contexto latinoamericano, la región más desigual del planeta. Es en esta región en donde se enmarca la situación mexicana y el proceso democratizador que se inició en su forma política en el año 2000 y que, como algunos autores han señalado, ha sido un factor importante también para pensar la situación de violencia actual en el país (Correa-Cabrera, 2018; Schedler, 2015; Buscaglia, 2015).

Para Prebisch, hay países centrales y periféricos. Los primeros se caracterizan por su alto nivel de tecnificación e industrialización históricas y por la acumulación consecuente del capital. A esto se le suma el uso estratégico –extractivo– de sus relaciones con los países periféricos. Los países centrales, por lo anterior, han logrado un avance importante en su productividad y eficiencia, lo que se refleja, entre otras cosas, en la distribución del excedente entre los diferentes estratos sociales de una manera más democrática. Los países periféricos, por su parte, tienen un grado de tecnificación menor y más reciente. Además, son países que han tendido a la industrialización y al consumo imitativos, es decir, siguiendo los patrones y las condiciones de los países centrales. Ambos tipos de países se relacionan históricamente como países que comercian en condiciones desiguales, generalmente establecidas por los países centrales. Además, y este es un análisis muy importante en Prebisch, los vínculos estrechos de los países centrales con los estratos sociales altos de los países periféricos son determinantes

para la situación de rezago de estos últimos, ya que gran parte de la riqueza producida en la periferia se traslada vía el consumo de los estratos altos a los países centrales. Para Prebisch (1976), el capitalismo periférico en general es uno imitativo: “Adoptamos la misma técnica, imitamos las modalidades de consumo y existencia. Copiamos las instituciones. Se abren paso incesantemente las manifestaciones culturales de los centros, sus ideas y sus ideologías” (p. 9).

La acumulación del excedente es de vital importancia para los países periféricos, pero el consumo imitativo y el gran poder del centro en la periferia hace que dicha acumulación se vea comprometida. El Estado en la periferia tiene un poder limitado, pero fundamental aquí. Es limitado porque está vinculado históricamente con los estratos altos, quienes forman parte de él o lo influyen directamente; es fundamental porque, desde las políticas de proteccionismo económico hasta la regulación monetaria, es el escenario principal de la pugna por la redistribución del excedente. Este punto es muy importante para este trabajo y lo desarrollaremos a detalle, sobre todo porque atañe a la democracia.

Con el avance de la industrialización, algunos países de la periferia lograron acrecentar la acumulación de riquezas y los estratos medios tuvieron acceso, sí, a un mayor nivel de consumo, pero también, y sobre todo, a un mayor grado de influencia estatal. Es decir, el fortalecimiento de los estratos medios dio pie a una mayor participación política y a una pugna mayor en torno al excedente. Esto fortaleció, asimismo, el camino hacia la democracia. Sin embargo, los estratos altos contraatacan, pongámoslo así, a través de medidas para contrarrestar la distribución general del excedente, de ahí que se hable de una pugna o conflicto en torno a este. Prebisch (1976) reconoce la relación entre este conflicto y la espiral inflacionaria en los países periféricos, sosteniendo que “el avance del proceso de democratización parecería llevar fatalmente a una crisis distributiva”. No obstante, no deja de tomar en cuenta que “el poder político y el poder gremial, dentro del sistema en el cual existe, constituye la única forma de contrarrestar el poder económico y político de los estratos superiores para compartir el fruto de la mayor productividad” (p. 15).

Lo que el autor pone en constante tensión es la relación entre distribución y acumulación en los países periféricos, algo que tendría que estar midiendo constantemente las acciones del Estado. Es también esta tensión la que está en la base de la democracia para la periferia. La cuestión podría resumirse así: la distribución del excedente puede combatir la desigualdad y acrecentar la democracia, pero dicha distribución no puede hacerse sin un nivel de acumulación de capital previo y su constante incremento. Prebisch escribe:

No faltan quienes siguen viendo en la desigualdad distributiva un factor positivo de acumulación. Olvidan la sociedad de consumo. En el extremo opuesto, no son pocos los que suponen que el problema de insuficiencia es primordialmente distributivo. Olvidan la exigencia ineludible de acumulación (p. 12).²

En esta pugna distributiva, el Estado como territorio institucional se encuentra también en disputa creciente por parte de los estratos altos y medios –normalmente apoyados en los estratos bajos– que tienen un poder institucional de representación bastante limitado. Durante el período de industrialización y bonanza de los estados periféricos –por ejemplo, los 30 años gloriosos en México– el Estado tenía mayor capacidad de servir para negociar entre distintos estratos –a través de la incorporación creciente de mano de obra en obra pública o su aparato burocrático, y el cumplimiento de demandas gremiales,³ por ejemplo– pero también era claro que los estratos altos

² En un trabajo posterior Raúl Prebisch escribe: “La dinámica del sistema depende pues del crecimiento del excedente y éste, a su vez, se basa sobre la desigualdad social. Y cuando el desenvolvimiento del sistema trata de corregir esta desigualdad, termina vulnerándose internamente el excedente y se resiente el ritmo de acumulación reproductiva con serias consecuencias dinámicas. Obviamente, si el progreso técnico acrece la producción, es para consumir más. Allí no radica el problema, sino en la tendencia del consumo a crecer con celeridad mayor que la acumulación” (Prebisch, 1985, pp.66-67).

³ “En el juego de las relaciones de poder la acción política y gremial constituye el único medio de que dispone la fuerza de trabajo –aparte su limitado poder social– para contrarrestar el considerable poder de los estratos superiores. Pero ello conduce a la crisis del sistema, si el poder gremial y político se ejerce sin limitaciones” (Prebisch, 1976, p. 53).

tenían en última instancia una mayor fuerza para hacerse del poder.⁴ Prebisch escribió que “cuando el proceso de democratización se desenvuelve en forma irrestricta, los estratos superiores apelan en última instancia al empleo de la fuerza para superar la crisis distributiva” (p. 16). Esto no ha sido algo extraño a la realidad latinoamericana en su historia más reciente. Pensemos únicamente en el lugar que ha tenido la violencia política y económica desde los estratos altos en el caso colombiano, chileno⁵ o mexicano, por citar solo 3 ejemplos. Esto también nos conectará con la discusión que haremos a partir de la obra del alemán Klaus Dörre sobre la expropiación del espacio (*Landnahme*).

Ahora trataremos de señalar algunas vías de análisis del contexto mexicano a partir de las tesis de Prebisch, haciendo hincapié en la recuperación anterior. Lo primero que cabe señalar es un detalle nada desdeñable para el análisis que viene: la alternancia partidista a nivel estatal comenzó en el norte de México, frontera con Estados Unidos, con la elección de gobernador en Baja California Norte (1989) y, posteriormente, con la elección de gobernador en Chihuahua (1992). Esta zona fue la primera gravemente afectada por la guerra entre las organizaciones criminales y su combate desde el gobierno federal. Será llamativo que sea también el norte, por su condición fronteriza y su descuido histórico, el lugar donde se evidenciará primero la violencia femicida contra las mujeres (cuya autonomía económica y personal creciente podría pensarse como uno de los frutos esperados de la democracia). La frontera norte con

⁴ Los estratos altos nunca están solos. Con ellos podríamos pensar también al capital extranjero y su influencia económica y política: “Al compartir el capital extranjero el poder económico y político con los estratos superiores, participa plenamente en la pugna distributiva. Pugna que se enardece conforme se desenvuelve y fortalece el proceso de democratización, como tanto hemos insistido” (Prebisch, 1976, p. 69).

⁵ En el primer trimestre de 1976, Prebisch escribía algo que no deja de resonar para Latinoamérica en aquel tiempo, particularmente para Chile: “Tal vez el empleo de la fuerza podría resultar mucho más eficaz para acelerar el ritmo de desarrollo de la sociedad de consumo que aquellas alianzas de elementos dinámicos, sobre todo si se abriesen las puertas a la participación extranjera” (Prebisch, 1976, p. 54).

Estados Unidos será también un punto importante a desarrollar más adelante, pues además de ser una frontera con una diversidad de actividades criminales (tráfico de drogas de sur a norte y de armas de norte a sur; tráfico y explotación de personas) es también una región muy importante en recursos naturales, particularmente petróleo y gas natural. Por último, esta frontera es también clave en el proceso de transnacionalización de la industria, pues es uno de los corredores manufactureros más importantes del planeta, debido en parte a los bajos costos de la mano de obra y las facilidades que ofrece a las empresas manufactureras estadounidenses que se asienten en territorio mexicano. Esto incrementó la concentración de población migrante interna, principalmente en los centros urbanos fronterizos, viviendo en condiciones de precariedad y con acceso a servicios públicos limitados.

Esta historia es, por supuesto, una que se puede leer con el análisis de Prebisch sobre la industrialización nacional y la posterior división internacional de la mano de obra, donde los países centrales seguían aprovechando su capacidad técnica para imponer condiciones a los países con un nivel de tecnificación mucho menor.

Fue así entonces que, en México, la penetración de la técnica de los países centrales, específicamente de Estados Unidos, se consolidó de una forma particular en el norte, con la llegada de miles de empresas maquiladoras a los estados colindantes con Estados Unidos, esto con fuerza desde la década de 1970 en adelante. Con la apertura de mercados y el cese del proteccionismo en la década de 1980, su presencia se incrementó. Además, es también el norte de México muy particular en cuanto al consumo y a las aspiraciones de ascenso cultural. Quizá por su colindancia con los Estados Unidos, la franja fronteriza es una zona cultural híbrida muy interesante. Su condición de frontera le ha dado un lugar de autenticidad a las formas culturales que ahí se encuentran. Sin embargo, no es lo mismo vivir en la frontera con México en Estados Unidos que vivir en la frontera con Estados Unidos en México. Es decir, la frontera se vive diferente desde el lado de la línea que se viva.

Podría argumentarse que el capitalismo periférico imitativo tiene también, al menos dentro de México, un panorama muy particular en la franja norte. Lo que Prebisch escribió sobre el capitalismo imitativo de la periferia resuena para todo México, pero de forma particular en la zona norte, que tiene un contacto directo con las formas de consumo y de vida promovidas desde el centro principal, Estados Unidos de América. Un fenómeno social y económico de esta zona es justamente la creación de la *cultura narco* y el cruce que conlleva entre las aspiraciones de ascenso económico, la estética y la violencia. Quizá ningún otro libro ha podido recorrer la estética de estas violencias y el cruce con los reajustes del capitalismo global como lo ha hecho *Capitalismo Gore*, de Sayak Valencia (2010). En él, la autora señala tanto el consumo cultural del norte de México como las deficiencias de un Estado como el mexicano, que suplementa con vidas humanas al mercado financiero global y criminal. Su tesis es que los países como México ponen los cuerpos y la sangre –la espectacularidad de la violencia como esencia de lo Gore– en la reproducción del flujo financiero internacional.

Volviendo a Prebisch, recordemos que el consumo en sí mismo es un problema cuando limita la acumulación del excedente y es retenido, sobre todo, por los estratos altos. Esto, aunado a la continua extracción del capitalismo central que, como ya se dijo, en el norte de México tiene su cara más visible a nivel nacional –además de la industria turística del sur, quizá– con la instalación de plantas maquiladoras justo en la frontera con Estados Unidos, lo cual brinda mano de obra barata –comparada con la estadounidense, aunque ligeramente mayor que el resto de México– y la fácil exportación y distribución en el territorio estadounidense, una vez que la mercancía cruza la frontera y se conecta con la red de carreteras del país vecino.

Podrían ponerse, desde luego, a discusión los aspectos benéficos de este “intercambio”, pero acá nos interesa sobre todo dar cuenta de la desigualdad dentro de México y entre México con Estados Unidos. Así, podríamos señalar que los efectos democratizadores

de la técnica tienen un límite claro en los países periféricos, que sirven directamente a las economías globales como la estadounidense. Y, sin afirmar que hubo un plan específico para echar a andar la violencia que hoy vivimos en México, sí podría sospecharse su uso en la limitación del avance democrático en la región norte del país, como veremos más adelante. Al menos, se puede sostener la pregunta por los beneficios de la violencia para ciertas élites económico-políticas nacionales e internacionales. Considero importante dejar sentada la pregunta por la utilidad de la violencia criminal en los países periféricos. Me parece que en esa violencia instrumental podemos encontrar también la motivación económica tanto del *laissez-faire* de la violencia como de la intervención internacional en algunos países. México depende fuertemente de las decisiones de Estados Unidos. Prebisch (1976) escribió algo que habrá que considerar para el caso del norte de México:

El capitalismo periférico es más bien proclive a sacrificar en una u otra forma el proceso de democratización en aras de la defensa y promoción de la sociedad de consumo. Y acaso a la exaltación de ésta, si de tal manera se conciertan nuevas formas de articulación de intereses con los centros, que tienden a seguir excluyendo del desarrollo a la sociedad de infraconsumo. Sospecho, sin embargo, que no se trata de un fenómeno perdurable en el desarrollo periférico. Por supuesto, no me preocupa esto último, sino el sentido y la racionalidad de una transformación ineluctable (p. 57).

A partir de esta cita podemos interrogarnos por el caso mexicano en particular. La situación del país es muy específica, pues no vivimos ni propiamente una dictadura ni una guerra civil en el sentido más tradicional; hay quienes han sostenido que es una “guerra civil económica” (Schedler, 2015) o una “guerra civil moderna” (Correa-Cabrera, 2018). Nuestro principal problema tiene que ver con la corrupción y la violencia vinculada al crimen organizado, en su conexión con la economía transnacional. En ese complejo panorama se ubican problemas sociales de alta violencia como el narcotráfico,

el “huachicoleo”,⁶ la trata de personas, la extorsión, la explotación de migrantes, entre otros. La violencia instrumental en México parece estar lejos de terminarse. El 2018 fue el año más violento en la historia mexicana reciente, con más de 30 mil homicidios (García, 2019) y por lo que va de este año, parece que será superado. También se cuentan más de 40.000 personas desaparecidas desde el 2006 y casi 30.000 cuerpos sin identificar. No obstante, la nueva administración federal ha insistido en una estrategia de austeridad y lucha contra la corrupción estatal que es de lo más interesante en tanto promueve un giro ético de austeridad que bien podría conectarse con la crítica al consumo desbordado de los estratos superiores que realizara en su momento Raúl Prebisch.

Hay en la nueva administración federal mexicana un eje polémico que es el moral. Aquí seguramente hay mucho más que decir, pero por ahora nos referiremos al vínculo entre moral y economía. Hay una serie de primeras “batallas” que el gobierno federal ha comenzado a librar. El eje más claro y uno de los más polémicos ha sido la política de austeridad. Esta ha ido acompañada de intervenciones públicas, sobre todo del presidente Andrés Manuel López Obrador como figura de un supuesto inquebrantable valor moral, e iniciativas polémicas como la reimpresión de una cartilla moral de mediados del siglo pasado (Reyes, 2018). La reducción de los sueldos de los funcionarios públicos de alto nivel por debajo del sueldo del presidente ciertamente ha sido polémico y ha habido muchos amparos que están en curso a nivel de la Suprema Corte de Justicia de la Nación. Aunado a esto, los recortes de presupuesto han reconfigurado parcialmente el servicio público en algunas de las secretarías del país. La idea central de la política de austeridad tiene un objetivo redistribucionista. Sobre todo se ha comenzado a apoyar a las personas de edad avanzada y a jóvenes con capacitaciones laborales y becas parciales de estudio. Aunque esto es fundamental desde mi punto de vista, preocupa mucho que dicha redistribución

⁶ Robo y comercialización ilegal de combustible.

afecte el valor final de la acumulación, tal como lo establece Prebisch (1976, 1985), y sea un alivio tan solo parcial y temporario de la desigualdad en México. Deberíamos, quizá, mirar con detalle las experiencias del sur, sobre todo la situación actual de Brasil. Además, la estrategia de apoyo a los jóvenes está íntimamente ligada a quitarle mano de obra a las organizaciones criminales, pero está por verse si las medidas del ejecutivo federal llegan a colmar las expectativas estéticas que históricamente se han formado a través del capitalismo imitativo en México.

La crítica del gobierno federal ha sido muy fuerte también respecto a las élites económicas del país y, ya desde la campaña electoral, López Obrador colocó por primera vez en el escenario público los nombres de empresarios dirigentes de grandes firmas nacionales y, por ejemplo, ha confrontado constantemente con las opiniones de la Confederación Patronal de la República Mexicana (COPARMEX). Sin embargo, se ha criticado que en la campaña haya prometido que no habría aumento de impuestos (Meyer, 2019). También desde la línea moral, en sus famosas y polémicas conferencias matutinas, el presidente López Obrador ha acusado a dos ex presidentes mexicanos, Zedillo y Calderón, por haberse empleado en el sector privado después de su mandato público, siendo el privado un sector que se benefició fuertemente con la privatización y con las medidas tomadas durante sus períodos presidenciales. Por último, vale tomar en cuenta la cancelación de las obras del que iba a ser el nuevo aeropuerto internacional de la Ciudad de México, donde se han ubicado ya varios casos de corrupción que comprometen al Estado mexicano de los sexenios anteriores.

La crítica a las élites económico-políticas y la puesta en práctica de medidas estatales de austeridad, por un lado, y de redistribución, por el otro, es sin ninguna duda algo importante. Sin embargo, veremos que es una tarea titánica, dada la descomposición social en México y la corrupción histórica de la clase política mexicana. Volveremos a este punto después de revisar algunos de los aportes del alemán Klaus Dörre sobre el tema de la expropiación del espacio (*Landnahme*).

4. *Landnahme*. Creación de un nuevo afuera criminal en el sistema financiero

Si Raúl Prebisch analizó de cerca las crisis del capitalismo de las décadas de 1970 y 1980, Klaus Dörre se detiene en lo acontecido principalmente con la crisis financiera que explotó a fines de la primera década del presente siglo. Ambos autores señalan la recurrencia de las crisis capitalistas como algo que es inherente a este sistema económico. Sin embargo, hay particularidades a rescatar en cada crisis y formas específicas para “reactivar” la economía internacional. Yo acompañaré la lectura de Dörre con las siguientes preguntas: ¿cuál ha sido el lugar de la economía criminal en el sistema financiero global, particularmente durante y después de la crisis financiera de 2008? ¿Hay un *Landnahme* constituido desde o apoyado fundamentalmente por la economía criminal transnacional y los grupos del crimen organizado que la sostienen? ¿Es posible vislumbrar desde México una forma particular de *Landnahme* criminal?

Antes de analizar con un mayor detalle la propuesta del *Landnahme* de Dörre, veamos una cita que acercaría al autor a Prebisch:

Landnahme es una categoría central para teorías que analizan y critican al capitalismo industrial como un sistema expansivo. Aparte de algunas heterogeneidades, estas teorías comparten la noción de que la dinámica capitalista se realiza en un complejo movimiento interno-externo. Este envuelve constantemente la internalización de lo externo, la ocupación de otro que todavía no ha sido mercantilizado o que lo ha sido de forma limitada. Un capitalismo puro, con intercambio general de mercancías, con un sistema de dos clases y con dos secciones productivas (bienes de inversión y de consumo), de la forma en que Marx lo representa como modelo abstracto en sus esquemas de reproducción, no puede sobrevivir. De todas maneras, dicho capitalismo abstracto nunca existió ni puede existir. En realidad, la dinámica capitalista requiere un intercambio constante del sector ya comercializado con sectores de la sociedad que todavía no han sido mercantilizados, o solo lo han sido parcialmente (Dörre, 2016, p. 19).

Lo interno-externo resuena a central-periférico, aunque habrá que guardar la distancia entre los dos modelos, desde luego. Me interesa, sin embargo, hacer notar que el trabajo de ambos autores coincide en la apreciación de que el capitalismo tiende a construir nuevas vías de acumulación más allá de las actividades del intercambio comercial más tradicional. Esto, desde luego, sigue una lógica geográfica, en la cual los países más industrializados siguen teniendo ventaja sobre los menos industrializados. Pero también, con los reacomodos del último capitalismo, se coloca la capacidad en infraestructura financiera de los países más allá de la industrialización, desde donde podrán constituir nuevas formas de hegemonía económica. Aquí es donde el sistema financiero global podrá relacionarse con los capitales de la economía criminal transnacional. Por lo pronto, profundicemos un poco más en el *Landnahme* como es propuesto por Dörre.

Marx, Luxemburgo y Harvey son referentes importantes en la propuesta de Klaus Dörre. Del primero recupera la noción de acumulación primitiva, aunque no meramente como un único movimiento inaugural del capitalismo sino como su constante. Justamente esto último es recuperado del trabajo de Luxemburgo, quien ve en la acumulación primitiva una figura constante del capitalismo que transforma espacios todavía no capitalistas en formas de trabajo asalariadas, por ejemplo. Y aquí me detengo para recuperar un comentario importante que hace Dörre del trabajo de Luxemburgo. Él reconoce que para Luxemburgo esta transformación de “formas de vida y de producción no capitalistas” es la causa de las “más anormales fusiones entre el sistema salarial moderno y primitivas relaciones de dominación” (Luxemburgo, en Dörre, 2016, p. 22). Esto resuena fuertemente para el caso mexicano, donde las formas de vida y de producción han cambiado en las últimas décadas, primero por la industrialización del país y, posteriormente, por la apertura de fronteras comerciales y los modos culturales, sobre todo estadounidenses. Sumemos a lo anterior que México es un país migrante y que más de 10 millones de mexicanos viven en Estados Unidos. La violencia y las formas “asalariadas” de la mano de obra criminal bien podrían ser

un modelo de hibridez capitalista, producto de esos “afueras” del sistema capitalista que producen capital aun a costa de la democracia, la seguridad pública o la vida misma.

A partir de aquí, en el presente apartado, propongo desarrollar tres aspectos: a) la mano de obra criminal como una forma de *Landnahme* de lo social propia de países como México; b) los flujos criminales mafiosos producidos y lavados en México han alimentado al sistema financiero global, particularmente durante la última década. Sin necesariamente ser parte de un plan macabro, la crisis global del capital ha coincidido con la crisis de violencia en México. Sus efectos pueden bien haber servido para la construcción de un exterior financiero o fortalecerlo, ya que la economía criminal global no es nueva. Por último: c) una forma particular de *Landnahme* recogida por Dörre es la que se dirige a los recursos naturales. Como el autor establece, la crisis actual debe reconocerse como económica-ambiental. En el caso de México, la crisis de violencia parece a la vez ser un resultado y favorecer la expropiación criminal de los recursos naturales, particularmente el gas natural y el petróleo. Aquí el lugar del Estado es muy importante y habrá que dejar abierta la pregunta por el análisis de las reformas energéticas aprobadas en medio de la corrupción institucional, la violencia vinculada al crimen organizado y la expropiación ilegal de recursos naturales en el país. Esto se analizará particularmente en la última sección del artículo.

El primer punto se asocia, tal como mencioné, al reconocimiento de la mano de obra criminal como una forma de *Landnahme* de lo social, propia de países como México. Los siguientes argumentos que ofreceré son especulativos, y no están sostenidos en un análisis empírico de la mano de obra criminal en México (aunque podría bien ensayarse uno). Advertida esta limitación, quiero poner en juego el supuesto de que los cambios en las estructuras laborales y sindicales han afectado de forma particular a países que nunca lograron garantizar del todo el empleo formal y remunerado a la mayoría de su población, dígase México. La pérdida de seguridad laboral y los bajos salarios han sido desde siempre un motivo de malestar y de

frustración; sin embargo, las crisis constantes y el adelgazamiento del Estado han venido acrecentando el problema. Pudiéramos dejar aquí, pues, señalada la posible relación entre las condiciones laborales formales de las últimas décadas y el ascenso de la mano de obra criminal. Además, con la globalización –y la intensa migración hacia Estados Unidos desde México– se han reforzado también las aspiraciones al consumo imitativo más allá de los estratos altos, en el sentido antes visto con Prebisch. Esto ha posibilitado la búsqueda constante de vías alternativas para acercarse a ese consumo imitativo. Es esto lo trabajado de forma precisa por Valencia (2010) en su capitalismo gore. Finalmente, es la vida misma “sacrificada” por el acceso a un ideal estético y de poder la que se convierte en capital criminal; la mano de obra, las más de las veces desechable, trueca tiempo de vida por capacidad de consumo imitativo, aunque en muchos casos fugaz. El capital criminal se lava y se convierte en capital que circula hacia el norte como flujos financieros globales (Valencia, 2010). Por último, esto hace resonar de otra manera los comentarios de Dörre sobre el no futuro de los empleados precarizados. Esta es una pregunta que me he hecho en muchas ocasiones con respecto a las vidas de los hombres vinculados al crimen organizado en México, como mano de obra criminal. Pienso aquí sobre todo en los hombres de las bases de la estructura criminal, aunque incluso los mandos altos y los grupos de élite no salvan la vida muchas veces, pero muchos sí tienen más recursos para echar a andar una consciencia de futuro. En su recuperación de Bourdieu, Dörre (2015) escribe:

Bourdieu links the transition to a capitalist mode of production with the problema of acquiring a rational lifestyle base on a calculated mode of thinking. What market fundamentalism views as quasi supra-historical, organic trait of *homo economicus* –the development of a rational and calculated mode of thinking detached from basic wants– can only arise in specific historical circumstances. Corresponding patterns of thinking and acting are part of what Bourdieu calls the “economic habitus”. In contrast to Weber and Sombart, Bourdieu links the chances of appropriating and habitualising cal-

culated modes of thinking to the experience of elementary social stability. The French sociologists considers a minimum level of job and income security as a prerequisite for the conscious conceptualisation of one's own future. Only with this consciousness of the future, presupposing individual planning capacity, is rational-calculated behaviour possible (p. 18).

El segundo punto listado arriba adquiere la forma de un supuesto: los flujos criminales mafiosos producidos y lavados en México han alimentado al sistema financiero global, particularmente durante la última década. Edgardo Buscaglia (2015), profesor de la Universidad de Columbia, escribe lo siguiente sobre el lavado de dinero:

más de 67% de los flujos de lavado de dinero del orbe terminan siendo integrados en los países ricos, los mejor establecidos y con instituciones judiciales más desarrolladas. Paradójico pero racional para los criminales: ¿hay algún lugar mejor para sus ganancias que los mercados estables y más protegidos en su propiedad privada por jueces efectivos? (p. 72).

Estos datos son reveladores del importante movimiento de capital criminal que se moviliza hacia las economías con controles judiciales más estables. La situación de México no deja de interrogarnos por el lavado de dinero y por el destino del capital en las cuentas privadas de los criminales en el extranjero. Sin controles fiscales eficaces, parece difícil que el combate frontal a los cárteles de la droga tenga el efecto de disminuir la violencia y transformar la situación del país (Buscaglia, 2015). Pero la ausencia de dichos controles va más allá de la consciencia de su necesidad. Hay grandes beneficios económicos que cruzan la política y las políticas públicas de un país como México. Los grandes grupos criminales están estrechamente vinculados con las élites políticas y económicas, por lo que la implantación de controles fiscales más efectivos implicará un esfuerzo descomunal por romper con las cadenas de corrupción en las que se afianza la realidad política mexicana. Si a esto se le agrega que las economías

centrales y los bancos reconocen la importancia del capital criminal, el escenario se complejiza todavía más. Esto último no está lejos de la realidad. En diciembre de 2009, el jefe de la oficina de la ONU para la droga y el delito, Antonio Mario Costa, destacó la participación del dinero criminal como un capital en efectivo que podría funcionar para cubrir las transacciones de los bancos. Costa sostuvo que: “In many instances, the money from drugs was the only liquid investment capital. In the second half of 2008, liquidity was the banking system’s main problema and hence liquid capital became an important factor”. Además, agregó: “Inter-banking loans were funded by money that originated from the drugs trade and other illegal activities... There were signs that some banks were rescued that way” (Costa, en Syal, 2009).

Esto tiene una resonancia importante para el caso mexicano también. El *caso HSBC* (The Hongkong and Shanghai Banking Corporation) ha sido internacionalmente conocido. Este banco posibilitó la entrada de millones de dólares procedentes del crimen organizado en México al sistema financiero estadounidense. Reconocido públicamente, este caso ilustra cómo se han burlado los controles bancarios para la entrada de capital ilícito, en la forma de dinero criminal. Desconozco qué tan arriesgado sea este supuesto, pero podríamos suponer que el sistema financiero global necesita de espacios nuevos para seguir funcionando y afrontar las diversas crisis. No me atrevería a sostener, evidentemente, que solamente el capital criminal, como el de los cárteles mexicanos o de otros países del Sur, sería suficientes para “salvar” el sistema, pero probablemente es de buena ayuda en el proceso de reestructuración financiera. Lo que sí me parece importante señalar es la constante creatividad detrás de la economía criminal, tanto para incorporar nuevas actividades ilícitas y violentas en la cadena lucrativa de los carteles como para utilizar los mismos canales legales del sistema financiero para lavar dinero y, posteriormente, resguardarlo en países con controles judiciales estables (Buscaglia, 2015).

El tercer y último aspecto se asocia al problema de los recursos naturales. La violencia que se ha vivido en México ha sido asociada principalmente a las drogas y a su producción-comercialización-consumo.

Aunque el tráfico de drogas es ciertamente un asunto importante, no cubre todas las actividades de las organizaciones criminales. De hecho, cuando los cárteles de la droga se comenzaron a disputar de manera cada vez más frontal el territorio y cuando el gobierno federal arreció el combate al narcotráfico, especialmente desde fines de 2006, los cárteles diversificaron aún más sus actividades (Correa-Cabrera, 2018). Una de ellas fue el robo y el tráfico ilegal de recursos naturales y materias primas para producir combustible. El crimen organizado aprovechó las redes de corrupción de la gran empresa nacional Petróleos Mexicanos (PEMEX). Incluso, se podría decir que se fue apoderando de un negocio criminal que ya llevaba años funcionando desde los mismos trabajadores y el sindicato de PEMEX (Pérez, 2018). Por otro lado, la violencia producto del crimen organizado ha servido para la desterritorialización de ciertas zonas, especialmente del norte del país, que son ricas en petróleo y reservas de gas natural. Esta desterritorialización no puede pasar desapercibida cuando se conoce el alcance de la disputa global por los recursos naturales.

Ana Lilia Pérez es la periodista mexicana que mejor ha documentado lo que ha pasado con PEMEX, especialmente cómo el crimen organizado se infiltró y aprovechó las prácticas corruptas de la empresa paraestatal para hacerse de recursos económicos cada vez más voluminosos por el robo de gasolina o sus materias primas. Estas actividades están asociadas a dos cárteles que en algún momento fueron uno solo o, mejor dicho, de uno se derivó el otro. El “Cártel del Golfo” constituyó un brazo armado especializado llamado “Los Zetas”, que posteriormente se independizaron y llegaron a disputarles el territorio a sus antiguos jefes. Ambos cárteles ubicaron sus territorios-base primordialmente en el noreste de México, entre los estados de Tamaulipas, Nuevo León y Coahuila. Los Zetas lograron una expansión muy considerable por el resto del país. Ambos cárteles aparecen como precursores en varios crímenes vinculados a recursos de PEMEX. Además, Pérez (2018) también describe detalladamente cómo estos cárteles no trabajaban solo dentro del territorio mexicano, sino que expandían sus redes y sus negocios en asociación con actores

estadounidenses. Grandes compañías del otro lado de la frontera se beneficiaban del robo y el tráfico de combustible y materias primas. De hecho, Pérez también narra cómo PEMEX presentó denuncias judiciales contra muchas compañías estadounidenses por comprar parte de su material robado. Sin embargo, el efecto no fue siempre el esperado por PEMEX. Esta es otra forma de pensar cómo un país como Estados Unidos inyecta capitales criminales para fortalecer su economía. Estos capitales van también bañados de corrupción y muerte en países como México. Y, nuevamente, hasta lo que hemos llamado mano de obra criminal da sus frutos mayores en el sistema financiero de Estados Unidos, donde las compañías que adquieren los productos traficados desde México maximizan sus ganancias.

Para la académica Guadalupe Correa-Cabrera (2018), “el crimen organizado en México puede analizarse como un fenómeno transnacional y corporativo” (p. 93). Ella ha analizado de forma particular el funcionamiento de Los Zetas como una organización criminal transnacional. Esta organización ha innovado en su estructura, se ha tornado mucho más flexible y ha adoptado un modelo empresarial parecido al de las grandes corporaciones como Wall-Mart, Coca-Cola, Nike, etcétera. Además, esta autora sostiene que Los Zetas se han constituido como una fuerza paramilitar en México, que utilizó la violencia para expandir sus negocios criminales y a la vez fue subsidiaria de violencia para otros actores. Esto en el escenario de una “guerra civil moderna” del tipo económica, sin ideología, criminal, despolitizada, privada y depredadora, según la lectura que la autora hace de la clasificación de Kalyvas. Aquí, como en otros escenarios, la violencia tiene beneficiarios clave:

En el caso de la nueva guerra civil de México, el análisis del saqueo que llevan a cabo los grupos criminales, las élites, los grupos paramilitares y otros actores externos (tales como las empresas transnacionales) se vuelve extremadamente complejo. Desde la época en la que se declaró la guerra de México contra las drogas, varios grupos se han beneficiado de este conflicto. Los grupos criminales

saqueaban para poder hacer la guerra. Esto aumentó el número de secuestros y la práctica extendida de extorsión en todo el país. No obstante, el saqueo comenzó incluso antes de que el gobierno mexicano se involucrara. Otros actores claves también se han beneficiado de esta guerra civil “moderna”. Los principales ganadores parecen ser ciertas élites políticas, empresas productoras de armas, compañías financieras internacionales, contratistas de seguridad y el complejo fronterizo de seguridad/militar e industrial, entre otros actores claves, nacionales y transnacionales. Estos son los actores que normalmente se benefician de cualquier conflicto armado importante en el mundo (p. 177).

Correa-Cabrera también señala que esta “guerra civil moderna” en México es una guerra marcada por los hidrocarburos. De hecho, su estudio sobre Los Zetas como una corporación criminal transnacional se centra en la disputa del territorio de los hidrocarburos y la reforma energética de la administración de Enrique Peña Nieto, la cual dio entrada al capital extranjero en la producción y comercialización de productos energéticos en el país, dejando a PEMEX libre a la competencia internacional. La autora insiste en que al centrar el discurso público en el tráfico de drogas, se ha perdido de vista la gran disputa por otras actividades ilícitas, incluido el territorio de los recursos naturales. Aquí aparece un camino interesante para conectar los desarrollos de Dörre con la situación en México. Él mismo ha reconocido que el tema de los recursos naturales en Latinoamérica puede pensarse desde su categoría de *Landnahme* (Dörre, 2016). Para el caso del noreste mexicano (especialmente para los estados de Tamaulipas, Coahuila, Veracruz, Nuevo León y Chihuahua) esto parece muy claro. Se han cruzado, además, los brazos del crimen organizado y los brazos legislativos del Estado, pues este último contribuyó a su manera a las disputas por el territorio, al aprobar la reforma energética. Así, la violencia provocada por el crimen organizado no solo “ha tenido el máximo efecto de restringir la movilización social” sino que también ha apoyado “las inversiones privadas en diversas industrias extractivas”, siendo así que “Las zonas de extracción potencial

de recursos después de la reforma energética han mostrado los mayores niveles de violencia” (Correa-Cabrera, 2018, p. 207). Además, queda claro aquí que los usos de la violencia y la legislación terminan beneficiando a los grandes capitales a costa de los medianos y pequeños productores, por no decir en detrimento de la población desplazada, violentada, temerosa o asesinada de aquellos territorios ricos en recursos naturales. La autora insiste en que “la violencia ha contribuido a disminuir el precio de las tierras debido a los desplazamientos forzados en regiones energéticas estratégicas” (p. 295). Además, Correa-Cabrera explicita que Estados Unidos es un beneficiario indirecto indiscutible de la situación de guerra en México:

La guerra en México coincide con el proceso de lograr la independencia energética estadounidense/norteamericana y con la llamada revolución del gas de lutita. Estos acontecimientos beneficiarán esencialmente a las industrias extractivas, especialmente al sector energético en Estados Unidos. De ahí que la crisis de seguridad de México –la cual benefició la aprobación de reformas claves y desplazó a las personas de territorios importantes– podría ayudar a Estados Unidos a alcanzar metas económicas inmediatas. Después de los peores años de la guerra, el núcleo del debate en México se enfocó en la reforma energética y en los beneficios que traería a las dos naciones vecinas, a través de una mayor cooperación bilateral (p. 290).

5. Conclusión

El contexto mexicano es propicio para ser analizado siguiendo los desarrollos de Prebisch y Dörre. Con el primero dimos cuenta de la revitalización de su propuesta al pensar el proceso de democratización política en México y cómo tal movimiento fortaleció los grupos criminales, al retirar de la escena la fuerza del partido único. En esta democratización política, el reacomodo de las élites político-económico-criminales ha sido evidente. Ellas han participado de nuevas formas de alianza, aun cuando la violencia misma las ha alcanzado

de manera recurrente; ellas también siguen la lógica de un capitalismo imitativo que las conecta constantemente con el gasto del excedente y la colocación de su capital fuera del país. Al final del día, la idea del despliegue de un modelo extractivista de los centros parece validarse cuando se discute cómo los flujos de capitales derivados de la economía criminal confluyen en el sistema financiero global, cuya principal infraestructura se localiza en las ciudades del Norte Global. Además, vimos cómo, de manera paradójica, los mismos criminales buscan los espacios más seguros para resguardar su capital mal habido. México sigue siendo, en parte por su cercanía con Estados Unidos, en parte por la implantación de un modelo económico neoliberal y criminal, en parte por la riqueza de sus recursos naturales, en parte por sus instituciones corruptas, una zona de extracción de capitales de Estados Unidos.

Con Dörre se buscó de manera particular discutir la expropiación capitalista del espacio social (*Landnahme*). Además de la expropiación criminal de territorios a través de la violencia directa y el desplazamiento forzado, vimos cómo la lógica del crimen organizado se apoyó fuertemente en el Estado para expandirse a costa de buena parte de la población mexicana que sufre directamente las consecuencias de esta “guerra civil moderna”. También, vimos cómo la economía criminal a escala global puede ser leída como un “afuera”, que poco a poco se interioriza en el sistema financiero. La discusión acá está en la creatividad y diversidad constante de las actividades criminales. México ha sido un claro ejemplo de ello en las últimas décadas, donde la confrontación por las rutas de la droga, primero entre los carteles y después entre el Estado ciertos cárteles, dio lugar a nuevas actividades criminales que pasan por el tráfico de personas (migrantes incluidos), extorsiones, robo y comercialización ilegal de hidrocarburos, etcétera. Otro de los puntos a destacar es nuestra intención de colocar una mirada distinta a la mano de obra criminal en México. Para ello, nos permitimos extrapolar una parte de la discusión de Dörre al mercado criminal, sobre todo para dar cuenta de la expropiación de las relaciones sociales que pueden

estar en juego en aquellos trabajadores que ponen su mano de obra para que la industria criminal continúe y en la expropiación capitalista de la vida misma, como figura última del “sacrificio” personal ante el capitalismo. Aquí pesa fuerte el comentario de Dörre sobre la aceleración en el trabajo y sus comentarios sobre el “no futuro”, la limitación de la razón impuesta a ciertas poblaciones para que no tengan otra opción más que el trabajo en las condiciones dadas. Esto, como fue advertido, es especulación propia y harán falta trabajos experimentales con población criminal, si las condiciones en algún momento lo permiten.

Lo que queda claro tanto con el capitalismo imitativo como con el “sacrificio” de la propia vida entre la mano de obra criminal, es que el asunto es tanto económico como estético. El capitalismo no solo promete el disfrute de bienes sino una posición estética ante los otros y ante uno mismo. Eso es lo que se juega en el núcleo mismo de su reproducción. Por ello es que cierro con un comentario más sobre Prebisch y la nueva administración federal en México. El nuevo gobierno ha insistido en su lucha contra la corrupción y se ha esforzado noblemente en dar los primeros pasos hacia un ejercicio de redistribución, principalmente dirigido a personas adultas mayores y jóvenes. En general, se ha apostado mucho por descartar el valor moral del gobierno. Es decir, su bandera finalmente es moral, la cual puede cruzarse en algunos momentos con un proyecto estético de nación alternativo. El camino es ciertamente difícil y uno duda del ejercicio de redistribución del excedente por parte del Estado cuando no existen ya bases morales compartidas para poder canalizar ese excedente como se espera, sobre todo en el caso de los jóvenes, donde parece insistirse en que es la falta de dinero el motivo principal de su adhesión a los grupos criminales, sin discutir ampliamente el atractivo existencial-estético que estos logran ofertar. Si tanto en el trabajo formal como en el criminal rigen la precariedad y la visión existencial a corto plazo, puede que muchos opten por el espacio criminal que ofrezca un crecimiento monetario más rápido, aunque ciertamente más efímero también. En fin, queda mucho por hacer y

por ver en la nueva administración nacional, pero indiscutiblemente hay indicios de una coincidencia entre Raúl Prebisch y el programa del gobierno federal, al menos en cuanto a la propuesta de un orden moral nuevo⁷ que permita cohesionar ciertos fragmentos de la población y ofrecer una crítica importante a la redistribución. En palabras del economista argentino: “No hay solución científica. La solución es fundamentalmente ética: el excedente corresponde a la sociedad en su conjunto y tiene que emplearse de acuerdo con principios éticos” (Prebisch, 1985, p. 82).

6. Bibliografía

Buscaglia, E. (2015). *Lavado de dinero y corrupción política. El arte de la delincuencia organizada internacional*. México, D.F.: Debate.

Castells, M. (2004). *La era de la información. Economía, sociedad y cultura. Vol. III. Fin de Milenio*. México, D.F.: Siglo XXI.

Correa-Cabrera, G. (2018). *Los Zetas Inc. La corporación delictiva que funciona como empresa transnacional*. México: Temas de Hoy.

Dörre, K. (2015). The new “Landnahme”: dynamics and limits of financial market capitalism en Dörre, K., Lessenich, S. y Rosa, H. (eds.). *Sociology, Capitalism, Critique*. Londres: Verso.

⁷ También lo moral está contenido en una de las tareas para una sociología crítica. De acuerdo con Dörre: “*Thirdly, a radical critique of society requires a moral community. Having said that, it should by no means refrain from going beyond its moral foundations and the communities within which these are communicated. It should delimit a framework in which arguments can be theoretically and empirically reviewed. This framework requires a threefold critical distance: with respect to the society being criticised; to those complaining and protesting; and to the constraints of originality, the struggles for recognition, and various other rituals of the academic field*” (Dörre, 2015, p. 65).

Dörre, K. (2016). Landnahme: un concepto para el análisis de la dinámica capitalista, o superando a Polanyi con Polanyi. *Política. Revista de Ciencias Sociales*, 54(2), 13-48.

García, D. (2019). Se confirma que 2018 fue el año más violento en 2 décadas. *La Jornada*, 22/01/2019. <https://www.jornada.com.mx/2019/01/22/politica/008n1pol>

Leite Gonçalves, G. (2017). Acumulação primitiva, espropriação e violência jurídica: expandindo as fronteiras da sociologia crítica do direito. en *Direito e Praxis*, 8(2), 1028-1082.

Meyer, L. (2019). Un capitalismo dinámico, pero ¿legítimo? *El Universal*, 03/02/ 2019. <https://www.eluniversal.com.mx/columna/lorenzo-meyer/nacion/un-capitalismo-dinamico-pero-legitimo>

Prebisch, R. (1976). Crítica al capitalismo periférico. *Revista de la CEPAL*, 1, 7-73. <https://repositorio.cepal.org/handle/11362/11967>

Prebisch, R. (1985). La periferia latinoamericana en la crisis global del capitalismo. *Revista de la CEPAL*, 26, 65-90. <https://repositorio.cepal.org/handle/11362/11153>

Reyes, A. (2018). *Cartilla moral*. México: Secretaría de Educación Pública.

Schedler, A. (2015). *En la niebla de la guerra: los ciudadanos ante la violencia criminal organizada*. Ciudad de México: CIDE.

Syal, R. (13 de diciembre de 2019). Drug money saved banks in global crisis, claims UN advisor, *The Guardian*. <https://www.theguardian.com/global/2009/dec/13/drug-money-banks-saved-un-chief-claims>

Valencia, S. (2010). *Capitalismo gore*. Madrid: Melusina.

Landnahme capitalista y acumulación por desposesión en el conflicto armado en Colombia

Fabián Andrés Villarraga Peña

1. Introducción

En las últimas décadas los conflictos territoriales desencadenados por la expansión del sistema capitalista se han constituido en un punto central de la discusión académica. Desde diferentes enfoques se busca profundizar en el análisis sobre las tendencias actuales del capitalismo global, relacionadas con los nuevos procesos de expansión del sistema capitalista a escala planetaria, orientados a integrar nuevos territorios a la fase productiva. En relación a este proceso de expansión, se han actualizado debates sobre la llamada “acumulación originaria”, entendida como proceso social de escisión de los trabajadores de sus condiciones materiales de existencia. Estos debates han contribuido a la irrupción de una diversidad de enfoques e interpretaciones sobre dicho proceso social y su actualidad en América Latina.

Una de las interpretaciones que ha tenido mayor impacto a nivel académico y político ha sido la formulada por el geógrafo inglés David Harvey (2004), centrada en el concepto de ‘acumulación por desposesión’. Sobre las bases teóricas y políticas de la acumulación

originaria, el autor plantea nuevas lecturas de las crisis capitalistas y sus formas históricas de resolución. Aquí considero necesario ahondar en los debates sobre la acumulación originaria, cuestionando dicho proceso histórico desde coordenadas sociales actuales, para así dar cuenta del andamiaje teórico que se condensa en estas propuestas. Uno de los debates clásicos sobre el tema se ha centrado en el carácter histórico de dicho proceso. La discusión central pasa en este punto por reconocer si se trata de un proceso de expropiación limitado en el tiempo y en el espacio, y, por tanto, si se ubica exclusivamente en la génesis del modo de producción capitalista, o por el contrario, si se trata de un proceso social permanente en el tiempo y en constante renovación, característico y constitutivo del capitalismo, en íntima relación con la acumulación de capital propiamente dicha.

A fin de avanzar en el esclarecimiento de este debate contemporáneo, me ocuparé de presentar algunos aspectos concretos asociados al conflicto armado en Colombia. En este trabajo parto del supuesto que tal conflicto social se nos presenta como una cruda realidad de despojo violento de tierras y territorios, que se relacionan con procesos globales de expansión capitalista y con procesos locales de formación y consolidación del capitalismo. Para iluminar la relación entre este caso concreto y los debates mencionados me ocuparé del desarrollo de cuatro bloques. En primer lugar me aproximo a los planteamientos desarrollados por el propio Marx sobre la acumulación originaria y a las reflexiones hechas por Rosa Luxemburgo sobre el imperialismo y el colonialismo capitalista. En segundo lugar, recupero una experiencia de actualización de la discusión en la década de 1990. Aquí me ocupo de algunas contribuciones puntuales de Massimo De Angelis, Werner Bonefeld y Paul Zerembka. En tercer lugar, me concentro en los principales trabajos recientes sobre la temática, como son los de David Harvey y del sociólogo alemán Klaus Dörre. Finalmente, en cuarto lugar, propongo un acercamiento al conflicto social armado colombiano. Tomando en consideración la trama teórica desplegada, este último punto me permitirá dar cuenta de una serie de procesos profundos de despojo de comunidades

campesinas, indígenas y afrodescendientes, los cuales podrían ser vistos como una manifestación paradigmática de la amarga historia de la consolidación del capitalismo en el país.

2. Marx y la llamada acumulación originaria

Es en el capítulo XXIV de *El Capital* donde Marx expone de forma sucinta lo que considera es el proceso social de acumulación originaria. En el abordaje realizado en dicho capítulo la noción de acumulación originaria aparece ligada al concepto de capital en tanto relación de clase (De Angelis, 2012). No basta con que existan mercancías, dinero, medios de producción y artículos de consumo, dirá Marx (1976), sino que estos “necesitan *convertirse en capital*” (p. 608).¹ Es decir, necesitan de determinadas condiciones socio-relacionales:

han de enfrentarse y entrar en contacto dos clases muy diversas de poseedores de mercancías; por una parte, los *propietarios de dinero, medios de producción y artículos de consumo*, deseosos de valorizar la suma de valor de su propiedad mediante la compra de fuerza de trabajo ajena; de otra parte, los *obreros libres*, vendedores de su propia fuerza de trabajo y, por tanto, de su trabajo (p. 608).

El modo en que llegan a entrar en contacto estas dos clases es la historia de la llamada acumulación originaria, sintetizada a partir de la idea de una “escisión entre trabajadores y la propiedad sobre las condiciones de realización del trabajo” (Marx, 2005, p. 893). De tal manera, “el proceso que *engendra* el capitalismo solo puede ser uno: el *proceso de disociación entre el obrero y la propiedad sobre las condiciones de su trabajo*, proceso que de una parte *convierte en capital* los medios sociales de vida y de producción, mientras de otra parte convierte a los productores directos en *obreros asalariados*” (Marx,

¹ Cursivas mías.

1976, p. 608).² Para Marx la acumulación originaria sería entonces “el proceso histórico de escisión entre productor y medios de producción” (Marx, 2005, p. 893), que convierte a los productores directos en indigentes, vagabundos, mendigos y en asalariados y, a sus medios de producción, la tierra principalmente, en activos puestos a trabajar para nutrir la infante economía global de mercancías. En este punto Marx considera a la acumulación originaria como la “prehistoria” del modo de producción capitalista. Inglaterra, entre los siglos XV y XVIII, fue el mejor ejemplo que Marx pudo encontrar para estudiar el proceso de expropiación de la tierra de los campesinos, debido a que en ningún otro lugar se había realizado dicha separación violenta de una manera más radical que allí. No obstante, afirmó que todos los demás países de “Europa Occidental van por el mismo camino. La ‘fatalidad histórica’ de este movimiento está, pues, expresamente restringida a los países de Europa Occidental” (Marx y Engels, 1980, p. 60).

Aquí hay que tener en cuenta que este movimiento expropiatorio adopta para Marx diversas tonalidades en tiempo y espacio, pero no sería un fenómeno destinado a repetirse en otros territorios. Por ejemplo, en la carta escrita por Marx en respuesta a un artículo publicado sobre su obra por el periódico ruso *El memorial de la patria*, escribe:

A todo trance quieren convertir mi esbozo histórico sobre los orígenes del capitalismo en la Europa occidental en una teoría filosófico-histórica sobre la trayectoria general a que se hallan sometidos fatalmente todos los pueblos, cualesquiera que sean las circunstancias históricas que en ellos concurren [...] Esto es hacerme demasiado honor y, al mismo tiempo, demasiado escarnio (pp. 64-65).

Para Marx, el método predilecto de la acumulación originaria sería el ejercicio pleno de la violencia extraeconómica. De ahí que el autor afirme que el modo de producción capitalista se despliega “chorreando sangre y lodo, por todos los poros, desde la cabeza hasta los pies” (Marx, 2004, p. 950). Pero este proceso de acumulación originaria, en

² Cursivas mías.

principio, solamente se manifestaría como mecanismo que da vida al capital como relación social de clase y por tanto su existencia histórica solamente estaría relacionada con el momento de tránsito del feudalismo al capitalismo. Algunos pasajes de *El Capital* indicarían esto:

el proceso capitalista de producción desarrollado quebranta toda resistencia; la generación constante de una sobrepoblación relativa mantiene la ley de la oferta y la demanda de trabajo, y por tanto el salario, dentro de carriles que convienen a las necesidades de valorización del capital; la coerción sorda de las relaciones económicas pone su sello a la dominación del capitalista sobre el obrero. Sigue usándose, siempre, la violencia directa, extraeconómica, pero solo excepcionalmente. Para el curso usual de las cosas es posible confiar el obrero a las 'leyes naturales de la producción' (p. 922).

Si nos detenemos en el extracto anterior, este indicaría que en el capitalismo desarrollado el ejercicio de la coerción violenta, extraeconómica, no sería estrictamente necesaria, sino tan solo excepcionalmente. Sí operaría, en cambio, mayoritariamente, otra forma de coerción: la de las relaciones económicas. Estas marcan la "dominación del capitalista sobre el obrero", que se refleja en la naturalización de las "leyes de la producción", el fetichismo de la mercancía y la alienación. Es precisamente en este punto que se ubica uno de los principales debates contemporáneos sobre la persistencia o no del proceso de acumulación originaria.

Uno de los elementos centrales en esta discusión es el del proceso de expansión constante de la economía capitalista a territorios que no están regidos por las "leyes" de su producción, o por lo menos que no han sido dominadas plenamente por ellas. Aquí, comprender las formas de incorporación de nuevos territorios es fundamental para evidenciar las diferentes formas de manifestación de la acumulación originaria en tanto proceso social e histórico.³ Los espacios

³ Para Wallerstein (2006), por ejemplo, dicha incorporación significa "que al menos algunos procesos de producción importantes en un lugar geográfico dado se convierten en parte integrante de varias de las cadenas mercantiles que constituyen la división del trabajo corriente en la economía-mundo capitalista" (p. 180).

coloniales del capitalismo central, y los conflictos desencadenados por implantar la primacía del capital en dichas colonias, sirven para comprender este proceso de constante expansión y sus diversos mecanismos de incorporación:

con el obstáculo que representa la propiedad obtenida a fuerza de trabajo por su propio dueño, con el obstáculo de productor que, en cuanto poseedor de sus propias condiciones de trabajo, se enriquece a sí mismo en vez de enriquecer al capitalista. La contradicción entre estos dos sistemas económicos, diametralmente contrapuestos, se efectiviza aquí, de manera práctica, en la lucha entablada entre los mismos. Allí donde el capitalista tiene guardadas sus espaldas por el poder de la metrópoli, procura quitar de en medio, por la violencia, el modo de producción y apropiación fundado en el trabajo personal (Marx, 2004, p. 956).

El capitalismo como modo de producción en constante expansión ha de recrear una lucha permanente con otros modos de producción no capitalistas. Esta necesidad de constante expansión ya no solamente se refiere a la necesidad de contar con una riqueza acumulada previamente para dar origen al capital como relación social, sino que hace parte de los requerimientos del capital para su reproducción. Esto último implica contar permanentemente con nuevos espacios donde poder invertir el capital acumulado en los centros capitalistas. Si la principal fuerza motriz del capitalismo es la acumulación de capital, la expansión del modo de producción capitalista se convierte en una necesidad para su reproducción.

Es importante tener en cuenta las diferencias cualitativas de los distintos momentos del capital para no confundir el momento de gestación con su camino a la “adulthood”. En los *Grundrisse*, Marx (2009) invita a sostener esta diferencia al referirse a la acumulación originaria como supuesto histórico del capital que “pertenece al pasado y por tanto a la historia de su formación, pero de ningún modo a su historia contemporánea, es decir, no pertenece al sistema real del modo de producción dominado por el capital” (p. 420). Los

presupuestos de separación de los productores directos de sus medios de producción constituyen aquí la premisa para el nacimiento del sistema capitalista, pero en el momento en que el capital puede ya engendrar por sí mismo sus condiciones de reproducción este supuesto se presenta:

como resultado de su propia realización, como realidad puesta por él: no como condiciones de su génesis, sino como resultados de su existencia. Ya no parte de presupuestos para llegar a ser, sino que él mismo está presupuesto, y, partiendo de sí mismo, produce los supuestos de su conservación y crecimiento mismos (p. 420).

Este último pasaje es importante en la medida en que hace referencia a la diferenciación que existiría –ya mencionada– entre la acumulación originaria como parte de la prehistoria del capital, pero a su vez marca la continuidad respecto a los mecanismos que operan en esta en un momento histórico en el que el capital es la forma dominante. En palabras de Roux (2008):

la diferencia entre unos y otros no radica en su ubicación en el tiempo, sino en determinaciones formales: era la diferencia entre la transformación del dinero en capital y movimiento del capital como dinero, entre el despojo como presupuesto del capital y el despojo como resultado de su existencia, entre la acumulación dineraria y la acumulación capitalista, entre el punto de arranque del capital y el capital como punto de arranque (s/n).

3. Rosa Luxemburgo y el análisis del imperialismo. ¿Continuidad de la acumulación originaria?

El asesinato como práctica violenta ha desempeñado un papel muy importante en los procesos de despojo y como forma de eliminar todo obstáculo que se presente para la acumulación de capital. Rosa Luxemburgo claramente se había convertido en un obstáculo, por lo que a comienzos de 1915 es puesta en prisión y el 15 de enero de 1919, a escasos dos meses

de salir de prisión, es asesinada. Su muerte hace parte de “la masacre que (se) desató para aniquilar a los pocos comunistas que intentaron frenar, mediante una insurrección desesperada, el apaciguamiento burgués de la revolución alemana de 1918” (Bolívar, 2011, p. 45).

En el libro *La acumulación de capital*, Rosa Luxemburgo (1968) considera a la violencia y al despojo como mecanismos permanentes de la acumulación capitalista, aunque acepta la acumulación originaria como un momento histórico del devenir del capitalismo. Ahora bien, una de las particularidades de su propuesta gira en torno a que el capitalismo, para mantener el proceso de reproducción ampliada, debe contar con “terceras partes”. Con terceras partes se refiere, por ejemplo, a la campesina o indígena que se convierte en compradora de sus mercancías como forma de garantizar la realización de la plusvalía y, como proveedoras de materias primas, fuerza de trabajo, etc. El capitalismo, por tanto, necesita de ese otro exterior para crecer, desarrollarse y principalmente, expandirse. A partir de un proceso lento y permanente va rompiendo violentamente las fronteras, “incorporando” nuevos territorios y capas sociales, creando condiciones para la inversión del capital previamente acumulado y generar nuevos procesos de acumulación.

Si no se considera esta relación estrecha entre el capitalismo central y los territorios no capitalistas se estarían desconociendo la compleja historia de evolución de este sistema y se interpretaría la acumulación capitalista dentro de los estrechos marcos de la “producción de plusvalía”. La acumulación sería entonces, para Luxemburgo (1968), un proceso:

puramente económico cuya fase más importante se realiza entre los capitalistas y los trabajadores asalariados, pero que en ambas partes, en la fábrica como en el mercado, se mueve exclusivamente dentro de los límites del cambio de mercancías, del cambio de equivalencias [...] sí el capital hubiera tenido que atenerse, exclusivamente, a los elementos de producción suministrados dentro de estos estrechos límites, le hubiera sido imposible llegar a su nivel actual, e incluso no hubiera sido factible su desarrollo (pp. 322-323).

Luxemburgo acá no hace más que insistir en que para dar continuidad al proceso de acumulación ampliada de capital, la separación y el despojo violento de los productores directos debe ser una constante histórica. Así documenta el avance del imperialismo europeo en tierras africanas y asiáticas durante el siglo XIX y el “reparto” del mundo durante las primeras décadas del siglo XX. El despojo violento como mecanismo vital del capitalismo no es un fenómeno que se desenvuelve en una sola vía. Este proceso de expansión se enfrenta precisamente con los modos de vida y de existencia propios de los habitantes de los territorios en que el capital despliega sus fuerzas. Por tanto, para contrarrestar la resistencia propia de territorios no capitalistas, la burguesía debe apelar a la violencia extraeconómica y política:

Pero como las organizaciones sociales primitivas de los indígenas son el muro más fuerte de la sociedad y la base de su existencia material, el método inicial del capital es la destrucción y aniquilamiento sistemáticos de las organizaciones sociales no capitalistas con que tropieza en su expansión. Aquí no se trata ya de la acumulación primitiva, sino de una continuación del proceso hasta hoy. Toda nueva expansión colonial va acompañada, naturalmente, de esta guerra tenaz del capital contra las formas sociales y económicas de los naturales, así como de la apropiación violenta de sus medios de producción y de sus trabajadores. [...] El capital no tiene, para la cuestión, más solución que la violencia, que constituye un método constante de acumulación de capital en el proceso histórico, no sólo en su génesis, sino en todo tiempo, hasta el día de hoy (pp. 336-337).

El proceso de lucha y resistencia de las comunidades es un elemento crucial para el análisis de la expansión colonial. Permite evidenciar que dicho proceso de expansión no es unilateral y acabado, que se explica simplemente a partir de las ansias del capital por expandirse, sino que aclara el complejo proceso conflictivo en el que el papel de las resistencias al avance del capital condiciona su expansión y reproducción. Así como también las luchas y las resistencias al capitalismo experimentan períodos de flujo y reflujo, de avances

y retrocesos, de efervescencia política y temporadas de repliegue de las fuerzas sociales, la expansión del sistema capitalista no es ajeno a estos vaivenes históricos. El movimiento del capital avanza y retrocede, pierde en un territorio para ganar en otro, así como renueva tácticas y estrategias para lograr condiciones favorables a sus intereses. Esta apreciación se distancia de una interpretación catastrófica del proceso histórico que se ha hecho sobre una conjetura política que Rosa Luxemburgo plantea: una vez que el capital se propague por la totalidad del planeta habrá alcanzado su final histórico. Evidentemente es un proceso que se gesta dentro de la dinámica propia del capitalismo. Y esta dinámica propia, interna, lleva a la incorporación de esos otros territorios. Pero el proceso expansivo no se debe ver simplemente desde sus dinámicas internas, porque en este acto de crecimiento están también las fuerzas sociales de las comunidades que se oponen a él, condicionando el desenlace histórico.⁴

Creer que Rosa Luxemburgo concibe el transcurrir histórico como progreso lineal, en el que inevitablemente el capitalismo llegaría a su fin por el propio peso de sus contradicciones internas. Esta especie de fatalismo optimista lleva a la pasividad política a los que viven del trabajo, ya que las “leyes objetivas” de desarrollo les garantizaría el “triunfo”. Según Löwy (2019), Luxemburgo concebía la historia como un “proceso abierto, como una serie de bifurcaciones en el que el factor subjetivo –consciencia, organización, iniciativa– de las y los oprimidos constituye un factor decisivo”.

⁴ Luxemburgo lo plasma de la siguiente manera: “como en todos los casos se trata de ser o no ser, para la sociedades primitivas no hay otra actitud que las de la resistencia y la lucha a sangre y fuego” (1968, p. 337).

4. Debates contemporáneos sobre la acumulación originaria

Luego de la aproximación suscita a las reflexiones de Marx sobre la acumulación originaria y al repaso de la interpretación novedosa que ofrece Rosa Luxemburgo al analizar el colonialismo y el imperialismo, podemos adentrarnos en algunos debates contemporáneos de referencia. En la década de 1980 aparecen varios escritos que retoman el debate sobre la acumulación originaria y su pertinencia para interpretar el sistema capitalista de finales del siglo XX. Werner Bonefeld, en un artículo de 1988 titulado “Lucha de clases y la permanencia de la acumulación primitiva”, actualiza el debate integrando nuevos elementos interpretativos. Luego la revista *Midnight Notes* dedica el número 10 del año 1990 a discutir sobre los nuevos cercamientos, en pleno proceso de avanzada del neoliberalismo en el mundo. Una década más tarde, en el año 2001, la revista inglesa *The Commoner* dedica todo un número a profundizar en este debate. Este número llevó por título “Cercamientos, la imagen invertida de las alternativas”. Del conjunto de artículos allí publicados me ocuparé de las contribuciones de Massimo De Angelis, Werner Bonefeld y Paul Zerembka.⁵

El artículo de Massimo De Angelis (2012) reafirma la lectura de la acumulación originaria como un proceso continuo e inherente al sistema capitalista, que se encuentra presente tanto en la periferia como en el centro del sistema. Para el autor, una vez consumada la expropiación violenta de los productores directos, esta permanece y se reproduce constantemente a través de las “leyes naturales de la producción” que entregan al obrero al predominio del capital, “predominio que las propias condiciones de producción engendran, garantizan y perpetúan” (Marx, 1976, p. 627). Mientras se mantengan dichas condiciones, dirá De Angelis, la acumulación originaria se mantiene latente. Ahora bien, como vimos en los planteamientos de Rosa Luxemburgo, este proceso histórico –o esta acción estratégica,

⁵ Para este trabajo empleo las traducciones al castellano publicadas en el número 26 de la revista argentina *Theomai*, aparecida en 2012.

como la llama De Angelis— no está libre de la resistencia de los sectores sociales afectados por este. La resistencia de los trabajadores representa un desafío al curso tranquilo de las “leyes naturales de la producción” y dependiendo del transcurso de su resistencia puede reducir la distancia entre los trabajadores y sus condiciones de vida. Acá, para el autor italiano, se reactualiza la acumulación originaria como mecanismo para mantener y profundizar tal proceso de separación.

Al configurarse la resistencia de los trabajadores como obstáculo para la acumulación de capital, la acumulación originaria terminaría siendo un mecanismo que se mantiene en el tiempo para desactivar las luchas y desintegrar las organizaciones sociales. Con el objetivo de recomponer el curso “normal” de la producción a través del disciplinamiento, y por tanto, recuperar los espacios de inversión perdidos por el capital, la acumulación originaria tendría como objetivo modificar la relación de fuerzas sociales adversas y así generar condiciones favorables para nuevos procesos de inversión y acumulación. Esta relación estrecha entre la acumulación originaria y la lucha de clases va a ser uno de los aportes teórico-políticos más interesantes de este autor.

En sintonía con De Angelis, Bonefeld sostiene en su artículo (2012) que el proceso de separación de los productores directos de sus medios de vida es un movimiento permanente, y por tanto, no se debe concebir como limitado al tránsito de la sociedad feudal a la capitalista. Es más bien “*la base de las relaciones sociales capitalistas y por ende de la constitución de la sociedad* a través de la cual subsiste la explotación del trabajo”.⁶ En tanto base de las relaciones sociales capitalistas, el autor destaca dos modalidades que se presentan en simultáneo: como proceso abierto y como fundamento lógico y presupuesto constitutivo. Se trata de un proceso abierto en la medida en que la separación de los productores de sus medios de existencia se reproduce y se renueva constantemente; y es fundamento lógico y presupuesto constitutivo ya que mantiene y reproduce la relación de

⁶ Cursivas mías.

tipo salarial, y así garantiza el normal funcionamiento de la extracción de plusvalía. Es decir, “no puede existir la acumulación capitalista sin la reproducción continua del divorcio entre el trabajo y sus condiciones” (Bonefeld, 2010, s/n). Por tanto, no se podría decir que la lógica de la separación sobre la que sustenta el proceso real del capital se constituye de forma plena y acabada, sino por el contrario, dicha lógica es siempre incompleta y frágil por estar constantemente en disputa –media entre procesos de mercantilización y desmercantilización–, y cuyo alcance está mediado por el grado de confrontación social y su incierto desenlace.

Finalmente, Paul Zarembka, en su artículo (2012), concuerda con la tesis central de De Angelis y Bonefeld sobre la permanencia de la expropiación violenta de los productores directos de sus medios de existencia, pero precisa que la acumulación originaria como concepto se refiere a un momento histórico preciso: el del tránsito del feudalismo al capitalismo. Para Zarembka, el hecho de no tener en cuenta esta especificidad histórica implicaría convertir al concepto en uno transhistórico, haciendo perder todo su poder explicativo. Considera que la acumulación de capital ya trae consigo la lógica de la separación y también el de la explotación, por tanto, esta forma de acercarse al concepto sería la más acertada, permitiendo comprender el proceso de acumulación capitalista en la actualidad.

Estas interpretaciones sobre la acumulación originaria representaron un avance muy importante para comprender los procesos contemporáneos de acumulación y de despojo, en tanto atendieron a un aspecto clave: la separación de los productores de sus condiciones de vida. Pero la continuidad de la separación durante el proceso histórico de formación del capitalismo que estos autores plantean, y de su latencia en la acumulación de capital, debe conectarse de un modo directo con el conflicto que esta separación desata. Al centrarnos en el conflicto, en la lucha constante entre sectores sociales y clases, podríamos comprender los mecanismos violentos que perduran en el proceso de acumulación. Ello a su vez permite visibilizar el despojo constante; no solamente el que se presenta en la acumulación

originaria, sino en todo el proceso de acumulación capitalista. Si bien estos autores se concentran en el conflicto social, lo hacen con ciertas limitaciones. Tanto De Angelis como Bonefeld se detienen en las disputas constantes entre clases sociales pero continúan llamando al proceso de separación “acumulación originaria”, aunque esta separación hace tiempo dejó de ser un acontecimiento de la génesis de capital para ser parte integrante de la dinámica capitalista contemporánea. Es decir, continúan llamando originario algo que sin dudas ha dejado de serlo.

El debate sigue renovándose y aparecen nuevos acercamientos a las realidades de la expropiación y la explotación que tienen total vigencia. En cualquier caso, estas coordenadas tienen una importancia política y teórica fundamental a la hora de pensar una alternativa al orden capitalista, ya que la resistencia y la lucha en contra de los cercamientos no es una simple lucha defensiva por parte de los pueblos. Se convierte necesariamente en un desafío de ese orden, en impugnación del poder que lo sustenta, y, por tanto, en construcción de uno nuevo.

5. Acumulación por desposesión y *Landnahme* capitalista

La última recuperación teórica de este trabajo involucra dos posturas contemporáneas sobre el proceso de expansión de la economía capitalista y las resoluciones de su crisis, que actualizan los métodos de la acumulación originaria y, de ese modo, dan cuenta de la dinámica de reproducción del capitalismo en la actualidad. Me refiero a las perspectivas de David Harvey y de Klaus Dörre.

La propuesta teórica de Harvey es crítica de las posiciones que ven en los mecanismos de la acumulación originaria un momento histórico preciso. Para él tal visión tiene graves consecuencias políticas y teóricas ya que circunscribe a la violencia, el robo, el engaño, el asesinato, al momento de génesis del sistema capitalista. A partir de esta operación de reducción no se podría comprender el desarrollo del capital en su plenitud ni pensar con claridad alternativas al

capitalismo. Por tanto, Harvey rescata aquel vínculo orgánico entre el proceso de producción de plusvalía y el de la acumulación a través del ejercicio de la violencia que Luxemburgo plantea para analizar el desarrollo del capitalismo. En el caso de atenerse a solo uno de estos dos aspectos, se tendría una interpretación reducida del complejo proceso de acumulación de capital.

Para el autor, el proceso de despojo no se despliega solamente en el exterior del sistema capitalista, sino también dentro de las mismas economías de mercado desarrolladas, distanciándose en este punto de Luxemburgo y acercándose a los autores antes expuestos. Existe, por tanto, una necesidad teórico-conceptual para analizar estos nuevos procesos de separación, en el que la acumulación ampliada de capital es la que los impulsa y provoca. Es decir, “la acumulación primitiva que abre una vía a la reproducción ampliada es una cosa y la acumulación por desposesión que interrumpe y destruye una vía ya abierta es otra muy diferente” (Harvey, 2004, p. 126). Harvey agrega:

Una revisión general del rol permanente y de la persistencia de prácticas depredadoras de acumulación “primitiva” u “originaria” a lo largo de la geografía histórica de la acumulación de capital resulta muy pertinente, tal como lo han señalado recientemente muchos analistas. Dado que denominar “primitivo” u “originario” a un proceso en curso parece desacertado, en adelante voy a sustituir estos términos por el concepto de “acumulación por desposesión” (p. 113).

Su propuesta teórica conecta con los autores presentados en el apartado anterior y luego ejerce cierta influencia en otros referentes marxistas como Klaus Dörre, quien propone el concepto de *Landnahme* para atender prácticamente al mismo proceso. Un punto de encuentro entre Harvey y Dörre, y que es una de las premisas más importantes dentro de esta formulación teórica, es el reconocimiento de la necesidad constante de expansión del capitalismo –sea geográfica o no– para la solución de las crisis de sobreacumulación. Es decir, el capitalismo siempre necesita de nuevos espacios de inversión en donde el capital acumulado pueda nuevamente ser invertido y así generar nuevas ganancias.

Para Dörre (2016), el problema de la sobreacumulación, y especialmente el problema del superávit y de la absorción de capital, es el principal motor del *Landnahme* capitalista. Esto quiere decir que es una necesidad sistémica el de disponer ilimitadamente de todas las fuerzas productivas de la tierra. *Landnahme* es un “concepto alemán, cuyo significado original es ‘apropiación de tierra’ o ‘adquisición de tierra’, comúnmente utilizado en el contexto del asentamiento o conquista de nuevos territorios”. Por tanto, esta categoría, según Dörre, es central para el análisis crítico del capitalismo y de la dinámica de su expansión, de ese movimiento constante de lo interno hacia lo externo y viceversa, y el de un intercambio entre sectores ya mercantilizados de la sociedad con los que no lo han sido aún, o los que no lo han sido totalmente.

Dörre retoma al sociólogo alemán Burkart Lutz para especificar un doble movimiento que genera dos tipos de *Landnahme*, uno interno y otro externo. El concepto de *Landnahme* aplicado al interior de las sociedades capitalistas “maduras” se centra en “la separación selectiva de asalariados dependientes y de sus familias de las seguridades estatales de bienestar, el recorte de propiedades públicas, así como la disciplina en y para modos de producción y de reproducción flexibles y centrados en el mercado” (p. 19). En cambio, el *Landnahme* externo se refiere a “procesos de colonización de formas de producción no capitalistas, fuerza de trabajo, recursos naturales, bienes comunes etc., que se encuentran por fuera de sus fronteras pero, que están supeditadas a ella” (p. 19). Además de esta diferenciación y, para especificar un poco más el concepto de acumulación por desposesión de Harvey, Dörre clasifica estos tipos de *Landnahme* como de primer o segundo orden. El primero alude a la expansión desarrollada de una forma violenta, en el sentido de la acumulación originaria; en cambio, el segundo, hace referencia a procesos de colonización de territorios ya mercantilizados, pero abandonados por el capital. Este último, que Dörre llama “*landpreisgabe*”, se refiere a procesos que se

van configurando a posteriori del “abandono” de territorios por parte del capital.⁷

La propuesta de Klaus Dörre, al especificar un poco más los procesos de separación del capitalismo contemporáneo, no deja de tener una relación muy estrecha con los planteamientos de David Harvey. El problema de sobreacumulación no es más que una manifestación de las contradicciones del sistema, contradicción que lleva a un estado de crisis. Esto es, a un estado de tensión que tiene que ser resuelta. Las crisis capitalistas han llevado a través de la historia a determinadas formas de resolución que permitieron al capitalismo reproducirse. La crisis como momento de tensión social tiene que ser resuelta de alguna manera. El capitalismo fue creando diferentes formas de resolución y generando procesos de autotransformación para mantenerse en el tiempo. Ello se observa en la crisis del 1929, la de la década de 1970 y en la última crisis del 2008. Ahora bien, esta última se ha profundizado a tal punto que no se vislumbran formas de resolución. El neoliberalismo como proyecto de clase que se desarrolló con el capital corporativo está agotado. A ello se le suman otras expresiones de la crisis, sobre todo la ambiental.

6. Malestar rural en Colombia en un contexto de violencia

Colombia es un trágico ejemplo de acumulación por desposesión contemporánea que se ha expresado principalmente por medio de la guerra. Tanto los mecanismos clásicos de la acumulación originaria, como los de los nuevos procesos de despojo, operan en la realidad colombiana de forma permanente con un grado de violencia inusitado. Aunque la guerra ha sido una fuente fundamental de la acumulación no necesariamente ha sido la única. Por el contrario, la

⁷ *Landpreisgabe* (alemán) tiene el significado contrario de *Landnahme*, es decir, se asocia al proceso de ceder tierras o territorios.

violencia desatada en contra de los habitantes del campo desencadenó en un estado de guerra permanente. Se dificulta poder comprender el conflicto social armado en Colombia en la medida en que son varias circunstancias y variables que intervienen en él. Las formas de acercarse a este fenómeno han sido diversas. Algunos estudios se han centrado en las consecuencias que el conflicto armado ha traído a la población rural. Otros se han ocupado de la confrontación entre proyectos de sociedad y de las contradicciones inherentes al desarrollo del capitalismo colombiano. Estas diferentes formas de estudio se orientan por una premisa común: el conflicto por el acceso, “el uso y la tenencia de la tierra han sido motores del origen y perdurabilidad del conflicto armado” (CNMH, 2013, p. 21).

Este conflicto por la tierra, que caracteriza el desenvolvimiento histórico de la sociedad colombiana, expresa una disputa entre diferentes formas de apropiación y de relación con el territorio. La apropiación violenta –legal y/o ilegal– y el control de territorios ha sido la forma predominante de despojo. Dicho impulso ha limitado el acceso a la tierra a comunidades, fortaleciendo el de la gran propiedad capitalista. La disputa entre las comunidades y los grandes capitales ha asumido variadas formas, pero en cualquier caso ha marcado el rumbo del proceso de transición, instauración, consolidación y desarrollo del capitalismo nacional. Colombia se ha convertido en unos de los países de América Latina en el que el proceso de despojo a través de la guerra se manifiesta de la forma más cruel y violenta. El despojo masivo de poblaciones indígenas, afro y campesinas ha alcanzado tal intensidad que ubica al país, en el año 2017, en el vergonzoso primer puesto de naciones con mayor desplazamientos internos a nivel mundial, con 7.7 millones de personas (ACNUR, 2018) y casi 9 millones de hectáreas despojadas. Estas cifras hablan por sí mismas de la dimensión que adquiere la guerra en las zonas rurales, y el despojo al que han sido sometidas sus poblaciones.

La estructura agraria que se conformó en el país en su vida “republicana” ha estado orientada hacia la agroexportación. Las formas de apropiación de la tierra que se impusieron fueron monopólicas y

excluyentes, restringiendo el dinamismo de la pequeña y mediana propiedad. Por ejemplo, las grandes concesiones de tierras baldías que se otorgaron entre 1827 y 1931 consolidaron y fortalecieron el régimen hacendario y, entre otros factores, fueron cercando a las comunidades campesinas, indígenas y afro, condicionando el inevitable choque entre estas dos formas antagónicas de producción. La investigadora canadiense Catherine Legrand (1994) registra dos etapas de los conflictos por baldíos. La primera se da entre 1880 a 1925. En este período los campesinos reclaman, por medio de la lucha legal y pacífica, que se ponga freno al cercamiento al que estaban siendo sometidos por los hacendados. Tal reivindicación resulta infructuosa y las haciendas terminan por “absorber” las tierras campesinas, convirtiendo a sus pobladores en arrendatarios y aparceros. La segunda etapa comienza a partir de 1928, cuando el movimiento campesino pasa de una lucha defensiva a una ofensiva. A partir de entonces dicho movimiento se opone al pago de todo tipo de obligaciones para con el terrateniente, se declara colono de tierras baldías y recupera tierras no cultivadas de las haciendas. En años posteriores el despojo de las tierras baldías en Colombia se intensifica de modo creciente. Entre 1931 y 1945, cada año, se privatizan en promedio 60.000 hectáreas, mientras que entre 1946 y 1959 la cifra llega a 150.000 hectáreas promedio al año (Legrand, 1994).

Un sector del liberalismo toma conciencia del grave conflicto social que se estaba viviendo y del problema que este podía acarrear para el desarrollo capitalista, por lo que promulga la ley 200 de 1936 que buscaba limitar el crecimiento de las grandes propiedades, reglamentar el acceso de baldíos a la población campesina y contener el proceso de movilización y de recuperación de tierras por parte del campesinado, marcado por la impugnación al derecho de propiedad de los terratenientes.⁸ Para el liberalismo, esta ley pretendía hacer “imposible

⁸ Alfredo Molano (2015) lo describe de esta manera: “En muchas regiones, los arrendatarios se proclamaron colonos, se negaron a pagar los convenios, y otros invadieron de frente zonas inexploradas por las haciendas. En la región del Tequendama los arrendatarios luchaban por cambiar el régimen laboral; en Sumapaz por la titulación de baldíos... Para la Asociación Patriótica Nacional (APEN) y la Sociedad de Agricul-

todo abuso” al derecho de propiedad. Se promulgó un principio de función social de la propiedad, sin con ello pretender golpear el régimen hacendario, sino más bien ofrecer un recurso para la parcelación de tierras ociosas. Lo cierto es que en la práctica esta ley produjo miedo entre los terratenientes. Ello condujo, como lo dice Machado (2009), “a una evicción de millares de aparceros que salieron de las haciendas, en especial cafeteras, para no seguir reconociéndoles las mejoras, proceso este que buscaba también convertirlos en asalariados” (p. 185). Este proceso de reacción combinó el acaparamiento de tierras públicas y el despojo de tierra de las poblaciones campesinas.

La concentración de la tierra irá acrecentándose, acompañada de la concentración del poder político que esta brinda, tanto que para 1960:

las fincas menores de 10 hectáreas comprendían el 76.5% de los predios, pero tan sólo representaban el 8.6% de la superficie total. Así mismo, las fincas mayores de 100 hectáreas constituían únicamente el 3.5% de los predios, pero representaban el 65.8% de la superficie total. Es tan notoria la concentración, que en 1960 solo 23 fincas acaparaban casi 600.000 hectáreas, es decir un poco más que todas las tierras de los campesinos minifundistas, que poseían una parcela menor de 3 hectáreas (Vega y Ruiz, 1990, p. 176).

El antecedente a esta formidable concentración de la tierra fue la agudización de la violencia en el campo durante las décadas de 1940 y 1950. Para fines de 1947, cerca de “14.000 colombianos habían muerto. De ahí en adelante el número de muertos por violencia política crecería en forma terrorífica: en 1948, 44.000; en 1949, 19.000; en 1950, 50.000; en 1952, 13.000; y en 1953, 9.000” (Molano, 2015, p. 163). Todo este proceso de violencia y de despojo surtía sus frutos para la acumulación de capital. A modo de ejemplo, el crecimiento económico que tuvo el país entre 1945 y 1950 fue del 11,5%. La Asociación

tores de Colombia la organización campesina representaba un reto al que se debería responder con cuadrillas a sueldo para “contrarrestar las peonadas insurrectas que levantan el hierro contra el patrón, ebrias de vocablos que no comprenden” (p. 156).

Nacional de Industriales (ANDI) declaraba por esta época que: “La situación de Colombia es la mejor que se haya visto hasta hoy” (Tirado, 1978, p. 171). De la mano de la violencia más cruel en contra de las comunidades campesinas, el capitalismo colombiano se iba consolidando. Entre los años 1950-1958 la participación de la industria dentro del PIB refleja el dinamismo que obtuvo este sector de la economía jalonado por la agricultura capitalista. Al inicio de la década de 1950 representaba el 15% y para finales de esta la participación en el PIB pasó a ser del 17,2% (Vega & Ruiz, 1990).

Este contexto de despojo y de violencia en y sobre el mundo rural permite comprender porque en el caso colombiano las comunidades campesinas e indígenas optaron por la creación de espacios territoriales de autodefensa con el objetivo de contener el avance del proceso expropiatorio terrateniente por medio de las armas. Pero sobre todo permite entender porque se ocuparon de impulsar, dentro de las más adversas circunstancias, esa capacidad política para conformar una forma social campesina en donde la tierra es considerada como bien colectivo, puesto al servicio de todos los pobladores. Así se fueron constituyendo formas de propiedad ligadas a la satisfacción de las necesidades del conjunto, apelando a modos de organización comunitaria, y creando infraestructura social en salud y educación. También se crearon armerías y escuelas de formación político-militar para satisfacer las necesidades de la confrontación. Estos espacios de vida y de supervivencia fueron arrasados violentamente, obligando a un cambio cualitativo importantísimo en la confrontación de clase en el país. Marcó el paso de un proceso defensivo de resistencia, sustentado en la autodefensa campesina, a un proceso de lucha ofensivo de larga duración. En palabras de Jacobo Arenas –dirigente guerrillero de las FARC-EP– con el ataque a Marquetalia “la guerra pasaba de la resistencia a la guerra guerrillera auténtica” (Molano, 2016, p. 53).

A partir del proceso estructural descrito se fue afianzando un orden excluyente en lo económico y político, se fueron creando espacios de concertación de la clase dominante para apaciguar la

violencia en sus desacuerdos y se fueron constituyendo espacios institucionales para cerrarle el paso a los sectores populares. La conformación del Frente Nacional es un ejemplo veraz de esta dirección que progresaba:

la confluencia de las corrientes liberal y conservadora en el gran aparato frente-nacionalista y la compenetración de este último con el régimen económico prevaleciente, determinaron la conformación de un establecimiento que convirtió sus rigideces interiores en índice de fuerza y que terminó por ver como una perturbación inquietante cualquier proyecto susceptible de introducir la contradicción en su seno... la oposición a él o a alguno de sus elementos constitutivos adquirió visos de subversión. La inconformidad y las demandas de reforma, imposibilitadas para encontrar algún lugar en el establecimiento, formaron una franja de marginalidad ideológica que en los últimos tiempos no han hecho más que radicalizarse, y ello en los términos más aptos para expresar una ruptura insalvable (Arrubla, 1978, p. 201).

Este acuerdo por arriba se irá consolidando. Habrá posteriores reacomodos del poder, principalmente en la década de 1980, bajo el liderazgo del capital financiero. Se consolida el régimen neoliberal de financiarización, y con ello, se fortalecen las relaciones de dominación instituidas. Luego, con la Constitución de 1991 se dan importantes avances. Se desarrolla un proceso de paz que culmina con la desmovilización de varios movimientos guerrilleros (el Quintín Lame; el Partido Revolucionario de los Trabajadores, PRT; un sector mayoritario del Ejército Popular de Liberación, EPL; y el Movimiento 19 de Abril, M-19). Esto se logra por medio de algunas concesiones que permitieron crear pequeños espacios de democratización de la vida política. Me refiero a diseños normativos del Estado social de derecho, a la incorporación de conceptos como el de democracia participativa, a la consagración de importantes derechos económicos, sociales y culturales, el reconocimiento de las comunidades indígenas y afrodescendientes. Ahora bien, al mismo tiempo, tal proceso generó “las

condiciones institucionales para el afianzamiento del proyecto político-económico neoliberal” (Estrada, 2015, p. 284) que llevó a profundizar el *Landnahme* social.

Separar la acumulación por despojo y el *Landnahme* capitalista de la lucha de clases es un grave error. El concepto de doble movimiento acuñado por Polanyi (1989) ayuda a explicar esa relación estrecha entre la acumulación por despojo y el *Landnahme* capitalista con la lucha de clases. Polanyi sostendrá que el capital, por un lado, tiene una necesidad sistémica de expansión y, por el otro, la sociedad tiene una propensión natural a defenderse por sí misma y, por tanto, a crear instituciones para protegerse. Este movimiento de la sociedad se traduce en la irrupción de organizaciones sociales rurales, movimientos y partidos políticos desde abajo, y también, en el desarrollo de un movimiento insurgente armado de carácter heterogéneo. No es un simple movimiento reactivo, de preservación natural. En Colombia pasó de ser defensivo a ser ofensivo. La guerra se convierte en un claro desafío a la dominación política de clase:

es el objeto de impugnación en la guerra declarada por los rebeldes (como expresión de la lucha por el poder político y desafío de condiciones fundamentales de esa dominación como la *propiedad capitalista*) y en las diversas reclamaciones contenciosas organizadas, lo contrario del *orden como objetivación de intereses dominantes* no es la anarquía o el caos de la guerra sino la *puja por la configuración de otro orden* (condensación de otros intereses y relaciones)⁹ (Franco, 2009, p. 31).

Es importante tener en cuenta esa relación estrecha que existe entre los procesos de despojo que impulsa el capital y las respuestas que desencadenan las poblaciones afectadas, que sobrepasan el estrecho marco de una interpretación económica del proceso. De esta manera, se tiene presente la relación existente entre los procesos de explotación y de despojo, y la dominación política. En el caso de Colombia se puede observar como la concentración de la tierra va de la

⁹ Resaltados míos.

mano de la concentración del poder político. Por lo tanto, el despojo no solamente se materializa a partir de la separación de los productores directos de sus medios de existencia, sino también se expresa en la separación de los productores directos de sus medios políticos. Romper las formas de reproducción material de las comunidades rurales implica romper a la vez su proceso de reproducción político. En otras palabras, al trabajar y disfrutar de los bienes producidos, la comunidad “simultáneamente prefigura y efectúa una determinada forma de la socialidad, define la identidad de su *polis*, como sociedad concreta” (Echeverría, 2011, p. 74). Por lo tanto, al despojar de su territorio a las comunidades, no solamente el capital está accediendo a nuevos activos, sino que además está destruyendo formas sociales que impugnan su dominio y se constituyen en alternativa de otro orden y de otras relaciones sociales.

En el estado actual de la disputa por la construcción o el mantenimiento del orden todo parece incierto. El conflicto social y político se está transformando, pero especialmente la guerra. Luego del fin del despliegue estratégico de la fuerza guerrillera más poderosa del país, con la firma del acuerdo de paz, nuevos procesos de acumulación se están desarrollando en sus antiguos territorios de influencia, relacionados con proyectos minero-energéticos y agroindustriales. Junto a ello está recrudesciendo la violencia política en toda la geografía nacional, en contra de las organizaciones campesinas, indígenas, afro y defensoras de derechos humanos. Por otra parte, se intensifican las masacres, los desplazamientos forzosos y los asesinatos selectivos, y todo esto recubierto por una aparente democracia. Se profundiza el conflicto, se le suman otras variables, pero la expresión violenta del conflicto social perdura. Las nuevas estrategias para destruir o reproducir el orden están por aclararse. Todavía es muy pronto para atreverse a formular una hipótesis, pero lo que sí parece es que la guerra de guerrillas en el país ha llegado a su fin, pero aún no la guerra.

7. A modo de conclusión

Se han recorrido las principales propuestas teórico-políticas que han discutido el concepto de acumulación originaria acuñado por Marx y se han escudriñado, de esta manera, elementos fundamentales que han servido para la formulación de propuestas teóricas contemporáneas para dar cuenta de las particularidades históricas del despojo en Colombia y de los conflictos de clase que se han desatado en el proceso de “consolidación” del capitalismo en el país.

Como se ha observado, la acumulación originaria que describió Marx se ha valido de un sinnúmero de estrategias violentas que dieron impulso al modo de producción capitalista: el despojo de tierra de los campesinos ingleses, el cercamiento de los terrenos comunales, la conquista de América, el tráfico de esclavos, entre otras. Estas estrategias de violencia se han reproducido constantemente a través de la geografía histórica de acumulación del capital. Autoras como Rosa Luxemburgo comprobaron por qué la reproducción del capitalismo no se podía comprender desde los límites estrechos de la producción de plusvalía, sino que había que dirigir los ojos al exterior de ella para poder evidenciar de una forma más acabada el proceso de desarrollo del capitalismo en su conjunto.

Existe un “consenso colectivo” desde Marx, Luxemburgo, pasando por De Angelis, Bonefeld, Zeremka, Harvey y Dörre, que el capitalismo, para poder reproducirse como sistema, necesita de una permanente expansión, y que, para llevar a cabo tal expansión, se vale de diferentes medios. Principalmente de la violencia extraeconómica y de prácticas depredadoras. La continuidad de ambas, que impulsan y profundizan la separación de los productores directos de sus medios de producción, por ningún motivo se puede circunscribir al nacimiento del capitalismo, sino que son inherentes y constitutivas del capital. Es decir, están presentes a lo largo de la historia de este modo de producción. Algunos de los autores hicieron énfasis en la crisis de sobreacumulación, en tanto que otros se ocuparon del desenvolvimiento de la lucha de clases. Ahora bien, tal como mencioné,

estos dos aspectos no son excluyentes sino complementarios, contribuyen así a comprender de forma más acabada el proceso histórico de separación mencionado.

La activación del despojo violento tiene como objetivo la consolidación y reproducción de las bases de dominación, procurando aniquilar todo tipo de resistencias sociales que se le opongan, y dinamizando nuevos procesos de acumulación de capital. Esta consideración es central en la descripción del caso colombiano porque procura integrar en los mecanismos de despojo violento otros tipos de resistencia que son constitutivos del proceso de expansión capitalista.

8. Bibliografía

- Alape, A. (1987). *La paz, la violencia: testigos de excepción*. Bogotá: Planeta.
- Bonefeld, W. (2012). La permanencia de la acumulación primitiva: el fetichismo de la mercancía y la constitución de la sociedad. *Theomai*, 26.
- Buci-Glucksmann, C. (1978). *Gramsci y el Estado. Hacia un teoría materialista de la filosofía*. España: Siglo XXI.
- De Angelis, M. (2012). Marx y la acumulación primitiva: el carácter continuo de los ‘cercamientos’ capitalistas. *Theomai*, 26.
- Dörre, K. (2016). Landnahme: un concepto para el análisis de la dinámica capitalista, o superando a Polany con Polanyi. *Revista de Ciencia Política*, 54, 13-48.
- Echeverría, B. (2011). *Ensayos políticos*. Quito, Ecuador: Ministerio de Coordinación de la Política y Gobiernos Autónomos Descentralizados.
- Estrada, J. (2015). Acumulación capitalista, dominación de clase y rebelión armada en *Conflicto social y rebelión armada en Colombia. Ensayos críticos*. Bogotá: Gentes del Común, pp. 253-318.

Fajardo, D. (2015). Estudio sobre los orígenes del conflicto social armado. Razones de su persistencia y sus efectos más profundos en la sociedad colombiana en Estrada, A., *Conflicto social y rebelión armada en Colombia. Ensayos críticos*. Bogotá: Gentes del Común, pp. 95-149.

Franco, V. (2009). *Orden contrainsurgente y dominación*. Bogotá: Instituto Popular de Capacitación IPC-Siglo del Hombre.

Harvey, D. (2004). *El nuevo imperialismo*. Madrid: Akal.

Harvey, D. (2005). *El "nuevo" imperialismo: acumulación por desposesión*. Buenos Aires: Socialist Register-CLACSO.

Legrand, C. (1994). Colonización y violencia en Colombia: perspectivas y debate en LeGrand, C. (comp.). *El agro y la cuestión social*. Bogotá: Tercer Mundo, pp. 3-26.

Luxemburgo, R. (1968). *La acumulación del capital*. Buenos Aires: Razón y Revolución.

Löwy, M. (5 de marzo de 2019). Rosa Luxemburg. *El Viejo Topo*. <https://www.elviejotopo.com/topoexpress/rosa-luxemburg-2/>

Machado, A. (2009). *Ensayos para la historia de la política de tierras en Colombia. De la colonia a la creación del Frente Nacional*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.

Marx, K. (2005). *El capital. Tomo I*. México D.F: Siglo XXI.

Marx, K. (2009). *Grundrisse*. México D.F: Siglo XXI.

Marx, K. y Engels, F. (1980). Los escritos sobre Rusia II. El porvenir de la comuna rusa. *Cuadernos de Pasado y Presente*, 90.

Molano, A. (2015). Fragmentos de la historia del conflicto armado (1920-2010) en Estrada, A. *Conflicto social y rebelión armada en Colombia. Ensayos críticos*. Bogotá: Gentes del Común, pp. 151-202.

Molano, A. (2016). *A lomo de mula. Viajes al corazón de las Farc*. Bogotá: Penguin Random House.

Polanyi, K. (1989). *La gran transformación. Crítica al liberalismo económico*. Buenos Aires: Quipu.

Tirado Mejía, Á. (1978). Colombia, siglo y medio de bipartidismo en Orlando Melo, J. (comp). *Colombia hoy*. México DF: Siglo XXI.

Vega Cantor, R. y Ruiz, E. (1990). *Economía y violencia. El antidemocrático desarrollo capitalista en Colombia en los años 50*. Bogotá: Universidad Francisco José de Caldas.

Wallerstein, I. (2006). *El moderno sistema mundial. La segunda era de gran expansión de la economía-mundo capitalista, 1730-1850. Tomo III*. México DF: Siglo XXI.

Hacia una nueva sociología del capitalismo desde América Latina

Las explosiones sociales en América Latina: del orden neoliberal al mundo pos Covid-19

Esteban Torres

1. Introducción

El fenómeno central que venía capturando la atención de la fracción politizada de la sociología y de las ciencias sociales de América Latina hasta la inesperada hecatombe mundial del Covid-19 fue la proliferación de una serie de explosiones sociales en diferentes esferas nacionales de la región. La irrupción de la crisis mundial de la pandemia desactivó de modo abrupto, a gran velocidad, este proceso expansivo de inestabilidad social y política. Observado desde hoy, febrero de 2021, es muy importante intentar explicar la emergencia de esta ola de explosiones sociales en América Latina, que se desplegó desde principios de 2019 hasta febrero de 2020. El advenimiento inesperado de este cúmulo de impulsos desde abajo cobra particular importancia hoy porque durante el trascurso de la pandemia se viene acentuando la mayoría de los factores que según mi análisis provocaron los estallidos sociales. Si bien la presente coyuntura regional y mundial está cargada de incertidumbre respecto al futuro social mediato, la evolución de las variables más gravitantes que

identifico invitan a suponer que una vez plantada la humanidad en el nuevo orden regional y mundial pospandemia, es muy probable que aquellas condiciones sociales que favorecieron la precipitación de las ebulliciones sociales se actualicen, o dicho con más exactitud, se profundicen en la misma dirección.

En el trabajo me ocupo de avanzar sobre cinco puntos, que necesitan ser desplegados de forma secuencial. En primer lugar ofreceré una breve descripción, lo más sintética posible, sobre la sucesión de eventos que conformaron las explosiones sociales en cuestión. En este primer momento recorro a un registro informativo y descriptivo porque hasta la fecha, hasta donde puedo observar, no hay esfuerzos considerables de explicación sociológica concreta del fenómeno. En segundo lugar, ofrezco una panorámica general de los dos grandes bloques de interpretación a los que se podría recurrir en las ciencias sociales para aproximarnos a la comprensión de estas propulsiones sociales ascendentes. En este apartado me detengo en los recursos analíticos principales que cada perspectiva pone en juego, así como al señalamiento de las limitaciones que a mi criterio encierran. En un tercer momento, opto por efectuar un rodeo abstracto para presentar algunos elementos básicos del enfoque sociológico que vengo desarrollando. Parto de suponer que esta nueva visión, aún en la forma provisoria que adquiere en la actualidad, ofrece rendimientos analíticos superiores a las restantes que conozco en la comunidad académica. En el siguiente apartado, me apoyo en el marco conceptual esbozado en el punto anterior para ensayar, de forma sintética, una explicación alternativa sobre la emergencia de las explosiones sociales en la región. Finalmente, en el apartado final, adelanto algunos elementos que permitirían explicar la incapacidad o bien la imposibilidad circunstancial de estas grandes contestaciones sociales para propiciar cambios estructurales positivos. En cualquier caso, si el encadenamiento de explosiones sociales en el continente llegó a renovar las esperanzas de cambio social en 2019, los efectos sociales más o menos inmediatos que se llegaron

a observar, sumado a las proyecciones que desde entonces aportan las ciencias sociales sobre el asunto, invitan a reprimir hacia el futuro los excesos de optimismo.

2. Las explosiones sociales en América Latina: breve aproximación descriptiva

Las explosiones sociales que se sucedieron en un puñado de países en América Latina a lo largo de 2019 adoptaron un carácter multitudinario y contaron con la participación activa de las llamadas “clases medias”, en particular de los sectores juveniles. Las denomino en primera instancia explosiones sociales porque irrumpieron de forma intempestiva, inesperada y a gran escala. En apariencia, estos acontecimientos disruptivos tienen su epicentro en la reacción a los regímenes neoliberales periféricos, y en concreto a sus políticas de privatización, austeridad y represión. Estas ebulliciones dan cuenta de un fenómeno original, en extremo reciente y de corta duración, que quedó momentáneamente eclipsado por la proliferación mundial del Covid-19.

Las explosiones sociales en América Latina fueron una sucesión de impulsos de contestación social conectados entre sí, cuya precipitación se dispara a partir del primero de octubre en Ecuador (Oliva, 2019; Sardi, 2019). Como si se tratase de una ola de contagio a gran escala, a estos eventos desbordantes les siguen los de Chile, que adquieren visibilidad a partir del 18 del mismo mes (Ruiz Encina, 2019; Torres y Stehrenberger, 2019; Araujo, 2019); los de Bolivia, tres días después de la chilena (Mayorga, 2019; Sputnik, 2019); y paso seguido los de Colombia, a partir del 21 de noviembre. De las grandes revueltas mencionadas, la única que se desactivó con anterioridad a la pandemia fue la de Ecuador (Pardo, 2019; Mur, 2019).¹ Esta sucesión

¹ Al indicar que los procesos de contestación social masiva prácticamente se inician con la experiencia de Ecuador, no se pierde de vista que a nivel mundial se está produ-

cronológica y entrelazada de movimientos contestatarios fue precedida en 2019 por otra gran revuelta en Haití (Martín, 2019; Rivara, 2019), iniciada en el mes de febrero y continuada de modo intermitente hasta octubre de ese mismo año. Pero en principio suponemos que esta última no llega a influir en la precipitación de explosiones sociales mencionadas. Si bien estas efervescencias masivas, en su mayoría espontáneas, adquieren la forma de explosiones sociales abiertas de corta duración, la interacción entre las diferentes movilizaciones multitudinarias, así como las múltiples reacciones que generan en cada territorio nacional, lograron incrementar de modo geométrico la conflictividad y la inestabilidad social urbana en América Latina.

A simple vista, como elementos comunes a estas diferentes explosiones, cabe destacar el hostigamiento de los aparatos represivos del Estado, la fijación de un estado de excepción a partir de la instrumentación de toques de queda, el uso de francotiradores, la existencia de decenas de muertos y miles de heridos por la violencia estatal, la vejación de jóvenes mujeres manifestantes por individuos de esas mismas fuerzas de represión, así como la detención de cientos o miles de personas movilizadas. En todos los casos se observa la participación de las fuerzas policiales y/o militares como actores claves, con la consiguiente militarización de las calles. Asimismo, cada una de dichas experiencias de contestación social masiva estuvo acompañada de “cacerolazos” como técnica de protesta, de la circulación de imágenes, videos y transmisiones en vivo por las redes sociales, de la tergiversación periodística y la pretensión de bloqueo informativo por parte de los grandes dispositivos

ciendo un incremento de las movilizaciones de masas, al menos desde la emergencia del movimiento de la llamada “primavera árabe” iniciado en Túnez en diciembre de 2010. De allí en adelante se van sucediendo grandes movilizaciones de impacto nacional, regional y mundial. Algunas de las manifestaciones más impactantes a partir de entonces fueron los movimientos *Occupy Wall Street* en Estados Unidos y 15-M en España en 2011, el movimiento feminista *Ni una menos* en Argentina a partir de 2015, las protestas masivas en Brasil en 2015 y 2016 contra el gobierno de Dilma Rousseff, y el movimiento de los chalecos amarillos en Francia a partir de 2018, entre otros (Castells, 2015; Pleyers, 2018; Almeida y Cordero Ulate, 2017).

privados de comunicación, así como de la amenaza y la agresión directa a los corresponsales de prensa extranjeros y a los medios de comunicación alternativos. En algunos casos, como en Bolivia, implicó la clausura por la fuerza de los medios estatales de comunicación por parte de los actores policiales o militares. Otro rasgo común al conjunto de los casos es que la dinámica del movimiento masivo de protestas condujo a la convocatoria a paros nacionales por una fracción considerable de los actores sindicales. Para el caso de Colombia, la secuencia se invierte ya que los estallidos sociales fueron produciéndose a partir de un primer llamado a un paro general. En el caso de Bolivia, la dinámica de levantamientos sociales no adquiere las características señaladas desde un primer momento sino a partir de la destitución por la fuerza de Evo Morales y de la autoproclamación como presidenta de facto de la derechista Jeanine Yáñez. Las únicas explosiones sociales masivas que anteceden al 2019, que continúan activas de un modo gravitante, y que tienen otras características, son las que se vienen desarrollando en Venezuela desde la ajustada victoria electoral de Nicolás Maduro en 2013. Desde entonces los impulsos de contestación social han ido fluctuando en su magnitud, con un pico de desestabilización en el primer cuatrimestre de 2018 (Main, 2019; Pastrana Buelvas y Gehring, 2019).

La totalidad de estos fenómenos de contestación masiva en América Latina lograron producir al menos *tres efectos*, dos de los cuales son fácilmente constatables:

i) Lograron erosionar en algún grado la *legitimidad social ascendente* de los respectivos estados involucrados,² así como desestabilizar el orden público imperante en cada país, con implicancias para la estabilidad de la región.

² Esta crisis de legitimidad popular de los estados en América Latina, en particular de aquellos afectados por los estallidos sociales, se recompone en la superficie, en algún grado, con la progresión de la crisis mundial del Covid-19. Ello ocurre, en concreto, a partir de la proliferación regional del movimiento mundial de auto-conservación social y de la activación de las funciones estatales de protección sanitaria (Torres, 2020c; 2020e).

ii) No consiguieron convertirse en *jugadores* con la fuerza de apropiación suficiente como para reformar las reglas de operación de la economía, la política y el estado. Ya sea por concesiones menores de los gobiernos y/o por el desgaste de sostener la movilización en situación de represión, el volumen de contestación social comienza a decrecer antes de su desactivación total con la crisis del Covid-19.

iii) Finalmente, ni las aparentes contradicciones internas del sistema económico capitalista, ni las contestaciones colectivas en cuestión, ni una eventual combinación entre ambas, están erosionando en lo más mínimo los modos de creación de riqueza y las bases de organización material del sistema económico capitalista, completamente mundializado desde la plena integración de Rusia y de China en el sistema intercapital. Esta impotencia colectiva se evidenció con nitidez cuando las movilizaciones clamaron por otras formas de organización social más justas e igualitarias, aunque también se presentaron en los casos en que asumieron propósitos más regresivos.

La primera constatación entonces es que la atención en estas grandes convulsiones sociales de 2019 es una tarea ineludible al momento de interrogarnos sobre la dirección que asumen los procesos de cambio social en América Latina. La segunda constatación, algo más evidente, es que se trata de fenómenos en extremo recientes, que aún no han sido procesados con exhaustividad por las ciencias sociales. Por el momento solo se dispone de múltiples análisis de coyuntura basados mayoritariamente en opiniones, publicaciones en la prensa, así como de información periodística que difiere en su grado de veracidad y en su pretensión de objetividad. La tercera constatación es que las perspectivas analíticas disponibles para abordar este fenómeno difieren entre ellas en su punto más sensible, que es el señalamiento de las causas principales que pueden precipitar este nuevo estado de contestación social avanzada en la región. De este modo, el primer punto de disenso se relaciona con la pregunta más elemental que necesitamos responder: ¿por qué estallan estas protestas masivas en América Latina? En el próximo apartado intentaré ensayar una respuesta orientativa a esta cuestión.

2. ¿Qué marcos de interpretación ofrecen actualmente las ciencias sociales?

Para atender al problema de las explosiones sociales en América Latina es posible reconocer al menos dos bloques de interpretaciones disponibles. Uno de ellos está dispuesto a identificar relaciones causales directas y el otro recurre a modalidades de adjudicación causal indirectas. A grandes rasgos, el primero está compuesto por dos corrientes de interpretación, cada una perteneciente a un núcleo ideológico con arraigo histórico en la región. La primera corriente (B1-C1) tiende a asumir que es el accionar estatal en la región el principal o el único causante del descalabro social actual. La contestación social sería simplemente una reacción a los impulsos estatales, sean estos neoliberales o nacional-populares. Para esta corriente, los estados existentes en América Latina son concentradores de poder y tienden al autoritarismo, a la oligarquización, a la depredación social y/o a la corrupción (Svampa, 2019a, 2019b; Segato, 2017; Tapia, 2019; Domingues, 2019a, 2019b). Aquí la forma-Estado termina siendo rechazada en bloque con el argumento de que obstaculiza la realización de una verdadera democracia de izquierdas. Esta primera corriente anti-estatal es dominante en el universo de las izquierdas académicas latinoamericanas. La segunda corriente (B1-C2) se asocia con el marxismo académico y tiende a suponer que es la expansión tendencial de los procesos de acumulación y de apropiación capitalista la que directamente produce las grandes movilizaciones sociales como modo de reacción a dicho avance expropiador (Harvey, 2016; Dörre et al., 2015, 2016; Chesnais, 2016; Leite Gonçalves y Costa, 2019). Al ser el capital en todas sus manifestaciones el causante primero de la movilización social, esta corriente reproduce la histórica posición marxista de rechazo al capitalismo como sistema social. Si bien se trata de una posición minoritaria en el mundo de las izquierdas académicas, ha logrado una leve recomposición a partir de la crisis financiera global de 2008. Si la primera corriente no reconoce variedades estatales, esta segunda no reconoce variedades capitalistas, a

la vez que tiende a considerar al estado en el capitalismo como un actor capitalista y por lo tanto destinado a ser rechazado en todos sus modos de concreción histórica.

El segundo bloque de interpretaciones no se concentra en primera instancia en los estallidos sociales actuales en la región y en el mundo, pero se ocupa de analizar una serie de problemas que explicarían la proliferación de las revueltas sociales en el mundo. El primero de ellos (B2-C1) se concentra exclusivamente en la descripción y la impugnación de las nuevas élites mundiales que se están conformando. Tales estudios se estructuran a partir de un doble supuesto: el primero es que las élites tienden a concentrar de modo creciente riqueza y poder, y el segundo es que dada la posesión de tal volumen de poder estas tienen plena capacidad para imponer sus reglas al conjunto de las sociedades históricas (Hendrikse y Fernandez, 2019; Phillips, 2018; Carroll, 2010; Rothkopf, 2008; Freeland, 2012; Winters, 2011; Collins, 2021). Esta corriente agrupa perspectivas marxistas y no marxistas, y es proclive a considerar que las contestaciones sociales del presente tienen por objeto la denuncia o bien la reacción al movimiento de concentración de riquezas y de poder en las élites. Esta red de estudios sobre las élites globales se expande principalmente en el Norte Global, sin llegar a ser dominante, y tiene un arraigo casi nulo en las ciencias sociales de la región. La otra corriente de este segundo bloque toma como objeto el estudio de las desigualdades sociales. Esta se puede agrupar en dos agendas: la primera se ocupa de la investigación sobre las desigualdades económicas en las esferas nacionales y globales (B2-C2A) y la segunda se concentra en la búsqueda de explicaciones sobre la acentuación de las desigualdades sociales a partir de factores culturales (B2-C2B). La primera agenda la conduce un grupo de economistas heterodoxos, liderado por Thomas Piketty, pero que incluye otras figuras de renombre, como Joseph Stiglitz, Tony Atkinson y Branco Milanovic (Piketty, 2014, 2015, 2019; Stiglitz, 2012, 2015; Atkinson, 2015; Atkinson y Piketty, 2010; Alvaredo, et al., 2013; Milanovic, 2016, 2019). La segunda, por su parte, se motoriza principalmente desde la sociología, tiene actualmente su referente

en otro francés, Francois Dubet, pero también incluye otras figuras de las ciencias sociales como Luc Boltansky, Eve Chiapello, y de modo inaugural Álvaro García Linera (Dubet, 2015; Boltansky y Chiapello, 2002; García Linera, 2019a, 2019b).³ Las investigaciones sobre desigualdades económicas parten de suponer que en la raíz de las manifestaciones sociales actuales está el reclamo de mayor igualdad en la distribución de los ingresos, mientras que en la agenda cultural de la desigualdad tiende a prevalecer la idea de que los estratos medios de las sociedades buscan acentuar las desigualdades respecto a los estratos inferiores. La primera agenda conlleva una crítica al avance de las desigualdades económicas, y concentra su energía propositiva en la búsqueda de reformar el capitalismo. Avanzar en esta reforma implicaría la creación de nuevos mecanismos estatales de justicia económica, y, más en concreto, la instrumentación de reformas fiscales sustantivas, progresivas, como podría ser la puesta en vigencia de una renta básica universal (Piketty, 2019).

El aspecto central de esta tentativa de reconstrucción de las corrientes científico-sociales disponibles apunta a la relación que cada una establece con los tres efectos señalados al inicio. Todas las corrientes señaladas (B1-C1; B1-C2; B2-C1; B2-C2A; B2-C2B) tienden a reconocer, de forma más o menos explícita, que las movilizaciones sociales en curso deslegitiman por abajo a los gobiernos nacionales involucrados. Del mismo modo, como pudimos observar, todas las corrientes mencionadas tienden a responsabilizar de los sucesos a determinados actores. Ahora bien, aquí se presentan divergencias sustantivas en el modo de aproximación a los estallidos, que luego se traduce en diferencias considerables a la hora de distribuir las responsabilidades que pesan sobre los actores involucrados. Mientras que las corrientes B1-C1 y B2-C1 asumen una visión empirista y meramente descriptiva al considerar a las mayores expresiones

³ En el caso de García Linera, la inscripción en esta agenda cultural es parcial, probablemente momentánea, y de ningún modo agota ni termina de dar cuenta de su proyecto intelectual en la sociología.

fenoménicas de cada situación social (el accionar estatal, las élites) como productoras excluyentes del escenario de conflictividad social, las restantes corrientes remiten la explicación de la contestación social a una serie de factores en gran medida subyacentes, como son la lógica del capital (B1-C2), la estructura de desigualdades económicas (B2-C2A) o la disposición hacia la desigualdad y la diferenciación de determinados estratos sociales (B2-C2B).

Las corrientes mencionadas disienten entre ellas aún más, en mayor medida, al abordar el problema de la incapacidad de la multitud de individuos participantes de las movilizaciones para convertirse en actores políticos alternativos, portadores de nuevos programas sociales superadores. Apelando a justificaciones diferentes, la mayoría de las corrientes (B1-C1, B1-C2, B2-C1 y B2-C2B) no ofrece una explicación sobre tal limitación. Junto a ello se desentienden de los marcos de observación que dan cuenta de las condiciones materiales de posibilidad para la construcción efectiva de una alternativa político-social y/o económica diferente. Están más dispuestas a efectuar una crítica a las supuestas causas de las reacciones populares, y eventualmente a reivindicar los procesos de contestación masiva, que a intentar explicar cómo funcionan los resortes de los procesos de cambio social. Como consecuencia de lo anterior, tampoco están dispuestas a desarrollar una razón estratégica orientada a pensar cómo canalizar tales energías colectivas desde abajo para incidir en la dirección efectiva de los procesos sociales. La excepción a este frente mayoritario proviene de la corriente de estudios sobre desigualdades económicas (B2-C2A). Esta asume que la única alternativa realista consiste en generar algún tipo de traducción estatal de los movimientos de protestas, sean estos anti y pro sistémicos. Al asumir la necesidad de intervención del estado, esta corriente orienta sus esfuerzos de investigación al ofrecimiento de programas estatales para la reducción de las desigualdades al interior del planeta capitalista. Pero en cualquier caso, la interiorización del supuesto de que el estado es el actor central de los procesos de reforma social no va acompañado de una explicación respecto a cómo se produce el conjunto de las desigualdades económicas a nivel

mundial, a porqué los procesos de contestación social evolucionan de una determinada manera y no de otra, y finalmente no se ocupan de explicar porque la ola masiva de protestas no logra producir efectos sociales de orden superior.

En una dirección similar se comportan las diferentes corrientes respecto al tercer efecto indicado: la imposibilidad de alterar el sistema económico capitalista a partir de las explosiones sociales actuales, al punto de poder trascenderlo y dejarlo en el pasado en un mediano o largo plazo. Por el momento ninguna de las corrientes señaladas ha intentado explicar por qué el modo de funcionamiento de la sociedad mundial y la generalización de las revueltas sociales a gran escala en América Latina no están precipitando un tipo de crisis estructural del sistema económico que permita abrir la posibilidad de transitar hacia otro orden sistémico. Todas las corrientes estarían dispuestas a reconocer que la conflictividad social se extiende de una forma acelerada (a partir de los motivos expuestos) pero ninguna de ellas ofrece una explicación sistemática de porqué hasta el momento estas perturbaciones no logran abrir en lo más mínimo el camino hacia la conversión de las economías capitalistas en otros sistemas económicos.⁴ En el próximo apartado ofrezco algunas coordenadas de una nueva perspectiva sociológica que estaría en condiciones de adelantar una explicación a los tres efectos señalados en el apartado anterior.

3. Hacia un nuevo enfoque: las explosiones sociales y el juego de apropiación mundial⁵

Para poder ofrecer una explicación sobre el proceso que activa, despliega y repliega las recientes explosiones sociales en América Latina

⁴ Para un modelo de clasificación más sistemático de las distintas corrientes sociológicas que se van conformando en América Latina desde la década del 1950 hasta hoy, ver Torres (2021) y Torres y Borrastero (2020).

⁵ El presente apartado, de carácter sintético, ha sido presentado en una versión preliminar en Torres (2020d).

se hace necesario prestar atención a la evolución histórica de un juego de apropiación social crecientemente mundializado. Es la dinámica de este juego la que está produciendo a la sociedad mundial actual. El juego de apropiación mundial se define en nuestra región a partir de una dialéctica entre olas de integración desde arriba, olas de independencias y olas de integración desde abajo (Torres, 2020b). Ahora bien, el aspecto principal que me interesa resaltar aquí es que la mundialización mencionada del juego de apropiación, que trae aparejada la acentuación de los procesos de interdependencia mundial, viene conformando una novedosa *estructura mundial de clases*. Esta estructura mundial de clases es la estructura del sistema de apropiación capitalista de la sociedad mundial.⁶ El sistema de apropiación capitalista, a su vez, constituye la dimensión material del juego de apropiación mundial. Esta novedosa estructura de clases es un equivalente de la estructura económica mundial y no de la estructura social mundial como un todo. Las clases sociales en cuestión tienen poco que ver con las clases sociales de la modernidad industrial europea, conceptualizadas de modo paradigmático por Marx y Weber, y que se propalan a partir del siglo XVIII (Hobsbawm, 2015). Desde la década de 1980 las visiones modernas e industrialistas de las clases sociales entraron en crisis en las sociedades europeas y luego, dos décadas más adelante, en esas mismas esferas nacionales, quedaron por completo obsoletas. Y así como las visiones modernas de las clases sociales quedaron obsoletas para aproximarse al devenir de las sociedades nacionales europeas, posiblemente nunca fueron adecuadas para dar cuenta de la dinámica de las sociedades históricas en las periferias de la sociedad mundial.

Si la estructura de clases marxiana se definía a partir de una relación de antagonismo simplificada entre clases capitalistas y clases trabajadoras (Marx, 1848, 1867), la estructura de clases de la sociedad

⁶ Los restantes sistemas de apropiación de la sociedad mundial que distingo provisoriamente son el sistema inter-estatal, el sistema inter-comunicacional, el sistema inter-natural, el sistema inter-racial y el sistema inter-patriarcal.

mundial actual se define en primera instancia a partir de una dialéctica entre *clases moleculares* y *clases orgánicas*. Si lo que se ponía en juego en la primera era la propiedad de los medios de producción, lo que determina la constitución de la segunda es en primera instancia los ingresos económicos. La *clase molecular* se puede definir como un modo de dependencia y de despliegue económico del individuo, asociado en primera instancia a su estructura de ingresos. El sujeto de la clase molecular es el individuo y no el grupo. Al menos desde fines del siglo XX, cada esfera nacional de la sociedad mundial se conforma a partir de una estructura de clases moleculares. En dicha fisonomía es posible distinguir la existencia de cinco tipos de clases: la dependiente del beneficio (CDB), la dependiente del trabajo (CDT), la dependiente de la asistencia (CDA) y la dependiente del delito (CDD) (Torres, 2020a). Lo que define en cada momento la pertenencia de un individuo a una determinada clase molecular es su fuente principal de ingresos.⁷ Si su fuente principal de ingresos cambia, el individuo se “reclasifica”.

A su vez, cada individuo, sin excepción, no solo pertenece en un momento dado a una determinada clase molecular sino también a un determinado *estrato* de dicha clase. El *estrato de clase* de un individuo se define a partir de una posición económica asociada a un volumen de ingresos. A partir del siglo XXI es posible identificar la existencia de cinco estratos de clases en las esferas nacionales de la sociedad mundial. De arriba hacia abajo, los denomino estratos de clases superior, alto, medio, bajo e inferior. La existencia o no de los estratos superior e inferior en cada esfera nacional depende principalmente de los niveles de miseria, desigualdad y de concentración económica de cada formación social. El estrato superior no está presente en algunas de las formaciones sociales periféricas y el estrato inferior no se detecta en la mayoría de las formaciones nacionales

⁷ A modo de ejemplo, en el caso del director ejecutivo de una empresa (CEO) que es a la vez empleado y accionista, pero que percibe más ingresos por las acciones que posee que por su salario, entonces, mientras tal ecuación permanezca inalterada, dicho individuo forma parte de la clase dependiente del beneficio (CDB).

céntricas. El individuo que pertenece al estrato superior de clase forma parte de la *supra-élite*. Es el universo creciente y escandaloso de los mil millonarios (medidos en dólares). Mientras que aquel que pertenece al estrato alto forma parte de una *infra-élite*. Este par de estratos de clase cimeros conforman el *campo elitista*, pese a que la brecha que separa a uno y otro estrato de élite es pronunciada y se amplía cada día. En el nivel inmediatamente inferior se sitúan los individuos que pertenecen al estrato medio y que conforman lo que llamo las “masas diferenciadas” o “pueblo diferenciado”. Por su parte, los individuos que conforman los estratos bajo e inferior de clases forman parte de las “masas indiferenciadas” o del “pueblo indiferenciado”, pese a todo el brillo y el color que pueden acompañar sus manifestaciones de singularidad. Los individuos que se reparten entre los estratos medio, bajo e inferior conforman el *campo popular* o el campo de masas. Es posible observar que los individuos que conforman el estrato inferior o sumergido se encuentran en una situación de incertidumbre persistente y aguda respecto a las posibilidades de garantizar un consumo de supervivencia. Subsisten al límite de la desaparición física. Por su parte, los individuos situados en el estrato bajo son aquellos que las estadísticas oficiales identifican como pobres. Ellos conforman el océano de la pobreza reconocida y medida institucionalmente. Finalmente, el estrato inferior está habitado por aquellos individuos que recrean el mundo sórdido de la extrema pobreza o de la indigencia. Al igual que sucede con la pobreza, la indigencia es principalmente aquella que las diferentes instituciones de medición designan como tal.

De este modo, a diferencia de las visiones modernas que conocemos, una clase no es un indicador de estratificación, pero a la vez toda clase se encuentra estratificada y todo estrato es estrato de clases. Una clase molecular puede realizarse en más de un estrato y un estrato puede reunir a más de una clase. Al menos potencialmente, según lo vengo observando en mis estudios preliminares, las CDD se realiza en los cinco estratos, la CDB se reproduce principalmente en los estratos superior, alto y medio, la CDT se reproduce en los estratos alto, medio

y bajo, y la CDA se desenvuelve en el estrato inferior de la estructura económica de cada sociedad nacional. De este modo, la estructura estratificada de clases moleculares da cuenta en primera instancia de una desigualdad de ingresos o de una distribución asimétrica de recursos económicos entre clases de individuos.⁸ Denomino *clases de individuo* a la pertenencia de todo individuo simultáneamente a una clase molecular y a un estrato de dicha clase. Dicho en otros términos, todo individuo de la sociedad mundial es individuo-clase. La estratificación de clase del individuo permite distinguir si este lleva adelante prácticas de macro, de meso o de micro apropiación económica. En términos generales, los individuos que se sitúan en los estratos superior y alto se desempeñan en el juego social de poder como actores dotados de una fuerza de macro-apropiación económica. A modo de ejemplo, para la CDB es posible observar que los individuos situados en los estratos superior y alto obtienen macro-beneficios, destinados mayoritariamente a la acumulación, aquellos que se sitúan en el estrato medio obtienen beneficios ordinarios, destinados mayormente a la reproducción, y finalmente todos los individuos que se sitúan en el estrato inferior obtienen micro-beneficios, orientados a la supervivencia. A su vez, es posible distinguir dos escalas de macro-beneficios. Mientras que las supra-élites dependientes del beneficio obtienen *giga*-beneficios, aquellos individuos pertenecientes a la infra-élite (equivalentes por su poder a las élites nacionales del siglo XX), cosechan *mega*-beneficios. Por su parte, los individuos pertenecientes a la clase dependiente del trabajo (CDT), según sea el volumen de recursos económicos que obtiene, recibe mega-ingresos, ingresos medios o micro-ingresos. Aquí se incluye a los ingresos provenientes de salarios y de otras modalidades informales.

De este modo, si las relaciones de clases moleculares definen los modos de estructuración y de interacción entre clases de individuos

⁸ En líneas generales, las trayectorias de clase de la mayoría de los individuos están marcadas por un proceso de reclasificación continua, así como por una creciente y limitada re-estratificación.

en el juego de apropiación nacional, las relaciones de clases orgánicas atienden a los modos de estructuración y de interacción entre *clases de países y de regiones* en el juego de apropiación global. La clase orgánica en singular equivale a una estructura nacional y/o regional de clases moleculares. Tiende a procesar en nuevos términos la vieja categoría de “sistema de economía política nacional” acuñada por Friedrich List (1841), el otro gran teórico alemán del siglo XIX. La clase orgánica es un modo de sujeción y de despliegue económico de un sistema nacional que se define primeramente a partir de su estructura de ingresos. Al tomar conciencia de la existencia de un entramado mundial de clases orgánicas, se hace posible transitar desde una noción singular de sistema económico capitalista a la idea de sistema intercapital (Torres, 2020b). En el juego de apropiación mundial interaccionan tres tipos generales de clases orgánicas: i) la clase dependiente del conocimiento (DC=capitalismo informacional); ii) la clase dependiente de la industria (DI=capitalismo industrial) y iii) la clase dependiente de las materias primas (DM=capitalismo agrario). A su vez, es posible reconocer la existencia de dos estratos de clase orgánica que se determinan mutuamente: el céntrico y el periférico.⁹ La pertenencia de una subregión, un país o un continente a uno de dichos estratos da cuenta de su posición económica mundial, la cual depende de la envergadura de su economía. Desde la mundialización del sistema intercapital en el siglo XIX hasta hoy las clases orgánicas DC y DI se han reproducido en el estrato céntrico, mientras que la clase orgánica DM la ha hecho en el estrato periférico. De este modo, la *clase de país* o de región se define a partir de su doble pertenencia a una clase orgánica y a un estrato. Un hecho importante para resaltar es que las clases orgánicas definen la materialidad mundial de las clases moleculares. Eso implica que todo individuo, o mejor dicho, todas las *clases de individuos*, se recrean como tales

⁹ Respecto a la teorización más avanzada sobre la cuestión periférica de la sociedad mundial, con mayor potencial de actualización, destacan Prebisch (1981) y Cardoso y Faletto (1973).

en un sistema céntrico o periférico. Tal localización implica una fuente de determinación material adicional, de carácter supra-individual. De este modo, cada clase de individuo en la sociedad mundial se configura a partir de una doble sujeción y de un doble despliegue, molecular y orgánico.

La extensión del proceso de mundialización a partir de la década de 1980 se asocia igualmente a una creciente mundialización de la estructura de clases. A partir de esta nueva formación expansiva las desigualdades de clase dejaron de ser exclusivamente desigualdades entre clases de individuos en la estructura económica de las diferentes sociedades nacionales para atender también, como una cuestión central, a las desigualdades entre clases de países (y de regiones) en la división mundial del trabajo (DMT) (Torres, 2020b; Torres y Borrastero, 2020). En el sistema capitalista de cada esfera social nacional (agrario, industrial, informacional), y luego dentro del sistema intercapital como un todo, se conforman al menos cuatro subdisciplinas económicas, cada una de las cuales se asocia directamente con un tipo de clase molecular: una economía del trabajo, una economía del beneficio, una economía de la asistencia y una economía del delito.

Es imprescindible señalar que desde este nuevo enfoque las clases moleculares y las clases orgánicas no se consideran actores. Contra Marx, Weber, Wright Mills y la práctica totalidad de las teorías modernas de las clases sociales, no hay unidad de acción en la clase (Marx, 1948, 1967; Weber, 1922, 1923; Mills, 1956). Esta nueva visión logra restituir el potencial explicativo a la noción de clase a partir de romper la equivalencia marxiana entre clase y actor. Las clases de individuos y las clases de naciones no son actor sociales. Al menos desde Bourdieu, este hecho social se hizo evidente.¹⁰ La persistencia en la consideración de las clases sociales como actores fue uno de los motivos por los cuales las ciencias sociales descentraron o bien descartaron el análisis de clases a partir de la década de

¹⁰ Ver en particular Bourdieu (1987, 1999).

1980. Las clases de individuos *devienen* actores individuales cuando efectivamente actúan, y llegan a *convertirse* en actores colectivos al crear o subsumirse en empresas, estados, sindicatos, movimientos sociales, etc. Es muy importante insistir en este punto: las clases moleculares y orgánicas son clases económicas, no actores sociales con intereses. Conforman la estructura material de los individuos y de los países, y constituyen el marco a partir del cual se hace posible explicar la constitución y el desenvolvimiento de los diferentes actores sociales en su juego de apropiación correspondiente. Este componente material de las sociedades ofrece el marco a partir del cual se puede intentar vislumbrar cómo y porqué los individuos, los grupos y los países actúan de determinado modo y en determinada dirección (Torres, 2020a). De este modo, las clases moleculares y orgánicas no pueden explicar por sí mismas la acción social, pero la acción social de ningún modo se puede explicar sin partir de la consideración de esta estructura mundial. Toda acción individual se encuentra ligada a un estrato de clase, más allá de la voluntad de los individuos. Los actores de cada estrato de clases tienen intereses, pero no así las propias clases.

La decisión de transitar desde una visión moderna e industrialista de las clases sociales a una visión mundialista se apoya en un doble imperativo de la realidad social: el primero de ellos es que el mundo de la gran industria capitalista, que se encargó de producir las clases sociales marxianas y weberianas, no se corresponde con el movimiento de masas que recrean los capitalismo agrarios y semi-industriales que proliferaron hasta hoy en la gran mayoría de los países de América Latina. Y el segundo es que estamos experimentando a nivel mundial, con mayor énfasis en las esferas sociales periféricas, la transición desde una sociedad de la producción capitalista a una sociedad del consumo capitalista tardío. Esta transformación estructural no implica asumir el supuesto del fin del trabajo, en la clásica visión de Rifkin (1995) ni en cualquier otra, pero sí reconocer como un hecho consumado el traslado del *locus* del sistema económico al universo de los ingresos desiguales y del consumo

estratificado.¹¹ Todos los capitalismos de la sociedad mundial que interaccionan entre sí, el informacional, el industrial y el agrario, se están conformando en primera instancia como sociedades de consumo, y más exactamente, como sociedades cuyas dinámicas nucleares de integración y de reconocimiento social se basan en las variadas prácticas de consumo capitalista, así como en las expectativas de un consumo de realización individual y social. Tomando en consideración los elementos expuestos en este apartado les propongo que volvamos al problema de las recientes explosiones sociales en América Latina.

4. ¿Por qué se produjeron los estallidos sociales en América Latina?

Para aproximarnos al fenómeno que nos ocupa es necesario efectuar una primera aclaración metodológica. Resulta imprescindible no confundir la explicación social de los estallidos sociales con la pretensión de describir e interpretar exclusivamente la situación social que se percibe a partir de las reacciones de algunos actores intervinientes en el caldero del conflicto social visibilizado. Desde la visión que propongo, este segundo registro no es más ni menos que la expresión fenoménica de las explosiones sociales, expresión que las visiones empiristas totalizan como universo de conocimiento, y que en gran medida se puede capturar a partir del discurso de los propios actores. Una explicación social, en cambio, demanda en sentido estricto una operación de descubrimiento. Al pretender develar las causas profundas de los sucesos, esta lógica

¹¹ Por el momento distingo tres tipos de consumo de referencia. Desde el más elemental al más sofisticado: i) el consumo de supervivencia (alimentación, medicamentos, vivienda, vestimenta), ii) el consumo de bienestar (educación, seguridad, comodidad, descanso, recreación cultural, integración social básica, etc.); y ii) el consumo de realización (entretenimiento, esparcimiento, gastos superfluos y suntuosos orientados al reconocimiento y la diferenciación identitaria individual).

analítica necesita atender a un conjunto de factores subyacentes, ciertamente complejos, que involucran grandes estructuras y procesos de larga duración. Tales factores suelen permanecer ocultos a la mirada de los actores. No es lo mismo el fenómeno ligado a un hecho social que el hecho social en su conjunto, ni tampoco la dimensión fenoménica del hecho social llega a ser la cara visible o el reflejo de alguna esencia histórica soterrada.

En términos esquemáticos, los factores principales que permiten explicar porque se están produciendo las explosiones sociales mencionadas en América Latina se pueden ordenar en tres planos que se condicionan recíprocamente: un plano estructural-económico, otro plano procesual y un último plano disposicional. No se trata de sofisticar una visión económica o economicista sino de integrar aquellos registros fundamentales sin los cuales el fenómeno no puede comprenderse. Desde la visión sociológica que propongo, el factor estructural central que permite explicar las contestaciones multitudinarias en curso en la región es la creciente desigualdad entre *clases de individuos* en los países de América Latina y entre *clases de países* en la sociedad mundial. En un plano procesual, el aspecto principal es la recomposición de la *ola de integración desde arriba* comandada por Estados Unidos, a partir de fines de 2015, conectada al reforzamiento y a la expansión de la red de estados periféricos neoliberales en sus diferentes configuraciones (político-partidario, gerencial y/o militar). Finalmente, en un plano disposicional, el punto central se asocia con la consolidación de las *culturas de estratos de clase* como expresión cultural dominante a nivel mundial, crecientemente distanciadas algunas de otras. El movimiento dominante de tal estratificación se está expresando a partir de la irradiación hacia abajo de una cultura elitista, basada en el desconocimiento de los mundos de vida de los demás estratos de clase, y creadora de inclinaciones de desapego y eventualmente de desprecio respecto al conjunto de los *estratos* inferiores. Avanzaré en el análisis cada uno de estos factores.

4.1. Las desigualdades entre clases de individuos y clases de países

En la sociedad mundial se están acentuando las desigualdades económicas a partir de la mundialización y aceleración de los procesos de reestructuración de clases. Esta dinámica, desencadenada a partir de una multiplicidad de luchas en el juego de apropiación mundial, se viene concatenando al “interior” de los bloques nacionales (clases de individuos) y entre los sistemas nacionales del centro y de la periferia global (clases de países). La aceleración de los procesos de clasificación social, que afecta de forma significativa a la dinámica social en su conjunto, se está produciendo porque la mundialización de la estructura de clases es crecientemente asimétrica.

En el caso de las clases moleculares, las desigualdades se están incrementando a partir del *estiramiento vertical de la estructura de clases moleculares*. Este movimiento jerarquizante se constata a partir de la emergencia y la expansión de un *nuevo estrato de clase superior*, que se eleva desde y por encima de las élites de poder de las sociedades nacionales del pasado. Esta nueva elitización de la estructura de clases moleculares se está produciendo en el conjunto de las esferas nacionales céntricas de la sociedad mundial, así como en una fracción menor de las sociedades periféricas.¹² En su manifestación dominante, se trata del desprendimiento hacia arriba de una fracción reducida

¹² Quizás sea por esta localización circunscripta al circuito nor-atlántico que el fenómeno viene llamando la atención, casi exclusivamente, de las ciencias sociales de los países centrales. Los términos empleados para caracterizar a esta nueva fracción de élite son variados, siendo alguno de ellos “Élite global del poder” (Rothkopf, 2008); “Clase capitalista transnacional” (Phillips, 2018; Carroll, 2013; Sklair, 2001); “Top 1%” (Stiglitz, 2012, 2015); “Tecno-multimillonarios” (Rushkoff, 2018); “Hiperélite” (Piketty, 2019); “Clases multimillonarias off-shore” (Hendrikse y Fernandez, 2019), “Superricos” (Bullough, 2019); “Nuevos superricos globales” (Freeland, 2012); “Ultraricos” (Zucman, 2013); “Oligarquías civiles” (Winters, 2011); “Billionaires” –mil millones– (Collins, 2021), etc. Ahora bien, llama la atención que los trabajos de referencia sobre el tópico no intenten explicar la emergencia de estas élites ni el modo en que este nuevo estrato superior incide en la transformación de la estructura social en su conjunto. En general, con la excepción de Piketty y Winters, tales esfuerzos analíticos se concentran en la descripción aislada de este estrato de clase, bajo la suposición de que estas nuevas élites, al ser las principales concentradoras de poder económico, concentran igualmente toda la potencia para la fabricación de las sociedades.

de las élites históricamente consolidadas. Tal movimiento genera una asimetría determinante al interior de la constelación de las élites mundiales. Entre otras cosas, lo que testifica la existencia de un estiramiento vertical es que se hace necesario recurrir a un diagrama de cinco estratos de clase para poder representar la estructura de buena parte de las esferas nacionales. En aquellas sociedades aún ajustadas a una estructura de tres o cuatro estratos, el estrato alto está siendo presionado por las nuevas élites superiores. Los últimos informes disponibles evidencian que América Latina es la región del planeta que produce multimillonarios a un ritmo más acelerado. Mientras que en 2002 existían 25 multimillonarios, en 2014 se pueden contabilizar un total de 114 (Oxfam, 2020; Credit Suisse, 2019). De este modo, se observa la conformación de una supra-élite, que interactúa y amenaza la existencia de una infra-élite más numerosa, desestabilizando desde arriba la posición de esta última (y en algunos casos “hacia” arriba). Al mirar país por país vemos que Chile es por mucho la nación del continente que proporcionalmente cuenta con una mayor cantidad de multimillonarios.¹³ Como vimos, se trata del país en el cual las explosiones sociales fueron más intensas y más duraderas. Si bien las élites latinoamericanas siguen perteneciendo en su enorme mayoría al estrato alto, de la infra-élite, estas últimas están experimentando cierta tensión constitutiva. Por un lado están percibiendo como una oportunidad la posibilidad de escalar hacia el estrato de la supra-élite, y por el otro están experimentando con inquietud la posibilidad de reclasificarse hacia abajo, desafiándose del mundo social de los grandes privilegios. La re-estratificación desde la infra-élite a la supra-élite suele exigir una re-clasificación de los individuos desde las clases dependientes del beneficio o del trabajo hacia la clase dependiente del delito. La aparición en el escenario de

¹³ En términos absolutos, Chile se ubica en el tercer lugar (40 multimillonarios), luego de Brasil (130) y de México (50). Pero observado en términos proporcionales tal orden se altera: Chile contaría aproximadamente con un multimillonario cada 450.000 habitantes, mientras que el gigante latinoamericano posee un multimillonario cada 623.000 y México uno cada 2,58 millones de habitantes (Oxfam, 2020; Credit Suisse, 2019).

las supra-élites activan en algún grado los estallidos sociales en tanto hacen visible la mayor desigualdad entre clases de individuos, y en la medida en que este estrato superior ejerce un nuevo poder de *giga*-apropiación privada de los recursos económicos en los sistemas nacionales. Ello conlleva para esta clase un mayor poder de determinación de las sociedades en su conjunto. Como luego veremos, antes que una expresión de exclusión material, las rebeliones o movilizaciones de masas de 2019 en la región representan en su mayoría un modo de reacción a las injusticias que genera la profundización de las desigualdades. Tiendo a suponer que en estos escenarios el activador central de la indignación masiva se asocia en buena medida con las distancias sociales percibidas a partir de la exhibición de las experiencias de consumo de los estratos alto y superior.

Por su parte, las desigualdades crecientes entre clases orgánicas o clases de países, que influye de un modo determinante en la producción de los estallidos sociales en la región, se observa a partir de la *pérdida de gravitación* de los sistemas económicos de América Latina en el concierto mundial. Tal degradación se explica principalmente por dos factores ligados entre sí. El primero tiene que ver con el *incremento del poder del estrato céntrico* para determinar las funciones económicas de las clases orgánicas periféricas en la división mundial del trabajo (DMT). Esto se concreta a partir de una mayor capacidad para adjudicar a los países periféricos las funciones de *provisión* de materias primas y de *consumo* de aquellos bienes industriales, tecnologías y conocimientos producidos en los centros. Con ello se acentúa la condición de clase dependiente de las materias primas de los sistemas nacionales de América Latina, lo cual a su vez reasegura la reproducción de las asimetrías estructurales existentes entre clases de países. El segundo factor tiene que ver con dos aspectos. El primero es el *aumento de la extranjerización* de las economías latinoamericanas, en particular de las fuentes principales de generación de riquezas materiales, mientras que el segundo se asocia con el aumento de la concentración económica de aquellos negocios bajo control extranjero. De este modo, no es accidental que las explosiones sociales

en América Latina hayan sucedido en las entrañas de los capitalismos agrarios (Ecuador, Chile, Bolivia y Colombia), crecientemente determinados por la extranjerización del patrimonio nacional y por el incremento de la concentración del negocio agropecuario. Este último proceso incluye la expansión de la llamada “frontera agropecuaria” y el acaparamiento privado de las nuevas tierras integradas a la explotación capitalista (Dörre, 2016).

Un punto central para observar la conexión existente en la actualidad entre las clases moleculares y las clases orgánicas en América Latina, se asocia al modo en que los individuos pertenecientes a las élites latinoamericanas (estratos de clase superior y alto) están involucrados con las empresas extranjeras que dominan la explotación de las materias primas en los territorios del continente. Las élites en América Latina se constituyen como clases periféricas en tanto su reproducción social depende del acatamiento de los proyectos de expansión de las macroempresas globalizadoras, comandadas por individuos pertenecientes a los estratos de clase superior y alta de los países centrales. La acentuación de las desigualdades entre clases orgánicas, en los términos comentados, tiende a reforzar la periferización de los diferentes estratos de clases en las sociedades de América Latina, y muy en particular de las clases de individuos pertenecientes al estrato de las infra-élites (estrato alto).

4.2. La recomposición de ola de integración desde arriba

En el apartado anterior observamos el modo en que la doble desigualdad de clases orgánicas y periféricas analizada prácticamente define el componente económico y social de las recientes explosiones en América Latina. Ahora bien, esta estructura mundial y asimétrica de clases, activada a partir de las luchas que libran los actores en los juegos de apropiación nacional y mundial, tiende a modificarse a partir de una dialéctica de olas desde arriba y desde abajo.¹⁴ Desde las

¹⁴ Se trata de un movimiento estructural que contempla la existencia de actuaciones y de procesos de recreación individuales irreductibles a los primeros. Los procesos de

colonizaciones española y portuguesa las olas de integración desde arriba en América Latina fueron comandadas desde los centros globales (primero España, luego Inglaterra, y finalmente Estados Unidos), con la mediación política de estados vasallos. Por su parte, tanto las olas de independencia como de integración desde abajo fueron conducidas desde los estados periféricos autonomistas.¹⁵ De este modo, lo que denominé el plano procesual de la explicación de los estallidos sociales se asocia con el movimiento que adquieren las oleadas históricas de América Latina. La dimensión que adoptan dichas ebulliciones no se puede comprender si no se toma en consideración *la recomposición de las olas de integración desde arriba en América Latina, comandada por Estados Unidos*, a partir de diciembre de 2015. Y lo que produce tal recomposición es una *acentuación sustantiva* de los procesos de desigualdad ya analizados entre clases de individuos y clases de países. Hay que tomar en consideración que durante el despliegue de la última ola de integración desde abajo en el continente, entre 2003 y 2015, no se registraron estallidos sociales. Incluso en países como Colombia y Chile, que en el transcurso de dicho período también estuvieron gobernados por fuerzas políticas neoliberales, no se registraron revueltas a gran escala. Pero claro, durante los años de expansión del movimiento ascendente, de abajo hacia arriba, los proyectos neoliberales se encontraban relativamente debilitados

integración y de independización en cuestión estuvieron hechos de una combinación a la vez racionalizada y espontánea, aleatoria y causal, de tres ingredientes centrales. A falta de una denominación mejor los he llamado gérmenes, impulsos y olas. De esta manera, es posible distinguir entre gérmenes, impulsos y olas de integración y de independización. Los gérmenes son elementos simbólicos que varían según su composición intelectual. Los impulsos y las olas, por su parte, son movimientos a la vez simbólicos y materiales. Junto a ello, desde esta perspectiva, se distingue entre micro-gérmenes y macro-gérmenes, al igual que entre micro-impulsos y macro-impulsos. Las olas, por su parte, son genéricamente macro-sociales aunque a una escala de incidencia superior que los macro-impulsos. Tanto las olas descendentes como ascendentes se pueden concebir como fuerzas más o menos direccionadas de macro-apropiación que se recrean al interior del juego de poder mundial mencionado (para una presentación en detalle de este diagrama, ver Torres, 2020b).

¹⁵ Para la conceptualización del estado periférico y para la diferenciación entre estados periféricos autonomistas y vasallos, ver Torres (2020b, 2020c).

por su situación de minoría en el tablero político regional. Los estallidos sociales se producen luego de la recomposición del poder de Estados Unidos en la región, y por consiguiente a partir de la consolidación de nuevos dispositivos interestatales de integración desde arriba. Lo que se pone en marcha a partir de 2015 es la expansión de una nueva red de estados vasallos en América Latina, todos ellos neoliberales, aunque portadores de perfiles diferentes. En los casos de Ecuador y de Colombia, el estado neoliberal adquiere una modalidad político-partidaria, en Chile asume una modalidad gerencial, y en Bolivia se presentó bajo una nueva modalidad militarista. De esta manera, es en el momento de máximo poder estatal neoliberal en la región, de mayor agresión neoliberal sobre los campos populares¹⁶ en los diferentes países de América Latina, que se desata sorpresivamente el impulso de contestación desde abajo en Ecuador, que luego se proyecta hacia los demás países mencionados. Del mismo modo que las manifestaciones se fueron replicando a gran velocidad por la región, las experiencias de violencia estatal destinadas a liquidarlas se van afectando y reforzando entre sí, siendo el gobierno de Estados Unidos la fuente principal de poder y de legitimidad de cada uno de los estados represores. A medida que los gobiernos regionales iban avanzando en la represión violenta de las protestas, y que las operaciones de criminalización estatal no lograban la desactivación de los conflictos, comenzaron a aparecer los apoyos explícitos de Estados Unidos a cada uno de los gobiernos de este bloque inter-estatal vasallo. A mayor debilidad de los estados neoliberales impugnados por las contestaciones, mayor el apoyo que iban recibiendo por parte de Estados Unidos para sostener las medidas de ataque directo a las manifestaciones populares en las calles.

¹⁶ Como vimos, el campo popular se delimita a partir de la integración de los estratos medio, bajo e inferior.

4.3. La nueva cultura de élites

La evolución de los procesos de desigualdad mencionados me invita a formular la siguiente hipótesis: a mayor distanciamiento objetivo entre *clases de individuos*, mayores probabilidades se presentan para la proliferación de *culturas de estratos* crecientemente desconectadas entre sí.¹⁷ Las culturas de estratos de clase alto y superior se expresarían como culturas elitistas. En su forma prototípica estas se conformarían a partir del desconocimiento del conjunto de estratos inferiores, así como de la disposición al desapego y eventualmente al desprecio de los estratos inferiores. Las culturas de estrato se conforman igualmente a partir de una corriente de identificación y desidentificación entre estratos de clase. El supuesto que aquí sostengo es que las culturas de élite tienden mayoritariamente a la identificación con su propio estrato y a la desidentificación respecto a los estratos de abajo. Por su parte, las culturas de estrato medio tienden hacia la identificación con los estratos de élite y a la desidentificación con los estratos bajo e inferior. Finalmente, las culturas de estrato bajo e inferior tienden hacia la identificación con los estratos de arriba, así como a la desidentificación respecto a su propio estrato.¹⁸ De este modo, la particularidad que acontece con las presentes explosiones sociales es que, en un plano disposicional, se estarían activando como rechazo a la irradiación de los componentes señalados de las culturas de élite sobre los restantes estratos culturales de la sociedad. Sin la exposición permanente a las operaciones desapegadas y depreciativas del bloque de individuos elitizados, difícilmente las

¹⁷ Este registro guarda similitudes con la idea de Castells (1996) de la ruptura de los patrones de comunicación social, si bien apela a otras coordenadas sociológicas más encriptadas.

¹⁸ Las culturas de estrato, con sus mecanismos y flujos de identificación, constituyen la dimensión disgregadora de lo que llamo “cultura capitalista de realización”. Esta última se centra en un movimiento de integración simbólica que se arraiga en una nueva sociedad de consumo tardío que viene progresando en el conjunto de la sociedad mundial. En el apartado final me ocupo de anticipar lo que entiendo por esta forma societal emergente y como se relaciona a grandes rasgos con algunos de los problemas desarrollados en este trabajo.

grandes contestaciones sociales de 2019 habrían contado con la participación directa o con la adhesión de una fracción tan extendida de actores del estrato medio. El grado de desidentificación, desapego y desprecio manifestado por las élites de cada país en América Latina (supra e infra-élites) se puede constatar a partir de la extrema violencia volcada contra las sociedades populares movilizadas. Todas las protestas sociales en cuestión fueron atacadas desde los estados liberales apelando al menos a tres modalidades desmedidas de violencia, desprovistas en su conjunto de un criterio de eficacia práctica. La primera de ellas se asocia con la caracterización de los estallidos sociales y de los actores participantes que ofrecieron las élites gubernamentales en declaraciones a la prensa y/o por sus propias redes sociales.¹⁹ La segunda se vincula al salvajismo y el ensañamiento de los ataques policiales y/o militares sobre la población, incluyendo la violación sistemática de mujeres. Y la tercera, finalmente, se observa a partir de la práctica ausencia de toda voluntad de asistencia estatal a las víctimas producidas en los enfrentamientos callejeros. La disfuncionalidad estatal de estas manifestaciones de violencia desmedida no se puede explicar sin atender a la reconstitución crecientemente distanciada de esta cultura elitista como cultura de estrato. En todos los casos se observa que las formas de acción violenta desde los estados avivaron las protestas sociales más de lo que lograron aplacarlas. Todo indica que los individuos de cada estrato de clase rara vez logran trascender intelectual y moralmente los límites culturales

¹⁹ En el caso de Chile, el presidente Piñera se refirió a los conflictos desatados por la situación de protesta como “una guerra contra un enemigo poderoso implacable, que no respeta a nada ni a nadie, que está dispuesto a usar la violencia y la delincuencia sin ningún límite”, añadiendo que los manifestantes “tienen un grado de organización, de logística que es propia de una organización criminal” (*CNN Chile*, 21/10/2019). Por su parte, la esposa de Piñera, Cecilia Morel, en un desliz llegó a decir que el movimiento de protesta en su país se asemejaba a una “invasión alienígena” (*Clarín*, 22/10/2019). Jeanine Añez, la autoproclamada presidenta de Bolivia, caracterizó a los manifestantes contra el golpe de estado como terroristas financiados por Venezuela (*Infobae*, 3/12/2019). Luego los presidentes de Ecuador y de Colombia, Lenin Moreno e Iván Duque, optaron ambos por caracterizar a los manifestantes –al menos a una fracción de ellos– como “vándalos” y “criminales” (García, 2019; *CNN español*, 21/11/2019).

que se presentan a partir de sus experiencias inmediatas de estratificación. Y este proceso de estratificación es generador de mayores distancias sociales, desde el momento que está sujeto por cadenas invisibles al estiramiento vertical de la estructura de clases moleculares. A modo de ejemplo, vemos que la disposición a la asistencia estatal y privada tiende a disminuir a medida que se hace más distante el vínculo con el potencial asistido, y directamente desaparece en los casos en que se presenta una situación de no-relación. Producto de dicha reestructuración verticalista, el tipo de macro-apropiación recreado por las élites a partir de su nueva cultura de estrato tiende a erosionar en mayor medida que antes la *legitimidad social ascendente* de las élites. Como es de saber común, ello se expresa, entre otras formas, como pérdida de confianza, de credibilidad y de sentido de la representación política.

5. A modo de conclusión: la evolución futura de América Latina

Hasta el momento previo a la mundialización del Covid-19, a principios de 2020, el juego de apropiación desplegado en América Latina estaba exhibiendo una tendencia marcada al incremento de la conflictividad y de las explosiones sociales en las diferentes esferas nacionales mencionadas. Este movimiento, tal como he analizado, estuvo dotado de la fuerza suficiente como para obtener réplicas a nivel continental. Ahora bien, junto a ello, la evolución de dicho juego evidenció la falta de impulso y de organización de las fuerzas contestatarias para crear un movimiento cultural-político de alcance nacional (en primera instancia), con posibilidades ciertas de instaurar en el corto o mediano plazo un nuevo orden social posneoliberal. Ahora bien, ¿por qué se produce este efecto limitante? En términos generales, porque las fuerzas de contestación social que activan explosiones sociales son absorbidas por una dinámica estructural y estructurante de integración que viene progresando en las diferentes esferas nacionales de la región. De este modo, junto

con la agudización y la expansión de las perturbaciones sociales se está recreando una *sociedad de consumo tardía* dotada de nuevas modalidades y dinámicas de integración social molecular que bloquean la acumulación de fuerzas sociales transformativas. La sociedad de consumo tardía se podría definir como una sociedad en la cual el consumo de realización (y no todo el consumo) concentra cada vez mayores volúmenes de reconocimiento societal, es cada vez menos un consumo de masas, y en la cual se revolucionan los modos de organización del consumo de supervivencia. Esta nueva sociedad tiende a redefinir, entre otros aspectos, los parámetros de inclusión y de exclusión económica de la vieja sociedad centrada en la producción y en el trabajo asalariado, tal como fue conceptualizada por las ciencias sociales modernas. Por el momento continúa siendo cierto el hecho de que la exclusión económica y social es una fuente central de conflictividad popular de las sociedades. Pero esta exclusión dejó de ser en primera instancia una exclusión del trabajo asalariado, propia de la sociedad de la producción, para concebirse como una exclusión del consumo. En términos materiales, esto significa que el piso de la exclusión no solo se ha transformado sino que ha descendido. La consecuencia central de este cambio real y de perspectiva es que mucho de lo que se entiende en la actualidad como exclusión socioeconómica pasa a concebirse como un *nuevo tipo de inclusión*, más frágil y más precaria, pero inclusión al fin. En cualquier caso, en este trabajo parto de suponer que el rechazo de las desigualdades económicas percibidas, que tiene su correlato en la desigualdad de poder de consumo, es una variable causal más determinante de las explosiones sociales que la propia exclusión material de los individuos de las esferas sociales nacionales en América Latina.

El movimiento de integración en la sociedad de consumo tardía se asocia en un plano material con la conformación de la nueva estructura de clases moleculares ya presentada, y, más específicamente, con la recreación y expansión de una clase social dependiente de la asistencia, y la proliferación de una clase social dependiente

del delito (CDD).²⁰ Se expanden así dos nuevas clases, excluidas del mercado formal del trabajo pero no del mercado del consumo capitalista. La primera es una expresión de marginalidad pero no de exclusión económica total, que viene creciendo de modo exponencial como respuesta estatal a la crisis mundial del Covid-19. Y la segunda atraviesa el conjunto de los estratos de clase, se manifiesta como una marginalidad general, pero sobre todo funciona como una forma de inclusión económica para los individuos de estratos medio, bajo e inferior. Para Marx, por ejemplo, el piso de marginalidad se manifestaba como un tipo de exclusión del trabajo asalariado, mientras que hoy el sustrato último de la marginación se expresa principalmente como un tipo de *exclusión del consumo*. Por lo tanto, estarán marginados en mayor medida, en su propia esfera social, los individuos dependientes del trabajo –formal o informal– que no pueda acceder a un tipo de consumo de realización, que aquellos que no trabajen y sí logren acceder al consumo en este mercado diferenciado. Buena parte de los excluidos marxianos son incluidos en la actualidad desde el momento que logran participar del circuito económico del consumo. Si para Marx uno de los motivos por el cual el sistema capitalista no estallaba era por la función de contención que ejercía el *lumpenproletariado*,²¹ aquí sostendré que el sistema no estalla en la actualidad, entre otras cuestiones, por la aparición y la sofisticación de estas dos nuevas clases sociales, que articuladas a las demás conforman una nueva estructura de clases moleculares. Visto desde mi perspectiva, lo que estamos experimentando en América Latina como expresión de marginalidad dominante es un proceso novedoso de reestructuración capitalista entre las cuatro clases ya presentadas, con primacía

²⁰ Ver el apartado 3.

²¹ El productivismo marxista definió tales agrupamientos según su participación o no en el sistema de producción, y ofreció la noción de “ejército de reserva” para explicar algunos procesos sensibles que presionan y dinamizan la actividad productiva. Luego la sociología latinoamericana encerró a este grupo en la categoría de “economía informal” (centrada en la distinción formal/informal), que corta empíricamente al campo del trabajo, descartando así una aproximación relacional a los mundos sumergidos del mercado laboral.

de la CDA y la CDD, y no un proceso de exclusión de millones de individuos de la estructura social de clases. Como decía, estamos frente a una nueva estructura de clases centrada en la sociedad de consumo y no de la producción. Si algo sabemos hoy es que vivimos en una sociedad donde el consumo como fenómeno cultural es cada vez más extendido y preponderante, al igual que los procesos de mercantilización de las relaciones en las diferentes esferas sociales. Junto al proceso mencionado de conformación de clases, el movimiento de integración social en curso contempla: iii) la expansión de una cultura de consumo de realización; iv) la expansión de una moralidad de la inclusión asociada a una nueva cultura de la asistencia social, y, finalmente, v) la conformación de una nueva dinámica de comunicación social, que tiende a transformar lo que llamo el “sistema intercomunicacional” de la sociedad mundial. De este modo, si los dos primeros procesos de clasificación social tienden a renovar y a reforzar las fuerzas materiales de integración, los tres últimos recrean y expanden las fuerzas de integración simbólica.

Hasta aquí, en este apartado final, intenté esbozar una respuesta a la siguiente pregunta: ¿por qué las explosiones sociales no adquieren la forma necesaria y la potencia suficiente como para precipitar un cambio social estructural? Aquí se entiende por cambio estructural, en primera instancia, un tipo de transformación que permita el advenimiento y la instauración generalizada de un nuevo orden posneoliberal. Ahora bien, junto a tal interrogante, que a priori involucra una temporalidad futura referenciada en el corto y en el mediano plazo, es necesario plantear el siguiente: ¿por qué ni las explosiones sociales de 2019, ni las lógicas internas de reproducción económica mundial, están resintiendo las bases del sistema económico capitalista? Se trata de una incógnita centrada en la evolución futura, a largo plazo, de procesos de mayor calado estructural. Este segundo interrogante adquiere mayor relevancia hoy que en 2019 dada la dramática evolución de la crisis del Covid-19. De este modo, como respuesta provisoria, voy a sostener que el juego de apropiación mundial a partir de la caída de la URSS en 1991, desplegado en

América Latina en el marco del proceso de estructuración de clases ya mencionada, está expandiendo a una escala y a una magnitud igualmente mundial un proceso sistémico de *desdiferenciación capitalista*. Es este *giga*-proceso económico el que viene convirtiendo al sistema económico mundial en un *sistema intercapital*, compuesto por las estructuras moleculares y orgánicas analizadas. En este sistema intercapital, en el juego de apropiación que lo dinamiza, solo se enfrentan diferentes tipos de formaciones capitalistas céntricas y periféricas (Torres, 2020a). El avance de la desdiferenciación capitalista, aparentemente lineal, tiende a anular en términos estructurales la posibilidad de diseñar y de poner en funcionamiento un modo de organización económica poscapitalista a gran escala en el corto, mediano y largo plazo. Es importante dejar en claro que esta imposibilidad no tiene que ver con la inexistencia de algún gobierno de izquierdas con voluntad de trascender la economía capitalista, sino con el bloqueo material e intelectual para llevarlo a cabo en las diferentes esferas nacionales de la sociedad mundial.

6. Bibliografía

Almeida, P. y Cordero Ulate, A. (2017). *Movimientos sociales en América Latina: perspectivas, tendencias y casos*. Buenos Aires: CLACSO.

Alvaredo, F., Atkinson, A. y Piketty, T. (2013). The Top 1 Percent in International and Historical Perspective. *Journal of Economic Perspectives*, 27(3), 3-20, Summer.

Araujo, K. (ed.). (2019). *Hilos tensados. Para leer el octubre chileno*. Santiago de Chile: USACH.

Atkinson, A. (2015). *Inequality. What Can Be Done?* UK: Harvard University Press.

- Atkinson, A. y Piketty, T. (2010). *Top Incomes. A Global Perspective*. New York: Oxford University Press.
- Boltansky, L. y Chiapello, E. (2002). *El nuevo espíritu del capitalismo*. Madrid: Akal.
- Bourdieu, P. (1987). What makes a social class?: on the theoretical and practical existence of groups. *Berkley Journal of Sociology*, 32, 1-17.
- Bourdieu, P. (1999). *Razones prácticas. Sobre la teoría de la acción*. Barcelona: Editorial Anagrama.
- Cardoso, F. H. y Faletto, E. (1977). *Dependencia y desarrollo en América Latina*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Carroll, W. (2010). *The making of a transnational capitalist class: corporate power in the 21st Century*. London: Zed Books.
- Castells, M. (1996). *La era de la información. 1. La sociedad red*. Madrid: Alianza.
- Castells, M. (2015). *Redes de indignación y esperanza: los movimientos sociales en la era de internet*. Madrid: Alianza.
- Chesnais, F. (2016). *Finance Capital Today: Corporations and Banks in the Lasting Global Slump*. Leiden: Brill.
- Collins, Ch. (2021). *The Wealth Hoarders. How Billionaires Pay Millions to Hide Trillions*. Cambridge: Polity.
- Credit Suisse. (2019). *Global Wealth Report 2019*. Credit Suisse Research Institut. <https://www.credit-suisse.com/about-us/en/reports-research/global-wealth-report.html>
- Domingues, J. M. (2019a). *Critical Theory and Political Modernity*. Switzerland: Palgrave Mc Millan.
- Domingues, J. M. (2019b). Teoría crítica, sociología política y la reapertura del horizonte histórico en Torres, E. (ed.), *Hacia la renovación de la teoría social latinoamericana*. Buenos Aires: CLACSO, pp. 130-155.
- Dörre, K., Lessenich, S. y Rosa, H. (2015). *Sociology – Capitalism – Critique*. London: Verso.

Dörre, K. (2016). Capitalismo, Landnahme y regímenes sociales de tiempo: un panorama general. *Pléyade. Revista de humanidades y ciencias sociales*, (18), 25-54, julio-diciembre.

Dubet, F. (2015). ¿Porqué preferimos la desigualdad? (aunque digamos lo contrario). Buenos Aires: Siglo XXI.

Freeland, Ch. (2012). *Plutocrats: The Rise of the New Global Super-Rich and the Fall of Everyone Else*. New York: Penguin.

Harvey, D. (2016). *The Ways of the World*. UK: Profile Books.

García Linera, Á. (2019a). ¿Por qué es tan difícil cambiar el mundo? Conferencia dictada en el Congreso Nacional de Filosofía 2019, Universidad Nacional de Lanús, el 4 de abril de 2019. <https://nacionalypopular.com/2019/04/05/unla-congreso-nacional-de-filosofia-garcia-line-ra-hay-un-sentido-comun-dominante-que-ordena-las-jerarquias/>

García Linera, Á. (2019b). El odio al indio. *Celag.org*. <https://www.celag.org/el-odio-al-indio/>

Gonçalves, G. L. y Costa, S. (2019). From primitive accumulation to entangled accumulation: Decentering Marxist Theory of capitalist expansion. *European Journal of Social Theory*, 1-19.

Hendrikse, R. y Fernandez, R. (2019). Finanzas off-shore: cómo gobierna el mundo el capital en *Estado del poder 2019*, *Transnational Institute-Fu-hem Ecosocial y Attac España*. <https://longreads.tni.org/estado-del-poder-2019/finanzas-offshore/>

Hobsbawm, E. (2015). *Historia del siglo XX. La era de la revolución (1789-1848); La era del capital (1848-1875); La era del imperio (1875-1914)*. Buenos Aires: Crítica.

List, F. (1979). *Sistema de economía política nacional*. México: Fondo de Cultura Económica.

Main, A. (2019). Geopolítica de la crisis venezolana. La ofensiva conservadora en Latinoamérica. *Le Monde diplomatique en español*, (285), 2-6.

Marx, K. (1975). *El Capital. Libro I*. Madrid: Siglo XXI.

- Marx, K. y Engels, F. (2007). *El manifiesto comunista*. Madrid: Fondo de Cultura Económica.
- Milanovic, B. (2016). *Global Inequality. A New Approach for the Age of Globalization*. USA: Harvard University Press.
- Milanovic, B. (2019). *Capitalism, alone*. NY: Massachusetts: Cambridge University Press.
- Mills, Ch. W. (1963). *La élite del poder*. México DF: Fondo de Cultura Económica.
- OXFAM. (2000). *Tax Havens: Releasing the hidden billions for poverty eradication*. London: Oxfam International, June.
- Piketty, T. (2014). *El capital en el Siglo XXI*. México DF: Fondo de Cultura Económica.
- Piketty, T. (2015). *La economía de las desigualdades. Cómo implementar una redistribución justa y eficaz de la riqueza*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Piketty, T. (2019). *Capital e ideología*. España: Paidós.
- Pleyers, G. (2018). *Movimientos sociales en el siglo XXI*. Buenos Aires: CLACSO.
- Phillips, P. (2018). *Giants, the Global Power Elite*. New York: Seven Stories.
- Pastrana Buelvas, E. y Gehring, H. (eds.). (2019). *La crisis venezolana: impactos y desafíos*. Bogotá: Fundación Konrad Adenauer.
- Prebisch, R. (1981). *Capitalismo periférico. Crisis y transformación*. México DF: FCE.
- Rothkopf, D. (2008). *Superclass, the global power elite and the world they are making*. New York: Farrar, Strauss and Giroux.
- Rushkoff, D. (2018). La supervivencia de los más ricos y como traman abandonar el barco. *CTXT. Contexto y acción*. <https://ctxt.es/es/20180801/Politica/21062/tecnologia-futuro-ricos-pobres-economia-Douglas-Rushkoff.htm>

Segato, R. (9 de mayo de 2017). Las mujeres vivimos en un Estado de Sitio, *La Tinta*. <https://latinta.com.ar/2017/05/rita-segato-las-mujeres-vivimos-en-un-estado-de-sitio/>

Sklair, L. (2001). *The Transnational Capitalist Class*. Oxford: Blackwell Publishing.

Stiglitz, J. (2012). *The Price of Inequality. How Today's Divided Society Endangers Our Future*. New York: W.W. Norton & Company.

Stiglitz, J. (2015). *The Great Divide: Unequal Societies and What We Can Do About*. New York-London: W.W Norton & Company.

Svampa, M. (2019a). *Las fronteras del neoextractivismo en América Latina*. Alemania: CALAS.

Svampa, M. (2019b). *Neo-extractivism in Latin America*. UK: Cambridge University Press.

Tapia, L. (2019). La crisis política en Bolivia: la coyuntura de disolución de la dominación masista, CIDES-UMSA. <http://www.cides.edu.bo/webcides2/index.php/interaccion/noticias-f/264-crisis-politica-en-bolivia-la-coyuntura-de-disolucion-de-la-dominacion-masista>

Torres, E. y Borrastero, C. (2020). Capitalism and the State in Latin America: Concentration of Power, Social Inequality and Environmental Depletion en Ribera Sanchez, L. y Bada, X. (eds.). *The Oxford Handbook of Latin American Sociology*. New York: Oxford University Press, pp. 1-17.

Torres, E. (2020a). El sistema inter-capital: hacia una mundialización ampliada de la economía capitalista. *Encuentros. Revista de Ciencias sociales*, 18 (3), 12-23.

Torres, E. (2020b). Hacia una nueva teoría del cambio social en América Latina: esquemas y elementos preliminares en Torres, E. (ed.). *Hacia la renovación de la teoría social latinoamericana*. Buenos Aires: CLACSO, pp. 130-155.

Torres, E. (2020c). El nuevo Estado protector y la legitimidad de excepción: una aproximación mundial. *Astrolabio*, 25, 65-97.

Torres, E. (2020d). La nueva estructura de la sociedad mundial. Clases moleculares, clases orgánicas y estratos de clase. *Teoría e Cambio social*, (3), 13-22.

Torres, E. (2020e). Covid-19 (1). La autoconservación social. *Teoría e Cambio social*, (1), 7-14.

Torres, E. (2021). *La gran transformación de la sociología*. Córdoba-Buenos Aires: FCS-UNC/CLACSO.

Torres, F. y Stehrenberger, C. (2019). Chile has Woken Up - Summary of the situation in Chile, *Decolonize Erfurt*. <https://decolonizeerfurt.wordpress.com/chile-has-woken-up/>

Winters, J. (2011). *Oligarchy*. Cambridge-New York: Cambridge University Press.

Weber, M. (2002). *Economía y sociedad. Esbozo de sociología comprensiva*. España: FCE.

Weber, M. (2001). *Historia económica general*. México DF: FCE.

Zucman, G. (2013). La richesse cachée des nations: Enquête sur les paradis fiscaux. Editions du Seuil et la République des Idées. [En español: *La riqueza escondida de las naciones*. Buenos Aires: Siglo XXI].

6.1. Fuentes periodísticas

Clarín. (22 de octubre de 2019). Estallido en Chile. La esposa de Sebastián Piñera dijo que las protestas eran como “una invasión alienígena” y tuvo que disculparse. https://www.clarin.com/mundo/audio-cecilia-morel-esposa-pinera-absolutamente-sobrepasados-invasion-alienigena_0_zjs8xBQ5.html

CNN Chile. (21 de octubre de 2019). Piñera: Estamos en guerra contra un enemigo poderoso. https://www.cnnchile.com/pais/pinera-estamos-en-guerra-contra-un-enemigo-poderoso_20191021

CNN Español. (21 de noviembre de 2019). Paro en Colombia: Iván Duque condena “vandalismo” y dice que hay “decenas” de capturados. <https://>

cnn.espanol.cnn.com/video/paro-colombia-discurso-ivan-duque-presidente-vandalismo-saqueos-nat-digital/

Infobae. (3 de diciembre de 2019). El Gobierno de Áñez acusó al régimen de Venezuela de estar detrás de las protestas tras la salida de Evo Morales. <https://www.infobae.com/america/america-latina/2019/12/03/el-gobierno-de-anez-acuso-al-regimen-de-venezuela-de-estar-detras-de-las-protestas-tras-la-salida-de-evo-morales-maduro-ha-financiado-el-terror/>

Mayorga, F. (13 de noviembre de 2019). No se puede descartar que Evo Morales vuelva al poder. *BBC News Mundo*. <https://www.bbc.com/mundo/noticias-america-latina-50383171>

Martín, R. (19 de noviembre de 2019). América Latina bajo protesta. *El Mostrador*, México. <https://www.informador.mx/ideas/America-Latina-bajo-protesta-20191123-0024.html>

Mur, R. (2019). Calma en Ecuador tras la retirada de los recortes. <https://www.lavanguardia.com/internacional/20191015/47985954124/ecuador-protestas-quito-retirada-decreto-combustibles-moreno.html>

Rivara, L. (25 de octubre de 2019). La BINUH, el nuevo rostro de la injerencia internacional en Haití. *Nodal*. <https://www.nodal.am/2019/10/la-binuh-el-nuevo-rostro-de-la-injerencia-internacional-en-haiti-por-lautaro-rivara>

Ruiz Encina, C. (18 de noviembre de 2019). En Chile se está gestando un gran cambio histórico. *Página 12*. <https://www.pagina12.com.ar/231555-carlos-ruiz-encina-en-chile-se-esta-gestando-un-gran-cambio->

Sardi, M. (23 de octubre de 2019). Ecuador: crisis y tenso clima destituyente. *Noticias*. <https://noticias.perfil.com/noticias/internacionales/ecuador-crisis-y-tenso-clima-destituyente.phtml>

Sputnik. (17 de noviembre de 2019). La CIDH denuncia 23 muertos y 715 heridos en las protestas en Bolivia. *Sputnik*. <https://mundo.sputniknews.com/america-latina/201911171089344441-la-cidh-denuncia-23-muertos-y-715-heridos-en-las-protestas-en-bolivia>

Oliva, N. (4 de octubre de 2019). Crisis en Ecuador: de protestas y privilegios. *Celag.org*. <https://www.celag.org/crisis-en-ecuador-de-protestas-y-privilegios/>

Pardo, D. (22 de noviembre de 2019). Paro nacional en Colombia: 3 factores inéditos que hicieron del 21 de noviembre un día histórico. *BBC News Mundo*. <https://www.bbc.com/mundo/noticias-america-latina-50520302>

Crisis, expropiaciones y autoritarismo*

Guilherme Leite Gonçalves

1. Introducción

El motor de la acumulación del capital estriba en la necesidad que tiene el capitalismo de producir, durante un tiempo determinado, condiciones materiales capaces de garantizar su expansión y, con eso asegurar su conservación como modo de producción. El capitalismo es, así, una formación dinámica, sujeta a una constante presión por hacer crecer y superar continuamente las autolimitaciones que produce el permanente movimiento del capital. En resumen, se trata de un engranaje sensible a cualquier límite que impida la auto-expansión. Cuando ese límite es alcanzado, dispara procesos que lo llevan a “cambiar de piel” a fin de generar un nuevo ciclo de estabilidad (Dörre, 2012). Desde esta perspectiva, la expansión del capitalismo se analiza como un proceso de permanente superación de los obstáculos y límites a la acumulación mediante la mercantilización de espacios aún no mercantilizados (Dörre, 2012; Harvey, 2005). Este proceso presupone la violencia de la acumulación primitiva como condición permanente del propio desarrollo capitalista.

* El presente artículo recupera algunas reflexiones que desarrollé en el cap. V de un libro reciente que escribí en coautoría con Sérgio Costa (2019).

En Marx (2013 [1867/1894]), la acumulación primitiva es tratada como un acto originario, anterior incluso a aquel movimiento que constituye la marca central del capitalismo, a saber, el circuito ininterrumpido como ámbito en el cual el dinero se transforma en capital y, a través de este, en plusvalía y viceversa. Según el autor, existe, en efecto, una acumulación previa, que sería el punto de partida al modo de producción capitalista (Marx, 2013 [1867/1894]). Dado que la producción capitalista presupone la transformación de bienes materiales o inmateriales en valor y esto solo es posible gracias al “divorcio entre los trabajadores y la propiedad de las condiciones de desarrollo del trabajo”, Marx (p. 742) concluye que la acumulación primitiva es el “proceso histórico de separación entre el productor y los medios de producción”. Tal proceso no es precisamente una liberación idílica, como lo describen los clásicos de la economía política, sobre todo Adam Smith. Por el contrario, implica conquistas imperiales, colonizaciones, saqueos, asesinatos, robos e intervenciones regulatorias, esto es, una “violencia directamente no-económica”.

Marx (p. 741) hace referencia a la “así llamada acumulación primitiva” para iluminar tanto sobre el carácter violento de la acumulación, como sobre su papel en la historia del capitalismo. Aunque en el transcurso de esa historia, la expropiación del trabajador tiende a convertirse paulatinamente en “ley natural de la producción” y la lógica de esa ley exige la violencia encubierta del fetichismo de la mercancía, Marx (p. 765) afirma que, incluso en la normalidad capitalista, la “violencia directa no-económica continúa siendo usada, no obstante, solo sea como excepción”. Esta excepcionalidad es, sin embargo, de índole cualitativa, y no cuantitativa. En ese sentido, para Marx (2013 [1867/1894]), aunque esté ya establecida la producción capitalista, la expropiación no cesa, pero pasa a reproducirse a una escala creciente, en base a formas específicas de concentración del capital y de la propiedad privada. Es decir: la lógica de la acumulación violenta originaria y primitiva, ahora se repite como una expropiación continua, y es asimismo, una de las condiciones para que la acumulación del capital se concentre cada vez más.

En el último (y abruptamente interrumpido) capítulo del Vol. III de *El Capital*, Marx (2013 [1867/1894]) comprende que las tres grandes clases de la sociedad moderna –trabajador asalariado, capitalistas y terratenientes– son el resultado de la presión permanente, interna al desarrollo del capitalismo, por separar a los productores directos de los medios de producción, permitiendo que la propiedad de estos últimos se concentren cada vez más. Tal presión se materializa con la violenta expropiación de grandes masas humanas, que se ven obligadas a vender su fuerza de trabajo, mientras que los recursos necesarios para su supervivencia se convierten gradualmente en capital. A su vez, la propiedad exclusiva del suelo en manos de otros (pocos) individuos surge como efecto colateral de todo este proceso.

Si el salario, la ganancia y la renta son categorías por las que se distinguen los propietarios de la mera fuerza de trabajo, el capital y la tierra, la contradicción entre ellos presupone un acto expropiador (Marx, 2013 [1867/1894]). Cuando se produce el saqueo forzoso de los medios de subsistencia, los expropiados se ven obligados a luchar por su conservación física; los expropiadores, por valorizar su capital; y los rentistas por hacer valer su derecho a extraer rendimientos de su propiedad. A medida que se desarrollan estas relaciones necesarias, también se refuerzan los antagonismos, con lo cual se produce un re-crudecimiento de la propia lucha entre las clases (Fontes, 2010).

La financiarización es la principal característica de la fase actual del capitalismo, en tanto la base de la acumulación da preferencia a los imperativos de la propiedad, la que se encuentra cada vez más vinculada a la reproducción del capital financiero, en detrimento de la revalorización productiva directa (Chesnais, 2016). Bajo estas condiciones, el capitalismo se vuelve principalmente rentista; los propietarios de las acciones en función de esa propiedad reclaman su derecho a la renta, y, de esta forma, se apropian de una porción creciente de las ganancias extraídas de la producción.

Asimismo, en razón de la marcada tendencia a la concentración del capital, los capitalistas se organizan en mayor medida bajo la

modalidad de grupos de inversión asociados a fondos y consorcios. Distanciados de las actividades productivas, aguardan cómodamente sus ganancias, capturando parte de la plusvalía creada por la economía. En otras palabras, delegan la explotación del trabajo asalariado a terceros, pero sin renunciar a la producción de excedentes que serán apropiados en forma de renta. El resultado para la mayoría de los países es igual desde 1980: caída de la participación salarial en la renta nacional (Saad Filho, 2011).

La financiarización libera a los capitalistas de la necesidad de ocuparse de los inconvenientes de la acumulación productiva: extraer valor excedente de la fuerza viva. Pero, al mismo tiempo, debido a la competencia entre los consorcios de capitales, necesita ampliar las dinámicas de extracción para remunerar tamaña cantidad de capitales concentrados. Así pues, no solo se extrae el plusvalor de los trabajadores, sino que se les expropián sus medios de subsistencia para extraer cada vez más plusvalor. De manera que, si hay algo nuevo ahora, es únicamente el ritmo y la escala de la expropiación. Sin importar cuán distante esté de los capitalistas, la fuerza a ser expropiada permanece todavía viva y puede rebelarse. Este riesgo, sumado al ritmo y escala de la expropiación referida, explica, de alguna manera, los niveles de violencia política y autoritarismo hoy presentes.

2. Autoridad autoritaria de las expropiaciones capitalistas

El ritmo y la escala de las expropiaciones tienden a aumentar en situaciones de crisis. En contextos así los riesgos a la acumulación exigen un ciclo agresivo de privatización de derechos, bienes y servicios públicos y colectivos. La lógica conlleva explotar el potencial de (re) mercantilización de espacios que aún no han sido mercantilizados o bien fueron desmercantilizados, de manera de aliviar las situaciones de sobreacumulación de capital (de sobreproducción de bienes, sobrevalorización de papeles, etc.) (Harvey, 2010).

En tiempos de crisis, las expropiaciones demostraron ser profundamente violentas tanto física como simbólicamente. Como actos de uso explícito de la coerción y de la fuerza, se trata de una fórmula que no depende del consentimiento de los expropiados, de ahí que aumenta el disenso social. Por la forma en que se despoja de derechos sociales, se cercan tierras comunes y se privatizan bienes y servicios colectivos, las expropiaciones forzadas se han colocado en oposición a las demandas populares (Gonçalves y Machado, 2018). Como, por supuesto, el resultado es un incremento de las frustraciones, de la desaprobación social y las protestas, el ciclo expropiador de crisis es proclive a generar disturbios en las estructuras y normas institucionales y regulatorias de los sistemas políticos.

Presionados por la naturaleza violenta de las expropiaciones, estos sistemas producen legislaciones autoritarias y amplían los instrumentos represivos del Estado. Por otro lado, para aliviar el carácter antipopular de las mismas expropiaciones, tales sistemas toleran la escalada de discursos y actores que combinan retórica punitiva, culpabilización del otro y construcción del enemigo (Gonçalves y Machado, 2018). Evidentemente, el ascenso de la extrema derecha forma parte de un proceso que se da de forma simultánea a las crisis económicas, y supone un reencuadramiento de las tensiones sociales a partir de una matriz chauvinista, por la cual se crea, artificialmente, responsables por el estado de cosas existente, y con eso, se construyen enemigos a ser combatidos: el comunista, el extranjero, el homosexual, la mujer (Lavinias y Gonçalves, 2018). De esta manera, crecen las reivindicaciones por una mayor represión.

El ciclo agresivo de expropiaciones presente en las crisis contemporáneas se desliza en un círculo vicioso donde los medios utilizados para aliviar el efecto del disenso producido por las expropiaciones (la acción de grupos y partidos de extrema derecha) fortalecen a los propios aparatos represivos del Estado, y con eso, autoriza intensificar los medios violentos de la propia expropiación. Dicho de otro modo: la necesidad de proteger a los gobiernos expropiadores los vuelve

aún más expropiadores. En definitiva, la propagación de las crisis ha llevado a una expansión del autoritarismo.

Claramente, esta expansión del autoritarismo cuestiona las bases normativas del modelo hegemónico establecido por la teoría crítica a lo largo del siglo XX, cuya tesis se basó en la relación de distinción/mediación entre capitalismo y democracia (Habermas, 1973; Offe, 1983). Por un lado, los pronósticos sobre los problemas de legitimación del capitalismo tardío no se confirmaron, por el contrario, en el contexto de radicalización de la acumulación financiera y neoliberal, las expropiaciones movilizaron nuevos recursos motivacionales y nuevas regulaciones (Boltanski y Chiapello, 2005), e incluso han empleado medios del estado de derecho para dejar fluir tendencias especulativas (Picciotto, 2011). Por otro lado, tampoco se puede mantener el diagnóstico de la crisis o erosión de la autoridad debido a la pérdida de legitimidad de los sistemas políticos contemporáneos. La autoridad continúa y es reivindicada. Sin embargo, se reclama un ejercicio de autoridad de otro *tipo*, que privilegia estrategias prácticas para lograr obediencia, a través de la coerción por la fuerza o mediante la movilización de miedos difusos.

Dicho esto, es posible hallar en el ciclo de expropiaciones de las crisis un modelo de autoridad similar al aprendido por Araujo (2016) en sus innovadoras investigaciones sobre las relaciones de dominación características de la sociedad chilena. Según la autora, en esa sociedad el modelo de autoridad no centra su eje en la obediencia consentida o conciliada, sino en el miedo a los subordinados. Este tipo de temor se encuentra presente también en las expropiaciones contemporáneas, sobre todo en las aspiraciones de orden y seguridad provocadas por las crisis, donde el acento está puesto no en la legitimidad sino en el ejercicio concreto, efectivo y eficiente de la autoridad. En esos contextos, como lo muestra Araujo, en el miedo a los subordinados está la sombra permanente del fracaso, cuya contraparte, demanda comandos fuertes y discrecionales. Tal temor, sobre todo en condiciones de crisis, atraviesa a la sociedad y ordena las formas de gestión de las múltiples jerarquías sociales (en la familia, en

la escuela, en el trabajo, en la política, etc.). Eso permite que el miedo sea socialmente generalizado y experimentado por todos en la doble realidad de la autoridad, en el mando y en la obediencia: el *ego*, cuando se vuelve *alter*, experimenta el rechazo a la autoridad (como sucede cuando se juzga el desempeño de las autoridades políticas) que él mismo necesita imponer (2016). Se está, en suma, frente a un ejercicio generalizado del tipo de *autoridad autoritaria*.

El miedo a los subordinados también importuna la autoridad de las prácticas expropiadoras y, hasta puede amenazar su propio éxito. Además, como señalamos, al ser un temor generalizado, si no fuese autoritario, sería imposible hacer valer su poder de comando (2016). Vemos que, aunque los saqueos, robos o fraudes unilaterales de los gobiernos generen desilusiones y niveles de descontento, se cubren de un recetario autoritario que crea la certeza de que no solo hay autoridad, sino de que esta es eficiente. Algo que resulta fundamental, especialmente en tiempos de crisis. Y más aún: como el ejercicio concreto y, en consecuencia, la validez de esa autoridad, depende del uso de la fuerza, ella puede inmunizarse, hasta físicamente, contra las desilusiones que las expropiaciones generan.

En situaciones de crisis, donde las expropiaciones acentúan la inseguridad y la precariedad, las presiones por el ejercicio autoritario de la autoridad se intensifican. Ese ejercicio tiene una doble función: integradora y represiva. En relación a la primera, el uso de técnicas retóricas para culpabilizar al otro suscita divisiones entre los mismos afectados por las crisis, pero a la vez crea un mínimo de consenso social al reposicionar el miedo hacia los subordinados, que, fraccionados, se convierten en “otros” entre sí. A la vez, se tiende a reforzar el aparato represivo estatal como una solución respecto a ese “otro”, dado que este puede cuestionar la autoridad. La crisis se convierte, entonces, en un combustible de los regímenes expropiadores, que hacen un uso intensivo del ejercicio autoritario de la autoridad.

En los próximos párrafos, veremos, a través de un análisis empírico, cómo la crisis financiera, que comenzó en 2007/2008, ha logrado ensamblar expropiaciones con políticas autoritarias.

3. La crisis de 2008, la aceleración de las expropiaciones y el autoritarismo

La primera década del siglo XXI se enfrentó a una sobreproducción de activos ficticios como consecuencia del endeudamiento de las familias trabajadoras estadounidenses, fundamentalmente ocasionados por los préstamos hipotecarios que los bancos otorgaron en forma de créditos de riesgo sin garantías (*subprimes*). Esta sobreproducción se manifestó en la creación de una burbuja financiera, sobre la base de la compra de activos. Es decir: para evitar la falta de liquidez por el largo tiempo de retorno de las hipotecas, los bancos optaron por no incluirlos en su balance general, transformando toda esa masa de créditos en diferentes títulos y derivados transaccionables. Bien evaluados por las agencias de calificación de riesgo (*credit rating agency*), estos títulos se vendieron sin mayores inconvenientes a un valor muy superior en relación al de las deudas originales. Y dado que los bancos no tardaron en recuperar los montos concedidos por medio de las hipotecas, reiniciaron la misma operación a través de emisiones de nuevos activos ficticios (Altvater, 2010).

Se llega así al crecimiento permanente de una burbuja, cuyo lastre real es el aumento de los precios de las residencias y por ende de la riqueza inmobiliaria utilizada para movilizar nuevos préstamos (Saad Filho, 2011). De acuerdo con Kotz (2009),

Desde 1995 y hasta el verano del 2007, los precios de las viviendas, ajustado por inflación, aumentaron un 70 por ciento. En su apogeo, en el año 2007, la burbuja inmobiliaria alcanzó un estimado de US\$ 20 trillones en riqueza inmobiliaria. Con esto, la burbuja llegó a abarcar el 40 por ciento de la riqueza inmobiliaria (p. 301).

Como el precio y la riqueza inmobiliaria dependen de que el nivel de consumo de las familias aumente, pasaron gradualmente a ser cuestionados por la larga era neoliberal de estancamiento salarial y recortes en el gasto social, incluida la suba de las tasas de interés (Saad Filho, 2011). Al comenzar los primeros incumplimientos, el

efecto contagio se hizo inevitable. La burbuja estalló y se inició la que es considerada como la segunda peor crisis financiera de la historia del capitalismo.

Reconstruir los pasos de esta crisis (que abarca desde el colapso de instituciones financieras, hasta sus efectos en la “economía real” con la insolvencia de General Motors, etc.) traspasaría los objetivos de este trabajo. Sin embargo, es importante señalar la respuesta adoptada por los gobiernos y los poderes económicos que tuvo como regla “salvar el sistema financiero y redistribuir la carga a la población” (Gonçalves y Machado, 2018, p. 22). El gobierno de Estados Unidos, por ejemplo, transfirió, entre diciembre de 2007 y junio de 2010, US\$ 16 billones a través del *Federal Reserve* a bancos privados y agencias de inversión en forma de préstamos con tasas de interés cercanas a cero (Sanders, 2011). Esa reorientación del papel de la deuda pública (ahora volcada a la protección del sistema financiero) alcanzó contornos todavía más claros cuando la Unión Europea, bajo el liderazgo de Alemania, le impone a Grecia reducir los déficits públicos como medida anticrisis (Gonçalves y Machado, 2018).

De acuerdo con la formulación de Altvater (2010), la ecuación adoptada por los gobiernos, *la carga de la deuda para muchos = beneficios para los flujos de ingresos e interés para el crédito para unos pocos*, aceleró y aumentó notablemente la escala de las expropiaciones a nivel mundial. Sus manifestaciones son diversas. La más inmediata y evidente es la expropiación de las garantías del trabajo, incluso sobre países que lograron consolidar regímenes de bien-estar. Pensemos, por ejemplo, como lo exponen Dörre y Holst (2010, p. 37), que en Alemania, “del 64% de la población perteneciente a la clase media, alrededor del 20% ahora vive en una *prosperidad precaria*” y “un quinto de la fuerza laboral ya había perdido el trabajo una o dos veces, con una tendencia ascendente”.

El ejemplo más contundente del recetario expropiatorio aplicado desde la crisis de 2008 es el caso griego. En 2015, los garantes de la negociación de la deuda griega, representados por la denominada *Troika*, a saber, el Banco Central Europeo, el Fondo Monetario

Internacional y la Comisión Europea, impusieron de manera unilateral un severo régimen de austeridad a cambio de proporcionar programas de rescate y ayuda financiera. Grecia se vio, así, obligada, entre otras medidas, a adoptar un sistema de recortes automáticos del gasto (sin la anuencia del parlamento) para asegurar el superávit primario, aumentar el impuesto del valor agregado (IVA), el cual incide en el consumo (por ejemplo, de medicamentos, productos alimenticios básicos, agua y electricidad), implementar un esquema radical de privatizaciones (cuyos activos fueron transferidos a un fondo que, al tornarlos rentables, pagaría nuevos préstamos y recapitalizaría bancos), reformar severamente el sistema de seguridad social (aplicando, inclusive, la cláusula de déficit cero) y revisar la legislación laboral, añadiendo una disposición legal para despidos colectivos (Nunes, 2015). El caso griego encarna el corolario de un ciclo extremadamente agresivo de expropiación de derechos, contratos, bienes y servicios públicos y colectivos.

De este ciclo, forma parte un ritmo vertiginoso de expropiaciones de tipo primarias, del suelo y de los recursos naturales, afectando en mayor proporción a la periferia del capitalismo. Desde 2008, la demanda mundial de tierras creció exponencialmente. Según Sauer y Leite (2012), mientras que en el período anterior, la transferencia de tierras cultivadas o cultivables fue aproximadamente de unas 40 millones de hectáreas por año, entre octubre de 2008 y agosto de 2009, se superó las 45 millones. Además, puesto que la mayor parte de esas tierras se encuentran en América Latina y, sobre todo, en África, se habló de un verdadero “banquete en los trópicos” (Boechat, et al., 2017, p. 76).

Ciertamente, este ciclo se enfrentó a una serie de protestas que las masas afectadas por la crisis y precarizadas por las soluciones adoptadas protagonizaron. Recordemos la de Occupy Wall Street, bajo la consigna “We are the 99 percent”; a partir de allí las luchas sociales se propagaron a muchos otros países en cuestionamiento abierto a la excesiva concentración de la riqueza en el 1% más rico del mundo. Esas movilizaciones, que son resultado de la crisis financiera global de 2008, se insertan dentro de un contexto global de indignaciones

difusas contra el sistema político y financiero (Bringel y Pleyers, 2017). En el 2011, se hicieron particularmente conocidas las protestas en el sur de Europa, especialmente las de España, pero también las manifestaciones a favor de la gratuidad universitaria en Chile. Sobreviene una nueva ola de indignación durante los años siguientes en el mundo árabe (“Primavera Árabe”), en Turquía (“Parque Gezi”) y en Brasil (“Jornadas de Junio de 2013”), entre otros lugares.

Este conjunto de movilizaciones demuestran que las expropiaciones no solo despiertan gran desaprobación social, sino que se ven obligadas a desarrollar formas de inmunizar las protestas como modo de garantizar su efectividad. Por tal motivo, recurren a una mayor violencia estatal y a fórmulas autoritarias que buscan generar indiferencia hacia las demandas populares que cuestionan las políticas de ajuste y austeridad. Se trata de una estrategia de blindaje de medidas que son profundamente antisociales. La demostración más extrema de ese blindaje lo constituye, una vez más, el caso griego. Por los elevados niveles de indignancia provocados por las múltiples expropiaciones de derechos, el pueblo griego estalló en el 2015 en movilizaciones y protestas que finalmente derivan en un plebiscito, donde una clara mayoría (61,3%) expresó su rechazo al proyecto que buscaba salvar a los acreedores internacionales. De nada sirvió, en razón de la crisis de liquidez de los bancos griegos (motivada por esos mismos acreedores), el temor a las consecuencias económicas de la salida de Grecia de la zona del Euro, de hecho, el partido de izquierda Syriza, elegido para revertir los recortes sociales, aceptó el acuerdo que dejó el plebiscito.

4. Conclusión

Todas esas medidas autoritarias, apartadas de la soberanía popular, son reinterpretadas por Streeck (2016) como un proceso continuo y gradual de degradación de las relaciones entre capitalismo y democracia. En ese sentido, la crisis global estaría minando todos los mecanismos de mediación, entre ellos, el modelo social keynesiano, el principio

de representación política y el liberalismo jurídico que, consolidados en la posguerra, habrían apaciguado el conflicto entre las dos esferas. A partir de una concepción normativa y dicotómica de la democracia basada en la distinción entre “democracia igualitaria” y “democracia según el mercado”, el autor sostiene que la segunda estaría en completa conformidad con el hayekianismo neoliberal, dando lugar a una hipermercantilización de las decisiones políticas (Streeck, 2015, pp. 105-106).

Aunque abordajes como los de Streeck cargan con un sesgo idealista, eurocéntrico, de género y étnico que distorsionan su percepción acerca de las condiciones materiales de la democracia (también en la posguerra), revelan sin embargo, los niveles de autoritarismo que el actual ciclo agresivo de expropiaciones está demandando. Como vimos, la crisis ha reforzado desigualdades, privatizaciones y forzado a poblaciones enteras a satisfacer sus necesidades en el mercado. Mientras tanto, las clases medias y trabajadoras vienen sintiendo la pérdida de su estatus, su fuerza política y económica, y vienen exigiendo un cambio en las relaciones de propiedad. Las indignaciones globales mencionadas contienen un alto grado de inconformismo respecto a los procesos de expropiación. Hasta ahora la extrema derecha ha conseguido reencuadrar esta degradación social e inconformismo de acuerdo con lentes xenofóbicos y chauvinistas. Al demandar ejercicios autoritarios de autoridad, el miedo al otro permitió el crecimiento de movimientos sociales de extrema derecha, como Pegida en Alemania, y el éxito electoral de políticos con tendencias fascistas. Este es el caso, entre otros, de Donald Trump, Viktor Orbán, Andrzej Duda y Jair Bolsonaro.

Si, como lo reveló la primera generación de Frankfurt, los partidos de extrema derecha y los gobiernos autoritarios pudieron, a la misma vez, asegurar las relaciones de propiedad existentes y permitir que las masas descontentas continúen expresándose, tendremos, de hecho, nuevamente la irrupción del totalitarismo. En el momento actual, sin embargo, no hay evidencias que permitan aprehender sobre esas condiciones. Afirmar lo contrario sería apenas una mera nostalgia de izquierda.

5. Bibliografía

- Altvater, E. (2010). *Der große Krach: oder die Jahrhundertkrise von Wirtschaft und Finanzen von Politik und Natur*. Münster: Westfälisches Dampfboot.
- Araujo, K. (2016). *El miedo a los subordinados: Una teoría de la autoridad*. Santiago: LOM.
- Boechat, C. A., Pitta, F. T. y Toledo, C. de A. (2017). Land Grabbing e crise do capital: possíveis intersecções dos debates. *GEOgraphia* 19(40), 75-91.
- Boltanski, L. y Chiapello, E. (2005). *The New Spirit of Capitalism*. London: Verso.
- Bringel, B. y Pleyers, G. (eds.). (2017). *Protesta e indignación global: Los movimientos sociales en el nuevo orden mundial*. Buenos Aires: Clacso/Río de Janeiro.
- Chesnais, F. (2016). *Finance Capital Today: Corporations and Banks in the Lasting Global Slump*. Leiden/Boston: Brill.
- Costa, S. y Gonçalves, G. L. (2019). *A Port in Global Capitalism: Unveiling Entangled Accumulation in Rio de Janeiro*. London: Routledge.
- Dörre, K. (2012). Die neue Landnahme. Dynamiken und Grenzen des Finanzmarktkapitalismus en Dörre, K. et al. (Hg.), *Soziologie - Kapitalismus - Kritik: eine Debatte*. Frankfurt: Suhrkamp, pp. 21-86.
- Dörre, K. y Holst, H. (2010). Einschätzungen zum Forschungsstand Prekarität en IG Metall *Beiträge zur Arbeitspolitik und Arbeitsforschung Handlungsfelder Forschungsstände Aufgaben*. Frankfurt am Main: IG Metall, pp 32-43.
- Fontes, V. (2010). *O Brasil e o capital-imperialismo: teoria e história*. Rio de Janeiro: Editora UFRJ.
- Gonçalves, G. L. y Machado, M. R. de A. (2018). Neoliberalismo autoritário em cinco atos: do salvamento de bancos à morte de Marielle. *Le Monde Diplomatique (Brasil)* 11(129), 22-24.

- Habermas, J. (1973). *Legitimationsprobleme im Spätkapitalismus*. Frankfurt A M: Suhrkamp.
- Harvey, D. (2005). *Der neue Imperialismus*. Hamburg: VSA-Verl.
- Harvey, D. (2010). *The Enigma of Capital and the Crises of Capitalism*. Oxford/New York: Oxford University Press.
- Kotz, D. (2009). The Financial and Economic Crisis of 2008. *Review of Radical Political Economics* 41(3), 305-317.
- Lavinas, L. y Gonçalves, G. L. (2018). Brasil 2018: direitização das classes médias e polarização social. *Le Monde Diplomatique (Brasil)*. <https://diplomatique.org.br/brasil-2018-direitizacao-das-classes-medias-e-polarizacao-social/>
- Marx, K. (2013 [1867]). Das Kapital. Kritik der politischen Ökonomie. Band 1 en *Marx-Engels-Werke*. Berlin: Dietz (=MEW 23).
- Marx, K. (2013 [1894]) Das Kapital. Kritik der politischen Ökonomie. Band 3 en *Marx-Engels-Werke*. Berlin: Dietz (=MEW 23).
- Nunes, A. A. (2015). Crónica em tempo de guerra. *Revista Fórum de Direito Financeiro e Econômico* 4(7), 11-30.
- Offe, C. (1983). Competitive Party Democracy and the Keynesian Welfare State: Factors of Stability and Disorganization. *Policy Sciences* 15, 225-246.
- Saad Filho, A. (2011). Crisis in Neoliberalism or Crisis of Neoliberalism. *Socialist Register* 47, 242-259.
- Sanders, B. (2011). The Fed Audit US Senate. <https://www.sanders.senate.gov/newsroom/press-releases/sanders-supports-audit-the-fed-bill>
- Sauer, S, y Leite, S. P. (2012). Agrarian Structure Foreign Investment in Land and Land Prices in Brazil. *The Journal of Peasant Studies* 39(3-4), 873-898.
- Streeck, W. (2016). *How Will Capitalism End? Essays on a Failing System*. London/New York: Verso.

Sobre los autores y autoras

Esteban Torres

Actualmente es investigador del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) y director del Programa “Cambio social mundial” en el Centro de Investigaciones y Estudios sobre Cultura y Sociedad de la Universidad Nacional de Córdoba (UNC), República Argentina. Asimismo, se desempeña como profesor a cargo de la cátedra “Teorías y procesos de cambio social” de la Facultad de Ciencias Sociales (FCS) de la UNC, y de la cátedra “Sociología” de la Escuela de Historia de la Facultad de Filosofía y Humanidades de la misma Universidad.

Desde 2016 es coordinador del Grupo de trabajo “Teoría social y realidad latinoamericana”, del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO). En los últimos años, ha sido profesor visitante de varias universidades, entre ellas la New York University (EE. UU.), la University of Cambridge (Reino Unido) y la University of Wisconsin/Madison (EE. UU.).

Es autor de libros, artículos científicos, capítulos de libros, artículos de prensa, publicados en diferentes idiomas. Sus últimos tres libros publicados por CLACSO son *La gran transformación de la sociología* (2021, FCS-UNC); *Hacia la renovación de la teoría social latinoamericana* (ed., 2020) y *Marx 200: presente, pasado y futuro* (eds., 2020). Contacto: esteban.torres@unc.edu.ar

Guilherme Leite Gonçalves

Es profesor de Sociología del Derecho en la Universidade do Estado do Rio de Janeiro (UERJ) e investigador del Conselho Nacional de Desenvolvimento Científico e Tecnológico (CNPq), Brasil. Desde 2016 es miembro del Grupo de trabajo “Teoría social y realidad latinoamericana”, del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO). En los últimos años, con apoyo de instituciones como la prestigiosa Fundación Alexander von Humboldt, ha sido profesor e investigador visitante en diferentes universidades alemanas, entre ellas la Freie Universität Berlin, Universität Bremen, Friedrich-Schiller-Universität Jena y la Universität Kassel. Es autor de libros y artículos publicados en diferentes idiomas. Su libro más reciente es (con Sérgio Costa) *A Port in Global Capitalism: Unveiling Entangled Accumulation in Rio de Janeiro* (London: Routledge, 2019), también publicado en portugués como *Um porto no capitalismo global: desvendando a acumulação entrelaçada no Rio de Janeiro* (São Paulo: Boitempo, 2020). Contacto: guilherme.leite@uerj.br

Klaus Dörre

Es profesor titular de las Cátedras “Sociología del Trabajo” y “Sociología Económica e Industrial” en la Universidad Friedrich Schiller de Jena, fue uno de los directores del Grupo de Investigación de la DFG sobre Sociedades de Poscrecimiento, de 2011 a 2021, es responsable

del Zentrum Digitale Transformation Thüringen (ZeTT) junto con el Prof. Kraußlach y es editor jefe de la Berliner Journal für Soziologie (BJS) y coeditor de Global Dialogue. Sus investigaciones se centran en las teorías del capitalismo, el empleo precario, el sindicalismo estratégico, la digitalización y el populismo de derechas.

Algunas de sus últimas publicaciones son: *Die Utopie des Sozialismus. Kompass für eine Nachhaltigkeitsrevolution*. Berlin: MSB Matthes & Seitz (2021); *Democracy or Capitalism. On the Contradictory Societalization of Politics*. In: Anhorn, Dario Azzellini (ed.), *If Not Us, Who? Global workers against authoritarianism, fascism and dictatorships*. Hamburg: VSA., 15-22 (2021); La pandemia del coronavirus: una catástrofe global explosiva, *Astrolabio Nueva Época*, Nr. 25. S. 119-145 (2020).

Glenda Vicenzi

Doctoranda en el Programa de Posgrado en Derecho de la PUC-Rio, en la línea de investigación “Teoría del derecho, ética y construcción de la subjetividad”. Maestría en Teoría y Filosofía del Derecho por la Universidade do Estado do Rio de Janeiro (2018). Contacto: glendavicenzi@gmail.com

Jacinta Gorriti

Becaria doctoral del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET), Argentina. Actualmente cursa el Doctorado en Estudios Sociales de América Latina, Centro de Estudios Avanzados, FCS-Universidad Nacional de Córdoba, Argentina. Licenciada en Filosofía, UNC. Profesora adscripta a la cátedra “Teorías y procesos de cambio social”, Carrera de Sociología, FCS-UNC. Integrante del Programa “Cambio social mundial”, CIECS-UNC-CONICET, Argentina. Contacto: jasgorriti@gmail.com

Héctor Ignacio Ríos-Jara

Cientista social. Becario CONICYT, Chile. Estudiante de Doctorado en Ciencia Social, Universidad Colegio de Londres (UCL). Programa Becas Chile. Maestría en Metodología de la Investigación Social (mención Sociología), Universidad de Bristol. Contacto: hector.riosjara@gmail.com

Ángel Vera

Miembro de la Comisión de Asuntos y Relaciones Internacionales del Frente Amplio, Uruguay. Ex-docente universitario en Ciencias Políticas en la Universidad de la República. Ex-miembro de la Comisión de Derechos Humanos y Desarrollo Social de la Junta Departamental de Montevideo. Graduado en Ciencias Políticas para el Desarrollo en el Centro Latinoamericano de Economía Humana, Montevideo, Uruguay. Contacto: amvera@adinet.com.uy

Guilherme Figueredo Benzaquen

Doctor en Sociología por la Universidad Federal de Pernambuco (UFPE), Brasil. Investigador invitado en la Universidad de Brighton, Inglaterra, en el periodo 2018-2019. Becario posdoctoral en el Programa de Posgrado en Sociología de la UFPE, con financiamiento de la FACEPE. Contacto: benzaquenguilherme@gmail.com

Luis Fernando Rodríguez Lanuza

Docente investigador de la Universidad Autónoma de Querétaro, México. Magíster en Acción Pública y Desarrollo Social por el Colegio de la Frontera Norte, sede Ciudad Juárez. Doctorando en Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires, Argentina. Contacto: ferolanuza@hotmail.com

Fabián Andrés Villarraga Peña

Profesor asociado a la Universidad Nacional Abierta y a Distancia (UNAD) y la Universidad de los Llanos, en Colombia. Integrante del Programa “Cambio social mundial”, CIECS-UNC-CONICET, Argentina. Doctorando en Ciencia Política, Centro de Estudios Avanzados, Universidad Nacional de Córdoba, Argentina. Contacto: fabianvillarragap@gmail.com

El presente libro de la colección “Diálogos” de CLACSO, coeditado con la Friedrich-Schiller-Universität Jena, busca avanzar en el cumplimiento de dos propósitos. El primero consiste en alimentar la discusión con la sociología crítica alemana, y en particular con una de las colectividades sociológicas de izquierda más vigorosas de Europa. Nos referimos a lo que podría llamarse la “Escuela de Jena” y cuyos referentes son Klaus Dörre, Stephan Lessenich y Harmut Rosa. El segundo propósito, más trascendental para el futuro regional, apunta al desarrollo progresivo de una nueva sociología del capitalismo y del cambio social desde y para América Latina.



FRIEDRICH-SCHILLER-
UNIVERSITÄT
JENA

 **CLACSO**